LA ÚLTIMA MIGRACIÓN

CHARLOTTE McCONAGHY

narrativa
salamandra

Charlotte McConaghy

LA ÚLTIMA MIGRACIÓN

Traducción del inglés de
Aurora Echevarría

narrativa
salamandra

Para Morgan

Olvídate de la seguridad.
Vive donde te dé miedo vivir.

RUMI

PRIMERA PARTE

1

Los animales se están muriendo. Dentro de nada estaremos solos en el mundo.

Tiempo atrás mi marido descubrió una colonia de paíños comunes en la costa rocosa del indómito Atlántico. La noche que me llevó a verlos yo no sabía que eran de los últimos de su especie. Sólo sabía lo agresivos que se volvían en la negrura de sus cuevas y la audacia con que se zambullían en las aguas iluminadas por la luna. Nos quedamos hasta bien entrada la noche, y durante esas horas de oscuridad pudimos fingir que éramos como ellos, libres y salvajes.

Tiempo atrás, cuando los animales empezaban a desaparecer, a desaparecer de verdad, cuando su extinción no era un funesto presagio sino una realidad, y las pérdidas eran masivas, visibles y tangibles, decidí seguir a un pájaro por el océano. Tal vez tenía la esperanza de que me llevaría a donde habían huido los de su especie, todas las criaturas que creíamos haber matado. Tal vez pensaba que así podría averiguar el motivo de esa cruel necesidad de abandonarlo todo, personas, lugares y todo lo demás. O tal vez sólo quería creer que siguiendo la última migración de un ave encontraría por fin mi lugar en el mundo.

Tiempo atrás los pájaros me devolvieron la fortaleza y las ganas de vivir.

Groenlandia
Época de anidación

Tengo la suerte de estar mirándola justo cuando golpea con el ala el fino alambre y la cesta se cierra sobre ella con suavidad.

Me yergo en mi sitio.

Ella, de entrada, no reacciona, pero debe de haber comprendido que ya no es libre, que el paisaje que la rodea ha cambiado un poco, o mucho.

Me acerco despacio para no asustarla. El viento ruge, me azota en las mejillas y la nariz. A nuestro alrededor hay otros pájaros de su especie, posados sobre las rocas heladas y dando vueltas en el cielo, pero se asustan al verme. El suelo cruje bajo mis botas, y veo cómo a ella se le erizan las plumas y aletea titubeante, como preguntándose si merece la pena luchar por liberarse. El nido que ha construido con su compañero es rudimentario, un puñado de hierba y ramitas encajado en una grieta en las rocas. Ya no lo necesita —sus polluelos ya se valen por sí mismos para alimentarse—, pero ella se resiste a abandonarlo, incapaz de resignarse, como todas las madres. Contengo la respiración mientras alargo el brazo para levantar la cesta. Ella aletea una sola vez, en un repentino estallido de rebeldía, antes de que yo le rodee el cuerpo con mi mano helada y la inmovilice.

Ahora tengo que darme prisa. Pero he estado practicando y, con la punta de los dedos, le deslizo rápidamente la anilla por la pata, por encima de la articulación, hasta justo debajo de las plumas. Ella hace un ruido que conozco demasiado bien, uno que yo misma hago la mayoría de las noches mientras duermo.

—Lo siento, ya casi está.

Empiezo a temblar pero continúo, ya es demasiado tarde, la has tocado, la has marcado, le has impuesto tu humanidad. Qué crueldad.

El plástico se ajusta con firmeza a su pata, sujetando en su sitio el rastreador, que parpadea una vez para indicarme que funciona. Y justo cuando estoy a punto de soltarla, se queda

muy quieta y noto los latidos de su corazón en la palma de mi mano.

Es un bum, bum, bum tan rápido y frágil que me detengo.

Tiene el pico rojo, como si lo hubiera hundido en sangre, lo que a mis ojos la vuelve combativa. La dejo de nuevo en el nido y me voy llevándome la jaula en la mano. Quiero que estalle en libertad, que haya furia en sus alas, y ahí está, elevándose en todo su esplendor. Patas rojas a juego con el pico, gorro de terciopelo negro, paleta doble en la cola y esas alas de bordes afilados, pura elegancia.

La veo dar vueltas en el aire intentando entender esa nueva parte de su cuerpo. El rastreador no le molesta, tiene el tamaño de la uña de mi meñique y es muy ligero, pero no le gusta nada. De pronto desciende abalanzándose sobre mí con un grito agudo. Sonrío, emocionada, y me agacho para protegerme la cara, pero no vuelve a hacerlo. Regresa a su nido y se posa como si todavía hubiera un huevo que proteger. Los últimos cinco minutos nunca han sucedido para ella.

Llevo seis días aquí sola. Anoche mi tienda de campaña salió volando hacia el mar sacudida por el viento y la lluvia. Unos pájaros con fama de ser los más protectores del cielo me han picoteado una decena de veces en el cráneo y las manos. Pero, como premio a mis esfuerzos, tengo tres charranes árticos con anilla. Y sal en las venas.

Me detengo en lo alto de la colina para admirar el paisaje por última vez, y el viento se calma un momento. Es una vasta y deslumbrante extensión de hielo, delimitada por un océano monocromo y un horizonte gris a lo lejos. Incluso ahora, en pleno verano, se ven enormes bloques cerúleos flotando lánguidamente. Y miles de charranes árticos que oscurecen el blanco del cielo y la tierra. Son los últimos, tal vez del mundo. Si fuera capaz de quedarme en algún lugar, sin duda sería éste. Pero los pájaros no se quedarán, y yo tampoco.

He puesto al máximo la calefacción del coche de alquiler. Acerco las manos congeladas a la rejilla y siento un cosquilleo en la piel. En el asiento del copiloto hay una carpeta llena de papeles y la revuelvo buscando el nombre. Ennis Malone. Capitán del *Saghani*.

He probado suerte con los capitanes de siete barcos, pero sospecho que una parte de mí —la más insensata— deseaba que todos rehusaran desde el momento en que leí ese nombre al final de la lista. *Saghani* significa «cuervo» en inuit.

Reviso la información que he conseguido recopilar. Malone nació en Alaska hace cuarenta y nueve años. Está casado con Saoirse y tienen dos hijos pequeños. Su barco es uno de los últimos con autorización para pescar arenques en el Atlántico y cuenta con una tripulación de siete miembros. Según el calendario de la autoridad portuaria, el *Saghani* debería estar atracado en Tasiilaq las dos próximas noches.

Introduzco el nombre del pueblo en el GPS y me pongo en camino por la carretera helada. Es un día de trayecto. Dejo atrás el círculo polar ártico y me dirijo al sur mientras voy pensando en cómo enfocaré el asunto. Todos los capitanes a los que se lo he propuesto han rehusado. No soportan la idea de llevar a bordo a desconocidos sin experiencia. Tampoco les gusta que les interrumpan sus rutinas y les cambien las rutas. Por lo que he visto, los marineros son muy supersticiosos. Son animales de costumbres. Sobre todo en los últimos tiempos, cuando su estilo de vida está seriamente amenazado. Del mismo modo que nosotros no hemos parado hasta acabar con prácticamente todos los animales del cielo y la tierra, los pescadores han vaciado el mar de peces hasta casi extinguirlos.

La idea de estar a bordo de uno de esos buques despiadados, rodeada de la gente que causa tales estragos en el océano, me pone los pelos de punta, pero no tengo otra opción y se me acaba el tiempo.

A mi derecha se extiende un campo verde salpicado de miles de manchas blancas que, difuminadas por la velocidad, al principio confundo con tallos de algodón. En realidad son flores silvestres color marfil. A mi izquierda se estrella un mar oscuro. Un mundo aparte. Podría olvidar mi misión, ignorar este impulso irresistible. Buscar una cabaña rústica y olvidarme de todo. Cultivar un huerto y dedicarme a pasear mientras las aves desaparecen poco a poco. Esta idea me pasa por la cabeza como un relámpago. Pero lo dulce se volvería agrio e incluso un cielo inmenso como éste pronto me parecería una jaula. No me quedaré; tampoco si pudiera, Niall nunca me lo perdonaría.

Me registro en un hotel barato y dejo la mochila encima de la cama. Hay una moqueta amarilla horrible en el suelo, pero desde la ventana se divisa la lengua del fiordo al pie de la colina. Al otro lado del caudal de agua se elevan unas montañas grises surcadas de vetas nevadas. Hay menos nieve que antes. El calentamiento global. Mientras se enciende el portátil, me lavo la cara cubierta de sal y me cepillo los dientes. Necesito una ducha, pero antes tengo que registrar la actividad del día.

Anoto que he marcado tres charranes árticos con una anilla y luego abro el software de rastreo. Estoy tan nerviosa que contengo la respiración. Al ver las luces rojas suspiro de alivio. No tenía ni idea de si iba a funcionar, pero aquí están, tres pajaritos que volarán al sur para pasar el invierno y que, si todo sale según lo previsto, me llevarán con ellos.

Ya duchada y abrigada, meto unos papeles en la mochila y salgo a la calle, aunque antes me paro en el mostrador para preguntar a la joven recepcionista por el mejor bar del pueblo. Ella se queda mirándome, imagino que pensando qué tipo de local debería recomendarme, y finalmente me sugiere el bar del

puerto.

—También está el Klubben, pero creo que será demasiado... movido para ti —dice con una risita.

Sonrío, aunque me hace sentir como un carcamal.

Paseo por las encantadoras y empinadas calles de Tasiilaq. Las casas de colores, encaramadas al terreno de pendiente irregular, contrastan con la naturaleza invernal que las rodea. Rojas, azules y amarillas, son como alegres juguetes desperdigados por las colinas. Todo parece más pequeño bajo la mirada de esas montañas imponentes. Un cielo es un cielo es un cielo... y sin embargo aquí parece más grande. Parece más todo. Me siento a mirar los icebergs que flotan en el fiordo, y no puedo dejar de pensar en la hembra de charrán y en su corazón palpitando en la palma de mi mano. Todavía puedo sentir el latido, bum, bum, bum, y cuando me aprieto el pecho con la mano imagino que nuestros pulsos suenan sincronizados. Pero ya no me noto la punta de la nariz, así que me encamino al bar. Apostaría todo lo que tengo (que a estas alturas no es mucho) a que, si hay un barco pesquero atracado en el pueblo, la tripulación pasará todo el tiempo que no duerma empinando el codo.

El sol sigue brillando a pesar de la hora; a estas alturas de la estación ya no oscurece por la tarde. Fuera del bar, junto a una docena de perros que dormitan atados con correas a unas tuberías, hay un anciano apoyado en la pared. Va en camiseta, debe de ser un lugareño. Me entra frío sólo de mirarlo. Al acercarme veo algo en el suelo y me agacho a recogerlo. Es una cartera.

—¿Es suya?

Varios perros se despiertan y me lanzan una mirada inescrutable. El hombre también. Me doy cuenta de que no es tan viejo como creía y de que, además, está muy borracho.

—*Uteqqissinnaaviuk?*

—Eh... Lo siento. Yo sólo... —empiezo a decir, y le tiendo la cartera.

La ve y sonríe con una calidez inesperada.

—¿Mejor en inglés?

Asiento.

Coge la cartera y se la guarda en el bolsillo.

—Gracias, encanto.

Es estadounidense. Su voz es un rugido profundo y distante que aumenta de volumen por momentos.

—No me llames «encanto» —le digo con suavidad mientras me lo miro mejor.

Tendrá unos cuarenta y largos y no los sesenta que aparenta a primera vista. Tiene el pelo canoso y una barba negra y poblada. Arrugas profundas, ojos claros. Es alto, pero va encorvado, como si llevara toda la vida tratando de disimular su estatura. Hay algo desmesurado en él. En las manos y los pies, en los hombros, en el torso, en la nariz y hasta en la tripa.

Se tambalea un poco.

—¿Quieres que te acompañe a alguna parte?

Eso lo hace sonreír de nuevo. Me sostiene la puerta abierta y luego cierra quedándose fuera.

En la pequeña entrada me quito el anorak, la bufanda, el gorro y los guantes, y los cuelgo de forma que estén listos para ponérmelos antes de salir. En los países donde nieva el acto de desabrigarse es todo un ritual. En medio del bullicio distingo a una mujer tocando música tranquila al piano. Un fuego crepita en la chimenea del centro del salón. Bajo el techo alto y las pesadas vigas de madera hay hombres y mujeres sentados a las mesas y en los sofás. Varios jóvenes juegan al billar en un rincón. Es más moderno que la mayoría de los bares de innegable encanto en los que he estado desde que llegué a Groenlandia. Pido un vaso de vino tinto y me acerco a los taburetes altos que hay junto a la ventana. Desde allí vuelvo a

ver el fiordo, lo que hace más llevadero estar bajo techo. No se me da bien estar encerrada.

Repaso los grupos de hombres de la sala intentando identificar a la tripulación del *Saghani*. No veo ninguno que destaque particularmente; el único grupo grande, formado por varios hombres y una mujer, está jugando al Trivial Pursuit y bebiendo cerveza.

Apenas he bebido un sorbo del carísimo vino que he pedido cuando vuelvo a ver al hombre de la entrada por la ventana. Ahora está en el borde del fiordo; el viento le azota la barba y los brazos desnudos. Lo observo con curiosidad. De pronto se sumerge y desaparece bajo el agua.

Casi vuelco el vaso al bajarme del taburete. Nada indica que el hombre esté volviendo a la superficie. No sale. No sale. No sale. Dios mío, no va a salir. Abro la boca para gritar, pero la cierro enseguida. En lugar de eso, corro. Salgo por la puerta a la terraza y bajo los escalones de madera, tan resbaladizos por el hielo que casi me caigo de espaldas sobre el frío lodo de la orilla. En algún lugar cercano un perro ladra fuerte, asustado.

¿Cuánto tiempo se tarda en morir congelado? No mucho en un agua como ésa. Y él sigue sin salir a la superficie.

Me zambullo en el fiordo y...

Ay.

El alma se me escapa por los poros.

El frío, tan familiar e intenso, me atenaza y me mete a la fuerza en una celda, la celda de una prisión que conozco tan íntimamente como a un amante, pues pasé cuatro años entre sus paredes de piedra pintada. El frío me ha metido de nuevo en ella y paso unos segundos preciosos deseando estar muerta para poner fin a todo, aquí y ahora, no puedo esperar más, todo se ha acabado...

La claridad vuelve a mí como un golpe en los pulmones. Muévete, me ordeno. Siempre he resistido bien el frío; antes

nadaba en aguas heladas dos veces al día, pero ha pasado tanto tiempo que ya no recuerdo cómo lo hacía, me he vuelto demasiado débil. Lastrada por la ropa mojada, buceo como puedo hacia el cuerpo que hay debajo. Él está sentado en el fondo del fiordo con los ojos cerrados, inmóvil de un modo desconcertante.

Lentamente extiendo los brazos y lo agarro por las axilas. Me doy impulso con los pies y tiro de él hasta salir a la superficie, donde inhalo con fuerza. Él por fin se mueve, toma una gran bocanada de aire y me coge entre sus brazos, como si fuera él quien me ha rescatado y no al revés. No entiendo nada.

—Pero ¿qué haces? —me pregunta.

Por un momento me quedo sin habla; tengo tanto frío que me duele todo el cuerpo.

—Te estabas ahogando.

—¡Sólo estaba dándome un chapuzón para despejarme!

—¿Cómo? Pero si te... —Me arrastro hacia la orilla. Poco a poco la realidad se impone. Me castañetean los dientes con tanta fuerza que cuando empiezo a reírme debo de parecer una loca—. Creí que necesitabas ayuda.

No consigo recordar los hechos que me han traído hasta este momento. ¿Cuánto he esperado antes de salir corriendo? ¿Cuántos minutos ha estado él sumergido?

—Por segunda vez esta noche —replica. Luego añade—: Lo siento. Deberías entrar en calor, encanto.

Algunas personas han salido del pub para averiguar el porqué de tanto alboroto. Se apiñan en la terraza con cara de desconcierto. Qué humillación. Vuelvo a reírme, pero suena más bien como un resoplido.

—¡¿Estás bien, jefe?! —grita alguien con acento australiano.

—Sí. Sólo ha sido un malentendido.

El hombre me ayuda a ponerme en pie. El agua me ha calado hasta los huesos y me duele todo. Hacía mucho que no pasaba

tanto frío. ¿Cómo aguanta tanto él?

—¿Dónde te alojas?

—Has estado mucho rato bajo el agua.

—Tengo buenos pulmones.

Subo tambaleante por la orilla.

—Voy a cambiarme.

—¿Necesitas...?

—No.

—¡Oye!

Me detengo y lo miro por encima del hombro.

Tiene los brazos y los labios amoratados, pero no parece importarle. Nos miramos.

—Gracias por rescatarme.

—No hay de qué —digo, y me despido con un gesto de la mano.

Ni siquiera bajo la ducha hirviendo logro quitarme el frío de encima. Tengo la piel roja y escaldada, pero no la siento. Sólo noto un cosquilleo en dos dedos del pie derecho, como si volviera a circularme la sangre; y es raro, porque me los amputaron hace años. Pero estoy acostumbrada a sentir ese par de dedos fantasma y ahora mismo me inquieta otra cosa: la facilidad con que mi mente ha vuelto a la celda. Me aterra la facilidad con que me he tirado al agua en lugar de gritar pidiendo socorro.

El impulso de ahogarme.

Una vez que me he puesto toda la ropa que tengo, busco un papel y un bolígrafo y me siento a la mesa torcida para escribir una torpe carta a mi marido.

Bueno, ya ha pasado. Me he puesto en ridículo de tal manera que ya no hay nada que hacer. El pueblo entero ha visto cómo una

forastera loca se zambullía en un fiordo helado para acosar inexplicablemente a un hombre que sólo se ocupaba de sus asuntos. Al menos tendrán una buena historia para contar.

Pero no intentes utilizarlo como otra excusa para decirme que vuelva a casa.

Esta mañana he puesto la anilla a mi tercer pájaro y he dejado la zona de anidación. He perdido la tienda de campaña y por poco pierdo la razón. Pero los rastreadores funcionan y he encontrado a un hombre con un barco lo suficientemente grande para hacer la travesía, así que me quedaré en Tasiilaq el tiempo que tarde en convencerlo para que me lleve. No estoy segura de si se me presentará otra oportunidad y no sé cómo hacer que el mundo responda a mis deseos. Parece que nadie hace nunca lo que yo quiero. En este lugar soy más consciente que nunca de mi impotencia. Jamás he tenido poder sobre ti, está claro que tampoco lo tengo sobre los pájaros y aún menos sobre mis propios pies.

Ojalá estuvieras aquí. Eres capaz de convencer a cualquiera de lo que sea.

Me detengo y leo las palabras que acabo de escribir. Parecen tontas ahí plantadas en la hoja de papel. Después de doce años mi capacidad de expresión ha empeorado, pero no debería ser así, y menos con la persona que más quiero.

El agua estaba congelada, Niall. Pensé que me moría. Y por un momento quise morir.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Te echo de menos. Eso es lo único que sé. Te escribiré mañana.

Bs, F.

Meto la carta en un sobre, escribo las señas, y la dejo con las otras que aún no he enviado. Estoy recobrando la sensibilidad en las extremidades y me noto un pulso errático en las muñecas, un pulso que reconozco, una mezcla de emoción y desesperación. Ojalá tuviera una palabra con la que describir este sentimiento. Lo conozco tan bien que quizá debería

ponerle yo misma un nombre.

En cualquier caso, la noche acaba de empezar y tengo un cometido.

No estoy segura de cuándo empecé a soñar con la travesía, cuándo se convirtió en algo tan inherente a mí como el instinto de respirar. Hace mucho tiempo, o eso me parece. Pero no he hecho nada para alimentar esta obsesión; simplemente se ha apoderado de mí. Al principio era una fantasía tonta e inverosímil: conseguir una plaza en un barco pesquero y convencer a su capitán para que me llevase lo más al sur posible para poder seguir la migración de un pájaro. La más larga de las migraciones naturales del reino animal. Pero la voluntad es poderosa, y la mía se ha ganado la fama de terrible.

2

Mi nombre de soltera es Franny Stone. Mi madre era irlandesa y me dio a luz en un pequeño pueblo australiano, donde la habían dejado abandonada, sola y sin dinero. El hospital más cercano se encontraba lejos y estuvo a punto de morir en el parto, pero era una superviviente nata y salió adelante. No sé de dónde sacó el dinero para que poco después nos trasladásemos a Galway, y allí pasé los primeros diez años de mi vida, en una casa de madera que estaba tan cerca del mar que podía acompasar el pulso de mi acelerado corazón infantil con el susurro de las mareas muertas y vivas. De pequeña creía que nos apellidábamos Stone por los muros de piedra seca que serpenteaban entre los abruptos campos amarillos de los alrededores del pueblo. Desde que aprendí a andar paseé junto a esos muros plateados, acariciando con los dedos sus toscos bordes, convencida de que llevaban al lugar del que realmente venía.

Porque siempre tuve claro que yo no era de allí.

Por eso caminaba sin rumbo fijo. Deambulaba por las calles empedradas o los prados cercados entre la larga hierba que susurraba a mi paso. Los vecinos me encontraban en sus jardines, observando las flores, o en las colinas lejanas, trepando a un árbol tan doblado por el viento que sus raquíticas ramas tocaban el suelo. «Ojo con esta niña, Iris. Tiene los pies inquietos y eso no puede acabar bien», le decían a mi madre. Ella no soportaba que me criticaran, pero nunca ocultó que mi padre la había abandonado. Llevaba la herida como una insignia de honor. Siempre la habían abandonado, y

la única forma de sobrellevarlo era con orgullo. Sin embargo, casi todas las mañanas me advertía que si yo la dejaba no lo soportaría, que esa gota colmaría el vaso y se rendiría.

Así que me quedé y me quedé, hasta que un día ya no pude quedarme más. Yo no estaba hecha de la misma pasta que los demás.

No teníamos dinero, pero íbamos a menudo a la biblioteca. Mamá decía que en las páginas de una novela se encontraba toda la belleza del mundo. Ella siempre ponía la mesa con libro, plato y la taza. Leíamos durante las comidas, mientras ella me bañaba o acurrucadas en nuestras camas, escuchando el rugido del viento a través de las ventanas agrietadas. Leíamos mientras caminábamos haciendo equilibrios sobre los muros de piedra seca que Seamus Heaney hizo famosos en su poesía. Era una forma de irnos sin irnos de verdad.

Un día, a las afueras de Galway, donde la luz cambiante absorbe el azul del agua y lo extiende por los prados, conocí a un chico que me contó una historia. Había una vez, hace mucho tiempo, una señora que tosía plumas, hasta que un día, ya canosa y enjuta, dejó su cuerpo de mujer para convertirse en un pájaro negro. Desde entonces la oscuridad la tenía cautiva, y la noche abrió sus grandes fauces y se la tragó entera.

Después de contarme esta historia el chico me besó. Sus labios sabían al vinagre de las patatas fritas que estaba comiendo, y yo decidí que ésa era mi historia favorita, y que quería ser un pájaro cuando me hiciera vieja.

¿Cómo no iba a escaparme con él después de eso? Yo tenía diez años; llené una mochila de libros y me la eché al hombro, y me fui de casa, pero por poco tiempo, sólo quería echar un vistazo por ahí, vivir una pequeña aventura, nada más. Todos nos pusimos en camino esa misma tarde de tormenta; recorrimos la costa oeste de Irlanda hasta que ellos decidieron moverse hacia el interior con sus coches y caravanas. Yo no

quería alejarme del mar, así que me escabullí sin que nadie se diera cuenta y pasé dos días en la costa borrascosa. Ése era el lugar del que yo venía y al que conducían todos los muros de piedra plateada. Donde estaban la sal y el mar, y las rachas de viento que podían llevarte lejos.

Pero esa noche me dormí y soñé que tenía plumas en los pulmones, tantas que me ahogaba. Me desperté tosiendo asustada y supe que había cometido un error. ¿Cómo podía haber dejado a mi madre?

El pueblo más cercano estaba más lejos de lo que creía, y los libros pesaban cada vez más. Empecé a dejarlos por el camino: una estela de palabras con las que tal vez otra persona encontraría su destino. En la panadería, una señora gruesa se compadeció de mí y me compró pan de soda; luego se ofreció a pagarme el billete de autobús y se esperó conmigo hasta que llegó. En lugar de hablar tarareaba una melodía que se me quedó grabada, y después de dejarla en la estación su voz grave seguía resonando en mi cabeza.

Cuando llegué a casa mi madre no estaba.

Y eso fue todo.

Tal vez las plumas habían ido a buscarla, como me habían susurrado que harían en mi sueño. Tal vez mi padre había regresado y se la había llevado. O su profunda tristeza la había vuelto invisible. Fuera como fuese, llevada por mis pies errantes, yo la había abandonado tal como ella me había advertido que haría.

Tuve que dejar la casa de mi madre para irme a vivir con mi abuela paterna a Australia. Después de eso nunca más le vi sentido a quedarme mucho tiempo en un mismo lugar. Sólo lo intenté en otra ocasión, muchos años más tarde, cuando conocí a un hombre llamado Niall Lynch, y nuestro amor fue tal que quedó grabado a fuego en nuestros nombres, nuestros cuerpos y nuestras almas. Por él lo intenté con todas mis fuerzas, como

lo había intentado por mi madre. Pero lo único que aún no hemos destruido los seres humanos es el ritmo de las mareas.

Tasiilaq, Groenlandia
Época de anidación

Segundo intento. Esta vez no hay ningún hombre fuera del bar, sólo los perros, que me miran soñolientos y enseguida pierden interés cuando paso a zancadas por su lado sin nada que ofrecerles.

Nada más entrar se extiende un murmullo extraño y, casi al unísono, todos los parroquianos se ponen a aplaudir. Lo veo sentado a una de las mesas. Aplaude junto con los demás, sonriendo de oreja a oreja. Mientras me acerco a la barra, la gente me da palmadas en la espalda y no puedo evitar reírme.

Allí me espera un hombre con una sonrisa burlona. Debe de tener unos treinta años, es atractivo y lleva el pelo recogido en un moño. Tiene los dientes de abajo apiñados.

—Todo lo que la señora beba esta noche corre de nuestra cuenta —le dice al camarero, que no sé si es el mismo que ha gritado antes con acento australiano desde la terraza.

—No hace falta...

—Le has salvado la vida —dice sonriendo, y no sé si me está tomando el pelo o si realmente lo cree.

Decido que no importa; una copa gratis siempre es bienvenida. Pido otro vaso de tinto y le estrecho la mano.

—Soy Basil Leese.

—Franny Lynch.

—Me gusta el nombre de Franny.

—Me gusta el nombre de Basil.

—¿Te encuentras bien, Franny?

Esta pregunta siempre me ha incomodado. No admitiría lo

contrario aunque me estuviera muriendo de peste.

—Sólo ha sido un poco de agua fría, ¿no?

—Sí, pero hay grados de frío.

Basil me coge la copa de las manos y se la lleva a su mesa sin preguntar, de modo que lo sigo. Ahí está el «ahogado», que también se ha cambiado de ropa, sentado con dos hombres más. Me los presenta: Samuel, un sexagenario corpulento con una frondosa melena pelirroja rizada, y Anik, un esbelto inuit. Basil señala a un trío más joven que está jugando al billar.

—Aquellos dos idiotas son Daeshim y Malachai, los miembros más nuevos y más tontos de la tripulación. Y ella es Léa.

Veo a un coreano desaliñado y un negro desgarbado. La mujer —Léa— también es negra y más alta que los dos hombres. Los tres están discutiendo acaloradamente sobre las reglas del billar, así que me vuelvo hacia el ahogado, esperando que me presenten. Pero Basil está quejándose sin ahorrarse ni un detalle del plato que acaban de servirle.

—Todo está requemado y se han pasado de orégano y mantequilla. Por no hablar de esa guarnición penosa. ¡Y fijaos qué presentación tan pobre!

—Has pedido salchichas con puré —le recuerda Anik con tono aburrido.

Samuel no ha apartado sus risueños ojos de mí.

—¿De dónde eres, Franny? No reconozco tu acento.

En Australia parezco irlandesa, y en Irlanda todo el mundo me toma por australiana. Desde siempre he pasado de una nacionalidad a otra sin llegar a identificarme con ninguna.

Bebo un sorbo de vino y hago una mueca. Demasiado dulce.

—Soy medio australiana y medio irlandesa.

—Lo sabía —responde Basil.

—¿Y qué trae a una irlandesa a Groenlandia, Franny? —insiste Samuel—. ¿Eres poeta?

—¿Poeta?

—¿No lo son todos los irlandeses?

Sonrío.

—Eso nos gusta pensar, supongo. Estoy estudiando los últimos charranes árticos. Están anidados a lo largo de la costa, pero pronto volarán hacia el sur, hasta el Antártico.

—Entonces eres una poeta —afirma Samuel.

—¿Vosotros sois pescadores? —les pregunto.

—De arenques.

—Entonces sois inasequibles al desaliento.

—Supongo que tienes razón.

—Es un oficio que está desapareciendo —comento.

Les han prevenido, una y otra vez. Todos lo sabemos. Apenas quedan peces. El océano está casi vacío. Han extraído y extraído, y ya casi no queda nada.

—Aún no.

El ahogado ha hablado por primera vez. Me vuelvo hacia él.

—Quedan muy pocos peces en estado salvaje —le digo.

Él inclina la cabeza.

—Entonces, ¿por qué seguís pescando? —le pregunto.

—Porque es lo único que sabemos hacer. Y sin retos la vida es muy aburrida.

Sonrío, pero me noto la cara acartonada. Se me revuelven las tripas al pensar en cómo reaccionaría mi marido, que tanto ha luchado por la conservación de las especies, al oír esas palabras. Su desprecio y aversión no tendrían límites.

—El capitán se muere por conseguir la Captura de Oro —me dice Samuel con un guiño.

—¿Qué es eso?

—La ballena blanca. El Santo Grial, la Fuente de la Juventud —dice Samuel haciendo un gesto tan amplio que se le derrama la cerveza en los dedos. Creo que está borracho.

Basil observa al anciano con impaciencia.

—Sería una captura muy abundante, como las de antes. Suficiente como para llenar el barco y hacernos ricos.

Miro al ahogado.

—Entonces lo que te mueve es el dinero.

—No, no es el dinero —responde él, y casi me lo creo.

De pronto se me ocurre una idea.

—¿Cómo se llama tu barco? —le pregunto.

—*Saghani*.

Me echo a reír.

—Soy Ennis Malone —añade, tendiéndome la mano.

Es la mano más grande que he estrechado nunca. Está curtida por la intemperie, como sus mejillas y sus labios, y bajo las uñas lleva incrustada la mugre de toda una vida.

—¿Te salva la vida y ni siquiera le has dicho cómo te llamas? —suelta Basil.

—No le he salvado la vida —digo yo.

—La intención es lo que cuenta —responde Ennis.

—Deberías haberlo dejado ahí para que se ahogara —bromea Samuel—. Se lo merece.

—Podrías haberle atado piedras a los pies, así se hubiera ahogado más rápido —interviene Anik, y yo lo miro fijamente.

—No le hagas caso —replica Samuel—. Tiene un humor macabro.

Por su expresión diría que no tiene ni una pizca de sentido del humor. Anik se excusa y se marcha.

—A él tampoco le gusta estar mucho tiempo en tierra firme —explica Ennis mientras miramos al inuit, que cruza el pub con paso elegante.

Malachai, Daeshim y Léa vuelven a nuestra mesa. Los dos primeros parecen enfadados, y se sientan con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Ella, en cambio, se lo está pasando bien, hasta que me ve y aparece una sombra de recelo en sus ojos marrones.

—¿Qué pasa ahora? —les pregunta Samuel a los chicos.

—A Dae le gusta fijar las reglas del juego —responde Malachai con un marcado acento londinense—. Pero cuando no le sirven, se las inventa.

—Si no, me aburro —se defiende Daeshim con acento estadounidense.

—Sólo se aburre la gente sin imaginación —replica Malachai.

—No, el aburrimiento es útil, te obliga a ser creativo.

Se miran de reojo y veo que ambos se esfuerzan por no sonreír. Entrelazan los dedos, zanjando la discusión.

—¿Quién es ésta? —pregunta Léa. Me parece detectar un acento francés.

—Os presento a Franny Lynch —responde Basil.

Les estrecho la mano y los chicos parecen animarse.

—Tú eres la selkie, ¿eh? —dice Léa. Tiene una mano fuerte, manchada de grasa.

Me quedo callada unos segundos, sorprendida por la palabra y todas sus resonancias.

—Son criaturas medio humanas medio focas que se lanzan al agua, pero no para rescatar a la gente, como tú, sino para ahogarla.

—Sé lo que son las selkies, pero nunca he oído que ahogaran a nadie —murmuro.

Léa se encoge de hombros, me suelta la mano y se recuesta.

—Será que son traviesas e ingeniosas.

Se equivoca, pero trato de sonreír. Su actitud me vuelve recelosa.

—Cambiemos de tema —interrumpe Daeshim—. Tengo una pregunta, Franny. ¿Tú sigues las reglas?

Todos los ojos se posan en mí, expectantes.

La pregunta parece un poco tonta y casi podría reírme. Pero bebo un sorbo de vino y respondo.

—Siempre lo he intentado.

• • •

Ennis se acerca a la barra para pedir otra ronda, Samuel desaparece en los lavabos por decimocuarta vez («Cuando tengáis mi edad, no os hará tanta gracia») y Basil, Daeshim y Léa salen a la gélida terraza para fumarse un cigarrillo. Yo también querría ir, pero Malachai está sentado a mi lado y me bloquea el paso. El bar se ha vaciado un poco; la pianista ha dejado de tocar por esta noche.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —me pregunta con su voz grave mientras repiquetea la mesa con los dedos, como si siguiera el ritmo de la música que ya no suena. Sus ojos castaño oscuro se mueven con el aire inquieto de un cachorro excitado.

—Sólo una semana. ¿Y tú?

—Atracamos hace dos días. Mañana zarpamos a primera hora.

—¿Desde cuándo estás en el *Saghani*?

—Dae y yo, desde hace dos años.

—¿Y te... gusta?

Al sonreír deja ver sus blancos dientes.

—Bueno, ya sabes. Trabajamos mucho y es duro. Hay noches que estás tan cansado que te echarías a llorar, y además no puedes escaparte y salir del barco, que es pequeñísimo. Pero aun así le coges cariño. Es nuestro hogar. Dae y yo nos conocimos en un barco de arrastre hace unos años, pero corrió la voz de que éramos pareja y las cosas se pusieron feas. A esta tripulación le trae sin cuidado. Es nuestra familia. —Se calla un momento y sonríe con expresión divertida—. Aunque, entre tú y yo, es una casa de locos.

—¿Por qué lo dices?

—Samuel no ha parado hasta que ha conseguido tener un hijo en cada puerto de aquí a Maine, y recita poesía porque quiere que la gente sepa lo culto que es. Basil participó en un

programa de cocina en Australia, pero lo echaron porque es incapaz de hacer un plato normal: siempre nos da esas raciones minúsculas que dan en los restaurantes de lujo, ya sabes.

Sonrío.

—¿Es el cocinero?

—Y nos prohíbe entrar en la cocina.

—Al menos comeréis bien.

—No comemos hasta medianoche porque se pasa horas trajinando en la cocina, y acaba sirviéndonos lo que parece un montoncito de arena cubierto de pétalos de flores que nos deja mal gusto en la boca. También puede ser un auténtico gilipollas. Luego está Anik, pero, por favor, no me hagas hablar de él. Es nuestro primer oficial... ¿Lo has conocido? Bueno, pues dice que es la reencarnación de un lobo. Aunque si se lo preguntas otro día te dirá que es un águila o una serpiente, según lo deprimido que esté. Tardé siglos en darme cuenta de que me tomaba el pelo. No le gusta nada ni nadie, hablo en serio. Pero así son los esquiferos. Seres muy marginales.

Archivo la palabra «esquifero» para preguntar más tarde qué significa.

—¿Y Dae?

—El pobre siempre está mareado. No debería reírme, porque no tiene gracia. Pero es parte de su rutina diaria: se despierta, vomita, acaba el día, vomita y se va a dormir. Y a la mañana siguiente, vuelta a empezar.

Malachai podría estar inventándoselo todo, pero me divierte. Por su tono veo que les tiene cariño.

—¿Y Léa?

—Tiene mal genio y es la más supersticiosa de toda la tripulación. No puedes eructar sin que te lance alguna advertencia, y la semana pasada zarpamos dos días más tarde porque se negó a poner un pie en el barco hasta que la luna estuviera en la fase adecuada.

—¿Y Ennis?

Malachai se encoge de hombros.

—Bueno, es Ennis.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Es el capitán.

—Pero ¿a él no lo incluyes en la casa de locos?

—La verdad es que no. —Malachai se queda callado unos segundos, visiblemente incómodo—. Pero tiene sus problemas, como todo el mundo.

Lo encontré en el fondo de un fiordo, así que no puedo menos que creerlo. Espero a que continúe. Tamborilea furiosamente con los dedos en la mesa.

—Es adicto al juego, por ejemplo.

—¿No lo son todos los hombres?

—No de ese modo.

—Entiendo. ¿Qué tipo de juego? ¿Apuestas deportivas? ¿Carreras? ¿Blackjack?

—Lo que sea. Lo he visto perder la cabeza por completo. Tan sólo se le nubla la razón.

Malachai enmudece y me doy cuenta de que se siente culpable por haber hablado demasiado.

Cambio de tema.

—¿Y tú por qué lo haces?

—¿Por qué hago qué?

—Pasar tu vida en el mar.

Reflexiona unos minutos.

—Supongo que porque aquí tengo la sensación de vivir de verdad. —Sonríe con timidez—. Además, ¿qué otra cosa voy a hacer?

—¿No te afectan las protestas? —le pregunto; últimamente me parece que lo único que veo en las noticias son manifestaciones violentas en los puertos pesqueros de todo el mundo: «¡Salvemos los peces, salvemos los océanos!»

Él desvía la mirada.

—Claro que sí.

Ennis vuelve con las bebidas y me tiende otro vaso de vino.

—Gracias.

—¿Y qué piensa tu marido de que estés aquí? —me pregunta Malachai señalando mi anillo de boda.

Me rasco el brazo distraída.

—Trabaja en algo similar, así que lo entiende.

—¿Es científico?

Asiento.

—¿Cómo se llama la ciencia que estudia los pájaros?

—Ornitología. En este momento él da clases y yo estoy haciendo el trabajo de campo.

—¡Mucho más divertido, ¿no?! —exclama Malachai.

—Vamos, Mal, eres el mayor cobarde a este lado del Ecuador —interviene Basil sentándose—. Apuesto a que preferirías estar encerrado en un aula, fuera de peligro, antes que en alta mar. Aunque para eso tendrías que saber leer...

Malachai le hace una peineta y Basil sonríe.

—¿Qué piensa realmente? —me pregunta Ennis.

—¿Quién?

—Tu marido.

Abro la boca, pero no sale nada. Suspiro.

—No lo soporta. Siempre me estoy alejando de él.

Más tarde Ennis y yo, sentados junto a la ventana, contemplamos el fiordo que apenas unas horas antes nos ha engullido a los dos. A nuestra espalda los miembros de su tripulación están emborrachándose de forma lenta pero segura mientras discuten alrededor de un tablero de Trivial Pursuit. Léa no participa en las peleas, pero gana con aire de suficiencia la mayoría de las partidas. Samuel lee junto al fuego. Cualquier

otra noche yo me sentaría con ellos; los presionaría y azuzaría para ver de qué pasta están hechos. Pero esta noche tengo un cometido. Necesito subirme a su barco.

El sol de medianoche ha teñido el mundo de añil y la luz me recuerda la tierra donde crecí, Galway. He visto mucho mundo y lo que más me llama la atención es que, allá adonde voy, la luz nunca es la misma. La de Australia es brillante y cruda. La de Galway, más difusa, como una suave bruma. Aquí los perfiles de todas las cosas son nítidos y fríos.

—¿Qué dirías si te dijera que puedo llevarte hasta los peces?

Ennis arquea las cejas. Se queda un rato callado antes de responder.

—Supongo que estás hablando de tus pájaros y te diría que eso es ilegal.

—Sólo se ha vuelto ilegal debido a los métodos de arrastre que solían utilizar los grandes buques, que capturaban y mataban toda la vida marina y los pájaros de los alrededores. Pero ya no se usan esos métodos, al menos en barcos más pequeños. Los pájaros estarían a salvo. Si no fuera así no te lo sugeriría.

—Has estudiado el tema.

Hago un gesto de asentimiento.

—¿De qué estamos hablando realmente, Franny Lynch?

Voy a buscar los papeles de mi bolso y vuelvo a sentarme en el taburete junto a Ennis. Los dejo entre nosotros y trato de alisarlos con la mano.

—Estoy estudiando los patrones migratorios del charrán ártico, y en concreto la repercusión que ha tenido el cambio climático en sus hábitos de vuelo. Seguro que ya lo sabes... Es lo mismo que está matando a los peces.

—Y a todo lo demás.

—Y a todo lo demás.

Él mira los papeles aparentemente sin comprender, y no me

extraña; son artículos densos extraídos de publicaciones con el sello de la universidad.

—¿Conoces el charrán ártico, Ennis?

—Lo he visto por aquí. Estamos en la época de anidación, ¿no?

—Exacto. El charrán ártico realiza la migración más larga de todo el reino animal. Vuela del Ártico a la Antártida y regresa en menos de un año. Es un vuelo extraordinariamente largo para un ave de su tamaño. Y como vive una media de treinta años, la distancia que recorrerá a lo largo de su vida equivale a tres viajes de ida y vuelta a la luna.

Levanta la vista hacia mí.

El silencio se llena con la belleza de las delicadas alas blancas que llevan a una criatura tan lejos. Pienso en el coraje que eso entraña y podría echarme a llorar, y en la mirada de Ennis creo ver que entiende mi desazón.

—Quiero seguirlos.

—¿A la luna?

—No, a la Antártida. A través del Atlántico Norte, bordeando la costa americana de norte a sur, y bajando luego hasta las aguas glaciales del mar de Weddell, donde las aves descansarán.

Me mira con atención.

—Y necesitas un barco.

—Sí.

—¿Por qué no un buque oceanográfico? ¿Quién financia la investigación?

—La Universidad Nacional de Irlanda, en Galway. Pero me han retirado los fondos... Ni siquiera tengo un equipo de investigación.

—¿Por qué?

Escojo las palabras con cuidado.

—La colonia que has visto aquí, a lo largo de la costa, es

supuestamente la última del mundo.

Él exhala con fuerza, pero no parece sorprendido. Todos hemos oído hablar de la extinción de los animales; hace años que en los telediarios nos informan de la destrucción de sus hábitats, de las especies en peligro de extinción y de las que se declaran oficialmente extintas. Ya no hay simios en libertad, no quedan chimpancés, ni titís, ni gorilas; todos los animales que antes vivían en las selvas tropicales han desaparecido. Hace años que en las sabanas ya no se ven grandes felinos ni ninguna de las criaturas exóticas que antes se divisaban en los safaris. Han desaparecido los osos del polo norte, antes congelado, y los reptiles del sur, excesivamente caluroso, y el último lobo conocido murió el invierno pasado en cautividad. Apenas queda vida en estado salvaje, y todos somos profundamente conscientes del destino de los animales.

—La mayoría de las entidades que subvencionan la investigación han dado por perdidas estas aves —continúo— y se están centrando en otras especies donde creen que todavía hay algo que hacer. Se prevé que la migración de los charranes árticos de este año será la última. No se espera que sobrevivan.

—Pero tú no lo crees —dice Ennis.

Asiento.

—He puesto rastreadores en tres especímenes, pero sólo señalarán adónde se dirigen las aves. No son cámaras, así que no nos permitirán ver su comportamiento. Alguien tiene que ser testigo de cómo sobreviven para que podamos ayudarlas. No creo que vayamos a perder estas aves. Vamos, estoy segura.

Él mira el sello de la universidad estampado en los papeles en silencio.

—Si queda algún banco de peces en todo el océano, te aseguro que estos pájaros lo encontrarán. Buscarán en los lugares críticos. Llévame contigo al sur para que podamos seguirlos.

—Nosotros no vamos a llegar tan al sur. Bajaremos de Groenlandia a Maine y volveremos. Eso es todo.

—Pero podrías ir más lejos, ¿no? ¿Al menos hasta Brasil...?

—¿Al menos? ¿Sabes lo lejos que está Brasil? No puedo ir a donde me plazca.

—¿Por qué?

Me mira con paciencia.

—La pesca tiene sus protocolos. Hay que respetar los territorios y los métodos, las mareas, y los puertos en los que he acordado vender lo que pesquemos. El sustento de la tripulación depende de las capturas y las entregas. Ya he tenido que cambiar la ruta por culpa de todos los puertos que están cerrando. Si hago más cambios podría perder todos los compradores que me quedan.

—¿Cuándo fue la última vez que cumpliste con tu cuota?

No responde.

—Puedo llevarte hasta los peces, te lo prometo. Sólo tienes que atreverte a ir más lejos de lo que has ido hasta ahora.

Él se levanta. Se le ha endurecido la expresión. He tocado una fibra sensible.

—Serías otra boca que alimentar, y no puedo pagarte ni ofrecerte una cama.

—Trabajaré gratis...

—No sabes nada de barcos de pesca. No estás preparada. Estaría firmando tu sentencia de muerte si te dejara subir a bordo.

Niego con la cabeza, sin saber cómo convencerlo.

—Firmaré un documento eximiéndote de la responsabilidad.

—No es posible, encanto. Pides demasiado a cambio de nada. Lo siento, es una idea romántica eso de seguir a los pájaros, pero la vida en el mar es muy dura y me debo a mi tripulación.

Ennis me toca brevemente el hombro, a modo de disculpa, y se une a los demás.

Apuro mi vaso de vino sentada junto a la ventana. Me duele cada vez más el pecho y si me muevo estallaré en mil pedazos.

¿Qué dirías si estuvieras aquí, Niall? ¿Cómo lo enfocarías?

Niall diría que lo he pedido por las buenas, así que sólo me queda probar por las malas.

Miro a Samuel, que está sentado junto al fuego. Voy a la barra, pido dos vasos de whisky y le llevo uno.

—Parecías muerto de sed.

Sonríe satisfecho.

—Hace mucho tiempo que no me invita a una copa una jovencita.

Le pregunto por el libro que está leyendo y lo escucho contarme el argumento, luego lo invito a otro whisky y seguimos hablando de literatura y de poesía, y lo invito a otro, y observo cómo se le suelta la lengua a medida que se va emborrachando. Noto que Ennis me mira; ahora que está al corriente de mis intenciones creo que sospecha de mí. Pero me concentro en Samuel, y en cuanto le veo las mejillas sonrosadas y los ojos vidriosos desvío la conversación hacia su capitán.

—¿Cuánto hace que trabajas en el *Saghani*, Samuel?

—Casi una década, diría.

—Caramba. Entonces Ennis y tú debéis de estar muy unidos.

—Él es mi rey y yo su Lancelot.

Sonrío.

—¿Él es tan romántico como tú?

Samuel suelta una risita.

—Mi mujer diría que eso es imposible. Pero todos los marineros tenemos una vena romántica.

—¿Por eso elegisteis este oficio?

Asiente despacio.

—Lo llevamos en la sangre.

Me revuelvo en mi butaca, tan intrigada como horrorizada por esas palabras. ¿Cómo pueden llevar en la sangre matar sin

reservas? ¿Cómo pueden pasar por alto lo que está ocurriendo en todo el mundo?

—¿Qué haréis cuando ya no podáis pescar?

—Yo iré a casa con mis hijas. Estaré bien. Y los demás todavía son jóvenes, se recobrarán y encontrarán otra forma de vivir. Pero Ennis no sé qué hará.

—¿No tiene familia? —le pregunto, aunque sé la respuesta.

Samuel suspira afligido y da un gran trago de whisky.

—Sí, sí que tiene. Pero es una historia muy triste. Ha perdido a sus hijos, y ahora intenta ganar suficiente dinero para cambiar de vida y recuperarlos.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha perdido la custodia?

Samuel asiente.

Me recuesto en la butaca y contemplo cómo las llamas crepitan y chisporrotean.

Me sobresalto al oír una voz suave y grave, y me doy cuenta de que Samuel está cantando una melancólica balada sobre la vida en alta mar. Dios mío, lo he llevado al borde del abismo. Intento no reírme cuando descubro que la mitad del pub está mirando.

Hago una señal a Ennis mientras lo ayudo a levantarse.

—Creo que es hora de irnos a la cama, Samuel. ¿Puedes ponerte de pie?

Su voz se vuelve operística a medida que aumenta su intensidad.

Ennis se acerca para ayudarme a sostener al hombre, entrado en años, que pesa lo suyo. Recojo mi mochila, y entre los dos sacamos del pub a Samuel, que sigue cantando.

Fuera no puedo contenerme por más tiempo y me echo a reír.

Segundos después oigo a Ennis reírse por lo bajo.

—¿Dónde habéis atracado? —le pregunto.

—Puedo llevármelo solo, encanto.

Insisto y él asiente. Aún no ha amanecido, pero una luz gris azulada crea la ilusión de un sol pálido asomando en la lejanía.

Bordeamos el fiordo en dirección al muelle. El mar se extiende ante nosotros, fundiéndose a lo lejos con el horizonte. Una gaviota grazna por encima de nuestras cabezas; se han vuelto tan escasas que la observo un buen rato hasta que desaparece.

—Ahí está —me dice Ennis.

Y lo veo. Un bonito barco pesquero, de unos treinta metros de largo, con el casco pintado de negro y *Saghani* escrito en el costado.

En cuanto leí el nombre supe que ese barco estaba hecho para mí. «Cuervo.»

Ayudamos a Samuel a subir a bordo y, una vez en la cubierta, lo conducimos a su camarote. Los pasillos son estrechos y tenemos que agacharnos para entrar. Es un camarote pequeño y poco amueblado, con una cama a cada lado. Titubea antes de desplomarse en su colchón como un árbol recién talado. Me peleo con sus zapatos mientras Ennis sale a buscarle un vaso de agua. Cuando vuelve, Samuel ya está roncando.

Ennis y yo nos miramos.

—Te dejo a ti el resto —le susurro.

Él me acompaña a la cubierta principal. El olor del océano invade todo mi ser, como siempre, y me detengo, incapaz de irme.

—¿Estás bien?

Tomo una profunda bocanada de aire impregnado de sal y algas, y pienso en la distancia que hay hasta allí, pienso en su migración y en la mía, y veo al capitán con otros ojos, tal vez porque ahora sé lo de sus hijos.

Saco el mapa de la mochila y me siento junto a la barandilla. Ennis me sigue y extiendo el mapa entre los dos.

Mientras el amanecer se acerca invisible, le muestro en silencio las distintas rutas que toman los pájaros y dónde vuelven a reencontrarse. Siempre parten por caminos diferentes, pero todos acaban en los mismos lugares. Saben exactamente dónde deben reunirse para encontrar peces.

—Los lugares cambian un poco de un año a otro —señalo—. Pero sé lo que estoy haciendo. Cuento con la tecnología necesaria. Te prometo que puedo llevarte hasta ellos.

Ennis examina el mapa y las líneas que cruzan el Atlántico.

—Sé lo importante que esto es para ti, que te juegas la custodia de tus hijos. Será tu última captura.

Él levanta la vista. No sabría decir de qué color son sus ojos bajo esa luz. Parece muy cansado.

—Te estás ahogando, Ennis.

Nos quedamos un rato ahí sentados sin oír más que el suave chapoteo de las olas contra el casco. A lo lejos grazna la gaviota.

—¿Eres una mujer de palabra? —me pregunta Ennis.

Asiento una vez.

Se levanta y baja por la escalerilla.

—Zarparemos en dos horas —me dice sin detenerse.

Doblo el mapa con dedos temblorosos. Me invade una oleada de alivio tan profunda que estoy a punto de vomitar. Mis pasos resuenan débilmente al recorrer la pasarela de madera. Una vez en tierra firme, me vuelvo para mirar el barco y el nombre escrito en el casco.

Mamá me decía que buscara las pistas.

—¿Las pistas de qué? —pregunté la primera vez.

—Las pistas de la vida. Están por todas partes.

Llevo buscándolas desde entonces y me han conducido hasta este barco, donde pasaré el resto de mi vida. Porque he tomado una decisión: cuando llegue a la Antártida y haya concluido mi migración, moriré.

Comisaría de la garda, Galway
Cuatro años atrás

El suelo es de linóleo barato y está muy frío. He perdido los zapatos en alguna parte y he andado cinco kilómetros por la nieve aferrada a una bolsa con un equipo de fútbol. No sé dónde los he perdido. Se lo he dicho a los policías, que me han hecho esperar en esta sala, y aún no han vuelto para contármelo.

Pero lo sé.

Los minutos se convierten en horas, y para mantenerme ocupada recito mentalmente pasajes que recuerdo de Tóibín. Busco consuelo en su historia sobre una mujer que amaba el mar. Pero recitar en prosa me cuesta mucho, así que recurro a la poesía. Mary Oliver y sus gansos salvajes, y el delicado animal de su cuerpo que ama lo que ama, e incluso eso es difícil. El acto de retenerlos requiere un esfuerzo constante que me erosiona la mente. La cáscara larga y serpenteante de una naranja que se pela del tirón, eso es mi cerebro. ¿Qué hay de Byron? «El corazón se romperá...» No, mejor Shelley: «De qué valen todos estos besos...» O quizá Poe: «Yazco al lado de mi querida, mi querida...»

La puerta se abre y me salva de mí misma. Me tiembla todo el cuerpo y hay un charco de vómito junto a mi silla que no recuerdo haber arrojado. La detective es un poco mayor que yo y va impecablemente arreglada: pelo rubio recogido en un pulcro moño, traje hecho a medida de color carbón y zapatos de esos que repiquetean en el suelo. Los suyos me hacen pensar en un caballo. Me fijo en estos detalles con una precisión extraña. Ella ve el vómito y contiene una mueca de asco mientras pide a alguien que lo limpie. Luego se sienta delante de mí.

—Soy la inspectora Lara Roberts. Y tú eres Franny Stone.

Trago saliva.

—Franny Lynch.

—Sí, por supuesto, disculpa. Franny Lynch. Te recuerdo de la escuela. Ibas un par de cursos por debajo. Ibas y venías, nunca te quedabas mucho tiempo. Hasta que te marchaste para siempre. Volviste a Australia, ¿no es así?

La miro aturdida.

Llega un hombre con una fregona y un cubo, y esperamos mientras limpia el vómito a conciencia. Se va con sus utensilios y vuelve al cabo de un par de minutos con una taza de té recién hecho. La sostengo con las manos congeladas, pero no bebo. Me da miedo vomitar otra vez.

La inspectora Roberts sigue sin hablar y yo carraspeo.

—¿Y bien?

Entonces caigo en la cuenta del horror que se ha esforzado en ocultarme. Cae de sus ojos como un velo.

—Están muertos, Franny.

Pero eso ya lo sabía.

3

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

Han empezado a sangrarme las manos al menor roce. Paso seis horas al día haciendo nudos. Debo practicar hasta que sepa hacer los diez nudos marineros más comunes con los ojos cerrados o incluso dormida. Tengo que conocerlos a fondo y saber cuál utilizar para cada tarea. Estaba segura de haberlo conseguido hace unos días, pero Anik me ha obligado a seguir practicando. Han empezado a salirme ampollas, que se me revientan y me sangran, y cada mañana las costras que se han formado por la noche se desprenden y vuelven a sangrar. Voy dejando un rastro de mí misma en todo lo que toco.

Aunque hacer nudos es doloroso, resulta relativamente relajante comparado con el resto de mis tareas. Dos veces al día limpio la cubierta con una manguera a presión. La restriego de arriba abajo y ordeno todo el equipo, las pesadas máquinas y los bidones de gasolina. Limpio todas las ventanas, quitando la sal y la mugre incrustadas en ambos lados del cristal. También limpio el interior del barco, aspiro los suelos de los camarotes, friego la cocina, froto todas las superficies y me aseguro de que no queda una gota de agua estancada en ninguna parte, poniendo especial cuidado en la cámara frigorífica. El agua estancada es el gran enemigo de un barco. Lo oxida y causa averías.

Los primeros días después de zarpar los pasamos desempaquetando y guardando bien las provisiones. Hay para

dar de comer a un regimiento, porque nos tiene que durar meses. Ayer empecé a estudiar las redes. El *Saghani* es un barco de pesca de cerco y lleva redes de un kilómetro y medio. La tripulación dedica mucho tiempo a mantener en buen estado estas redes, así como los plomos, los cables y el enorme halador, que es una especie de polea mecánica que se eleva hacia el cielo como el brazo de una grúa. Todavía no he visto funcionar nada de todo esto porque hasta ahora hemos navegado por aguas peligrosas en busca de un banco de arenques que tal vez no existe. En los bordes de las redes, que debemos enrollar en círculo para que no se enreden, hay unos objetos flotantes de color amarillo brillante que llamamos «corchos». Enrollar las redes también me revienta las ampollas de los dedos, pero hoy he estado practicando ocho horas sin parar a fin de poder hacerlo de forma rápida y eficaz cuando llegue el momento de usarlas. Luego he vuelto a limpiar lo que ya estaba limpio.

Creo que entre todos intentan desmoralizarme.

La tripulación no me quiere aquí. Todos se quedaron desconcertados cuando se enteraron del nuevo plan y el cambio de rumbo. Les asusta navegar por aguas que ni siquiera su capitán conoce. Están resentidos conmigo por ello.

Pero lo que no sospechan es que disfruto de cada segundo de estas agotadoras y laboriosas jornadas de dieciocho horas. No he estado tan cansada en toda mi vida, lo que es perfecto. Significa que duermo.

El *Saghani* avanza lentamente a través de la gruesa capa de hielo de la costa de Groenlandia, rompiéndola en grandes pedazos que salen despedidos. El ruido que hace no se parece a nada que haya oído antes: crujidos y siseos ensordecedores perforan el cielo junto con el persistente estruendo del mar y

las máquinas.

Me abrocho bien el anorak. Llevo tres camisetas térmicas, pero sigo teniendo frío. Me gusta la sensación. El viento helado me muerde las mejillas y los labios, me los seca y me los agrieta. De forma excepcional se me permite un descanso de mis obligaciones para observar cómo avanzamos. Ennis está arriba, en el puente de mando, maniobrando entre los peligrosos bloques de hielo. A través del cristal cubierto de sal, bajo un cielo gris enfurecido, sólo distingo su poblada barba oscura. A su lado está Samuel, con un uniforme naranja fluorescente, controlando los equipos medidores. Los demás van y vienen de la popa a la proa para vigilar el avance del barco y asegurarse de que no hay trozos de hielo lo bastante grandes para dañar el casco. Se comunican a gritos en una lengua que me resulta extraña, como todo lo que dicen a bordo. Usan expresiones como «por el través», «pique de proa» y «tesar».

Los charranes árticos aún no han salido de Groenlandia. He estado comprobando obsesivamente los puntitos rojos en mi ordenador portátil. Sé que no tardarán en hacerlo, pero mientras tanto nos mantendremos en las aguas habituales del *Saghani*, confiando en que habrá suerte.

Es Ennis quien decide la ruta y encuentra los peces, por lo que el sustento de su tripulación depende enteramente de su capacidad para rastrear este enorme océano. No he hablado con él desde que subí a bordo. Casi no lo veo; salvo de lejos, detrás del timón. No come con nosotros. Basil dice que es normal, está ocupado estudiando las cartas de navegación, los partes meteorológicos y los dispositivos de rastreo por sonar. Siente el peso de la responsabilidad.

—Es el jefe de la expedición —me dijo Anik mi primer día, como si yo debiera saberlo—. Eso lo hace diferente. No es como nosotros.

—Sólo se está asegurando de que no moriremos todos, y menos mal —murmuró Samuel, encendiendo dos cigarrillos a la vez y pasándole uno a Anik.

Así es como voy conociendo al capitán del *Saghani*, de lejos y a través de la información fragmentada que me ofrecen los miembros de su tripulación. Como capitán dispone de un camarote aparte, mientras que los demás tenemos camarotes dobles, todos contiguos al pequeño comedor y la cocina. A mí me han instalado en el de Léa, que no está acostumbrada a compartir su espacio con nadie, por decirlo suavemente. Sólo me habla para ladrarme órdenes, y en el camarote apenas hay espacio para los dos catres. Si soporto su tamaño minúsculo es porque me acuesto demasiado cansada para quedarme despierta en la oscuridad imaginando que estoy dentro de un ataúd.

—¡Apártate, Franny! —me grita Dae, pasando por mi lado a toda velocidad. Salto a un lado a tiempo de oírlo vociferar—: ¡Un iceberg a dos grados a babor!

Me inclino sobre la barandilla para verlo. De la capa de hielo que nos rodea sobresale un iceberg, y vamos directos hacia él. Por su forma cabe pensar que la mayor parte se extiende muy por debajo de la superficie y sólo asoma una punta al exterior. Los rompehielos no pueden hacer nada contra los icebergs. Éste no parece tan grande como para causar daños serios, pero lo mismo debieron de pensar los pasajeros del *Titanic*. Y en realidad la situación no pinta demasiado bien, a juzgar por los ruidos que me llegan de la tripulación.

—¡Preparaos para chocar!

Basil me tira bruscamente al suelo y se tumba encima de mí. El impacto nos hace rodar por la cubierta y me golpeo el hombro contra la pared. Hago una mueca de dolor mientras el barco corrige una vez más el rumbo. Si Basil no me hubiera atrapado me habría caído por la borda. Él ya ha salido

disparado hacia las escalerillas. Me levanto con dificultad y me agarro a la barandilla. Ya hemos pasado el iceberg y, a juzgar por el ángulo de nuestra trayectoria, lo hemos rozado. Veo ante nosotros el océano, libre de hielo, y mi corazón no sabe si acelerarse o calmarse.

No es que quiera que nos hundamos, pero ha sido emocionante.

—¡Todo despejado! —grita Ennis desde su puesto una vez que salimos del hielo.

—¡Sí, patrón! —responde Léa.

—¡Así se hace! —grita Mal.

Ennis baja y se acerca a grandes zancadas hasta la zona del impacto. Descuelga una pesada escalera de cuerda por el costado a fin de comprobar si hay desperfectos en el casco. Me inclino para verlo; baja con gran soltura. La espuma del mar lo salpica, pero él sigue bajando y desliza la mano por el enorme raspón para determinar su profundidad. Cuando se da por satisfecho, sube y de un salto se planta con las botas llenas de agua en medio de la tripulación expectante.

—Es superficial —anuncia.

Todos dejan escapar tacos llenos de alivio.

—¿Estás bien, encanto? —me pregunta.

Son las primeras palabras que me dirige desde la noche en que nos conocimos.

—Miradla —dice Mal.

Todos se vuelven hacia mí y, al ver mi expresión, sea cual sea, se echan a reír. Incluso Léa se ríe entre dientes. Sólo Anik me mira con exasperación.

Ennis sonríe y me da una palmada en el hombro al pasar por mi lado.

—Ahora ya te ha atrapado.

—Eh, Franny, despierta.

No.

—Vamos.

Alguien me está sacando a rastras de la cama. No puede haber amanecido ya. Parpadeo adormilada y veo a Dae.

—¿Qué haces? Déjame dormir.

—La cena está servida.

—Estoy hecha polvo.

—Si no comes te morirás.

Veo que no va a desistir, así que me pongo en pie a duras penas y me abro paso a trompicones por el desordenado camarote. Malachai me hace un sitio a su lado en una esquina de la mesa. Los bancos están forrados de un cuero marrón pegajoso y cuarteado, y cuando nos sentamos los siete no sobra ni un milímetro de espacio. Por encima de nuestras cabezas, colgado en la pared, hay un pequeño televisor con forma de ladrillo, y todos estiramos el cuello para ver uno de los cuatro DVD que tienen a bordo: esta noche toca *La jungla de cristal*. Todos se saben de memoria sus diálogos, palabra por palabra. Apoyo la cabeza en el respaldo y me quedo dormida.

—¡¿Qué demonios haces ahí?! —me grita Dae despertándome.

—¿Qué hora es? —le pregunto aturdida.

—¡Es la una de la madrugada! —chilla Dae sin mirarme siquiera.

—¡Paciencia! —grita la voz de Basil desde la cocina.

—¿Puedo irme a la cama, por favor? —pregunto.

A Mal y a Dae les divierte verme tan adormilada.

—¿No lo llevas bien, princesa? —me pregunta Léa fríamente.

Me hundo más en el banco y paso de ellos.

Samuel se sienta pesadamente y me deja un vaso de chupito delante.

—Te sentará bien.

No estoy de humor para discutir, así que me lo bebo. Me arde tanto en la garganta que escupo la mitad sobre la mesa y toso hasta que me lloran los ojos. Se ríen aún más de mí. Miro a Samuel con desconfianza.

—¿Es una venganza?

Él sonríe.

—Soy un hombre pacífico. «Ojo por ojo y el mundo acabará ciego.»

Sirve chupitos para los demás.

—Yo también odio este brebaje —coincide Malachai mientras se lo lleva a los labios.

—Buena suerte —murmuro.

Alguien jadea.

—*Putain de crétin!* —gruñe Léa.

—¿Qué?

—¡No digas buena suerte, imbécil!

—¿Por qué no?

—Porque da mala suerte.

Todos me miran y abro las manos con expresión inocente.

—Bueno, ¿y cómo iba a saberlo?

—No sabes nada de nada —espeta Léa.

—Pues enséñame tú.

—Primera lección —anuncia Samuel.

—No subir nunca a bordo con el pie izquierdo —enuncia Léa, estremeciéndose sólo de pensarlo.

—No zarpar en viernes —tercia Dae.

—No abrir una lata al revés —señala Samuel.

—Nada de plátanos. Ni de silbar —continúa Léa.

—Y nada de mujeres a bordo —añade Basil guiñándole un ojo cuando sale de la cocina con un plato en cada mano—. No te preocupes, en el *Saghani* vivimos peligrosamente.

Samuel y Dae se quedan mirando los platos que les ha puesto delante. Y con razón: en cada uno hay un puñado de espaguetis

formando una sinuosa S decorada con delicados arabescos de salsas rojas y amarillas, y rematada con lascas de lo que parece parmesano, perfectamente encajadas en la pasta para mantenerse rectas. La verdad es que me sorprende que haya tanta comida fresca a bordo, pero la travesía no ha hecho más que empezar. Según Dae, los menús irán empeorando con el tiempo.

—¿Qué…?

Mal ni siquiera acaba la frase. Parece que o bien ha contenido el impulso de gritar o está sufriendo un infarto.

—¿Qué se supone que es esto? —exige saber Samuel.

—Espaguetis a la boloñesa —responde Basil cuando vuelve con más platos—. Dijisteis que querías algo normal y ahí lo tenéis.

—¿Llamas a esto «normal»?

—Está deconstruido.

—¿Y no se podría reconstruir, por favor?

No puedo evitar reírme y me tapo la boca.

Dae va a la cocina a rescatar las sobras y nos sirve a todos una ración normal mientras Basil se queja de que el populacho siempre come demasiado. Me pasan un bol de espaguetis solos porque ya saben que soy vegetariana.

—¿Ni siquiera pescado? —me preguntó Basil cuando se enteró.

—Ni siquiera pescado.

Todos recibieron mi respuesta con mucho recelo.

Después de cenar, lavo los platos y friego la cocina, y como me he despejado un poco con la comida, me sirvo unos dedos de whisky para acallar el ruido que tengo en la cabeza y subo a fumar a la cubierta principal.

Hemos dejado atrás el sol de medianoche. La oscuridad nos ha encontrado.

Deambulo hacia la proa para contemplar la interminable

extensión de mar negro. Todo está bastante tranquilo y silencioso salvo por el zumbido del motor y el susurro del océano. Avanzamos a buen ritmo hacia el sur. Enciendo un cigarrillo, sabiendo que cuando empiezo no puedo parar, y que probablemente me quedaré aquí y me fumaré un paquete entero, encadenando uno tras otro en un esfuerzo por sobrevivir a la noche. Es agradable sentir el humo tóxico en los pulmones; es una sensación destructiva.

—Ennis asegura que éste es el único lugar que queda realmente salvaje —dice Samuel, que ha aparecido a mi lado.

Miro las oscuras aguas y sé a qué se refiere. Me alegro de que Dae me haya despertado; no he tenido un momento para pensar desde que embarqué hace una semana.

—¿Crees que tu mujer te perdonará por estar más tiempo fuera? —le pregunto.

—Claro que sí. Pero no estoy tan seguro de que te perdone a ti.

No sé qué decir. Podría disculparme, pero no me arrepiento.

—¿No le gusta que te vayas?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—«Hay placer en los bosques sin caminos. Hay éxtasis en una costa solitaria. Hay compañía, allí donde nadie está presente. Hay sociedad donde nadie se entromete, y hay música en el rugido del océano profundo.»

—Byron —digo, y sonrío.

—Válgame Dios, los irlandeses me encantáis. —Guarda silencio un momento y luego añade sonriendo—: Y me encanta pescar.

«Pero ¿por qué?», quiero preguntarle. ¿Por qué?

Puedo entender que le atraiga navegar, por supuesto. Siempre he amado el mar. Pero ¿pescar? Quizá no sea exactamente la pesca lo que aman estas personas, sino la

libertad, la aventura, el peligro. Quiero creerlo por el respeto que les tengo.

—Pero podría prescindir del ir y venir, de los meses de ausencia. ¿Sabes lo que realmente me gustaría? —pregunta Samuel.

—No. ¿Qué te gustaría?

—Me gustaría tener un pequeño terreno cerca de la playa y una caña de pescar, y pasar todo el día pescando, bebiendo vino y leyendo poesía.

—¿A algún poeta en particular?

—«¿No crees que necesitamos un mundo de aflicciones y dificultades para educar nuestra inteligencia y convertirla en alma?»

Busco en mi memoria y pruebo suerte.

—¿Keats?

—Eso son puntos extra.

—Suena idílico. ¿Qué te detiene?

—Tengo muchas bocas que alimentar.

Medito sus palabras. Lo que lo aleja de su casa no es el bosque sin senderos ni la costa solitaria, sino más bien la necesidad.

—¿Aún pesca mucho él? —le pregunto.

Samuel se encoge de hombros, incómodo.

—Antes sí. Todos querían trabajar para Ennis Malone. Había arenques para dar y vender. Ahora no es tan fácil. El mundo está cambiando. Las cosas se ponen feas. —Me mira—. No tenemos tiempo para perseguir pájaros por el mundo.

Me callo. Ya les he dicho que los pájaros los conducirán a los peces, pero no me creen. Creen en la superstición y en la rutina. Creen en su conocimiento profundo de los océanos por los que navegan.

—Hoy, lo de ese iceberg… no ha sido nada —continúa Samuel—. Será mucho peor cuando lleguemos a la corriente

del Golfo.

—¿Por qué?

—Confluye con la corriente del Labrador, que nos llevará al sur. Son dos de las grandes corrientes del planeta y se mueven en direcciones opuestas. —Samuel da una calada a su cigarrillo, que brilla en la oscuridad—. Cuando llegas al punto en que se encuentran... —Niega con la cabeza—. Puede pasar cualquier cosa. El Atlántico es un océano feroz. Ennis me dijo una vez que llevaba toda la vida navegando por él y apenas lo conocía.

—Ennis parece decir cosas a todo el mundo menos a mí.

Samuel me mira de reojo y luego se acerca y me acaricia el hombro con amabilidad.

—Eres nueva. Y está concentrado.

—Está cabreado.

—Si se arrepiente de su decisión no la tomará contigo. No es tan mezquino. Mira, yo sólo quiero saber si realmente sabes lo que haces. Lanzarse a una travesía en alta mar sin tener habilidades para sobrevivir es una forma segura de ir a la tumba. Pensándolo bien, lo es incluso si cuentas con esas habilidades.

—Tú has sobrevivido —le digo; sospecho que bajo esa figura voluminosa se esconden unos pies ágiles.

—Y casi cada día temo que la diosa Fortuna cambie de opinión al respecto.

Me encojo de hombros.

—Bueno, Samuel, qué puedo decir. Si muero en este barco, supongo que ése era mi destino, ¿no?

—Mmm.

—¿Mmm qué?

Ahora me mira con calidez.

—¿Cómo es posible que alguien tan joven esté tan cansado de vivir?

Al ver que no respondo, me abraza. Me coge por sorpresa y no me da tiempo a devolverle el abrazo. En este mundo hay muy poca gente que ofrezca ternura sin esperar nada a cambio.

No sigo al viejo marinero cuando vuelve a entrar. Me quedo pensando en lo que ha percibido en mí y que sé que no es cierto. Lo que me cansa no es la vida, con sus asombrosas corrientes marinas, sus capas de hielo y el entramado de delicadas plumas que forma un ala. No, estoy cansada de mí.

Hay dos mundos. Uno está hecho de agua y tierra, roca y minerales. Tiene un núcleo, un manto y una corteza, y oxígeno para respirar.

El otro está hecho de miedo.

He habitado en ambos y sé que son engañosamente parecidos. Hasta que es demasiado tarde, y miras a los ojos de los demás reclusos para ver si hay muerte en ellos, y escudriñas cada rostro con el que te cruzas, y escuchas el murmullo furioso para tratar de determinar si serás tú el próximo blanco, y rascas las paredes de la celda con las uñas desesperada por escapar, por salir de allí y disfrutar del aire libre y el cielo, todo menos estar en esa tumba cada vez más claustrofóbica.

El mundo del miedo es peor que la muerte. Es peor que todo.

Y ese mundo me ha encontrado una vez más en el Atlántico, dentro de este camarote que se sacude.

Ésta es la primera noche que no puedo dormir.

—Coberteras primarias —susurro, me castañetean los dientes—, coberteras mayores, coberteras medianas, escapulares, manto, nuca, píleo... Mierda.

Me incorporo bruscamente. Esta noche no me sirve este mantra, no me calma ni me devuelve a mi centro, nada me distrae del terror de esta habitación sin cielo.

Enciendo la linterna y la dejo encima de mi mochila para que

ilumine el cuaderno.

«Niall», garabateo. Tengo que evitar sucumbir a un ataque de pánico total.

> *¿Dónde están tus pulmones cuando los necesito? ¿Dónde está tu sensatez, tu calma infinita?*
>
> *Ha pasado más de una semana y hemos dejado atrás el hielo. Nos dirigimos a la corriente del Labrador, que, según Samuel, es peligrosa. Según él, todo el océano lo es. No creo que esto te gustara, ya que prefieres tener los pies en tierra firme, pero el mar es como el cielo, y yo nunca me canso de ninguno de los dos. Cuando muera no me entierres. Deja que el viento esparza mis cenizas.*

Me detengo porque las lágrimas me han empañado los ojos. Ésta no será una de las cartas que envíe. Él se asustaría al oírme hablar de la muerte.

—Apaga esa maldita luz —me dice Léa desde su cama.

Revuelvo en la mochila hasta encontrar los somníferos. Se supone que no debo mezclarlos con alcohol, pero a estas alturas me importa un bledo. Me trago uno y cierro los ojos. «Coberteras primarias, coberteras mayores, coberteras medianas, escápulas, manto, nuca, píleo...»

Cuando me despierto estoy unos centímetros por encima del mar. Ruge negro e insondable, y noto en la cara la espuma helada. Por un instante creo que es el sueño más realista y perfecto, pero al instante me doy cuenta de que estoy despierta, y doy tal respingo que casi me caigo al agua.

Me agarro a la escalera de cuerda que vi utilizar a Ennis. Se balancea precariamente contra el casco del barco. Tengo los nudillos helados y blancos de la fuerza con que me aferro, y no voy lo bastante abrigada, ni mucho menos.

He llegado aquí sonámbula.

Estoy a punto de subir la escalera cuando me detengo. Me he encontrado antes en situaciones extrañas, pero nunca tan extremas ni tan peligrosas. Por primera vez en años me siento intensamente viva. Si soy sincera, desde la noche en que mi marido me dejó.

Para ser justos, yo lo dejé primero, tantas veces que no las puedo contar.

«Tienes una voluntad terrible», me dijo una vez. Y es cierto, pero yo he sido víctima de ella mucho más tiempo que él.

La escalera de cuerda me saca del mar. Alguien ha accionado la manivela y me estoy elevando sin haberlo decidido. Por un momento odio a esa persona, pero se me ofusca la mente a medida que me penetra el frío. Unas manos tiran de mí y me convierto en un fardo de extremidades. Gracias al claro de la luna descubro que es Léa, cuyo largo cuerpo es lo bastante fuerte para sostener el mío. Apenas me aguantan las piernas, así que ella lo hace por mí.

—Joder.

—Estoy bien.

—Estás congelada, maldita sea. —Empieza a tirar de mí por la cubierta y me agarra cuando tropiezo—. Qué coño haces, Franny. —Pero no es una pregunta—. Qué te pasa.

Nos las arreglamos para bajar la escalera. Me castañetean los dientes como diminutos martillos neumáticos. Entramos en el pequeño cuarto de baño, que tiene una ducha tan estrecha que debo salir para lavarme el pelo. Ella me arranca el jersey y me mete debajo del chorro de agua caliente. Quema tanto que me muerdo la lengua y noto un sabor metálico. Me fallan las rodillas y Léa me agarra a tiempo para caerse conmigo al suelo. Ahora estamos las dos empapadas y escaldadas, una maraña de extremidades congeladas y ardiendo, y en todos los estados intermedios.

—¿Qué te pasa? —repite, pero esta vez es una pregunta.
Resoplo riéndome.
—¿Cuánto tiempo tenemos?
Me aprieta con fuerza hasta abrazarme.
—Lo siento mucho —me limito a decir, y es verdad.
No tengo energía para más.

4

Universidad Nacional de Irlanda, Galway
Doce años atrás

—«Nos comimos los pájaros. Nos los comimos. Queríamos que su canto nos subiera por la garganta y nos saliera por la boca, así que nos los comimos. Queríamos que sus plumas nos brotaran de la piel. Queríamos sus alas, volar como ellos, revolotear libremente entre las copas de los árboles y las nubes, así que nos los comimos. Los atravesamos con lanzas, los apedreamos, los inmovilizamos, los cazamos con redes, los ensartamos y los arrojamos a las brasas, y todo por amor, porque los amábamos. Queríamos ser uno con ellos» —dice él.

Reina el silencio en la enorme sala. Se le ve pequeño detrás de su atril, pero es lo bastante grande para llenar el espacio. Con una voz lo bastante fuerte y poderosa. No perdemos ni una sílaba de lo que dice, aunque las palabras no sean suyas y él no haga más que citar a Margaret Atwood.

—Llevan aquí doscientos millones de años —continúa— y hasta hace poco había diez mil especies. Evolucionaron para ir en busca de alimento, viajando más lejos que cualquier otro animal para sobrevivir, y así colonizaron la Tierra. Desde el pájaro aceitero, que vivía en cuevas oscuras como boca de lobo, hasta el ganso indio, que sólo se encontraba en la desolada meseta tibetana, pasando por el colibrí rojizo, que sobrevivía al frío gélido de más de cuatro mil pies de altitud, y el buitre grifo de Rüppell, capaz de volar tan alto como un avión comercial. Estas extraordinarias criaturas fueron sin duda

las que mejor se propagaron en la tierra, porque aprendieron a vivir con valentía en cualquier lugar.

El corazón me late demasiado deprisa y me obligo a calmarme y a respirar más despacio para asimilarlo todo. Para saborearlo y recordar cada detalle, porque dentro de nada tendré que salir del aura de sus maravillosas palabras.

El profesor se aparta de su atril y extiende las manos en actitud suplicante.

—La única amenaza real que existe para los pájaros somos nosotros. En el siglo XVII, el petrel de las Bermudas, de la familia de los proceláridos, que es el ave nacional del archipiélago, se cazaba para el consumo humano a un ritmo tan catastrófico que se creyó que se había extinguido. Hasta que en 1951 descubrieron, por pura casualidad, dieciocho parejas que habían anidado en los acantilados de las pequeñas islas. Me imagino lo emocionante que fue ese día.

Guarda silencio como si lo estuviera viendo, y me maravilla el poder que tiene sobre el público. Estoy con él en esos acantilados, descubriendo esos pajaritos solitarios, los únicos supervivientes de su especie. Cuando vuelve a hablar lo hace con voz dura y exigente.

—No sobrevivieron a nuestro segundo ataque, más cruel y mucho más invasivo. Con la quema de combustibles fósiles hemos cambiado el mundo, lo hemos aniquilado. El cambio climático elevó el nivel del mar y el agua arrasó los escondrijos de los petreles, que murieron ahogados. Ésta es una de las muchísimas especies extinguidas. Y no sufren sólo los pájaros, que, como he dicho, suelen ser más resistentes. Los osos polares han desaparecido debido a este aumento de las temperaturas. También se han extinguido las tortugas marinas, porque la misma subida del nivel del mar ha erosionado las playas donde antes ponían sus huevos. La zarigüeya de cola anillada, incapaz de sobrevivir a temperaturas superiores a los treinta grados

centígrados, fue diezmada por una sola ola de calor. Los leones perecieron con las interminables sequías, los rinocerontes se extinguieron por culpa de la caza furtiva. Y así sucesivamente. Pero ésos son sólo algunos de los animales que conocemos, las estrellas del reino animal, aunque si me dedicara a nombrar las criaturas que han desaparecido a causa de la destrucción de su hábitat, no saldríamos de aquí en todo el día. Miles de especies se están extinguiendo ahora mismo en medio de un silencio generalizado. Estamos acabando con criaturas que han aprendido a sobrevivir a todo, a absolutamente todo, menos a nosotros, los humanos.

Vuelve a su atril y enciende el proyector. Es un hombre alto y esbelto, tirando a delgado, con el pelo moreno y corto. Lleva un traje azul marino de corte impecable, con una pajarita verde lima que le da un aire antiguo y unas gafas que parecen de otra época. A pesar de su aspecto extravagante es muy popular entre el profesorado de la universidad. Sus alumnos lo adoran; de hecho, es lo bastante joven para ser uno de ellos. Hay una mesa cubierta con una tela y su imagen ampliada se proyecta en la pared. Con un gesto de mago retira la tela para dejar ver un pájaro.

Tardo un momento en darme cuenta de que es de verdad, pero está muerto, disecado y clavado a algún tipo de soporte con las alas abiertas, para que parezca en pleno vuelo. Una gaviota, blanca grisácea y abrumadora. De pronto ya no estoy con él; he desconectado. Me pongo de pie y paso con torpeza por delante de los alumnos sentados en mi fila. Se quejan, pero no me importa. Necesito salir.

Me sigue su voz.

—Este semestre estudiaremos no sólo la anatomía de las aves sino también su comportamiento reproductivo, alimentario y migratorio, y cómo este último se ha visto afectado, tanto positiva como negativamente, por la intervención humana a lo

largo del tiempo...

La puerta se cierra detrás de mí con un ligero chasquido que imagino que se habrá oído dentro. Echo a correr, golpeando el suelo con las sandalias. Salgo al sol y bajo las escaleras hacia donde he aparcado la bicicleta. Pongo el código para abrir el candado con dedos temblorosos y me alejo de allí pedaleando lo más rápido que puedo, con el pelo ondeando detrás de mí, a través de las calles empedradas en dirección al mar.

Tiro la bicicleta al suelo, salto sobre uno y otro pie para quitarme las sandalias, que lanzo sobre la hierba, y corro hasta la orilla para luego meterme en el agua.

Esto es el cielo. Un cielo salado e ingrávido. Aquí puedo volar.

Me planteo seriamente no volver. Cada vez me pone más nerviosa estar tan cerca de la casa donde vivíamos mi madre y yo. Estoy harta de Galway. Pero trabajar en la universidad me es útil: me permite acceder a su programa de software genealógico. Y así es como voy a encontrar a mi madre.

—Llegas tarde.

—Lo hago por ti, Mark, porque sé que disfrutas al decírmelo.

Dejo mi bolsa en la taquilla y me pongo el mono. Él ni se inmuta, así que cojo la fregona y el cubo, y me pongo en marcha.

—Te toca el Departamento de Cine.

—¿No puedo hacer los laboratorios?

—Franny...

—Haré horas extra —le prometo mientras salgo empujando el carrito de la limpieza—. ¡Gracias!

Alguien ha dejado hechos un asco los lavabos de hombres del Departamento de Biología. Me tapo la nariz con la camiseta e intento contener las arcadas mientras lo limpio. Cuando salgo

hay tres chicos esperando con cara de repugnancia y tal vez cierto desdén, como si yo fuera quien lo ha ensuciado. Me esquivan cuando paso por su lado sin mirar siquiera en mi dirección. Así son casi todos en esta universidad. Ser la mujer de la limpieza me da el poder de la invisibilidad. De modo que lo convierto en un juego. Les sonrío. La mayoría de las veces se piensan que estoy un poco zumbada y aprietan el paso. Pero de vez en cuando ellos también me sonríen, y esas sonrisas son lo bastante gratificantes para guardarlas en mi corazón.

Utilizo mi tarjeta de acceso para entrar en el laboratorio. No encuentro a nadie, lo que no debería sorprenderme, al estar fuera del horario de clase, pero este lugar suele llenarse de figuras encorvadas y obsesivas que carecen de todo interés por el mundo exterior y no salen al aire libre en todo el día. No enciendo las luces y entro en el frescor de la sala silenciosa, iluminada únicamente por el débil parpadeo rojizo de los monitores de seguridad. Los especímenes se conservan a temperaturas aún más bajas, en cajones metálicos refrigerados que silban al abrirse y cerrarse. Deslizo los dedos por los bordes, imaginando todos los pequeños tesoros que hay en su interior y deseando echarles un vistazo. No puedo arriesgarme —no soportaría estropear algo—, de modo que sigo deambulando, con el carrito de la limpieza abandonado junto a la puerta. La mayor parte del espacio está ocupado por mesas cubiertas de diferentes aparatos para pruebas, pero también hay estanterías con cientos de frascos, botellas y tubos de vidrio en los que se refleja el tenue parpadeo. Paso por delante de ellos y me acerco a los insectos y reptiles conservados en etanol, y me siento tan fascinada como repelida por ellos. No parecen reales, flotando inmóviles ahí dentro. O tal vez lo parecen demasiado.

No me cuesta tanto observarlos como al pájaro de la sala de conferencias de esta mañana. Debería haberlo sabido: cuando

piensas en algo lo evocas. Vuelvo un poco la cabeza y lo veo con el rabillo del ojo.

Siempre me han asustado los cadáveres, especialmente los de pájaro. No hay nada tan perturbador como ver en estado inerte, sin vida, a una criatura nacida para volar.

Doy la espalda al cuerpo blanco y me topo de cara con alguien. Suelto un grito.

—¡Por Dios! —le digo con la mano en el corazón, desbocado.

Es el profesor, que me observa en la penumbra.

—Vaya, la chica que salió huyendo de mi clase —dice.

Mira el carrito de la limpieza que hay cerca de la puerta y luego de nuevo a mí.

—Ven aquí.

Me quedo aturdida cuando me coge del codo y me lleva hasta la gaviota muerta. Su atrevimiento me deja la boca seca, pero también me emociona. Siempre me ha atraído la gente audaz. Me quedo mirando el cadáver y sólo puedo pensar en que debo irme de aquí. Hago el ademán de dirigirme a la puerta, pero él —de forma inesperada— me sujeta con firmeza de los brazos, obligándome a mirar esta imagen macabra.

—No te asustes. Aquí no hay más que carne y plumas.

¿No entiende que precisamente es ése el problema?

—Abre los ojos.

Los abro y miro. El pájaro está inmóvil, con la mirada fija. Las plumas son suaves y brillantes. Los ojos no tienen vida. Verlo tan pequeño y exánime me encoge el corazón. Tan bonito y delicado, lo que es peor.

El profesor me toma de la mano y la acerca al pájaro muerto. Lo último que quiero es tocarlo, pero me he sumergido en un mundo de ensueño y ya no controlo mis extremidades. Con el índice presiono ligeramente el borde de una pluma del ala.

—Cobertera primaria —susurra, y guía mi dedo hacia las plumas del ala, que va nombrando—. Cobertera mayor,

cobertera mediana, escápulas... —Y va subiendo por el cuerpo —. Manto, nuca... —Hasta la suave forma del cráneo—. Y píleo.

Me suelta y mi mano cae hacia atrás. Sin embargo, en la silenciosa ingravidez del momento, me entran ganas de tocarlo de nuevo. Fundir mi piel con sus plumas, devolver el aire a sus pulmones.

—Tan grácil como lo era en vida —comenta el profesor.

Me despierto del sueño.

—¿Es así como seduce a sus alumnas? ¿Susurrándoles términos científicos en la penumbra de un laboratorio?

Él parpadea sorprendido.

—No.

—No le he dicho que pueda tocarme.

Él retrocede inmediatamente.

—Perdona.

Se me acelera el pulso y quiero castigarlo por haberme hecho perder el control, aunque lo cierto es que me encanta perder el control. Toda esta situación es tan confusa que me resulta desagradable y me vuelvo hacia la puerta sin mirarlo.

—No llegues tarde a clase —me dice mientras empujo el carrito hacia el pasillo.

Pero no tengo ninguna intención de volver a acercarme al profesor Niall Lynch.

El coche que me recoge es un viejo Ford oxidado y dentro van dos chicas jóvenes. Tengo mis propias reglas para hacer autostop: nada de furgonetas, ni de camiones, ni de coches conducidos por hombres solos. Esto último lo aprendí a los catorce años, cuando me subí estúpidamente a una furgoneta y el conductor, un hombre de mediana edad, me obligó a hacerle una mamada.

Llevan dos tablas de surf atadas al techo y el asiento trasero cubierto de arena: son surfistas. Bordeamos la costa en dirección al sur y se detienen en un hostal, donde nos emborrachamos y hablamos de nuestros miedos. Se llaman Chloe y Megan y van en busca de olas. Fuera, el maravilloso canto de los estorninos se eleva palpitante en el cielo blanco.

Yo voy en busca del mar. No tardo en reconocer el olor y en sentir el tirón. Tengo en el corazón una brújula que me guía, no hacia el norte sino hacia el mar. No importa el rumbo que tome, al rato lo corrige. Como siempre, me llega primero el estruendo y luego el olor.

Las chicas me siguen y yo las llevo hasta allí. Bebemos un vino tinto que nos deja la boca negra y recojo coquinas esperando poder cocinarlas más tarde en un cazo sobre una fogata y comerlas con los dedos. Los fragmentos de conchas vacías que brillan a la plateada luz de la luna se convierten en un rastro reluciente que debo seguir, dejando atrás la calidez de las voces y las risas. El rastro me lleva al mar, así que me quito la ropa y me zambullo en el agua. Noto el frío en los pulmones como si me hubieran clavado un cuchillo y mis carcajadas suenan como graznidos de pájaro.

Éste es el tramo de costa —el Burren, se llama— de donde es originaria mi madre. Su familia ha vivido durante siglos entre estas colinas de pizarra plateada. Pero cuando fui, a los dieciséis años, no encontré a nadie. Lo intenté de nuevo a los diecinueve. Y he vuelto ahora, a los veintidós. Esta vez estoy resuelta a quedarme el tiempo que haga falta; he alquilado una habitación en una casa compartida y me he buscado un empleo, y cada minuto que no estoy trabajando lo paso en la biblioteca, tratando de reconstruir mi árbol genealógico. No ha sido fácil porque muchas personas se apellidan igual, y no tengo ni idea de a qué rama pertenezco. Ni siquiera sé cuál de las Iris Stone que he localizado es mi madre. Albergo la

esperanza de encontrar al menos a un miembro de su familia y que éste me lleve a ella.

Al amanecer Chloe y Megan se embuten en el traje de neopreno y corren a enfrentarse a las olas con sus cuerpos fornidos. Podría quedarme todo el día viéndolas remar, subirse a las tablas y dar vueltas. Conocen bien el mar, pero de algún modo luchan contra él. A diferencia de los nadadores, ellas golpean las olas, les clavan sus armas cuidadosamente enceradas en los costados. Es un espectáculo violento.

Me uno a ellas sin traje de neopreno ni tabla, a pecho descubierto. El océano se lleva toda la amargura que queda en mí y me siento como nueva. Cuando salgo del agua sonrío tanto que casi me duele la cara. Las tres nos desplomamos sobre la arena caliente; ellas bajan la cremallera de sus trajes y se los quitan.

—¡El mar está a nueve grados! —suelta Chloe con una carcajada mientras sacude sus mechones enmarañados y deja caer un kilo de arena—. ¿Cómo puedes aguantar sin traje?

Me encojo de hombros y sonrío.

—Tengo sangre de foca.

—Y también tienes los colores de una foca.

No es la primera vez que me lo dicen. Tengo el pelo y los ojos muy negros y la piel blanquísima. Así eran los irlandeses negros en los tiempos en que las leyendas eran reales y la gente venía del mar. Mi madre es así.

—¿Adónde iremos hoy?

—A partir de ahora seguiré a pie. Gracias por traerme hasta aquí —les digo.

—¿Cómo vas a volver? —me pregunta Megan.

—¿Adónde?

—A Galway. A tu vida. ¿No es ahí donde está?

No sé qué responderle. ¿Mi vida? Pensaba que estaba aquí, conmigo.

Los Bowen viven en una casa de campo rosa a las afueras de Kilfenora. Son los dueños del pub del pueblo, el Linnanes, y forman parte de un grupo de música irlandesa que ha viajado por todo el mundo, la Kilfenora Céilí Band. He visto vídeos de ellos en internet y tuve la suerte de encontrar dos CD suyos en una tienda de música *underground* de Galway. Me he pasado el mes entero escuchándolos sin parar. Al llegar a la verja de entrada estoy tan nerviosa que no sé si podré hablar. Me armo de valor para llamar al timbre, pero nadie acude a abrir, y cuando rodeo la casa llego a la conclusión de que no hay nadie.

Así que salto la valla, como una mujer poseída. Necesito saber de dónde viene mi madre. Quiero averiguar si alguna vez vivió aquí o al menos si estuvo de visita. Según mis pesquisas, los que viven en esta casa serían sus primos, tal vez segundos o terceros. ¿Los descendientes de una tía abuela, tal vez? O quizá estoy equivocada y son parientes aún más lejanos, puede que las distintas ramas se separaran hace generaciones. Pero sé que de algún modo somos familia, y eso me basta.

Hay ropa en el tendedero y la puerta trasera está abierta. Oigo ladridos unos segundos antes de chocar con una hembra de perro pastor blanca y negra, todo lengua, ojos y zarpazos de excitación. Me quito a la perra de encima con un gruñido y una carcajada.

—¿Quién eres?

Alzo la vista y veo aparecer por la puerta trasera a una anciana con un jersey de lana violeta, el pelo corto y blanco, gafas y zapatillas.

—Yo... Hola, lo siento mucho, yo...

—¿Cómo dices?

Me acerco a trompicones con la perra pegada a mis piernas como si llevara toda la vida echándome de menos.

—Estoy buscando a Margaret Bowen.

—Soy yo.

—Me llamo Franny Stone. Siento presentarme de este modo.

—¿Stone? Entonces, ¿eres de la familia?

Se le ilumina la cara mientras me invita a pasar, y sin dejar de sonreír me prepara una taza de té.

Le cuento cómo he llegado hasta aquí, primero haciendo autostop y luego a pie, y ella se ríe aún más y empieza a telefonear a toda la familia y les pide que se pasen por su casa esta noche. Y yo sé que no se ríe de mí, sino que es feliz y está contenta con la vida, y también sé que se ríe así todo el tiempo, cada día, cada minuto. Es la alegría personificada y casi me pongo a llorar aquí mismo, en su cocina, mientras ella bromea diciendo que en lugar de una aburrida taza de té lo que nos hace falta es un ponche caliente.

—¿De qué parte de la familia vienes entonces, cielo?

De pronto me entra el pánico.

—De la rama australiana.

—¿Australiana? —Mi respuesta parece confundirla—. Caramba, has venido de muy lejos entonces. ¿Qué es lo que te ha traído aquí?

Me callo que también soy irlandesa. Me parece fraudulento, como si ella fuera la verdadera irlandesa y yo una impostora. En lugar de eso le digo que nuestra familia se marchó de Irlanda hace cinco generaciones y se instaló en Australia, lo que, según tengo entendido, es cierto por el lado de mi padre. Le digo que siempre he querido regresar para localizar a la otra mitad de la familia, los descendientes que prefirieron quedarse en lugar de partir. Esto seguramente es más fiel a la verdad y tal vez por eso me siento bien al compartirlo. Yo soy de los que se fueron, de los buscadores, de los vagabundos. De los que se dejan llevar por las mareas, a diferencia de los sedentarios, los auténticos. Pero una parte de mí siempre ha querido ser de aquí.

Ella me habla de otros parientes que han llegado de

Australia, al parecer un sinfín de primos, todos fascinados por lo que consideran que es su patrimonio, y añade con una carcajada que nunca ha entendido muy bien esa fascinación, por qué vienen aquí en tropel para ver esta pequeña franja de tierra ventosa donde la vida es tan prosaica. No sé qué decirle, y al final convengo en que es algo inexplicable, pero que tiene que ver con la música, las leyendas, la poesía, las raíces, la familia, el sentimiento de pertenencia y la curiosidad. Ella me da la razón y luego va y me prepara un ponche caliente, sin importarle la hora que es. Su marido, Michael, está sentado en un sillón cercano. Cuando Margaret nos presenta, descubro que no puede hablar y no tiene mucha movilidad, pero sonríe tan efusivamente como ella, con los ojos más brillantes que he visto nunca, y que ella lo cuida con la ternura de toda una vida de amor.

La familia no tarda en llegar. Tres hijos y cuatro hijas, y algunos cónyuges e hijos. Es evidente que no tienen ni idea de quién soy, pero todos me estrechan la mano o me besan en la mejilla, y charlan y se ríen alegremente alrededor de la pequeña mesa de la cocina. Se apretujan para hacerle sitio a Michael, que ocupa el lugar de honor, y tomamos galletas de chocolate y Coca-Cola en vasos enormes. Luego, sin más preámbulos, sacan sus instrumentos y se ponen a tocar.

Guardo silencio aturdida por la música que se despliega alrededor: tres violines, tocados furiosamente con un arco o con los dedos, unas gaitas, tambores de mano, una flauta, dos guitarras y varias voces cantando. La música llena hasta el último rincón de la cocina, en una explosión de vida, sentimientos y diversión. Estoy viendo actuar a la mitad de la famosísima Kilfenora Céilí Band en una cocina. Margaret se mueve en su asiento, con los ojos brillantes, y sin previo aviso me coge la mano.

—¿Esto ocurre todas las noches? —le susurro.

—No, querida. Es por ti.

Y entonces me echo a llorar.

Al cabo de un rato hacen un descanso y me piden que cante, y con no poca vergüenza admito que no me sé la letra de ninguna canción.

—¿De ninguna? —me pregunta el hijo de Margaret, John—. Vamos, tienes que saber alguna. Danos un título o empieza tú y te seguiremos.

—En Australia no hay costumbre. No aprendemos canciones, no hay ninguna que valga la pena cantar. Me da mucha vergüenza.

Todos guardan silencio, sorprendidos.

—Bueno, pues ésa será tu tarea. La próxima vez que vengas a visitarnos esperamos que hayas aprendido una canción para compartirla con nosotros.

No puedo asentir con más vigor.

—Lo prometo.

Se acaba demasiado pronto. Tienen que volver a sus casas, y es la hora de acostar a Michael. No sé qué hacer ni adónde ir. Vuelvo a mentir y les digo que ya tengo lugar donde dormir. No sé por qué lo hago. Me da vergüenza abusar de su hospitalidad.

Me detengo en la puerta al borde de la desesperación.

—¿Conoces a Iris Stone? —le pregunto por fin a Margaret, aunque sé que está muy cansada.

Ella frunce el ceño mientras reflexiona y niega con la cabeza.

—Creo que no. ¿Es de tu familia?

Trago saliva.

—Mi madre.

—Ah, qué bien. Si alguna vez viene por aquí, dile que nos visite.

—Lo haré.

—Es una pena que no sepa más de vosotros. La única Stone que conozco, ahora que lo pienso, fue una tal Maire Stone, casada con el viejo John Torpey, primo de mi querido marido. Lo último que supe de ellos es que vivían un poco al norte.

No estoy segura de quiénes son esas personas, pero me propongo averiguarlo.

—Que vuelvas a casa sana y salva, querida —me dice Margaret—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte a dormir?

—Segurísima. Gracias, Margaret. Esta noche ha significado mucho para mí.

Salgo de la casa y me adentro en la oscuridad. Estoy muy lejos del pueblo, pero no me importa. Es una agradable noche de verano, hay luna y me gusta caminar. Y aunque es posible que mi madre no haya andado nunca por aquí, me siento un paso más cerca de los caminos que sí recorrió.

Es hora de volver a Galway; allí podré buscar a Maire Stone y a su marido, John Torpey.

Y donde vive un hombre, con sus coberturas y escápulas, sus mantos, nucas y píleos, y sus pájaros vivos o muertos. Sin contar con mi permiso, algo en mí parece haber puesto rumbo hacia él.

5

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

Los cuerpos se apiñan a mi alrededor y se hacen sitio a empujones y codazos.

Todos están muy interesados en los tres puntitos rojos en la pantalla del portátil.

Las aves están viajando hacia el sur.

—Entonces, ¿son éstos los pájaros que vamos a seguir? —me pregunta Mal.

Asiento.

Samuel se ríe al ver mi expresión y me da una palmadita en la espalda.

—Así se hace.

—¿Son fiables estos rastreadores? —me pregunta Léa con escepticismo.

—Son geolocalizadores. Miden la intensidad de la luz, lo que permite al software calcular la latitud y la longitud, y determinar la ubicación.

—Eso no suena nada fiable.

Dado que todo lo que sé sobre los rastreadores es lo que le he dicho, no puedo sino estar de acuerdo con ella.

—Quita la cabeza de en medio —le dice Basil a Dae, empujándolo a un lado para ver mejor.

Observamos juntos los puntos. Han pasado de estar enfadados conmigo a brincar de la emoción al ver cualquier movimiento en la pantalla. Los pájaros, que acaban de salir de

Groenlandia, siguen estando más al norte que nosotros, pero pronto nos alcanzarán, utilizando el viento a su favor para avanzar más rápido. Al cabo de un rato los tres puntos se separan un poco, vuelven a converger y finalmente parecen tomar direcciones distintas.

—Eso estaba previsto. ¿Y ahora qué? —me pregunta Mal.

Llevo el portátil al puente de mando. Es la primera vez que entro; hasta ahora sólo lo he observado de lejos preguntándome por las decisiones que se toman aquí. Ennis está sentado al timón, mirando el mar y el cielo. Éste es el punto más alto del barco, después de la cofa, y por un momento me impresiona la visión del mundo que se tiene desde aquí. El amanecer ha teñido el mar y el cielo de un rojo asombroso.

—Nunca he visto un amanecer de ese color —murmuro.

—Se avecina una tormenta —responde Ennis. Luego, sin mirarme, añade—: ¿En qué puedo ayudarte, Franny Lynch?

Su tono y su postura destilan frialdad. No sé exactamente por qué, pero desconfía de mí, está resentido conmigo, incluso le desagrado un poco. Lo noto.

—Los charranes han abandonado Groenlandia.

Pongo el ordenador encima del gran escritorio redondo situado en el centro del puente de mando. Ennis se acerca y miramos juntos los puntos.

—¿Ves que se están separando?

Dos de los rastreadores se han dirigido al este, mientras que el tercero ha virado solo hacia el oeste.

—¿Es normal? —pregunta.

—Sí. Suelen seguir una de las dos rutas. Viajan solos o en pequeños grupos, y unos se dirigen al este, bordeando la costa de África, y otros van hacia el oeste, por la costa americana. Pero nunca avanzan en línea recta. Describen grandes eses.

—¿Por qué viajan más lejos de lo necesario?

—Siguen el viento y la comida, como tú sigues las corrientes.

—Los puntos críticos que mencionaste.

—Exacto.

—¿Puedes predecir adónde irán esta vez?

—Tengo cartas de los itinerarios que han seguido en el pasado, pero no son recientes. Entonces había peces. No será lo mismo con un océano casi vacío.

—¿Qué esperas que haga, Franny?

—Creo que deberíamos seguir a los dos pájaros por la costa de África. Tendremos más posibilidades.

Él reflexiona en silencio mirando la pantalla.

Se me acelera el corazón cuando sigo su mirada y veo el primer lugar adonde nos llevarán los pájaros. Muy cerca de Irlanda.

Ennis niega con la cabeza.

—Seguiremos al que viaja hacia el oeste. Conozco mejor las aguas.

—El riesgo es mayor —le advierto—. Tendremos la mitad de probabilidades de encontrar peces.

—No pienso embarcarme en una misión imposible a través del Atlántico sin más guía que unos puntos rojos.

En lugar de recordarle que ése es el objetivo que nos hemos marcado, me muerdo la lengua.

—Tú mandas.

—Deja ese chisme aquí, ¿quieres?

Abro la boca para decirle que no pienso separarme del portátil, pero me doy cuenta de que es una estupidez. Él no puede seguir al pájaro sin verlo. Echo una última mirada a los puntos y me voy hacia la puerta con las manos vacías.

—Oye —añade, y me detengo—. Ahora que tengo los rastreadores, ¿para qué te necesito?

Me vuelvo hacia él. Es la primera vez que me mira desde que salimos de Groenlandia y percibo cierto desafío en su actitud.

Quiere dejarme en tierra, lo noto, y eso despierta mi agresividad. Me entran ganas de gritarle que no se atreva a dejarme atrás, que antes de permitir que siga a los pájaros sin mí reduciré a cenizas este puto barco. He llegado demasiado lejos, he sufrido demasiadas adversidades.

Pero mi corazón salvaje convive con otro más sereno, cuya voz a menudo suena como la de mi marido, y me recomienda cautela, me advierte que queda mucho camino por recorrer y que la astucia me será más útil que la furia.

Carraspeo.

—No me necesitas para nada. Pero yo a ti sí. Supongo que tendrás que hacer lo que te dicte la conciencia.

Ennis desvía la mirada y vuelve a tomar el timón.

—¿Cómo tienes las manos?

No me molesto en responder. Él sabe cómo están. Y no pienso rebajarme más de lo necesario.

Me despide con un ademán.

—¿Por qué está tan cabreado conmigo? —pregunto por la noche, sentada a la mesa del comedor.

Los miembros de la tripulación están jugando al póker y levantan la mirada de las cartas. Léa pone cara de exasperación y vuelve a concentrarse en la partida.

—No está cabreado… —empieza Samuel.

—¿Alguien va a decirme la verdad? ¿Qué he hecho exactamente?

—No es lo que has hecho —me responde Mal incómodo.

—El problema eres tú —suelta Anik sin rodeos.

Miro su expresión impasible, que nunca soy capaz de descifrar.

—¿Yo?

—No tienes experiencia. Eres un peligro. Demasiado rebelde

para un barco —me explica.

Las palabras se me deshacen en la lengua antes de pronunciarlas.

Se produce un silencio asfixiante.

—No es culpa tuya —añade Dae con delicadeza.

Pero lo es, por supuesto que lo es.

Aunque no tengo autorización, vuelvo al puente de mando dos veces al día para ver los charranes. Sus luces rojas parpadean sin cesar, señalando ininterrumpidamente su trayectoria. El pájaro que seguimos nos conduce hacia el suroeste, en dirección a la costa de Canadá. Ennis cree que el rumbo que ha marcado nos permitirá interceptar el charrán, siempre y cuando éste no cambie de trayectoria. No me habla de nada más y no me mira mucho, pero no me importa; cada vez que voy al puente de mando me encariño un poco más con la pequeña señal roja, me preocupo más por ella, la quiero más.

Al mediodía el mar está en calma y el cielo despejado. Avanzamos despacio por una superficie lisa como un cristal.

Estoy haciendo nudos, para variar.

—A ver, haz un enganche rodante —me dice Anik.

Paso la cuerda delgada alrededor de la gruesa, vuelvo a pasarla, hago un medio enganche y acabo el nudo estirando. Él observa; no parece muy impresionado.

—¿Y para qué se usa?

—Para tirar de algo en sentido longitudinal y para aflojar la tensión de las cuerdas de las velas cuando el cabrestante se atasca.

Se queda mirándome.

—¿Y entiendes lo que es eso?

—No.

Me parece que sonríe. Y el muy cabrón me dice que haga cincuenta nudos más de ésos antes de volver a los de vuelta de escota.

En cuanto lo pierdo de vista, bajo las cuerdas y echo la cara hacia atrás para que me dé el sol. Las tablas de la cubierta desprenden calor y por primera vez, aunque el aire sigue siendo frío, no llevo cincuenta capas encima. Mis pensamientos siempre me llevan a Niall. Me pregunto cómo llevaría él la vida a bordo, con toda su carga física. Su mente, siempre tan rápida buscando respuestas a preguntas sin respuesta, probablemente se moriría de aburrimiento, pero creo que le sentaría bien tener un descanso de tanto pensar. Le sentaría bien vivir más en su cuerpo que en su cabeza. Sus manos, sin embargo, son finas, delgadas y perfectas. Las siento sobre mí ahora, tan reales como la sensación más vívida, deslizándose por mi piel tibia por el sol, por mis labios secos, mis párpados cansados, masajeándome el cuero cabelludo dolorido como sólo ellas saben hacerlo. No me gustaría que sufrieran el maltrato que han sufrido las mías.

Llega una voz de lo alto.

Entorno los ojos y veo a Dae en la cofa. Señala algo riéndose.

Dejo caer las cuerdas y corro hacia la barandilla con el corazón en un puño. Y las veo: dos formas blancas que vuelan a lo lejos y van acercándose.

6

Cuando tenía seis años solía sentarme con mi madre en el jardín trasero para contemplar los cuervos que se posaban en el enorme sauce. En los meses de invierno las hojas alargadas de sus ramas colgantes se volvían blancas como la nieve que cubría el suelo, o como los bigotes ralos de un anciano, y los cuervos que se escondían entre ellas eran como pedazos de carbón. Para mí eran la presencia física de algo profundo, aunque a los seis años no podía saber de qué. Algo como la soledad, o su contrario. Representaban el tiempo y el mundo; las distancias que ellos podían volar y los lugares a los que yo nunca podría seguirlos.

Mamá me advertía que nunca les diera de comer o se volverían peligrosos, pero en cuanto daba media vuelta me metía en los bolsillos cortezas de la tostada o trozos del bizcocho de naranja Mr. Hazel y luego los esparcía disimuladamente sobre la escarcha. Los cuervos empezaron a esperar las ofrendas y aparecían más a menudo, y acabaron viniendo todos los días. Se posaban en el sauce, atentos a que les dejara las migajas. Eran doce. A veces menos, pero nunca más. Yo esperaba a que mamá estuviera ocupada para salir a hurtadillas y acercarme al pie del sauce.

Los cuervos empezaron a seguirme. Si íbamos andando a las tiendas, volaban a nuestro lado y se posaban en los tejados de las casas. Cuando paseaba por las colinas bordeando los muros de piedra, ellos planeaban en círculos. Me seguían hasta el colegio y esperaban entre los árboles a que saliera. Eran mis constantes compañeros y mi madre, tal vez intuyendo que yo

necesitaba que fueran un secreto, fingió todo el tiempo que no se daba cuenta de la nube oscura que me seguía fielmente.

Un día los cuervos empezaron a traerme regalos.

Dejaban caer, en el jardín o a mis pies, piedrecitas o envoltorios brillantes de caramelos. Clips y horquillas, bisutería o basura, y a veces conchas, piedras o trozos de plástico. Yo los guardaba en una caja que, año tras año, cambiaba por una más grande. Incluso cuando me olvidaba de darles de comer, ellos me traían regalos. Ellos eran míos, y yo de ellos, y nos queríamos.

Esta relación se prolongó durante cuatro años, todos los días sin excepción. Hasta que abandoné no sólo a mi madre sino también a mis doce almas gemelas. A veces sueño con ellos posados en ese árbol, esperando a una niña que nunca volverá, y dejando en la hierba un regalo tras otro que ya nadie quiere.

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

Los pájaros ya están cansados y el viaje no ha hecho más que empezar. Hemos tenido mucha suerte de encontrarlos. Avanzan en hilera, y como si el cielo estuviera cayendo a pedazos, se posan en el barco, por todas partes. Hay como mínimo veinte. Pliegan las alas y ven pasar el mundo tranquilamente, encantados de que los llevemos. Me noto los músculos agarrotados por miedo a asustarlos, pero cuanto más tiempo espero conteniendo la respiración, más claro tengo que no se asustan por nada; les trae sin cuidado mi presencia. Dae ha bajado de la cofa y los demás dejan de hacer lo que están haciendo para unirse a nosotros en la cubierta y contemplar a los pájaros, para estar cerca de ellos.

—Se te olvida, hasta que ves uno… —comenta Basil.

Y todos sabemos a qué se refiere. Es fácil olvidar cuántos había antes, lo comunes que nos parecían. Es fácil olvidar lo bonitos que son.

Anik es el primero en perder el interés y me manda que vuelva a mis tareas, pero yo le hago una peineta y me deja en paz.

El frío me obliga a entrar en mitad de la noche, pero durante el resto de la visita de los pájaros me siento lo más cerca posible de ellos y escribo a Niall. Estas cartas son como un diario. Le describo los charranes con todo lujo de detalles, cómo usan el pico para rascarse debajo de las plumas, y se llaman entre sí de un extremo a otro del barco en un lenguaje que daría cualquier cosa por conocer. Y cómo extienden las alas y se quedan flotando cuando notan una corriente de aire, sólo para divertirse. Se lo describo todo para que cuando lo lea las palabras lo llenen del mismo ímpetu que el viento infunde en sus alas.

Los charranes llevan veinticuatro horas con nosotros cuando Ennis aparece y se sienta a mi lado en la cubierta. Es el único que aún no ha venido a pasar un rato con ellos. Le brillan las canas plateadas a la luz de la tarde.

—Supongo que te equivocaste con la tormenta —le digo.

—¿Dónde está el tuyo? —me pregunta él.

Señalo a la hembra, posada en el tejado del puente de mando. La anilla de plástico que lleva en la pata le asoma entre el plumaje. Tiene los ojos cerrados; creo que está durmiendo. Su pareja debe de ser uno de los otros pájaros del barco; es poco probable que intenten hacer el largo viaje por separado.

—¿Por qué no se mueven? —pregunta Ennis.

—Casi no hay viento. Están usando el barco para descansar.

—¿Podemos ahuyentarlos?

Le lanzo una mirada.

—No, Ennis, no podemos. Se irán cuando quieran, y nosotros

los seguiremos.

Si estuviera en mi poder, los llevaría durante todo el camino. Para ahorrarles las penalidades del viaje. Pero sólo un necio trataría de protegerlos de sus propios instintos.

Ennis se aleja sin decir nada más y regresa al puente de mando. Lo observo brevemente a través del cristal cubierto de sal y vuelvo a posar los ojos en criaturas más encantadoras.

Hacia el anochecer se levanta el viento. No me he movido del sitio para no perderme un solo momento precioso. Los miembros de la tripulación se han turnado para traerme comida, y se han sentado un rato conmigo para hacerme preguntas sobre los pájaros. ¿Cómo saben adónde ir? ¿Por qué vuelan tan lejos? ¿Por qué son los últimos, por qué éstos precisamente, qué los hace más afortunados que los demás? No sé las respuestas, pero hago lo que puedo para contestarles. De todos modos, lo que buscan no son tanto respuestas como recordar qué se siente cuando se ama a criaturas que no son humanas. La tristeza indescriptible de que desaparezcan los pájaros, los animales. La inmensa soledad que sentiremos cuando sólo estemos nosotros.

No soy la única que ha pasado el mayor tiempo posible en la cubierta. Anoche Malachai se empeñó en envolver a los charranes en mantas y llevárselos a su camarote para mantenerlos calientes y a salvo. Le aseguré que no era en cautiverio como debían realizar su última migración, y que aún es pronto, todavía son fuertes, todavía disfrutan volando. Sorprendí a Léa cantándole a uno, y a pesar de las instrucciones, Basil les da a escondidas migas de pan, que ellos desprecian. Se supone que no debemos alimentar a los pájaros, pues el objeto de esta travesía es seguir a los pájaros en su búsqueda de comida.

La tripulación sale. Les advertí que cuando el tiempo cambiara los pájaros se irían y que han venido a despedirse.

La primera en alzar el vuelo es la mía. Me he acostumbrado a considerarla mía porque ha anidado en mi caja torácica. A la luz dorada del atardecer despliega las alas y planea, sondeando el aire o quizá su apetito o su deseo. No sé lo que siente, pero está satisfecha, porque bate las alas una vez y es como si flotara en el cielo sin esfuerzo, cada vez más alto y sin trabas.

Sus congéneres la siguen. Los miembros de la tripulación les dicen adiós a gritos y agitando las manos les desean un buen viaje.

Samuel se seca rápidamente las lágrimas con sus dedos carnosos. Al ver que lo miro, abre las manos en un gesto de impotencia.

—Si son las últimas…

No es necesario que acabe la frase.

—No te alejes demasiado —oigo que Anik le susurra a uno cuando levanta el vuelo.

Vuelvo a localizar a la mía en el cielo, a la cabeza de la formación. Cada vez se la ve más pequeña, reducida a la mitad y enseguida a la mitad de la mitad.

—No te vayas. Te lo ruego —le susurro.

Pero sé que no tiene elección. Está en su naturaleza.

7

Universidad Nacional de Irlanda, Galway
Doce años atrás

—No has ido a clase —me dice una voz mientras restriego la taza de un váter.

Miro por encima del hombro y sigo limpiando.

—¿De qué te sirve limpiar esta porquería si luego no vas a clase?

—Se llama «trabajo». Hay lugares peores que limpiar.

—Pero ¿por qué limpiarlos?

Tiro de la cadena y me enderezo, molesta por su actitud de privilegio. Es más alto de lo que parece detrás de su atril y está bloqueando la puerta del cubículo.

—¿Me permite?

Él inclina la cabeza para verme mejor. Me examina como debe de examinar un espécimen que no conoce. Hoy lleva una pajarita lila con el traje. Parece ridícula, pero creo que de eso se trata.

—Si vuelves a hacer novillos tendré que ponerte una falta de asistencia que repercutirá en las notas.

Sonrío.

—Inténtelo. Ahora apártese o lo mancharé con los guantes.

Se echa hacia atrás.

—¿Cómo te llamas?

Me quito los guantes con un chasquido y a continuación los tiro a la basura antes de sacar la bolsa y llevarla al contenedor.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

Es una buena pregunta.

La siguiente vez que lo veo estoy barriendo la terraza de la cafetería de la universidad. Él y sus colegas están tomando café aprovechando un raro claro entre las nubes. Me clava la mirada desde el otro extremo del patio; no sé cómo lo sé porque me cuido mucho de mirarlo, pero lo noto. Me acerco poco a poco con la escoba —es mi trabajo, tengo que barrer la terraza—, y así llego a la mesa de al lado de la suya, donde han tirado un montón de patatas fritas al suelo. Me agacho para recogerlas y me río cuando una gaviota intenta arrebatármelas.

—Muy bien, tú ganas, comilona.

Dejo las patatas fritas para la gaviota, y caigo en la cuenta de que hace bastante que no veo pájaros en este patio. Antes apenas podías comer sin que te molestara una bandada. Ahora, sin sus estridentes batallas por las sobras, el restaurante es mucho más silencioso.

—Disculpa —dice una voz de mujer.

Levanto la vista y me encuentro con un plato medio vacío pegado a la cara. Lo sostiene una de las mujeres de la mesa del profesor Lynch. La he visto antes y sé que es otra profesora del Departamento de Biología: de unos treinta años, bonita y, por lo visto, muy impaciente.

—No soy camarera —respondo.

Además, todo el mundo sabe que tiene que llevar la bandeja dentro.

—¿Qué eres?

—La encargada de la limpieza.

—Entonces... toma —dice, y me tiende el plato con más fuerza para que no tenga más remedio que cogerlo.

—¿Quiere que lo lleve dentro por usted?

Se vuelve hacia mí, sorprendida, y a continuación entorna los ojos, como si me viera por primera vez y no le gustara lo que ve.

—Eso estaría muy bien.

—¿Quiere que la acompañe también al lavabo? Soy muy buena limpiando culos.

Ella se queda con la boca abierta.

Me llevo el plato, y no sé qué me impulsa a hacerlo, pero le guiño un ojo a Niall Lynch al pasar por su lado. Su expresión es, por un instante, de absoluto desconcierto y eso hace que todo valga la pena.

Se me pincha la rueda delantera de la bicicleta y estoy empujándola a lo largo del cabo cuando lo veo por tercera vez ese día. Está sentado en mi banco favorito, con unos prismáticos con los que contempla cómo las aves marinas chillan y pescan su cena. Los cormoranes se zambullen con valentía en el agua oscura.

Me paro a su lado. El sol se está poniendo, pero en esta época del año se oculta un poco demasiado al norte para que lo veamos. Además, hay un velo de nubes. La luz del mundo es cenicienta, y a estas horas el mar se muestra salvaje, apasionado y misterioso.

—Hola —digo al cabo de un rato.

El profesor Lynch pega un brinco.

—Por Dios, qué susto me has dado.

—Estamos en paz.

Miro de reojo sus prismáticos y él, sin decir nada, me los pasa. Los pájaros dejan de ser manchas y se convierten en formas elegantes, resueltas y reales. Como siempre, estas criaturas que no dan importancia a tener alas me dejan sin aliento.

—Me llamo Niall.

—Lo sé —le respondo sin apartar los ojos de los pájaros.

Se levanta con una brusquedad que me indica que pasa algo.

Bajo los prismáticos para seguir el dedo con que señala una forma en el agua y me los llevo de nuevo a los ojos para mirar. Es un bote de remos. Reconozco la pequeña embarcación que vive en la orilla, tan vieja que ya no está en condiciones para navegar y que ahora sirve únicamente para anunciar la floristería de Nan. En el casco hay toda una extraña parafernalia, flores de plástico, serpentinas y cosas así, y en la proa, en letras doradas, se lee NAN. El bote acostumbra a estar cerca de las rocas gracias a un ancla, pero o bien se ha perdido o bien la han quitado, porque ya no está varado en la playa sino flotando en el agua, y se aleja rápidamente a la deriva a causa de la sombrilla roja y amarilla que se ha abierto y el viento impulsa. En el suelo del bote hay dos niños sentados.

—¡El viento se los está llevando! —grita Niall.

—Van derechos a esa corriente de resaca.

Veo la línea oscura donde se encuentran las olas. Espera pacientemente a su presa, implacable.

Niall empieza a quitarse los zapatos.

—¿Eres buen nadador? —le pregunto, aunque por dentro ya me estoy moviendo. Mi cuerpo lo sabe.

—En realidad no, pero...

—Ve a buscar ayuda. Consigue un bote y pide una ambulancia.

—¡Eh!

Tiro al suelo la bicicleta inservible y me dejo los zapatos puestos para correr. Sería una tontería meterme en el agua aquí cuando más adelante hay una lengua de tierra que se adentra en el mar; desde la punta será más fácil llegar nadando al bote, sin tener que ir tan a contracorriente. Mientras corro por el terreno irregular me pasan todo tipo de pensamientos por la cabeza: suerte que me he puesto zapatillas de deporte esta mañana; no debo agotar todo el aliento en correr, voy a necesitarlo para nadar; qué fría estará el agua. Qué lejos han

llegado los chicos y qué inestable parece ese bote.

Tardo unos minutos en llegar a la punta de la lengua de tierra. Dejo caer la chaqueta, que da vueltas detrás de mí, atrapada en un remolino. Luego los zapatos, uno en cada dirección, y los primeros pasos que doy dentro del mar me provocan una inyección de adrenalina en el corazón que conozco bien. He nadado en este océano todo el año, a cualquier hora del día y haga el tiempo que haga. Nado por la mañana y por la noche siempre que puedo, y no es que haya aprendido a controlarlo o a sobrevivirlo, sino que simplemente ahora soy consciente de lo imprevisible que es, incluso después de tantos años. Podría llevarme consigo esta noche, igual que podría haberme llevado de niña o como podría hacerlo cuando peine canas. Como me dijo mi madre en cierta ocasión, sólo los tontos no le tienen miedo al mar.

Cuando estoy lo bastante lejos, respiro hondo y buceo. El agua está fría, pero podría ser peor. El problema es lo rápido que me bajará la temperatura. Pero no hay nada que hacer, es inútil preocuparse por eso. Me concentro en el movimiento de los brazos, de arriba abajo, en el delicado arco de los hombros, en el golpeteo de los pies con calcetines y siempre, por encima de todo, en el aire que me llena los pulmones. La respiración tiene que ser como el tictac constante y fiable de un metrónomo.

Me detengo a menudo para buscar con la mirada el bote y ajustar la trayectoria. Cada vez parece estar más lejos. La corriente es fuertísima. El miedo se apodera de mí y me suplica que regrese. No quiero morir. Todavía hay demasiadas aventuras por vivir. Una y otra vez pienso: «Ya no hay vuelta atrás, probablemente te ahogarás aquí con los niños. ¿Para qué habrá servido?» Pero sigo nadando hasta que estoy lo bastante cerca para que ellos me oigan por encima del viento.

—¡Cerrad la sombrilla!

Los niños se esfuerzan por cumplir mis órdenes, pero el viento ruge con demasiada fuerza.

Con las yemas de los dedos toco por fin el latón del casco del bote y alcanzo el borde. Me tiemblan los brazos mientras intento subirme a él. Es demasiado. Imagino el alivio de volver a hundirme en el abrazo del agua… hasta que unas manos pequeñas me agarran las muñecas, tratando de ayudarme. Me infunden el impulso que me falta y logro subir, y me tiro al fondo del bote con un gemido animal.

Agarro la sombrilla y me peleo con ella hasta que la cierro, y enseguida aminoramos la velocidad. Afortunadamente hay remos. Me pongo a remar, pero no tardo en darme cuenta de que nunca lo conseguiremos.

—Hay una cala un poco más al sur —dice uno de los chicos.

Los miro por primera vez. Tienen unos ocho o nueve años. Uno es pelirrojo con pecas, el otro es moreno y lleva un flequillo que le tapa los ojos oscuros. Los dos están increíblemente tranquilos.

El pelirrojo señala hacia el sur y me doy cuenta de que tiene razón, la cala ya no está tan lejos y será más fácil llegar a ella. Pongo la embarcación rumbo al sur, dejando un remo sumergido mientras describo un amplio arco.

—El bote no resistirá mucho —les advierto—. ¿Sabéis nadar?

—Un poco.

Una vez que hemos dado la vuelta, empiezo a remar con todas mis fuerzas hacia la orilla más cercana. Pero, como era de esperar, el bote hace aguas. Al poco rato nos cubre los tobillos y luego las rodillas.

—¡Allá vamos! Saltad y quedaos cerca de mí.

Nos tiramos al mar y empezamos a nadar resueltamente, y me maravillo ante el coraje de estos niños, pero también descubro lo torpes que son en el agua, agitando brazos y piernas sin ton ni son. Resulta que no es que sepan nadar «un

poco» sino que no tienen ni idea. Así que los agarro por el cuello de la chaqueta con la mano izquierda mientras con la derecha doy brazadas y agito los pies como una criatura enloquecida, una bestia infernal, arrastrándolos lentamente hacia la costa.

Al cabo de veinte minutos, una hora, dos... quién sabe... la tierra nos encuentra, y aunque nunca lo admitiré en voz alta, sé que no puedo nadar un segundo más con esa carga extra. Noto los músculos debilitados. Salir del agua tampoco nos resultará fácil, porque no nos espera una playa de arena suave como en Australia, sino rocas puntiagudas contra las que nos arrojará el fuerte oleaje. Hago todo lo posible por llegar antes y levanto a los niños por encima de mí para impedir que se hagan daño, pero siento fuego en el costado cuando me veo arrojada contra los afilados dientes de las rocas.

No hay tiempo para pensar, porque la siguiente ola nos empujará más fuerte y tenemos que salir de aquí como sea. Los lanzo hacia la parte menos profunda y les digo que trepen por las rocas a toda velocidad, y ellos me obedecen. Resbalan y patinan, pero se abren paso hacia las rocas que no están sumergidas, y yo los sigo con dificultad hasta que la siguiente ola nos golpea con violencia y los tres caemos de espaldas. Podríamos fundirnos fácilmente en la tierra, pienso.

Nos sentamos en silencio. Oigo la sirena de una ambulancia por encima del rugido del mar.

Hace un frío que pela.

El profesor Niall Lynch llega con mi bicicleta.

—¿Estáis bien?

Los tres asentimos.

—Vuestros padres vienen para aquí —dice, y caigo en la cuenta de que se las ha arreglado para venir pedaleando, a pesar de la rueda pinchada.

Se acerca una multitud por la colina. Niall envuelve con su

chaqueta a los dos niños, que están tiritando, pero es tan grande que se les resbala.

Me pongo de pie. Me duele el cuerpo, pero sólo como una sensación vaga. Sospecho que el dolor llegará más tarde, y me dejará en carne viva, pero por ahora sólo estoy aturdida y demasiado consciente de que me castañetean los dientes.

—Estás sangrando —señala Niall Lynch.

—Bah —respondo, aunque es verdad.

Me inclino para coger la bicicleta; él se agacha un segundo después y la levantamos juntos. Me tiende las sandalias y la chaqueta que ha recogido por el camino.

—Gracias —le digo, pero noto que me mira con demasiada intensidad y me vuelvo hacia los niños.

Ellos me miran y sonríen. Y las sonrisas bastan. No quiero esperar a los padres, la ambulancia, el hospital y las preguntas. Las sonrisas son más que suficiente. Les sonrío yo también y les digo adiós con la mano mientras empiezo a empujar la bicicleta hacia la colina verde.

Vuelvo la cabeza una vez. Por el modo en que me mira Niall, sospecho que debería haberme despedido de él, así que digo lo único que se me ocurre, «Hasta la vista», y me voy a mi casa.

La sangre se escurre por el desagüe. Noto como si me hubieran amputado los dedos de los pies, y tengo la mente en blanco. Llevo tanto rato acurrucada en el suelo de la ducha que el agua se ha vuelto tibia; dentro de nada será fría y volveré a estar congelada, pero todavía no puedo moverme.

Me he olvidado de preguntar a los niños del bote cómo se llaman. No tiene importancia, pero ahora me gustaría saberlo. Desearía estar de nuevo en el mar.

Tengo dos fragmentos de roca incrustados en la cadera, y arañazos en las costillas y el muslo. Me están saliendo

moretones y hasta me duelen los huesos.

Cuando ya no puedo posponerlo más, me pongo de pie torpemente y cierro los grifos. Incluso el acto de secarme me supone un esfuerzo. Me siento encima de la tapa del váter y me arranco con unas pinzas los fragmentos incrustados en la piel. No tengo desinfectante, así que me pongo la ropa interior y la camiseta, y busco tequila en la cocina. Me echo un chorrito sobre la cadera y doy un trago.

Mis compañeros de piso me encuentran sentada en el banco de la cocina, con la botella mediada. No les sorprende. Buscan vasos y se unen a mí, pero se van retirando de uno en uno hasta que vuelvo a estar sola. Ahora la botella de tequila está vacía y el dolor ha pasado a segundo plano, y siento en el pulso un latido de adrenalina. Me gustaría estar al aire libre, pero estoy pegada al banco, y me balanceo un poco, demasiado aturdida por la vida y el mundo para intentar moverme.

Pienso en mi madre, siempre tan consciente de las maravillas y los peligros de la vida, y de lo estrechamente entrelazados que están ambos. Me gustaría saber qué la llevó a cruzar el océano y meterse en la cama de un monstruo. Me pregunto si ya sabía cómo era él desde el principio. Es muy posible que sí, y que le pareciera emocionante, aun a costa de ser abandonada una vez más. Me pregunto si algo ha logrado penetrar el muro de ira que impulsó a mi padre a estrangular a otro hombre. ¿Hubo un atisbo de arrepentimiento mientras lo hacía? ¿Una revelación momentánea del monstruo en el que se estaba convirtiendo? Me pregunto qué piensa él en la cárcel, y si ahora siente la ira como un viejo amigo o un amante apasionado. Tal vez la aborrece, o la dejó enterrada en el cuello del hombre que mató.

Joder, estoy borracha. Éstos son los pensamientos que acuden a mi cabeza sin mi permiso.

Me levanto del banco y me dirijo al dormitorio que comparto

con Lin y Sinead. Están dormidas, como evidencian sus suaves ronquidos. Pienso en el mar para conciliar el sueño, pero esta noche el ritmo de los ronquidos es demasiado irregular y no me calma. Estoy demasiado viva para mantener la calma.

• • •

A las tres de la madrugada alguien llama a la puerta de la calle. Lo sé porque estoy despierta, con los ojos clavados en el despertador de Lin, cuando el sonido reverbera en todas las paredes de la casa, que son finas como el papel. Quienquiera que sea debe de estar en apuros. Los otros siete ocupantes de Wall Manor, como llamamos a nuestra casa, sueltan una sarta de tacos que haría sonrojar a un marinero.

Henry, que duerme en la habitación más cercana a la puerta principal, se levanta para ir a abrir y todos oímos sus pasos sobre el parqué.

—¿Qué pasa, tío? ¿Sabes qué hora es?

—Creo que son las tres y dos minutos —responde una voz que conozco—. Siento molestar.

Me incorporo adormilada.

—¿Vive aquí Franny Stone? —pregunta la voz, y un coro de gruñidos recorre la casa.

Sinead y Lin me lanzan sus almohadas a la cabeza mientras me dirijo a la puerta a trompicones.

Niall Lynch está en el umbral, bañado en la luz plateada de la luna de Galway. Lleva la misma ropa que hace unas horas y está fumando. Se le ve delgado y pálido. ¿Qué tiene ese hombre para que todo el mundo se enamore de él? La verdad, no lo entiendo. Al menos cuando no está hablando de pájaros.

—¿Qué hace aquí?

—No voy a entrar.

Parpadeo.

—Más le vale.

—¿Quieres uno?

Me ofrece entonces un cigarrillo que ha liado manualmente.

—Puaj. No.

—Bueno, aquí tienes.

Esta vez me tiende una bolsa de tela. Echo un vistazo con curiosidad y veo vendas, desinfectante, analgésicos y una botella de ginebra.

—Gracias. Quiero decir que ya tengo...

—Me lo suponía. —Extiende las manos en un gesto de impotencia—. Los rescataste y luego, cuando te marchaste, tenías un aspecto tan lamentable... y nadie te dio las gracias.

Pienso en lo que acaba de decir.

—Entonces, ¿ha venido para darme las gracias?

Se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

—Está bien.

Tira el cigarrillo al suelo y lo pisotea mientras busca su paquete de tabaco.

—¿Piensa dejarla ahí?

Me sigue la mirada hasta la colilla. Sonríe un poco.

—¿Por qué, la quieres?

—Haga el favor de recogerla. Es asquerosa.

Él se ríe mientras se agacha.

—Ya pensaba hacerlo. Perdóname si soy un poco lento a estas horas. —No se ríe mientras se endereza—. Pensé que ibas a morir esta noche. Con esos niños.

Un silencio. Me encojo de hombros, sin saber qué espera que responda.

—¿Tienes ganas de morir o algo así?

Frunzo el ceño, irritada por la pregunta. ¿No estaba él también dispuesto a meterse en el agua? ¿No lo haría cualquiera?

—¿Qué está haciendo aquí, profesor?

Niall Lynch me tiende un portafolio. En la oscuridad tardo un momento en distinguir las palabras de la portada: MATRÍCULA NUI.

Me empiezan a arder las mejillas de una forma desagradable.

—¿Qué es esto? —Y añado—: ¿Y cómo sabe dónde vivo?

—Se lo he preguntado a tu jefe. Me ha dicho que no eres estudiante.

—¿Y?

—Así que voy a invitarte generosamente a que sigas asistiendo a mi clase hasta que hayas solicitado una plaza y te hayas matriculado como es debido, porque soy así de amable.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—No es asunto suyo. Y para que lo sepa, lo que ha hecho no está bien —añado, y lo señalo—. Ni siquiera le he dicho cómo me llamaba.

Intento devolverle los papeles, pero no los acepta. No tiene por qué enterarse de que no terminé el instituto. No puedo ir a la universidad.

Saca del paquete un segundo cigarrillo liado, enciende una cerilla y sostiene la llama bajo el extremo, y veo el pequeño resplandor de la combustión mientras da una profunda calada con los ojos cerrados, como si fuera un acto religioso. Imagino el asqueroso sabor de su boca y de su lengua.

—Tíralos o quémalos, lo que prefieras. Pero léelos antes —me dice—. Y sigue asistiendo a mis clases. —Sonríe un poco. Una sonrisa demasiado peligrosa para que dure—. Mantendré la boca cerrada.

Mientras se aleja pienso: «No digas nada, no digas nada.» Pero ya es tarde.

—¿Por qué lo hace?

Niall se detiene y me mira por encima del hombro. Tiene el pelo y los ojos muy negros y la piel plateada.

—Porque tú y yo vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos. —Luego añade—: Hasta la vista.

Cuando entro en casa casi no puedo respirar. Me tumbo en el colchón del suelo sin hacer caso de las risitas de mis compañeros de piso, que lo han oído todo.

Vuelvo a estar en las garras del mar: entre las páginas de los impresos de inscripción el profesor ha escondido una pluma negra.

Espero a que todos se duerman de nuevo para llevarme la punta de la pluma a los labios. Me toco pensando en Niall Lynch.

8

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

«Gracias a Dios», pienso al oír la sirena del barco. Me da igual si estamos naufragando, o nos espera otro iceberg o la tormenta perfecta. Sólo quiero salir de esta caja. Me levanto con dificultad y me pongo el anorak encima de las camisetas térmicas. Luego las botas, tan rápido que pierdo el equilibrio al sostenerme sobre el pie derecho lesionado, y sigo a Léa a toda prisa. Los otros miembros de la tripulación ya están corriendo hacia las escaleras que llevan a cubierta.

Basil me sonríe.

—Ennis ha encontrado algo.

Le devuelvo la sonrisa, pensando que en todo caso quienes lo han encontrado son los pájaros. Sigo a los demás hacia los deslumbrantes haces de los focos. Dos iluminan el barco, que ha dejado de moverse, mientras que el tercero se desliza lentamente sobre el agua. Todos nos precipitamos hacia la barandilla para averiguar qué ha encontrado. El negro océano brilla ligeramente plateado; justo debajo de la superficie nos parece ver cientos de peces, y por encima de ellos están los charranes, que se zambullen y salen del agua dándose un festín.

Todos gritan de la emoción. Es un espectáculo realmente insólito.

—¡En marcha! —retumba la voz de Ennis desde el puente de mando, y al volver la cabeza veo el destello de su sonrisa.

Mal y Dae se apresuran a accionar dos palancas y me doy

cuenta de que están bajando al mar un bote más pequeño que no había visto. Es lo que llaman «esquife». Anik salta por encima de la barandilla y se mete en la embarcación con los movimientos gráciles de un bailarín. Al tocar el agua suelta cabos. Lo veo maniobrando la pequeña embarcación, que suelta una gruesa red detrás de él. Léa está de pie junto a la manivela, asegurándose de que la red no se engancha ni se enreda a medida que Anik va desplegándola en la oscuridad. El borde superior flota gracias a esos corchos amarillos que conozco bien, y el inferior se hunde lastrado por una hilera de plomos. Anik arrastra la red haciendo un gran círculo alrededor del banco de peces.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Mal, que está a mi lado, señala la red.

—Cuando Nik termine de rodear los peces y el patrón dé la señal, tiraremos de los pesos para cerrar el fondo de la red y evitar que salgan, y a continuación izaremos con el halador la red hasta la cubierta. Prepárate, Franny. Si antes te parecía duro, ahora es cuando empieza el trabajo de verdad.

Anik completa el círculo y junta los extremos de la red, que tiene un kilómetro y medio de largo. Me sorprende la rapidez con que lo ha hecho, como si hubiera nacido para gobernar esa pequeña embarcación. Malachai dijo que todos los esquiferos eran seres marginales; tienen que serlo para arreglárselas solos como lo hacen. Observando el solitario trayecto del pequeño bote entiendo lo que quiso decir.

Se tensan los cables. Ennis da la señal y todos observamos cómo éstos empiezan a tirar de los plomos. No veo lo que ocurre debajo del agua, pero los corchos se sacuden y retuercen como si la parte de la red sumergida se moviera. A continuación la superficie del agua se cubre de escamas plateadas que se agitan frenéticas. Hay algo monstruoso en este espectáculo, como si hubiéramos capturado una poderosa

bestia marina y la estuviéramos sacando de las profundidades del océano.

Los pájaros se alejan al ver interrumpido su festín.

De pronto me invade la ansiedad.

La manivela se detiene.

—¡Listos para izar! —grita Léa.

Mal y Dae suben a Anik y el esquife a la cubierta, y los tres se apresuran a ponerse monos de plástico y unos enormes guantes de goma. Cuando terminan, indican por señas que están preparados y esperan.

Ennis, que maneja el halador, les grita a todos que se aparten, y el brazo metálico se sacude antes de sacar poco a poco la pesada red del mar. El agua cae en pequeñas y estrepitosas cascadas, y veo claramente los cientos —tal vez miles— de peces. Los que están encima de todo aletean desesperadamente al ser sacados del agua. No esperaba que fueran tantos, ni siquiera después de haber visto el tamaño de la red.

No quiero verlo, pero no puedo mirar hacia otro lado. Tengo que detenerlo de alguna manera. Pero, como es lógico, no puedo.

Basil lanza un grito de victoria y me entran ganas de vomitar. ¿Realmente voy a quedarme aquí parada viendo cómo matan a estas criaturas? ¿En qué se diferencian de los pájaros, por los que podría dar la vida?

Dentro de la red hay algo de una textura diferente. Me inclino con los ojos entornados, pero es difícil verlo bien en la penumbra. No es un pez, de eso estoy segura.

—¿Qué es eso?

Mal y Dae siguen mi dedo con la mirada y fruncen el entrecejo.

—¡Luz! —grita Dae.

Samuel, que está con Ennis, gira un foco en la dirección

señalada y todos lo vemos con perfecta claridad. Hay una tortuga marina gigante atrapada en la red.

—¡Para, patrón! —gritan Dae y Mal a la vez.

Ennis los oye y detiene la grúa. La red se balancea sobre el océano y todo el barco se zarandea a causa de su enorme peso. Baja a toda prisa y corre hacia la barandilla.

—¡Abre la red! —le ordena a Basil.

—¿Cómo? ¡Jefe, es una gran captura!

—Ábrela.

Es tal mi sorpresa que me agarro a la borda con demasiada fuerza y se me acalambra una mano. Me reúno rápidamente con los demás sin apartar los ojos de la pobre criatura, cuyas aletas apenas se mueven bajo el peso sofocante de los peces. La mitad de la tortuga sobresale de la red y temo que se haya enredado demasiado y no pueda liberarse.

El cable de la red empieza a destensarse y se abre un hueco en el fondo para dejar salir los peces, que vuelven a caer al agua, miles a la vez, creando un oleaje que zarandea el barco. Muchos se quedan atrapados en la red, retorciéndose inútilmente. Y, junto a ellos, la tortuga, que parece incapaz de liberarse.

—¡Tráela aquí de nuevo, Sam! ¡Con cuidado! —grita Ennis.

El enorme brazo metálico gira lentamente antes de descender sobre la cubierta. La red se amontona alrededor de la tortuga y todos corremos para ayudar a liberarla, pero Ennis nos grita que nos detengamos.

Se abre paso hasta donde está la criatura y él mismo levanta los metros de red que la sepultan. Conteniendo la respiración lo veo arrodillarse a su lado y desenredarle con mucho cuidado las patas y la cabeza. La tortuga intenta morderlo, pero él la trata con delicadeza para no hacerle daño. Veo que apoya una mano en su enorme caparazón y lo acaricia con ternura.

—¿Qué haces tan al norte, preciosa? —le pregunta en voz

baja.

Ella abre y cierra su boca en forma de gancho y yergue la cabeza todo lo posible. Una vez que Ennis la ha desenredado, apartamos la red para despejarle el camino hasta la barandilla. Es tan grande que hacen falta los brazos de Ennis, Basil, Mal y Dae para levantarla.

Me río con alivio cuando ella sola se desliza por la borda y cae ruidosamente al agua. Con el dorso de la mano me seco las lágrimas de las mejillas mientras observo cómo desaparece en las profundidades del mar. Me imagino sumergiéndome con ella hacia la oscuridad.

Los hombres están liberando los peces sueltos que quedan en la red y los están devolviendo también al mar.

Ennis se queda mirando el océano en silencio. Anik le pone una mano en el hombro. Es el primer gesto amable que le veo hacer.

—Esto es lo que hay —murmura el capitán encogiéndose de hombros, y Anik asiente—. Ocupaos de la red —nos ordena a los demás, que reemprendemos la interminable tarea de desenredar y enrollar la enorme red.

Ennis me lanza una mirada.

—¿Por qué estás tan sorprendida?

Abro la boca, pero no sale nada. Porque eres pescador, quiero decir. Creía que tu avidez no conocía límites.

—Descansa un poco —añade ante mi silencio.

—Puedo ayudar. He estado entrenando.

—Estorbas, encanto. Ve a descansar —dice, y apenas me mira mientras me despide.

Me quedo en la cubierta, avergonzada. Pero sobre todo aliviada, aliviada por los peces, que se han alejado y ya están fuera de nuestro alcance, y por los pájaros que ya han salido en busca del próximo banco de peces. Y por la tortuga. Pienso en ella mientras me uno al resto de la tripulación, pasando por

alto la orden del capitán. Son sus ojos los que veo mientras enrollo los corchos, una y otra vez. La expresión que tenía mientras colgaba allá arriba, atrapada en la red, creyendo que le había llegado la hora.

Tengo grasa incrustada bajo la piel de las ampollas, pero tendrá que esperar. Hoy se me necesita en la sala de máquinas. Léa está ocupada con la bomba de achique.

—Sirve para extraer el exceso de agua del barco —gruñe, inclinada sobre algo grasiento, para variar.

—¿Y qué estás haciendo? —le pregunto, alzando la voz por encima del débil rugido del motor.

—Desatascarla. Se cuela todo tipo de porquería. Pásame la llave inglesa.

Se la doy. Me quedo mirando cómo abre la bomba y mete la mano hasta el fondo. Saca un amasijo de desechos grasientos que huelen fatal y me lo lanza directamente al regazo.

—Genial.

—Tíralo al cubo y échalo por la borda.

El cubo está a su lado y podría haberlo hecho ella misma, pero no, ha preferido tirármelo encima. La pillo sonriendo con malicia mientras sigo sus instrucciones. Me hace llevar varios cubos más de inmundicia que huele a pescado podrido a la cubierta principal y cada vez que tomo aire se me revuelve el estómago. Observo cómo limpia los mecanismos de la bomba y envidio la fuerza de sus brazos musculosos.

—¿Siempre has navegado? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Hace diez años que reparo barcos. He sido más tiempo mecánica.

—¿Y qué te llevó a alta mar?

Vuelve a encogerse de hombros.

—¿De qué parte de Francia eres?

—De Les Ulis, cerca de París. Mi familia se trasladó allí para apoyar la carrera futbolística de mi hermano.

—¿Es futbolista? Eso es genial.

Ella niega con la cabeza, pero no da más detalles.

—¿Dónde vivías antes?

—En Guadalupe.

—¿Cómo era?

Se encoge de hombros otra vez.

—Qué habladora eres.

Suspiro, aunque después de haberme pasado los últimos días oyendo a Malachai es un cambio agradable. Él sí que habla por los codos. Creció en Brixton con tres hermanas y su madre soltera después de que ésta decidiera dejar Jamaica e irse con todos a Londres. Estaba obsesionado con las chicas y se metió en la pesca para perseguir a una que era diez años mayor que él y totalmente inalcanzable, pero se vanagloria de que nunca ha rechazado un reto. Eso fue, por supuesto, mucho antes de que se enamorara de Dae en el barco anterior y los echaran a los dos por querer estar juntos. Los padres de Daeshim habían dejado un pequeño pueblo de Corea del Sur para irse a vivir al lugar más bullicioso y liberal que se les ocurrió: San Francisco. Dae dice que no tenían ni idea de en qué se estaban metiendo, pero se dejaron llevar por la corriente e incluso lo animaron para que se convirtiera en un artista de *performance* experimental o un filósofo feminista, si eso era lo que quería ser. Él no quiso. Se rebeló y se hizo ingeniero naval y se subió al primer barco de pesca de cerco que encontró, a pesar de que se mareaba en el mar. Para su consternación, sus padres se quedaron encantados. Malachai no es el único al que le gusta hablar. Si Samuel huele un poco de alcohol no hay quien lo haga callar, y además es de los que lloran todo el tiempo. Nació en Terranova y no es cierto que tenga hijos en todos los

puertos, pero sí tiene muchos más de los razonables bajo un mismo techo. Como él mismo dice, tiene amor para dar y vender. La historia de Basil es menos romántica; pasó su niñez yendo de un barco a otro y tomó la decisión de no acabar siendo un marinero como su padre, que debía de ser un tipo duro. Es verdad que estuvo en un programa de cocina en Sídney, pero un día perdió los nervios y lo despidieron, y prácticamente huyó del país para evitar el escándalo. Así fue como retomó el inevitable curso de su vida. Los marineros, quieran o no, siempre vuelven al mar. En cuanto a Anik, he reunido un par de datos aquí y allá: lleva más tiempo que nadie en el *Saghani*, y la historia de cómo llegaron a trabajar juntos Ennis y él es muy misteriosa, pero nadie me la cuenta. Sólo me dicen que la madre de Anik daba clases de física en Anchorage mientras que su anciano padre, por inverosímil que suene, sigue organizando excursiones en trineo para los turistas, y siente más amor por los huskies que tiran de ellos que por los seres humanos.

Aunque no puede ser un grupo más variopinto, tengo la sensación de que en el fondo todos se parecen mucho. Les faltaba algo en tierra firme y salieron en su busca. Sea lo que sea, no dudo ni por un momento de que lo han encontrado. Son unos desterrados, y les encanta estar aquí, en un océano que les ofrece una forma de vida diferente. Aman este barco y, por mucho que discutan y se peleen, se quieren.

A su manera, todos lloran el final de esta vida, saben que se acaba y se preguntan cómo sobrevivirán.

Ya no puedo seguir pasando por alto el mareo. Los olores y los ruidos de la sala de máquinas han podido conmigo. Léa resopla al verme ir al cuarto de baño para vomitar. El creciente oleaje me empuja contra la pared del cubículo y tengo que agarrarme a la taza del váter. A lo largo de la noche las olas se vuelven más crueles y me encuentro compitiendo con Dae para

ver quién llega antes, lo que hace reír al resto de la tripulación. Saco una y otra vez todo lo que tengo en las entrañas; vomitar es una verdadera tortura. Supongo que Ennis tenía razón cuando decía que se avecinaba una tormenta.

Samuel se apiada de mí y me da una pastilla contra el mareo que me deja inconsciente unas horas, y cuando me despierto todavía es de noche, pero el mar está más tranquilo. Me voy a la cubierta. Anik está de pie en la proa, pero no creo que se alegre de verme.

—Le preocupa que vayamos tan al sur —me comenta Basil, y me doy cuenta de que está sentado en la oscuridad, liándose un porro—. Nunca le ha gustado.

No estoy de humor para hablar con Basil, pero nunca lo estoy, y aunque me irrite, también me hace compañía. Me siento a su lado y escuchamos el océano.

—¿Por qué?

—Es del norte.

Basil me ofrece el porro y le doy una calada. El calor me invade rápidamente, desdibujándome.

—Entonces, ¿por qué ha venido? —le pregunto.

—No lo sé, pero es algo entre Ennis y él. Algún trato o pacto que se remonta a mucho tiempo atrás y que es la razón por la que Anik navega con el patrón, pase lo que pase.

Intrigante.

—¿He dormido durante la tormenta? —pregunto, y busco el olor de la lluvia en el aire, pero sólo reconozco el de la sal y la grasa.

—Aún no ha empezado.

Miro hacia el cielo despejado. No cabe una estrella más.

—Se está preparando —añade Basil al percibir mi escepticismo.

—¿Debería preocuparme?

—Es mejor dar otra calada. —Al cabo de un rato añade—: Mi

familia es irlandesa. Me refiero a mis antepasados.

—¿Presidiarios?

Sonríe.

—Son un par de generaciones posteriores a aquello. Sólo eran personas que buscaban una vida mejor.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que la pobreza. ¿No es eso lo que hay detrás de todas las migraciones? La pobreza o la guerra. Tú eres medio australiana, ¿verdad? —me pregunta.

—Por el lado de mi padre.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Ni idea.

—¿Nunca se lo preguntaste?

Niego con la cabeza.

—Pero tu madre es irlandesa, ¿no? —me presiona.

—Sí.

Lo veo exhalar una pesada columna de humo. Suena muy ebrio.

—Conocí a una mujer que vivió y murió junto a las rocas de pizarra del condado de Clare. Aunque la hubieran llevado a vivir al otro lado del mundo su alma habría seguido unida a esta costa. —Basil se mira las manos y se recorre con el dedo las líneas de la vida como si buscara algo—. Yo nunca he sentido eso. Me encanta Australia y lo considero mi hogar, pero nunca he sentido que podría morir por ella.

—Porque no es realmente tu hogar.

Frunce el ceño, ofendido.

—Tampoco es el mío —añado—. No pertenecemos allí; llegamos de otro lugar y clavamos nuestra fea bandera en el suelo, y masacramos, robamos y lo llamamos nuestro.

—¡Por Dios, otra defensora de causas perdidas! —exclama con un suspiro—. ¿Cómo se explica entonces que tampoco me sintiera en casa en Irlanda? —me pregunta como si yo tuviera

la culpa—. Fui allí a los dieciocho años pensando que encontraría mi lugar en el mundo. —Se encoge de hombros y da otra calada—. Sigo buscándolo.

No puedo contener más la pregunta.

—¿Cuánto tiempo vas a continuar dedicándote a esto, Basil?

Me mira y el humo se eleva de su boca hacia mi cara.

—No lo sé —admite—. Samuel está tan seguro de todo... Dice que Dios proveerá por nosotros, que los peces volverán. Ya estaba pescando antes de que nosotros naciéramos. Yo antes le hacía caso. Pero ahora se habla demasiado de sanciones.

—¿Lo crees probable?

—Vete tú a saber.

—¿No te...? ¿Por qué ninguno de vosotros parecéis preocupados por lo que estáis haciendo?

—Claro que lo estamos. Antes te ganabas bien la vida con esta profesión. —Se cruza de brazos y deja que asimile sus palabras antes de rematarlas—: Pero lo que mata a los peces no somos nosotros sino el calentamiento global.

Lo miro fijamente.

—Dejando a un lado que habéis pescado más de la cuenta y habéis contaminado las aguas con toxinas, ¿quién crees que ha causado el calentamiento global?

—Vamos, Franny, no hablemos de política. Es muy aburrido.

No puedo creerlo, de verdad que no puedo, y de pronto es como estar al pie de una montaña que no tengo forma de escalar, y estoy agotada, agotada de Basil y su pequeño mundo egoísta, y agotada de mi propia hipocresía, porque soy tan humana y responsable como él, así que me desplomo en mi asiento y cierro la boca.

Tú decidiste hacer este viaje. Decidiste que valía la pena viajar en un barco de pesca sólo para conseguir tu objetivo. Así que apechuga.

—¿Y tú? —me pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Dónde está tu hogar?

Si tengo uno, pienso, lo dejé atrás hace mucho.

Basil me pasa el porro y nuestros dedos se rozan. De pronto recuerdo. La piel. Dentro de mí se agudiza un dolor. El rugido del océano se oye más fuerte.

—¿Dónde está tu hogar, Franny? —me pregunta de nuevo, y pienso: «¿Por qué voy a decírselo?», y entonces lo beso. Porque no me gusta absolutamente nada y me parece un acto destructivo.

Él sabe a tabaco, a marihuana y a humo, pero yo debo de saber a lo mismo, y quizá peor, después de todo lo que he vomitado. Me agarra el brazo con la mano libre, un movimiento tímido y sorprendido que parece reflejar una gran necesidad que tal vez no sabía que tenía.

Dejo de besarlo y me echo hacia atrás.

—Lo siento.

Él traga saliva y se pasa la mano por su pelo largo.

—No te preocupes.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Franny.

Mi sueño vuelve a verse interrumpido, primero por pesadillas sobre mi madre y luego por el líquido caliente que me cae de la muñeca. Me incorporo soñolienta y desorientada. Cuando me muevo me duele, y la humedad me resulta familiar, su olor a óxido me despierta recuerdos nocturnos.

Tomo aire y dejo que se me sosiegue la mente. No estás en la cárcel. Estás en el barco.

El vaivén empeora. El barco se zarandea hacia delante y hacia atrás, y el movimiento brusco tira con tanta fuerza de la cuerda que me rodea la muñeca que me abre la herida y me

cae sangre por el brazo.

Con la mano libre desato el nudo que me constriñe. Me siento bastante orgullosa de él porque me costó lo suyo aprenderlo. He decidido empezar a atarme a la cama por las noches, porque es evidente que una parte de mí quiere escapar de este camarote y salir al encuentro del océano, y lo menos que puedo hacer es ponérmelo difícil.

Una vez liberada, me caigo rodando de la cama como un muñeco de trapo.

—¿Estás bien? —me pregunta Léa. Luego—: ¿Estás despierta?

—Eso espero.

Me deshago de la sábana y me precipito hacia la puerta, rebotando contra las paredes del camarote como una bola de máquina del millón, y choco con la escalera y me golpeo la espinilla con el último peldaño.

—¿Franny? ¿Qué estás haciendo, Franny? No lo hagas.

Salgo a la cubierta azotada por la lluvia y el viento, y sumida en una profunda negrura pese a que ya ha amanecido, y apenas puedo mantenerme en pie; se diría que voy a salir volando por la tempestad, y que el mundo, repentinamente feroz, me arrancará la piel. Me detengo un instante, aturdida. Resbalo y me falta poco para caer por la borda y desaparecer, sólo los dedos con que aferro la barandilla me sujetan al mundo. Recupero el equilibrio y me lanzo hacia la segunda escalera. Tengo que llegar hasta Ennis, hasta la carta de navegación, los puntos de rastreo y mis pájaros. Es peligroso; me rompo las uñas al tratar de agarrarme a los peldaños, me magullo los hombros contra el metal y resbalo una y otra vez, raspándome las espinillas doloridas, pero consigo llegar al puente, abro la puerta de par en par y me veo empujada hacia el silencio y la oscuridad. La puerta se cierra de golpe detrás de mí y por un momento me quedo aturdida, con el estruendo de fuera que me

resuena en los oídos.

—¿Qué coño haces aquí? —me pregunta él.

Aparto la mirada de su expresión iracunda.

—Es... grave, ¿verdad?

El barco se zarandea de nuevo y los dos nos vemos arrojados contra la pared. Por fin veo lo que está pasando. La tormenta nos lanza arriba y abajo en las olas furiosas, y subimos por la pared de una y bajamos por la de otra.

—He echado las dos anclas y puesto el motor a todo gas, y aun así nos vemos forzados a retroceder. Tendremos suerte si sólo perdemos unas millas.

—¿Y si empeora?

—Entrará demasiada agua. —Me mira con los ojos entornados—. Mereces caerte por la borda deambulando de ese modo.

—No deambulaba. Venía aquí.

Sus ojos azules se llenan de algo que no reconozco.

—¿Por qué?

Se me cae el estómago a los pies cuando pasamos por encima de una enorme ola y tengo que agarrarme al respaldo de su silla.

—Por los pájaros.

Ennis saca un chaleco salvavidas y me lo pasa por la cabeza, y noto que se compadece de mí.

—¿Dónde están los pájaros, Ennis?

Me señala los pies con un movimiento de la cabeza.

—Quítate las botas, encanto.

—¿Por qué?

—Por si tenemos que nadar.

Y allí está de nuevo, la emoción frenética que llevo buscando toda la vida. Es una locura emocionarse ante el peligro, pero incluso en estas circunstancias me emociono. La única diferencia es que antes me sentía orgullosa de ello y ahora me

avergüenzo.

9

Galway, Irlanda
Doce años atrás

Me he pasado la tarde delante del ordenador de la biblioteca de la universidad, intentando localizar a Maire Stone y a John Torpey. En internet no existe ninguna Maire, o al menos la Maire Stone que yo busco, pero he encontrado unos cuantos John Torpey de la misma franja de edad y de la zona adecuada. Estoy apuntando las direcciones cuando Niall Lynch pasa junto a la hilera de ordenadores con un montón de libros. No me mira, pero mis ojos se ven atraídos por él como por un imán, o quizá por algo menos científico, algo que aún no sé cómo llamar. No hemos hablado desde la noche que se presentó en mi casa, hace casi un mes, y soltó esas palabras absurdas. He asistido a sus clases, pero no me ha mirado ni una sola vez, y quizá todo esto forma parte de su plan, porque sin el menor esfuerzo por su parte ha conseguido convertirme en una criatura obsesionada.

Me levanto bruscamente olvidando por completo mis búsquedas por internet. En el último momento me meto un trozo de papel arrugado en el bolsillo de los vaqueros y decido salir de la biblioteca detrás de él. Sigue un trayecto laberíntico a través de varios edificios y durante un rato tengo la sensación de estar pisando por donde él pisa, tomando sus decisiones y viviendo su vida. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿En qué está pensando en este instante? ¿Por qué soltó esas palabras demoledoras? ¿Hablaba en serio? ¿Sabía que yo llevaba tiempo

esperando que alguien me hiciera pedazos para no ser yo la única causa de mi propia destrucción? Lo atraigo hacia mí y me acurruco en él. Me pregunto si alguna vez ha querido liberarse tanto de su vida como yo de la mía, y si alguna vez se ha imaginado cambiándola por otra. ¿Quién lo echaría de menos? ¿Quiénes son las personas que lo quieren?

No me ve por los pasillos ni al doblar las esquinas, ni siquiera cuando me escondo detrás de un árbol bajo el sol de la tarde. Abre el candado de su bicicleta y se detiene un momento para charlar con un alumno, luego se monta y se aleja pedaleando.

Yo abro el candado de la mía y salgo detrás de él.

El profesor avanza a buen ritmo, pero lo sigo sin problema. Al contrario, varias veces me veo obligada a reducir la velocidad para no acercarme demasiado. Él me guía por la ciudad, deteniéndose en los semáforos, bajándose de la bicicleta para empujarla por el paseo comercial donde me llegan fragmentos de las melodías de los músicos callejeros que aprovechan el día de sol. Luego se monta de nuevo en la bicicleta y sale de los límites de la ciudad, donde la hierba es larga y el cielo amplio. Se aleja del mar, pero hay belleza aquí fuera, en el verde dorado de los campos. Al subir por una carretera de curvas reduce la velocidad y cada vez que lo pierdo de vista en un recodo recupero la sensatez y decido dar media vuelta, pero entonces lo veo de nuevo y sigo. ¿Quién más puedo decir honestamente que ha tenido este efecto en mí? ¿Quién? Es la fantasía que él ha creado, nada más. Lo sé, y aun así lo sigo. Llegamos a un trecho de la angosta carretera donde unos árboles enormes impiden ver los prados a ambos lados. Vuelven más oscuro el mundo. Un túnel cuyo final no se divisa.

Niall llega a un portón arqueado que no está cerrado con llave y se mete con la bicicleta. Me detengo, apoyando un pie

en el suelo. Ante nosotros se yergue una mansión de ladrillo, casi un castillo, de varios pisos y con un gran jardín, y hay un Lexus aparcado delante.

Podría darse la vuelta y verme enmarcada por la puerta de hierro forjado y la hiedra. Me pregunto qué le diría para explicar mi presencia allí, si lo intentaría siquiera. Pero él no se vuelve, y la curiosidad es más fuerte que yo. Aceptando que estoy loca y soy insensible a la humillación, cruzo el portón. Subo por la sinuosa avenida y rodeo la fuente de piedra, y continúo hasta el sendero lateral por el que he visto desaparecer a Niall. Dejo la bicicleta escondida detrás de un gran seto perfectamente podado y bordeo con sigilo la mansión.

La parte trasera de la propiedad es diferente de la delantera. La vegetación aquí crece a sus anchas. Los árboles son altos, las plantas silvestres, y la hierba está demasiado larga. Hay un lago plateado en cuya orilla se mece un bote amarrado. Niall desaparece en un pequeño edificio del fondo, oculto por las enredaderas. De cerca veo que el tejado es de cristal y está cubierto de telarañas, y que las ventanas están tan sucias que apenas puede verse a través de ellas. Si entorno los ojos me parece distinguir a Niall moviéndose entre plantas y mesas de trabajo. Allí está, entre unas suculentas colgantes, luego lo pierdo y vuelvo a verlo más allá, aparece y desaparece. Me atrae hacia el fondo del invernadero; estoy tan embelesada que meto sin querer el pie en una zanja y me tuerzo el tobillo. Mordiéndome el labio para ahogar un taco, me agarro al alféizar de la ventana; entonces vuelvo a verlo, y me olvido del dolor, porque en el fondo del invernadero diviso una jaula enorme, llena de pájaros.

Toda la sangre se me agolpa en las mejillas y me aparto de la ventana intentando recuperar el aliento, pero no puedo, y voy a la entrada del invernadero y penetro en él a través de los

colores vibrantes como si fuera un sueño, y en mi interior resuena el sonido de los pájaros, hay docenas de pájaros, y siento el aleteo de sus plumas contra las costillas. Es tal la algarabía de gorjeos y graznidos que Niall no me oye. En un primer vistazo distingo pinzones, petirrojos, mirlos y chochines. Él está dentro de la jaula, dándoles de comer grano, y el aleteo de las alas de colores crea un torbellino a su alrededor. De repente, sin haberlo decidido, yo también estoy dentro de la jaula, y él me mira, a la vez sorprendido y no sorprendido, y de pronto lo estoy besando entre las plumas.

Nos abrazamos, febriles. Tal vez es porque reconozco en él una segunda voluntad que rivaliza con la mía, pero en su certeza siento despertar mi certeza, y hallo por fin la promesa de una verdadera aventura que podría ser suficiente para retenerme.

—Casémonos —me dice apartándose, y yo me echo a reír, y él se ríe conmigo, pero volvemos a besarnos una y otra vez, y yo estoy pensando que hemos perdido la cabeza y que esto es ridículo, es absurdo, una locura, pero también que esto debe de ser el ansiado fin de la soledad.

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

—Tranquila —me dice Ennis al cabo de un rato, aún paralizados por el miedo a la tempestad—. No hará falta.

—¿Nadar?

Asiente.

—Todo irá bien.

Sigue en su asiento de capitán porque la silla está atornillada al suelo. Aun así, cada pocos segundos se agarra bien para hacer frente a los bandazos y el zarandeo. Yo me caigo de la

silla una y otra vez, y al final me tumbo en el suelo para no hacerme daño. Apoyo los pies contra la pared para frenar el impacto hacia delante, y Ennis me ha puesto un chaleco salvavidas detrás de la cabeza para protegérmela cuando me deslice hacia atrás. No quiere tenerme aquí, pero prefiere que no me arriesgue a bajar a cubierta.

Azotada por la lluvia y el viento, la cabina parece pequeña. Aquí estaremos atrapados hasta que pase la tormenta. En el cielo hay una bestia que se ha propuesto destruirnos. O tal vez somos tan pequeños que ni nos ha visto.

Tengo la vista clavada en la pantalla del portátil, en el punto rojo que hay en la trayectoria de la tormenta. Ignoro cómo sobrevivirán los charranes a esto, pero sé que lo harán. Lo presiento. Nunca he estado más segura de nada.

Ennis coge el ordenador y lo mueve para ver el punto.

—¿Cómo perdiste la custodia de tus hijos? —le pregunto.

No responde.

—¿Qué pasó entre su madre y tú?

Ennis no parece haberme oído hasta que lo veo encogerse levemente de hombros. Doy un paso más.

—¿Quién rompió?

Me mira como si quisiera que me callara.

—Ella.

—¿Porque te fuiste a navegar?

—No.

—Anik me dijo que no te gusto porque no tengo el entrenamiento adecuado para trabajar aquí. Dice que soy un peligro.

Ennis gruñe.

—¿Eso es todo?

Silencio.

Me paso la lengua por los labios secos y agrietados.

—Mira, puedes estarte toda la travesía odiándome por

alguna razón que desconozco y no pasa nada, podré lidiar con eso. O bien podemos hablar y tal vez hacernos la vida más fácil mutuamente.

Sigue un largo silencio que interpreto como que ha elegido la primera opción. La verdad es que no sé por qué me molesto. La opinión que Ennis tenga de mí no se cuenta entre mis preocupaciones. O al menos no es mi preocupación más acuciante. Y, sin embargo, cada día que pasa su antipatía me afecta más. Quizá sea porque me he matado a trabajar en su barco y esperaba su aprobación.

—No es sólo eso —reconoce él por fin.

Guardo silencio.

—Conozco a la gente como tú —me dice sin mirarme.

—¿Como yo?

—Los verdes.

—Por Dios, estás hablando como el maldito Basil.

—Me trae sin cuidado lo que pienses. Eso es asunto tuyo. Pero ¿por qué has tenido que subirte a mi barco y mirarnos así?

—¿Cómo es así?

—Como escoria. Como si yo fuera escoria.

Guardo silencio un momento, atónita.

—No creo que seas escoria.

No responde.

—Créeme, Ennis.

De nuevo no dice nada. Está claro que no me cree. Hago memoria tratando de averiguar en qué momento puedo haberle transmitido esa idea. No he dicho ni una palabra a nadie sobre lo que pienso excepto a Basil anoche. Pero supongo que no hace falta. No creo que sean escoria —en contra de mi sentido común, empiezan a caerme bien—, pero no puedo evitar sentirme indignada por lo que hacen. Tal vez hubo un tiempo en que el mundo podía tolerar que pescáramos y devoráramos,

pero ya no.

Trago saliva y, agarrándome a la pata del escritorio, me siento.

—Perdona, no era mi intención. Es que no lo entiendo.

—Tú te puedes permitir el lujo de no entender.

Me suelto sin querer y me olvido de protegerme la cabeza, y al resbalar hacia atrás me la golpeo con fuerza. Me escuecen los ojos y veo a Ennis borroso.

—Pensé que eras un viejo lobo de mar al que no le afectaba nada —admito—. Y al que no podía importarle menos lo que yo pensara. Quiero decir que yo no soy nadie, Ennis. No soy nadie.

Se vuelve hacia mí y me fulmina con la mirada, pero guarda silencio, porque es lo que hace casi siempre, guardar silencio.

Estoy tan agotada que hasta podría dormirme entre estas cuatro paredes, mecida por el balanceo. Si fuera una criatura de las profundidades, la tormenta no sería más que una escena vista desde abajo, un techo pintado del mundo.

—¿Pasa a menudo? —pregunto con cansancio.

—Sólo es un mal día —responde él, sin entender—. Los habrá peores y también mucho mejores.

Asiento y noto una oleada de nostalgia desgarradora: echo mucho de menos a mi marido. A él también le encantan las tempestades.

—He estado leyendo sobre el mar. ¿Puedo explicarte lo que he aprendido?

Ennis vuelve a guardar silencio, y creo que eso significa que no, así que cierro los ojos e imagino las palabras.

Pero al cabo de un rato responde.

—Adelante.

Noto cómo la tensión que he sentido hasta ahora disminuye.

—El mar nunca deja de desplazarse alrededor del mundo. Desciende lentamente desde la región polar, y una parte se

hiela y la otra se vuelve más salada y fría, y empieza a hundirse. El agua que se hunde se abre paso hacia el sur a lo largo del fondo marino, a casi cuatro mil metros de profundidad. Al llegar al océano Austral, entra en contacto con el agua helada de la Antártida y es empujada de nuevo hacia el Pacífico y el Índico. Allí se descongela poco a poco, y se va calentando a medida que sube a la superficie. Y, por fin, vuelve al punto de origen, el norte, recorriendo todo el poderoso Atlántico. ¿Sabes cuánto tarda el mar en dar la vuelta al mundo?

—¿Cuánto?

Noto que me sigue la corriente, pero con delicadeza, así que sonrío.

—Mil años.

Ennis se queda boquiabierto, igual que yo. No es para menos. ¿Quién fue el que descubrió algo tan extraordinario? Alguien como mi marido, que ha dedicado su vida a las preguntas que nadie sabe responder.

—Este mar que nos zarandea —continúo— no estaba aquí hace sesenta millones de años, pero la Tierra se movió lo suficiente como para crearlo y ahora se ha vuelto bullicioso y obstinado. Esto último no lo he sacado de ningún libro. Me lo contó Samuel. —Mientras hablo se me cierran los ojos—. No lo conocemos en realidad, ni sabemos qué esconde en sus profundidades. Que sepamos, nuestro planeta es el único que tiene océanos. En todo el universo conocido es el único planeta en el que se dan las condiciones perfectas para ello, ni demasiado calor ni demasiado frío, y ésta es la única razón por la que estamos vivos, porque el océano crea el oxígeno que necesitamos para respirar. Si lo piensas, es un milagro que estemos aquí.

—¿Tus padres te enseñaron a contar historias?

—Yo... —Titubeo sorprendida por la pregunta—. Sí, mi

madre.

—¿Qué piensa ella de que estés aquí?

—No lo sabe.

—¿Y tu padre?

—Tampoco, pero él no sabe gran cosa de mí. Me sorprendería que supiera cómo me llamo.

Silencio. El viento aúlla.

—¿Tienes hijos? —me pregunta Ennis.

Niego con la cabeza.

—Eres joven. Todavía tienes mucho tiempo por delante.

—Nunca he querido tener. Mi marido y yo discutimos durante años por ello.

—¿Y ahora?

Me quedo pensando. La verdad es una herida de la que no puedo hablar.

—¿Conoces el océano, Ennis? —pregunto para eludir la respuesta.

Gruñe y cierra los ojos, pero no contesta.

—Yo un poco —digo—. Lo he amado toda mi vida. Nunca he podido acercarme o hundirme lo suficiente. Nací en el cuerpo equivocado.

Algo de él cambia, lo noto. Como un deshielo que hace crepitar el aire.

Nos vemos arrojados de un lado a otro, y ya no estoy preocupada por los pájaros, tal vez porque la tormenta está amainando, o porque la conversación me sosiega. Niall siempre ha querido que estudie las cosas que me gustan, que las aprenda de una manera que él entienda, es decir, con datos. Pero yo siempre me he contentado con conocerlas de otra manera, a través del tacto y las sensaciones.

—Hay un lugar, muy lejos de aquí —dice Ennis, hablando con su lentitud característica—. En el Pacífico. Se llama el «Punto Nemo».

—¿Lo han llamado así por el capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*?

Se encoge de hombros.

—Es el lugar más remoto del mundo, más alejado de tierra firme que cualquier otro. —Su voz es un rugido profundo que me sosiega. Tener un padre debe de ser así, me digo de un modo abstracto. Ojalá él pudiera relajarse del todo. Todos los niños deberían sentirse así de protegidos durante una tormenta —. Este lugar está a miles de kilómetros de cualquier lugar seguro —continúa—. No hay lugar más cruel ni más solitario.

Me estremezco.

—¿Has estado allí?

Ennis asiente.

—¿Cómo es?

—Tranquilo.

Me doy la vuelta y me hago un ovillo.

—Me gustaría ir.

Y quizá me lo imagino, pero me parece oír:

—Algún día te llevaré.

—De acuerdo.

Pero no habrá más viajes después de éste, ni más océanos que explorar. Tal vez por eso estoy tan llena de paz. Mi vida ha sido una migración sin rumbo, lo que en sí mismo no tiene sentido. Me pongo en camino sin motivo, sólo para estar en movimiento, y eso me rompe el corazón una y mil veces. Es un alivio tener por fin un norte. Me pregunto qué sentiré cuando lo alcance. Me gustaría saber adónde vamos cuando morimos y si nos siguen. Sospecho que no vamos a ninguna parte y nos convertimos en nada, y lo único que me entristece es la idea de no volver a ver a Niall. Me parece injusto que el tiempo que se nos da para estar juntos sea tan breve. Pero es un tiempo precioso, y tal vez es suficiente y tiene sentido que nuestro cuerpo se funda con la tierra, para que pueda devolverle la

energía alimentando a las pequeñas criaturas del suelo y aportando nutrientes. Tal vez sea justo que nuestra conciencia descanse.

Es un pensamiento tranquilizador.

Cuando me vaya no quedará nada de mí. No habrá hijos que lleven mis genes. Ningún arte que conmemore mi nombre, nada escrito, ningún gran acto. Pienso en el impacto que tiene una vida así. Parece discreta, y tan pequeña como para ser invisible. Es como el inexplorado e invisible Punto Nemo.

Pero sé que no es así. El impacto de una vida no se mide sólo por lo que da y lo que deja atrás. También se mide por lo que le roba al mundo.

10

Nos casamos la misma tarde que nos besamos en el aviario. Enseguida fuimos a la ciudad en bicicleta, y en la tienda de segunda mano él se compró un anticuado traje marrón, y yo un vestido largo de seda de un tono melocotón muy pálido. Nunca olvidaré su tacto sobre mi piel. Niall recogió flores blancas en el jardín de una casa para adornar mi pelo y su solapa. Se sabía todos los nombres, pero escogió los guisantes de olor. Nuestra siguiente parada fue el supermercado Joyce, donde compramos una barra de pan y una botella de champán. Mientras tanto hablaba por teléfono en voz baja, ofreciendo dinero y utilizando sus contactos para conseguir una licencia de matrimonio por la vía rápida y un celebrante disponible. No, para Niall Lynch la ceremonia matrimonial no podía ser un mero trámite.

Al llegar al puerto lanzamos al aire los zapatos y caminamos descalzos hasta el mismo borde, al encuentro del mar. Él me había preguntado dónde me gustaría casarme y yo le había dicho que allí, exactamente en ese lugar donde una vez me habían hablado de una mujer que se convirtió en pájaro. Aquel día una parte de mí se había quedado allí. No sabía si ahora la encontraría o dejaría otra parte. El azul lo cubría todo, bañando nuestra piel y el mundo a nuestro alrededor. La celebrante se acercó y nos casó legalmente, y luego nosotros pronunciamos los votos que inventamos allí mismo, votos que luego reescribimos riéndonos avergonzados, y con el rabillo del ojo vi la elegante curva del cuello de los cisnes blancos que se deslizaban por el agua, esperando el pan que les habíamos

llevado, y alcancé a ver un lunar junto a la oreja de Niall, y un hoyuelo en el lado derecho de su sonrisa, y motas amarillas en sus ojos avellana oscuro que no había visto antes. Le dimos las gracias a la celebrante y la despedimos para poder sentarnos con los pies colgando sobre el borde y beber el champán y dar de comer a los cisnes. Los pájaros trinaban suavemente. No hablamos de nada en particular. Nos reímos de nosotros mismos mientras bebíamos de la botella. Hubo también momentos de un silencio insondable. Él me cogió de la mano. Se puso el sol y los cisnes se alejaron. Las lágrimas encontraron mis mejillas y sus labios en la oscuridad.

Fue una auténtica locura. Sin embargo, yo no tenía ninguna duda, no tenía ni una pregunta, sólo una sensación de inevitabilidad. Esto era cosa del destino y yo lo arruinaría algún día, pero por ahora era de él y mío, era nuestro. Niall no lo veía así, para él era una decisión que yo había tomado. Franny Stone toma decisiones y el universo se doblega, dijo. Ella forja su propio destino, siempre lo ha hecho; es una fuerza de la naturaleza y él un simple ser tranquilo que la ve actuar y la ama por ello, entonces y ahora. Es curioso, porque siempre tuve la impresión de que era yo quien lo seguía.

En nuestra noche de bodas, mientras contemplábamos el indómito Atlántico, Niall me dijo que eso se debía a que había soñado conmigo antes de conocernos.

—No exactamente contigo, claro. Pero algo parecido a la sensación que tuve aquella noche en el laboratorio, cuando tocamos la gaviota. Y cuando te vi salvarles la vida a esos niños, todo me pareció muy familiar, como si ya te conociera.

—¿Qué sentiste exactamente?

Se quedó un rato pensando.

—Algo científico.

Lo acepté —un poco decepcionada— como una muestra de su cinismo. Pero me equivocaba. Sigue siendo lo más

romántico que me ha dicho nunca, pero no lo supe hasta mucho después.

Hospital Universitario de Galway, Irlanda
Cuatro años atrás

Me creen dormida, pero en la oscuridad las oigo cuchichear.

—No sabemos qué pasó realmente.

—Ella confesó. Dijo que lo había hecho a propósito.

—Estaba en shock. Puede que su testimonio no cuente.

—Más vale que cuente, joder.

—¿Tienes idea de lo mucho que caminó?

—No te ablandes sólo porque ibas a la escuela con esa bruja. Debe estar entre rejas y no la va ayudar que te rasgues las vestiduras.

—No me rasgo las vestiduras. Simplemente no lo entiendo.

—Sí, y eso es algo bueno, Lara, tú no eres una asesina.

Me doy la vuelta, intentando dormir desesperadamente, pero estoy encadenada a la cama por la muñeca, la almohada tiene bultos y los pies me arden de un modo espantoso, me han dicho que puedo perder algún dedo, pero eso no es nada comparado con los gritos que atruenan en mi mente febril.

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

Un grito.

De pronto me despierto con un chirrido agudo de metal contra metal. Ennis está hablando con más apremio que nunca por un intercomunicador.

Me pongo de pie en la pequeña oficina del capitán y

descubro que la tormenta aún no ha pasado. Continúa siendo tan violenta como lo ha sido durante todo el día. Tardo un momento en comprender lo que le he oído decir.

—... a sacar las redes, preparaos. Repito: hay peces, vamos a sacar las redes.

—¿Ahora?

Ennis me mira y asiente con una expresión sombría. El *Saghani* soporta a duras penas el embate de los vientos huracanados y veo que unas olas de tres metros se estrellan contra la cubierta. El suelo debe de estar muy resbaladizo y nada sería más fácil que caer por la borda. En los monitores veo los círculos del sonar que miden la profundidad del océano y cualquier cambio de volumen. Ennis me señala un pico rojo que debe de indicar una gran masa de fauna marina a doscientos metros bajo la superficie, pero no estoy segura porque no me lo explica.

A través de la cortina de lluvia apenas vislumbro a los miembros de la tripulación que se aventuran a salir a la cubierta, sólo distingo los monos y las parkas de color naranja brillante. Hoy llevan cascos blancos y enseguida se ponen manos a la obra, colocando los cables en su sitio y conectándolos a las redes. Anik es el que parece correr mayor peligro cuando lo bajan en su esquife al mar agitado.

—Se matará —me digo.

A través de la radio Ennis se mantiene en contacto con Daeshim, que está en la cubierta y lo informa de todo lo que sucede y transmite las órdenes del capitán.

—¡Ya está abajo! —exclama—. Estoy revisando los cables del cabrestante. Vamos a soltar las cuerdas. ¡Apartaos todos! Bas...

La radio se desconecta. Lo he visto: Basil ha resbalado. Lo pierdo de vista por un momento y luego vuelvo a verlo, aferrado a una jarcia.

—Informa, Dae —le pide Ennis con calma.

—Está bien, patrón. Ya está en pie.

Ennis estudia detenidamente otro monitor.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Son los sensores que hay en la red para poder ver dónde están los peces. —Vuelve a coger la radio, pero esta vez habla con Anik—. ¿Puedes ampliar el círculo?

—Recibido, patrón. Está... agitado aquí abajo... lo mejor que pueda.

—Joder —susurro cerrando los ojos.

No puedo mirar el esquife zarandeado y a Anik tratando de echar él solo la enorme red de una tonelada en medio de la tempestad.

—Está bien. Lo ha conseguido. Estamos listos. Dae, encárgate de que vuelva —dice Ennis.

Los hombres se apresuran a subir a Anik al barco e inmediatamente se disponen a ocuparse de la captura, mientras reciben el embate de la lluvia, el viento y las olas. Es como una pesadilla y me parece irreal estar aquí arriba, fuera de peligro, observando. No me siento cómoda.

—Cerrad las redes —ordena Ennis, y empieza a manejar los mandos—. Redes arriba. —Va despacio y noto que el barco se inclina de forma alarmante—. Joder —suelta, tan bajito que casi no lo oigo—. Es una gran captura.

—Patrón, el halador está soportando demasiado peso —informa Dae—. Los cables se han tensado al límite.

—Aguanta.

—¿Cuánto crees que pesa? —pregunta Dae con incredulidad.

—Unas cien toneladas.

Se oyen gritos en la cubierta y aprieto la nariz contra el cristal para intentar ver lo que pasa abajo. La red ya está casi fuera del agua cuando uno de los cables se rompe.

—¡Poneos a cubierto! —oigo gritar a alguien, y todos los miembros de la tripulación se tiran al suelo.

Demasiado tarde para uno de ellos: el cable se desprende y golpea un cuerpo, arrojándolo contra el baluarte. Como un muñeco, un juguete, algo liviano, frágil y sin vida. Ahogo un grito de horror y oigo los chillidos de pánico procedentes de abajo. Quienquiera que sea no se mueve.

La red sigue aguantando, aunque por los pelos. Aumenta la tensión del halador y las poleas, y el barco se escora otro poco. Alguien trepa por la soga hacia la parte superior del halador y, cuando llega a lo alto, reconozco el cuerpo alto y atlético de Malachai que, con las olas, se balancea en precario equilibrio. Podría caer en cualquier momento y con esta agua tan fría moriría congelado.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Conectando el cable de seguridad.

—¿No puedes devolver los peces al agua y acabar de una vez?

—Es una buena captura.

—¿Estás de coña?

Ennis me ignora, así que salgo corriendo hacia el vendaval.

—¡Franny! —lo oigo bramar, pero me agacho y bajo los escalones metálicos, sujetándome con fuerza.

Estoy calada hasta los huesos, la parka no parece servir de mucho y el frío me coge por sorpresa. Es peor que cuando me metí en el fiordo para salvar a Ennis. Peor que las mañanas de invierno en nuestra helada casita de madera en la playa, cuando el viento gemía a través de los listones de las paredes y te parecía que ibas a morir de frío... Oh, es peor aún. El agua se me cuela dentro de la parka, me baja por la columna vertebral y se me mete en los guantes, congelándome las yemas de los dedos. Juraría que se me han caído las orejas. En un momento de lucidez pienso en mis pobres compañeros que trabajan en medio de esta locura, que deben dar lo máximo de sí mismos. En la cubierta el ruido de la tormenta es ensordecedor. Me

precipito hacia Anik, que está inclinado sobre el cuerpo desplomado de Samuel. Léa, Basil y Dae siguen luchando heroicamente con el cabrestante, sujetándolo con toda la fuerza de sus músculos, y no paran de decir palabrotas mientras Mal intenta conectar de nuevo los cables.

Miro a Samuel, que está inconsciente.

—¡Ayúdame a meterlo dentro! —grita Anik y, cogiéndolo cada uno de un brazo, arrastramos al hombre corpulento por la cubierta tambaleante.

Resbalo, me golpeo con fuerza contra la cubierta y se me corta la respiración. Recuerdo la sensación. Me ahogo. Jadeo, presa del pánico, trato de recuperar el aliento, pero en vano. El cielo da vueltas y se desploma sobre mi cabeza. Anik me pone una mano entre las costillas.

—Despacio, despacio, con calma —me dice hasta que vuelvo a respirar y dejo de ahogarme, y entonces nos ponemos en movimiento, arrastrándonos, resbalando, y por fin llegamos a la parte superior de la escalera.

—¿Cómo lo bajamos? —pregunto jadeante.

Anik baja primero y desaparece, y tarda una eternidad en salir con una camilla de primeros auxilios. Juntos hacemos rodar a Samuel para tenderlo sobre ella y lo sujetamos, y me preocupa su columna vertebral, pero no podemos hacer otra cosa. Anik baja unos peldaños y coge a Samuel por los pies, y dejamos que la camilla se deslice por las escaleras hasta el final. A continuación debemos levantarla, y parece que pesa mil toneladas, un millón, es demasiado pesada para mí, no puedo.

—Franny —me dice Anik con calma—, no va a venir nadie a ayudarnos, están demasiado ocupados. Tienes que levantarlo tú.

Asiento y doblo las rodillas. Estoy más fuerte que nunca, más incluso que en la época en que nadaba; eso es lo que tiene la

cárcel, te hace fuerte. Lo levantamos y recorremos el pasillo tambaleándonos. El barco se zarandea y nos estrellamos contra la pared, y vuelvo a quedarme sin aliento.

—Vamos allá —dice Anik, y seguimos avanzando, hasta que nos metemos en la cocina y lo dejamos caer sobre el banco.

—No respira —digo sin aliento—. Creo que no tiene pulso.

—Voy a por las palas.

Pero está tardando demasiado, revolviendo en un armario, así que me agacho para insuflarle aire en la boca a Samuel y luego me subo al banco de la cocina y me siento a horcajadas sobre su enorme cuerpo y empiezo a bombear su pecho con todas mis fuerzas. No noto ningún cambio. Es tan corpulento que el corazón está demasiado protegido por los huesos y los músculos para que yo pueda llegar a él. Le insuflo otra bocanada de aire, esta vez larga, y noto que se hincha debajo de mí de una manera que me desconcierta profundamente.

—Bájate, rápido.

Me bajo y Anik le abre la cremallera de la parka y luego le desabrocha la camisa. Pone los pequeños electrodos donde se supone que está el corazón. Están conectados por medio de cables a una pequeña caja negra con un monitor.

—¿Sabes cómo funciona? —le pregunto.

—No.

—Creo que hay que poner uno en el lado y el otro en la base.

—¿Cómo lo sabes?

Me encojo de hombros. Él titubea un momento antes de hacer lo que le he dicho. La caja se activa y vemos cómo va subiendo la carga hasta que la luz se pone verde.

Anik observa frenético. Está a punto de pulsar el botón, pero no es necesario: el dispositivo emite una descarga automática si no detecta un latido. La electricidad recorre el corpachón de Samuel, que al instante se convierte en un amasijo de carne y hueso. Pero no está muerto, no es eso, no... Jadea y recobra el

conocimiento, más rápido de lo que jamás hubiera imaginado. Gime y se vomita encima, y tenemos que colocarlo de lado para que no se ahogue.

—¿Qué coño ha pasado? —nos pregunta.

—Ni idea. Te diste un golpe y te has quedado inconsciente. Se te ha parado el corazón, Sam —le respondo.

Se vuelve boca arriba y mira fijamente al techo. Lo observamos asustados. No sé qué tipo de lesión puede apagar todo un cuerpo de ese modo, y me imagino saltando una vez más sobre su pecho para reanimarlo e insuflándole aliento entre sus labios fríos. Si se va de nuevo no me quedará otra.

Pero Samuel habla.

—«Como un naufragio hacia adentro nos morimos...»

Y me río, sorprendida, y aun en estas circunstancias continúo:

—«Como ahogarnos en el corazón.»

—¡Ah, los irlandeses! —exclama Samuel con un hilo de voz.

Cierra los ojos y sigue respirando.

Hemos perdido la captura debido a la tormenta y el cable roto. Samuel tiene una profunda laceración en la espalda. La tripulación está agotada, desolada por la pérdida de los peces y preocupada por Samuel. Ennis está tan furioso consigo mismo que ha dejado de hablar.

¿Y yo?

Yo ya no soy la criatura con plumas.

Porque la señal de mi charrán ha parpadeado antes de apagarse definitivamente arrastrada por la tormenta, hundida en las profundidades, donde el sol no volverá a encontrarla. Lo mismo que el pájaro, supongo.

11

Cárcel de mujeres, Irlanda
Cuatro años atrás

Me estremezco al menor sonido. Tengo los nervios destrozados. El embotamiento ha cesado y ahora hay aristas por todas partes.

Como estoy en prisión preventiva mi abogada puede venir a verme cualquier día de la semana. Un guardia me lleva a la sala de visitas y me señala una mesa. Cerca del techo, en lo alto de las paredes, hay ventanas, pero sólo están abiertas una rendija. Aun así es mejor que mi celda.

Espero a Mara Gupta lo que me parece una eternidad. Es una abogada tenaz de cincuenta y tantos años, y hoy ha traído a su joven, apuesto y sumamente inteligente asistente, Donal Lincoln, que al menos debe de tener treinta años menos que ella. Después de reunirme con ellos varias veces tengo la impresión de que son amantes. En otras circunstancias los querría por ello, especialmente a Mara. Pero últimamente la parte de mí que es capaz de amar cualquier cosa ha sido silenciada. Se me ha enfriado el corazón.

Porque sí.

El mundo del miedo. Mi nuevo hogar. Miedo a no sobrevivir a esto, miedo a seguir viviendo.

—¿Cómo estás? —me pregunta Mara.

Me encojo de hombros. No hay palabras para describirlo.

—¿Tienes suficiente dinero?

Asiento impasible.

—Franny, tenemos que hablar de las nuevas pruebas que han llegado de los forenses.

Espero mientras reparo en su elegante reloj de oro. Me pregunto cuánto valdrá. Después de conocer a los padres de Niall hace ocho dolorosos años, puedo decir con seguridad que probablemente mucho. Me entran ganas de despedirla de nuevo. Ya lo he hecho dos veces. Pero la han vuelto a contratar. La familia Lynch siempre consigue lo que quiere, y me quiere fuera de aquí.

Antes yo también quería cosas irreales. Ahora sólo quiero a mi marido.

—¿Franny?

Me doy cuenta de que no he oído lo que acaba de decir Mara.

—Perdona.

—Concéntrate en lo que te digo, porque es serio.

«Serio.» Me entran ganas de reír.

—¿Puedes conseguir que me dejen ir al patio? No me dejan salir de la celda.

—Estamos en ello, pero como ya te he dicho, para eso tienes que hablar claro con un psicólogo sobre tu claustrofobia.

—Ya lo he hecho.

—Franny, me dijo que estuviste treinta minutos sentada en silencio y no pudo diagnosticarte.

No lo recuerdo.

—Pediré otra cita, pero esta vez intenta hablar, ¿de acuerdo? Ahora vamos a concentrarnos en las pruebas.

Mara tiene unos ojos enormes. Alguien tose y doy un respingo. Estoy destrozada, agotada y tan aterrada que apenas puedo pensar. Mara me coge la mano y me obliga a concentrarme en sus siguientes palabras.

—Hay nuevas pruebas forenses y la fiscalía se va a basar en ellas para demostrar que no fue un accidente. Tú y yo sabemos

que lo fue, pero ahora parece premeditado, y voy a necesitar que testifiques para refutarlo. Así que tienes que explicarme de nuevo lo que realmente pasó...

—Premeditado.

—Que querías hacerlo —explica Donal—. Que lo planeaste y lo llevaste a cabo.

—Sé lo que significa «premeditado» —replico, y veo cómo él se sonroja—. ¿Cuáles son esas pruebas?

—Ya llegaremos a eso, Franny, ahora escúchame —insiste Mara—. Esto cambia las cosas. Ya no te acusan de homicidio involuntario. Te acusan de dos cargos de asesinato.

La miro fijamente mucho rato. Ni ella ni Donal dicen nada, quizá para que lo asimile. Pero lo he asimilado mil veces. Estaba esperándolo. Aprieto la mano de Mara.

—No deberías haber aceptado este caso. Intenté prevenirte. Lo siento.

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

—Lo siento —dice Léa cuando le hablo de que los charranes deben de haberse ahogado. Si el mío no ha sobrevivido a la tormenta, dudo mucho que quede ninguno vivo—. Lo siento mucho —repite, y noto que ella también está afectada por lo ocurrido.

Asiento, pero no se me ocurre nada que añadir. Sólo se lo he dicho para que informe a la tripulación por mí. Noto un gran vacío en el pecho. Cuando cierro los ojos veo a los pájaros, uno tras otro, hundiéndose en una tumba acuática.

Hoy comemos en silencio. El pobre Samuel no puede levantarse

de la cama, así que echamos de menos su reconfortante presencia. Basil me clava su enorme rodilla en la pierna y lo odio, odio su contacto, pero no hay espacio para que me aparte.

El rumbo está decidido. Nos dirigimos a San Juan, Terranova y Labrador. Allí nos espera la familia de Samuel, quien recibirá atención médica, y podremos reparar el cable que se rompió. Después de eso no sé adónde iremos. Ennis dijo que no quería cruzar el Atlántico —es una travesía larga y no conoce esas aguas—, pero son las únicas aves que nos quedan.

Tal vez se ha cansado de seguir pájaros.

No sé si podré convencerlo de nuevo, pero me dejo llevar por mis pies en dirección al puente.

Es la primera vez que no veo a Ennis al timón, sino a Anik, que escudriña el horizonte.

—¿Dónde está Ennis?

—Se ha tomado un respiro. Lleva días sin dormir. Déjalo descansar, Franny.

Me desplomo en una silla y no abro la pantalla del portátil para comprobar los puntos. La mirada fija e insistente de Anik me agobia un poco.

—¿Vas a decirme que vuelva al trabajo? —le pregunto.

—¿Me harías caso?

—Probablemente no.

Anik sonríe de oreja a oreja, y caigo en la cuenta de que es la primera vez que lo veo sonreír de verdad. Dice algo en una lengua que no conozco. Espero que me lo traduzca, pero se vuelve hacia el timón.

—¿En qué idioma has hablado? —pregunto.

—Inupiat.

—¿Es una lengua inuit?

Asiente.

—Del norte de Alaska.

—¿Es allí donde conociste a Ennis?

Vuelve a asentir.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un barco. ¿Cómo si no?

—¿Cómo es Alaska?

—Haces demasiadas preguntas.

—Tengo muchas.

Recupera su perpetua expresión ceñuda, pero para mi sorpresa dice:

—Alaska es la muerte. Y la vida. En el sentido más literal.

Observo el océano que se extiende ante nosotros, esperando ver tierra en el horizonte en cualquier momento.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unos dos días. ¿Qué vas a hacer ahora que los pájaros...?

—No están todos muertos —afirmo. Pero luego añado—: No lo sé. —No puedo dejar de rascarme las costras, y las manos me sangran—. Si Ennis no quiere seguir adelante...

—Encontrarás otra manera —se limita a decir Anik.

Pero él no lo entiende. Estuve meses intentándolo antes de dar con un capitán dispuesto a llevarme.

—No están todos muertos —repite Anik.

Tomo aire. Tiene razón, pero no dejo de ver los cuerpos cayendo al abismo, y no dejo de pensar en el pecho hundido de Samuel cuando intenté reanimarlo. Tengo un escalofrío.

—Antes de que le diéramos la descarga a Samuel y se despertara fue...

Anik me mira de reojo.

—Fue aterrador.

—Sí.

—Se fue por un instante. Ya no parecía estar en su cuerpo. Cuando le hice el boca a boca fue como si hinchara un globo. No era más que... un objeto vacío.

Anik asiente.

—Mi abuela diría que por un momento visitó el mundo de los espíritus. Nosotros le gritamos que volviera, y puede que nos lo agradezca y puede que no. Algunos piensan que es cruel sacar a alguien de un lugar así a la fuerza.

—¿Has hablado con gente que haya vuelto de allí?

—Al menos es lo que dicen.

—¿Tú los crees?

Quiero que diga que sí, lo necesito desesperadamente, pero él se limita a encogerse de hombros.

—¿Cómo lo describen?

Anik reflexiona un momento. Me doy cuenta de que estoy en el borde del asiento y que puedo caerme.

—Dicen que no hay normas ni castigos. Que es un mundo ingrávido y muy hermoso.

Y de repente estoy llorando.

—¿Todo el mundo va allí?

—Eso es lo que dicen.

—¿Incluso nosotros? ¿Incluso yo?

—Sí.

—¿Y nuestros seres amados?

—Por supuesto.

Cierro los ojos y las lágrimas me caen por las mejillas, y puedo sentir cómo el espíritu que habla, que es el mío, intenta liberarse y encontrar el camino hacia allí, sólo que mi cuerpo no se lo permite, aún no.

—Entonces ella me está esperando.

—¿Quién?

Abro los ojos y me encuentro con sus ojos castaños.

—Mi hija.

Se le hunden los hombros mientras exhala. Él también está lloroso.

—Franny —susurra, y me pone una mano en el pelo.

Contemplamos el mar esperando ver tierra y deseando no

llegar nunca a la costa.

12

El *Saghani*, corriente del Labrador, cerca de Terranova
Época de migración

Los ánimos están bajos esta mañana cuando nos acercamos a la costa de Terranova. Hemos renunciado a encontrar peces, y no esperaba que esa pérdida les pesara tanto. El mar es lo que impulsa a esta tripulación, y la pesca forma parte de ellos incluso cuando no están ocupados en ella.

Samuel me ha hablado de la corriente del Labrador y de lo que supondría llegar al punto donde confluye con la del Golfo, pero me cuesta imaginármelo. Nos hemos lanzado a tal velocidad que me cuesta creer que algo pueda detenernos. Además, las dos corrientes que corren paralelas, una helada y la otra cálida, han creado un manto de niebla espesa mientras nos aproximamos a tierra. De pie en la proa, no me veo la mano delante de la cara y mucho menos las rocas hacia las que nos dirigimos.

Sobre nuestras cabezas suena la campana. Imagino el chillido estridente de una gaviota y el sonido del batir de sus alas al abrirse paso a través de la niebla. Debería haber cientos de gaviotas en una costa como ésta.

Estamos aminorando la velocidad. Los miembros de la tripulación que se encuentran en la cubierta se gritan entre sí, y el haz que proyecta el faro nos abre un camino a través de la niebla. Acompaso la respiración al ritmo constante de la campana. Ennis nos guía hacia el puerto de San Juan aparentemente sin gran esfuerzo. Pero sé el estrés que a la

tripulación le supone atracar en estas condiciones. Han estado toda la mañana tensos, pendientes de las inclemencias del tiempo y de la pericia de su capitán.

Yo estoy nerviosa por otro motivo: viajo con pasaporte falso.

Bueno, eso no es exactamente verdad. No es falso, simplemente no es mío.

Primero me llega el ruido del viento y un clamor, y después distingo siluetas a través de la niebla que sujetan pancartas en lo alto. ¡DETENED LAS MASACRES! LOS OCÉANOS PERTENECEN A LOS PECES, NO A LAS PERSONAS. ¡ACABAD CON LA MATANZA!

Me falta el aire, tengo el corazón en un puño. Los gritos son violentos, están llenos de una furia que conozco bien: es la furia de mi marido la que encarnan cuando corean y chillan intentando hacer lo poco que está en su mano para detener el demencial e inevitable desastre del que somos responsables.

Léa se mueve a mi lado; los ojos fríos, la mandíbula apretada.

—No los mires —me ordena.

Veo una pancarta, más grande que el resto —¿QUÉ MÁS TENDRÁ QUE DESAPARECER?—, y me invade una profunda vergüenza. Debería estar allí blandiendo esa pancarta y no en el barco.

Me resulta extraño estar de nuevo en tierra, aun después de haber pasado sólo unas pocas semanas en el mar. Ya no me parece natural. El suelo bajo mis pies es demasiado duro, como si pudiera modelarme un poco a cada paso. Bajo por la pasarela a la terminal de aduanas, intentando pasar desapercibida entre los miembros de la tripulación del *Saghani*. Me entregan un formulario para que lo rellene y lo hago con los datos de Riley Loach, de Dublín. Un funcionario de aduanas demasiado escrupuloso me observa con ojos de lince. Pero el que está detrás del mostrador sólo me echa un vistazo —me aseguro de sonreírle de oreja a oreja, ocultando un poco mis rasgos faciales— antes de sellarme el pasaporte y dejarme pasar.

Entre los manifestantes y nosotros hay una cerca, pero los oigo muy bien y en sus rostros distingo claramente la incredulidad y la indignación, pues es la misma incredulidad que siento yo. Al fondo del grupo, un hombre con una gorra a rayas blande un cartel en el que se lee: JUSTICIA PARA LOS PECES, MUERTE PARA LOS PESCADORES. Me provoca un escalofrío, y cuando nuestros ojos se encuentran un instante es como si él pudiera verme por dentro y me considerara un monstruo.

—Vamos —me dice Basil, tirando de mí por el codo—. No les des esa satisfacción.

Caminamos hasta que la calle se vacía del todo y luego esperamos a que una ambulancia se lleve a Samuel al hospital.

—¿Estás bien? —me pregunta Léa en un aparte.

La miro de reojo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Pareces nerviosa.

La joven francesa ha empezado a observarme. Noto a menudo sus ojos oscuros sobre mí, y a veces, cuando la sorprendo mirándome, se vuelve rápidamente. Aún no tengo claro si detrás de su interés hay una preocupación por mi cordura, o algo más íntimo y doloroso.

Ennis se va en la ambulancia con Samuel mientras el resto nos repartimos en taxis. Me paso todo el trayecto mirando por la ventanilla la ciudad, con sus casas de vivos colores construidas sobre colinas escarpadas. Aún es pronto y una espesa niebla hace que todo parezca irreal.

Encontramos a Ennis repantigado en la sala de espera con aspecto cansado y nos sentamos en unas sillas a su alrededor.

—Lo están examinando. He llamado a Gammy y viene para aquí.

Pasan cuarenta minutos antes de que llegue la mujer de Samuel, Gammy. Cruza la puerta con unas gruesas botas de cuero, polainas de montar y un jersey de lana enorme que le

cubre su robusta figura. Es pelirroja como Samuel y el flequillo se le ha pegado a la frente por el sudor. Tiene las mejillas sonrojadas. Sus ojos azules reflejan inquietud mientras abraza a Ennis y le da golpes en la espalda.

—¿Dónde está?

Ennis le muestra el camino y nos quedamos en silencio una vez más, esperando. No se me da bien esperar.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? —le pregunto de pronto a Dae.

—Unos treinta años. Creo que ya tienen una docena de hijos.

—No me lo creo.

—Sí. Samuel tiene amor para dar y regalar. Sólo tienes que pedírselo.

—Ya se lo he pedido varias veces y siempre me ha respondido lo mismo.

Pasamos el día entretenidos con una baraja de cartas que Dae ha traído. Léa y yo vamos a buscar comida y regresamos con rollitos de primavera y cafés. Gammy reaparece por fin a media tarde con aspecto desmejorado.

—Van a tener en observación al idiota toda la noche. Le están suministrando antibióticos fuertes para la infección y quieren examinarle el corazón. Creen que puede tener un problema cardiaco.

—¿Por culpa del desfibrilador? —le pregunto.

Los ojos de Gammy me buscan y se suavizan.

—No, cariño. Ya lo tenía antes de que se lesionara. Le habéis salvado la vida. —Gammy se vuelve hacia Ennis—. El maldito cable que lo golpeó probablemente también lo salvó. Sin él, no nos habríamos enterado del problema que tiene en el corazón hasta que fuera demasiado tarde. Nunca pensé que te daría las gracias por algo, Ennis Malone.

Espero que sea una broma, pero nadie sonríe. Ennis se limita a inclinar un poco la cabeza. Gammy lo observa un buen rato

con una expresión impenetrable. Luego levanta las manos.

—Bueno, vámonos. Tengo en casa unas bestias hambrientas a las que hay que dar de comer y estoy segura de que os sentará bien un baño y una buena comida.

Acabo en el coche de Gammy con Ennis y Léa mientras los demás se dirigen al pueblo para buscar un coche de alquiler. La casa de Gammy y Samuel está en las afueras.

—Espero que hayas tenido suficiente con esto, Ennis Malone —dice Gammy. Debe de ser una de esas personas que consideran que les da autoridad llamar a alguien por el nombre completo. Habla con el mismo acento que Samuel, la mezcla de irlandés y canadiense característica de Terranova—. Aunque perder a tus hombres en el mar nunca te ha detenido —añade con frialdad—. Cualquiera pensaría que los tiras tú mismo por la borda.

Es un comentario muy cruel. Me pregunto si Ennis tuvo alguna responsabilidad en la muerte de algunos de sus marineros y si se arrepiente. Aunque no debería sorprenderme. Obligó a Anik a salir en plena tormenta, ¿no? ¿Y no ha sido su empeño en pescar lo que por poco acaba con la vida de Samuel? ¿Y con la del resto de la tripulación?

Me sorprendo comprendiendo la obstinación del capitán. En dos ocasiones he observado algo parecido —en mí misma y luego en mi marido— y sé que es destructivo. ¿Hasta dónde es capaz de llegar Ennis para conseguir esa mítica Captura de Oro que busca? ¿Qué está dispuesto a sacrificar?

—Samuel ya está en casa, Gam —responde Ennis en voz baja desde el asiento trasero.

Lo miro por el retrovisor lateral. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, observando el océano. El peso de su deseo lo abruma.

—Demasiado tarde, Ennis Malone. Demasiado tarde, joder. Y será mejor que no nos des problemas o te daré una paliza.

—Podemos quedarnos en una pensión del pueblo si lo prefieres.

—No seas ridículo.

—El capitán no tuvo la culpa —dice Léa, obstinada—. Todos conocemos los riesgos que corremos. Sólo un tonto se subiría a un barco creyendo que su trabajo es coser y cantar. Lo sabes tan bien como Samuel.

Gammy mira por su retrovisor a la joven.

—¿Y crees que está bien aprovecharse de la devoción de la gente? ¿Hacerles chantaje emocional hasta que cumplan tus deseos y reciban las balas por ti?

Todos guardamos silencio.

Veo que Gammy me mira y me preparo para su siguiente golpe.

—¿Quién es ésta? ¿Cómo te ha metido Ennis en esto, cariño?

—Me he metido yo sola.

—Buena suerte entonces. Sabe Dios que la necesitarás. Ahora, si miras las colinas que tienes delante, verás nuestra casa un poco apartada.

Doblamos una curva de la carretera y en el promontorio aparece un faro que se eleva hacia el cielo.

—No. ¿En serio...?

Gammy se ríe al verme la cara.

El faro está bastante alejado y no está automatizado, y mientras Gammy me cuenta que siempre ha sido de su familia, pasando de generación en generación, siento una profunda sensación de hogar. También la percibo en el suelo, cuando me bajo del coche y camino sobre las rocas. Está en el cielo, en el rugido del océano y en el gemido del viento, está en cómo ella camina por sus tierras en dirección a su faro; ella posee este lugar como éste la posee a ella, de un modo tangible e irrefutable. ¿Cómo debe de ser sentirse tan profunda y voluntariamente ligado a un lugar?

—¿Estás bien, encanto? —me pregunta Ennis, pasándome la mochila que ha sacado del maletero.

Asiento y entro detrás de él. La casa adosada al faro es normal y corriente, no es una reliquia del pasado sino una vivienda de techo bajo y chimenea, y está en el más completo desorden, lo que delata la presencia de niños.

Y qué niños.

Intento no mirar, pero me rindo y observo con deleite cómo salen de sus habitaciones compartidas o vuelven corriendo de la colina. No son una docena sino seis hijas muy parecidas, la más pequeña de seis años y la mayor de dieciséis, todas con el cabello pelirrojo rebelde y la piel pálida y pecosa. Ninguna lleva zapatos. Parecen fuertes, un poco sucias y muy libres. Y me miran igual de intrigadas, con inteligencia y picardía. Me encantan incluso antes de saber sus nombres. Tal vez sea por su carácter irlandés, su aspecto tan familiar. O por el parecido tan espectacular e insólito.

Abrazan a Ennis con entusiasmo, luego a Léa y finalmente al resto de la tripulación cuando se baja del coche de alquiler. A mí me vigilan.

—Hally —se presenta la mayor al tiempo que me da la mano.

Es la que va más despeinada de todas y tiene unos ojos de un azul más intenso que el mar en un día despejado.

—Y éstas son Blue, Sam, Coll, Brin y Ferd.

Saludo a cada una, tratando de memorizar sus extraños nombres.

—No te preocupes, nadie se acuerda de todos —dice la que creo que se llama Brin.

—Haré lo que pueda.

—A veces les hago llevar etiquetas con su nombre —admite Gammy.

—¿Eres irlandesa? —me pregunta Hally.

Asiento.

—¡Nosotras también! —exclama Ferd.

—Desde hace generaciones —añade Blue. Luego añade—: ¿De qué parte eres tú?

—De Galway.

—La república —dice Hally—. Entonces, ¿apoyaste el fin de la guerra de independencia y la colonización de Irlanda del Norte por parte de los británicos?

Parpadeo.

—Eh… ¿Cuántos años aparento exactamente?

Hally suelta un ruidito de impaciencia y decide que no vale la pena interrogarme más sobre el asunto.

El resto de los adultos se han sentado alrededor de la gran mesa de la cocina mientras yo me quedo con las niñas en el salón. La chimenea está encendida aunque el sol ya aprieta; fuera el viento traspasa las paredes de la casa, volviendo el aire gélido.

—Deberíais visitar Irlanda algún día —les digo a las niñas, que están hundidas en uno de los profundos sillones de cuero —. Os sentiríais a gusto.

—¿Podemos quedarnos contigo? —me pregunta Hally.

—Por supuesto —respondo sorprendida.

La más pequeña, Ferd, se sube a mi regazo y se pone cómoda.

—Hola.

—Hola —dice ella, enroscando un mechón mío alrededor de sus pequeños dedos y tarareando con satisfacción.

—Te gusta la historia, ¿verdad? —le pregunto a Hally.

Ella asiente.

—Mamá quiere que estudie historia en la universidad —me explica Blue.

—¡Dejad a Franny en paz, pesadas! —grita Gammy desde la cocina.

Se ha quitado el enorme jersey de lana y veo que tiene los

brazos y los hombros musculosos.

Las niñas ya se están alejando de mala gana cuando las detengo.

—No, quedaos conmigo.

A partir de entonces tengo seis sombras. Hally me acribilla a preguntas. Ferd parece que no quiere más que abrazos. Coll no abre la boca, pero me escudriña como si mi cara encerrara los secretos del universo. Blue y Brin parecen más interesadas en fastidiarse una a la otra, pero no se van muy lejos, y Sam se ríe amablemente de lo que se diga.

—¿Quieres ver nuestro huerto? —me pregunta Ferd.

En la cocina Basil y Gammy discuten sobre la comida que están preparando para la cena. Por lo que parece él es tan maleducado que da órdenes a la gente en su propia casa, y ella es la primera con suficiente coraje para plantarle cara. Dae y Mal vuelven a jugar a las cartas y se provocan mutuamente por el placer de pelear. Léa está fuera revisando los coches, la oigo trastear con el motor del de Gammy. Anik ha desaparecido y no sé dónde se ha metido Ennis.

Sonrío porque no hay nada que me apetezca más que ver el huerto. Ferd me pide que la lleve a cuestas, así que me la cargo a la espalda y salimos. Me agarra suavemente el cuello con sus manitas.

—Llevamos meses cosechando —explica Sam mientras nos dirigimos a una colina donde crece un huerto grande y maravilloso—. Todo el verano.

—¿Y qué cultiváis? —le pregunto, abriéndome paso por los senderos de piedra entre las plantas.

—Allí hay cebollas —me dice Blue señalándolas—. Las patatas están al fondo, pero de momento se han acabado. Y aquí tienes las remolachas, las zanahorias, las coliflores, mmm… ¿qué es eso, Coll?

—Coles rizadas —responde Coll en un susurro, pasando los

dedos por las brillantes hojas de color púrpura y verde.

—Son sus favoritas —me explica Blue—. ¿A que parecen rosas?

—Hay muchas más plantas —señala Sam—. Y hierbas aromáticas por todas partes. Menta y demás.

—Menta. ¡Puaf! —exclama Brin tapándose la nariz con asco.

—¿Tú entiendes de huertos? —me pregunta Hally.

—Un poco. No tanto como tú.

—¿Cómo esperas vivir de forma sostenible si no sabes cultivar un huerto como es debido?

Contengo una carcajada.

—Tienes razón, debería aprender. Es difícil cuando vives en un barco.

—Bueno, sí —coincide ella—. Pero cuando llegues a casa.

Asiento.

—Aquí sólo comemos lo que cultivamos, los huevos que ponen nuestras gallinas y lo que pescamos en el mar.

—Pero hace años que no comemos pescado —dice Brin y suspira.

—¿Y carne? ¿Criáis ganado? —pregunto.

—Nada de carne —responde Hally. Hincha un poco el pecho y parece realmente temible—. Papá dice que no la necesitamos.

Eso debía de ser antes, porque en el barco Samuel come carne... Ahora entiendo su expresión cohibida cuando le dije que era vegetariana.

—Estoy impresionada y os envidio —les confieso, y la mirada de Hally se vuelve menos arisca y desconfiada.

—Hemos retirado las redes, ¿lo ves? —Señala el fondo del jardín, donde hay un esqueleto metálico sobre el que cuelga una red—. ¡Eh, salid de ahí! —les grita a Blue y Brin, que se han metido en un parterre y se han ensuciado.

—¿Por qué? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Últimamente ya no vienen pájaros a comer.

—Eso es porque no hay —dice Blue como si fuera obvio.

Trago saliva.

—Es muy triste.

Hally se encoge de hombros.

—Supongo.

—¡Pero es bueno para las hortalizas! —grita Ferd alegremente por encima de mi hombro.

Luego estamos un rato en el gallinero, un gran laberinto con casetas de madera en las que duermen las gallinas y zonas de hierba en las que pueden escarbar. Hay veintitrés en total, y están tan acostumbradas a la gente que dejan que las cojamos y las acariciemos. Sus plumas moteadas son sedosas al tacto, y su suave cacareo es casi maternal. Me encanta estar aquí.

Se está poniendo el sol cuando bajamos la colina hasta la larga playa de arena. Las niñas van dando brincos delante de mí, excepto Ferd, que sigue colgada a mi espalda. Cada vez me pesa más, pero no me separaría de ella por nada del mundo.

Dos niñas van a buscar sus enormes caballos negros. Las dos me saludan con la mano mientras montan a pelo y empiezan a galopar por la orilla. Los poderosos cascos golpean con estrépito la arena y la levantan; las niñas parecen diminutas en comparación con sus monturas, pero a la vez unidas terrenalmente a ellas.

Ferd se baja de mi espalda para ir a jugar con sus hermanas en la arena, así que me siento en una duna y observo cómo las dos jinetes galopan de un lado a otro de la playa. El sol dorado del atardecer cubre de vetas rosadas el cielo y el océano tiene un color plomizo. Entierro los pies y las manos en la arena sintiendo los gruesos granos contra la piel, y me gustaría poder vivir intensamente el momento presente, pero estoy a un

millón de kilómetros de aquí. Antes me habría desvivido por presenciar un atardecer como éste, lo habría devorado y dejado que me acelerara el pulso, pero ya no. Ahora me mantengo al margen, lo que viene a ser una especie de muerte.

Ennis aparece sin hacer ruido y se sienta a mi lado. Ha traído una copa de vino para mí y una cerveza para él. Lleva tanto tiempo evitándome que me sorprende verlo.

—Son especiales, ¿verdad? —me pregunta, con los ojos puestos en las niñas.

Asiento.

—¿Cómo son tus hijos? —le pregunto, sin esperar una respuesta.

—No lo sé. Ya no los conozco.

—¿Cómo se llaman?

—Owen y Hazel.

Se le empaña la voz y dejo de preguntar por ellos. Pero la curiosidad me asalta por otro lado.

—Dime, ¿cuál es ese gran secreto que nadie me cuenta sobre cómo Anik se convirtió en tu segundo de a bordo?

—No es ningún secreto. Simplemente no va con ellos. Trabajábamos juntos en otro barco, antes del *Saghani*. Se desató una tormenta y naufragamos, y todos los hombres a bordo se ahogaron excepto Anik y yo, que sobrevivimos porque nos agarramos a un trozo de mástil y el uno al otro, y aguantamos tres días en el agua hasta que nos encontraron. Desde entonces nunca navegamos por separado. Eso es todo.

Guardo silencio. No es la historia que esperaba, y me entra frío al imaginar lo que debió de ser aguantar tanto tiempo en el agua, sabiendo que esa resistencia sólo puede unirte a alguien para siempre.

—¿Cómo es que me hablas? —pregunto finalmente.

Ennis me mira.

—Me has dado pena.

Hago un gesto de exasperación.

Los caballos pasan a toda velocidad, como una tormenta de sonido. Dos colas de pelo rojo se enredan en las oscuras crines de los animales.

—Los peces volverán —dice Ennis bruscamente.

—No, mientras los humanos sigamos aquí no volverán.

—Siempre hay ciclos...

—Estamos ante una extinción masiva, Ennis. No volverán.

Hace una mueca de negación. Me parece increíble.

—¿Por qué te haces esto? Es como un castigo. ¿Por qué? —le pregunto.

—Porque no hay nada más. No hay nada más para mí. Está esto, y están mis hijos, que dejarán de ser míos si no logro seguir y hacer algo con mi vida.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿qué tiene que ver el dinero con conseguir la custodia?

—Nunca los recuperaré si estoy parado y sin dinero.

—Entonces vuelve y conduce taxis, limpia edificios, sirve cervezas, lo que sea. No puedes ejercer de padre si no estás ahí.

Él niega con la cabeza. No creo que pueda oírme. Lo miro fijamente y poco a poco me penetra una idea. Ennis y yo somos iguales.

Me dijo que yo lo juzgaba, que lo consideraba escoria, y es cierto. Pero ¿cómo puedo juzgar un impulso destructivo que yo también tengo?

—No puedo dejarlo, joder —admite Ennis. Da un trago a su cerveza, creo que para calmarse—. Es una enfermedad.

Una vez le dije lo mismo a Niall sobre mi espíritu errante, sobre por qué lo abandonaba y lo hacía sufrir una y otra vez, pero al oírselo decir ahora a otra persona me suena más bien como una excusa. Suena egoísta.

Ennis continúa descargándose, tal vez buscando algún tipo de absolución, pero ha acudido a la persona equivocada.

—Mi familia se ha dedicado a la pesca durante cientos de años, generación tras generación. No había nada más que hacer. Si algo me inculcaron desde niño fue el sueño de la Captura de Oro, de ser el primero de la larga fila de antepasados obsesionados con ella que la realizaba. —Se queda un rato callado y luego añade en un susurro—: Es lo único que sé hacer. Tiene que haber alguna manera de ser padre y buena persona sin dejar de ser uno mismo.

No tengo respuesta. Nunca he descubierto cómo ser libre y al mismo tiempo una persona en quien se pueda confiar.

Le tiembla la mano con que sostiene la cerveza.

—Si he de dejarlo todo para recuperarlos, lo haré, pero antes debo acabar bien. Tengo que... lograr algo.

—Aunque eso ponga en peligro a otras personas.

—Sí —se le quiebra la voz—, aun así.

Nos quedamos en silencio mientras las niñas van y vienen, van y vienen. Hay entre nosotros una pesadumbre cargada de culpa, pero ahora nos comprendemos mejor.

—¿Y si dejas ir a los demás? —le pregunto.

—No puedo hacerlo yo solo.

—Me tienes a mí.

Ennis me mira.

—¿Sólo nosotros dos?

Asiento. Él niega con la cabeza despacio.

—No, no es posible.

Pero ha cambiado algo en su mirada, como si hubiera encendido una cerilla.

—¡A cenar!

Los dos nos volvemos y vemos a Basil gritar desde la casa. Ennis se levanta. La luz vuelve plateada su barba gris.

—Yo iré con las niñas —le digo, deseando estar sola.

Las patas de los caballos, rematadas con gruesos mechones de pelo blanco, caen pesadamente sobre la arena, y el amor

recorre sus músculos y los pequeños cuerpos que llevan encima. La más pequeña, Ferd, tiene seis años, los mismos que tendría ahora mi hija. Y tendría el pelo negro azabache como el mío, como el de su padre.

13

Terranova, Canadá
Época de migración

—¿Por qué lloras?

Abro los ojos y veo a Ferd sentada delante de mí en la arena. Sus hermanas están subiendo la colina con los caballos. El sol se ha ocultado por completo y sobre nosotras se extiende el manto brillante de las estrellas.

—Siempre estoy llorando —le digo, secándome las lágrimas de la cara.

—Hally también. Mamá dice que es porque tuvo una vida anterior que siempre vuelve a visitarla.

Sonrío.

—Eso es bonito.

—Y seguramente es cierto, si mamá lo dice.

—Seguramente.

—Vamos. ¿No tienes hambre, Franny *Panny*?

Se ríe y yo me río con ella.

—Sí, estoy hambrienta.

Me lleva de la mano hasta la casa. El haz del faro describe un círculo que tan pronto se ve como deja de verse, inexorable como las mareas.

Al final de la gran mesa de comedor han puesto una mesa de cartas, pero sigue siendo poco espacio para los catorce que somos. Gammy no destierra a sus hijas a otra parte de la casa y todas se comportan de forma impecable durante la cena.

—Por papá —susurra Coll con aire soñador, y todos alzamos

nuestras copas por Samuel.

Se sirve la cena, un delicioso estofado de verduras. Basil se ha abstenido de hacer sus ridiculeces de siempre, y se limita a pasearse alrededor de la mesa para asegurarse de que todos tenemos un tallo de romero y una rodaja de limón en nuestro bol, y los adultos, un vaso lleno de vino. Me sorprendo apreciando sus peculiaridades, su pasión, su atención al detalle. Me pilla mirándolo y me guiña un ojo, y arruina el momento.

—No me he enterado muy bien de quién es la nueva —dice Gammy, y todos los ojos se vuelven hacia mí.

—Es nuestra ornitóloga —explica Mal—. Sus pájaros nos llevarán a los peces.

—Ya no quedan pájaros —protesta Ferd.

—Quedan algunos —le corrijo—. Aunque están escondidos.

—¿Cuáles? —pregunta Hally.

—Los charranes árticos. —Y de repente me traslado al laboratorio de mi marido la primera vez que me habló de ellos. Lo veo derramar lágrimas de verdad, por primera vez, mientras describe el largo viaje de estas pequeñas y valientes aves—. Su migración es la más larga de todo el reino animal. Van del Ártico a la Antártida y vuelven.

—¿Y tú los sigues para estudiarlos? —me pregunta Gammy.

Asiento.

—Tres de ellos llevan rastreadores. —Trago saliva—. Mejor dicho, dos.

—¿Para qué hacer el viaje entonces?

—Forma parte de la metodología.

—¿No tienes un equipo? ¿Haces todo esto por tu cuenta? —Ella niega con la cabeza muy despacio, sin apartar los ojos de mí—. ¿Cómo es que has elegido una vida tan solitaria?

Se hace un silencio mientras todos esperan mi respuesta.

Cruzo las manos en el regazo y reflexiono sobre la pregunta.

—La vida siempre es solitaria. Con los pájaros lo es un poco

menos. Una vez me llevaron hasta mi marido.

Suena disparatado.

El silencio se alarga.

—Estás como una puta cabra —suelta Basil con brusquedad.

—No seas malhablado, Bas —lo amonesta Dae, y las niñas se ríen bobamente.

Después de la cena las niñas quieren cantar, algo que deben de hacer a menudo. Se pasan cinco minutos decidiendo cuál será la primera canción hasta que Hally anuncia que sólo cantarán canciones irlandesas, por mí, para aliviar un poco mi añoranza.

Pero en vez de aliviarme esas canciones me entristecen, y me trasladan a Kilfenora y la cocina donde mis parientes tocaron para mí, y la casa de campo de mi madre junto al mar, vacía, y finalmente me recuerdan a mi marido, la distancia entre nuestros cuerpos, y a mi hija, la niña que nunca quise, la niña de la que intenté deshacerme por todos los medios, de la que me enamoré profunda y catastróficamente, la que perdí. Es la menor de las hijas de Gammy, Ferd, que me rodea el cuello con los dedos y me echa su aliento caliente en la oreja, la que me ha roto la coraza, y ahora es mi pequeña quien está en mis brazos, una criatura preciosa, demasiado inmóvil, sin aliento ni calor, y por más que intente dejarlo atrás, nunca habrá fin para este dolor, este sufrimiento, la insoportable sensación de ingravidez en mis manos.

Apenas siento el cuerpo mientras me dirijo a la puerta. Fuera hace frío, pero casi no lo noto, y antes de cerrar la puerta oigo que Blue pregunta: «¿La hemos molestado?», y Anik responde: «Es algo más profundo», y echo a andar hacia las colinas, la costa y el mar. Me quito toda la ropa y me meto en el agua helada, y el dolor que me atraviesa el cuerpo es inmenso y al mismo tiempo no es nada, nada, nada.

Me tiendo de espaldas en el mar y me siento más perdida que nunca, porque no estoy hecha para la nostalgia, no estoy hecha para añorar lo que siempre he estado tan desesperada por abandonar.

No es justo que uno sea capaz de amar, pero incapaz de quedarse.

Son Léa, Gammy y Hally quienes me encuentran. Me envuelven en una manta en la orilla y oigo a alguien repetir «Déjame morir», una y otra vez, y mientras Gammy me besa en la frente y Hally me acaricia el pelo, y me abrazan tan fuerte que temblamos, me doy cuenta de que soy yo la que habla.

—Quédate —me susurra Hally al oído.

Pero no puedo.

Trondheim, Noruega
Ocho años atrás

—¿Diga?

—Hola.

Durante unos segundos lo escucho respirar.

—¿Dónde estás? —me pregunta, y suena muy cansado.

—En Trondheim.

Tarda un momento en asimilarlo y aceptarlo. Pido demasiado de él. Lo agoto.

—¿Por qué Trondheim?

—Estaba en Oslo, pero las luces de la ciudad me impedían ver la aurora boreal.

—¿Y lo has conseguido? ¿Cómo es?

—Estoy mirándola en este momento desde el balcón. Es impresionante, Niall... Te encantaría.

—¿De quién es el balcón?

—De unos amigos.

—¿Es un lugar seguro?

—Sí.

—¿De quién dices que es el balcón? ¿Puedes enviarme un mensaje con su nombre y su dirección?

—Una pareja que conocí en la cena, Ann y Kai. Luego te envío sus señas.

—¿Tienes suficiente dinero?

—Sí.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Pronto.

Se queda un rato callado. Deslizo la espalda por la pared hasta sentarme en el suelo. En el cielo hay una danza de verdes y morados brillantes. Lo siento a través del teléfono, es una sensación física muy potente, como si pudiera tocarlo, notar su aliento en la mejilla, olerlo. Me mareo con su cercanía y su terrible ausencia.

—Me siento sola aquí, cariño —digo, y las lágrimas me caen por la cara.

—Me siento solo aquí, cariño —dice Niall.

—No cuelgues.

—Tranquila.

Y nos quedamos así mucho rato, sin colgar.

Terranova, Canadá
Época de migración

Me acuestan en una cama con bolsas de agua caliente en los pies. En el fondo estoy avergonzada, pero mi yo visible sólo quiere tranquilidad.

Sin embargo, la tranquilidad es una bestia peculiar. Es

perfecta hasta que se acerca y se vuelve contra nosotros.

Me duelen las articulaciones cuando me levanto; oigo gritos dentro de mi cabeza mientras me precipito por el pasillo, bajo las escaleras y vuelvo a salir pese al frío, pero no importa, porque no lo noto, y subo el cabo y me siento donde puedo contemplar el bravo Atlántico, para revivir esos primeros días contigo, cariño, como siempre me descubro haciendo.

SEGUNDA PARTE

14

Galway, Irlanda
Doce años atrás

Empieza como un cosquilleo que se hace más intenso y da paso a un picor, una irritación, una sensación de ahogo, hasta que lo único que puedo hacer es toser y escupir pluma tras pluma de mi propio cuerpo, y no puedo respirar, me falta el aire...

—¡Franny!

Hay algo encima de mí, presionándome contra el suelo. Dios mío, es un cuerpo...

Mi marido está sujetándome los brazos sobre la cama. Me doblo en dos, reaccionando ante la repentina inmovilidad y la sensación de impotencia.

Niall se aparta inmediatamente, levantando las manos.

—Tranquila. No pasa nada.

—¿Qué estabas haciendo?

—Me he despertado y estabas estrangulándome.

Lo miro fijamente, intentando recuperar el aliento.

—No... Me ahogaba...

Él abre mucho los ojos.

—Estabas estrangulándome.

El pavor se apodera de mí. Nunca he dormido toda una noche con alguien, nunca me he despertado al lado de otro cuerpo. Anoche nos casamos. Esta mañana he intentado matarlo.

Tropiezo con las sábanas cuando corro hacia el baño para vomitar. Él me sigue, intenta sujetarme el pelo, pero yo me

escabullo, no quiero que me toque, me da demasiada vergüenza. Cuando termino me enjuago la boca. Apenas puedo mirarlo.

—Lo siento. Soy sonámbula. Y a veces algo más. Debería habértelo dicho.

Él tarda un momento en asimilarlo.

—Está bien. De acuerdo. Joder. —Suelta una risita—. Me dejas un poco aliviado.

—¿Aliviado?

—Pensé que te habías arrepentido de lo de anoche.

Hay algo tan irónico en su voz que a mí también se me escapa una risa.

—Estaba dormida.

—Debe de haber sido una pesadilla infernal.

—Ni siquiera la recuerdo.

—Has dicho que te estabas ahogando.

«Me rascaba la boca y los pulmones...», me estremezco y reprimo lo mejor que puedo el recuerdo.

—¿Sueñas a menudo con que te ahogas?

—No —le miento mientras paso por su lado para ir a la cocina.

Después de arrojar por el desagüe todo lo que tenía en el estómago, me muero de hambre. Él vive en un piso sencillo y demasiado moderno para mi gusto, pero anoche hablamos de buscar otro que pueda ser de los dos.

Tomo por asalto la nevera, pero todo lo que tiene son granos y semillas saludables, y ahora mismo necesito algo grasiento que absorba todo el alcohol que nos bebimos anoche.

—¿Salimos a desayunar?

—¿En serio te parece normal? —me pregunta—. ¿Debo esperar que me estrangulen todas las noches? ¿Qué más haces? ¿Sales de casa? ¿Es peligroso?

Por primera vez desde que me he despertado me obligo a

mirarlo a la cara. «Ahí está de nuevo, inmovilizándome contra la cama, cada músculo de su cuerpo más fuerte que el mío, y una mirada de sorpresa y determinación. ¿Es ése el aspecto que tenía cuando me ha despertado en la misma postura?»

—No volverá a ocurrir —le aseguro—. Te lo prometo. Puedo tomar medicación.

Otra mentira. Ningún medicamento me ha funcionado. Pero no quiero que tenga miedo por mí o de mí. No quiero ver esa mirada en sus ojos, que sienta lo que yo he sentido cuando me he despertado con sus manos inmovilizándome los brazos.

Siguen tres noches de lo mismo: no es que lo estrangule, sino que me paseo por el piso rompiéndolo todo o destrozo los armarios de la cocina. A Niall le aterra que me haga daño. No me atrevo a admitir que es más frecuente de lo habitual porque nunca he estado tan alejada de la realidad como en este extraño piso con este hombre desconocido. Pero le pido que me ayude a esconder todos los objetos afilados de su dormitorio y a sacar cualquier mueble innecesario, y que haga instalar una cerradura en el interior, cuya llave esconderá él en algún lugar que yo no pueda encontrar.

No le digo que eso me pone muy nerviosa.

No le digo que esta noche, mientras intento dormir, las paredes se encogen y el techo se cae y que quiero echar abajo la puerta o romper la ventana y largarme de este piso, de esta ciudad, incluso de este maldito país. Me callo todo eso y me limito a atarme las muñecas a los postes de la cama porque no quiero estrangular a mi pobre marido mientras dormimos.

• • •

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Niall me desata las muñecas para que pueda volverme hacia él.

—¿No tienes que trabajar?

—¿Para qué? —pregunta—. Nunca cambia nada.

Me sorprende oírselo decir, pero supongo que no debería; al fin y al cabo la melancolía es otra cara de la pasión. En lugar de recordarle la importancia de la enseñanza, lo beso. Hacemos el amor a la luz de la mañana, pero el recuerdo de las plumas me pone tensa y me duelen las muñecas, y no lo siento tan cerca, tengo la impresión de estar en la cama con un hombre que no sabe nada de la monstruosidad que escondo en mi interior.

Luego vuelve a preguntarme qué vamos a hacer.

—Lo que quieras —respondo.

—¿De verdad? ¿No tienes nada planeado?

—Hoy estoy libre.

—Lo sé, pero ¿no has previsto nada fuera del trabajo?

Lo miro con el entrecejo fruncido.

Él se ríe.

—Anoche te oí quedar por teléfono con alguien en Doolin.

—¿Escuchaste a escondidas? ¡Eres impresentable!

—El piso es pequeño.

Hago una mueca.

—¿Conduces tú o yo? —me pregunta.

—¿Y si quiero ir sola?

—Pues ve sola.

Pienso en sus palabras buscando la trampa. Parece sincero, de modo que me encojo de hombros y finjo indiferencia.

—Ven si quieres, pero probablemente te aburrirás.

Se va a la ducha.

—Sólo se aburren los aburridos.

• • •

La mayor parte del trayecto a Doolin no ponemos música y apenas hablamos; los silencios a veces son cómodos y otras no. Dentro del coche me ahogo, así que bajo las ventanillas a pesar de que hace mucho frío.

A medida que nos acercamos me pongo más y más nerviosa. Me convenzo de que estoy cometiendo un error y que debo dar marcha atrás, que sólo puede salir algo malo de este encuentro; por eso mi madre nunca me llevó allí.

—Háblame de tu acento —me dice Niall rompiendo el silencio, creo que porque nota mi malestar.

—¿Qué le pasa a mi acento? —le pregunto, sin apartar los ojos del mar a mi derecha.

—No consigo averiguar de dónde es. A veces pienso que tienes acento inglés y otras me suena americano, y de pronto es irlandés puro.

—Te casaste conmigo sin saber de dónde vengo.

—Sí. ¿Lo sabes?

—¿De dónde vengo? —Me vuelvo hacia él con la boca abierta para responder, pero me detengo—. Yo... Tal vez no lo sé.

—Se trata de eso, ¿verdad? —me pregunta Niall, asintiendo hacia la carretera que se despliega ante nosotros.

Asiento.

—De acuerdo.

La casita está encaramada en lo alto de una colina y desde el camino de entrada se divisa una escarpada ladera hasta el mar cubierta de prados verdes con un puñado de cabras aquí y otro allá.

Niall llama a la puerta porque yo me veo incapaz de hacerlo. Nos abre un hombre de muchos años, con el rostro duro y curtido por el viento. Entorna los ojos para vernos mejor.

—Buenas tardes, señor —lo saluda Niall—. Estamos buscando a John Torpey.

—Soy yo mismo. A menos que vengan por las tierras, y entonces no está aquí.

Niall sonríe.

—No hemos venido por las tierras.

Carraspeo. Niall no puede añadir nada más, ya que no sabe el motivo por el que estamos aquí.

—Quería saber si conoce a una tal Iris Stone.

John me mira entornando tanto los ojos que parece que los tenga cerrados.

—¿Es una broma?

—No.

—Entonces tú debes de ser su hija. Sabía que habías venido al mundo. ¡Mírate ya, toda una adulta!

Suspira hondo y nos invita a pasar.

Yo estoy muy tensa. No sé qué esperar, pero tengo la sensación de estar más cerca que nunca de la verdad.

Es una casa sencilla, con algún que otro toque femenino, rastros de una vida que otra persona dejó atrás. Viejas cortinas de encaje, con los bordes sucios. En una estantería, figurillas de porcelana de rostro risueño, la mayoría desportilladas. En todas las superficies hay una gruesa capa de polvo, y las ventanas están tan sucias que apenas entra la luz exterior. La soledad que destila este lugar me llena de tristeza. En la repisa de la chimenea hay una sola foto. Un John mucho más joven, con el pelo increíblemente naranja, al lado de una mujer morena, imagino que su esposa, y entre ambos una niña de rizos tan oscuros como los de su madre. John me hace señas para que me siente antes de que pueda verla bien.

—¿Qué buscas, querida? Si realmente se trata de las tierras, tenemos que hablar.

Frunzo el entrecejo, confundida.

—No es eso, señor. Sólo he venido a preguntarle por mi madre. Me dijo Margaret Bowen de Kilfenora que usted tal vez

la conocía.

Se ríe entonces, pero el sonido se convierte rápidamente en una tos sibilante.

—Ah, entiendo. Margaret está perdiendo la cabeza y ya no sabe muy bien lo que dice.

Va a la cocina, y Niall y yo lo oímos trajinar arrastrando los pies.

—¿Necesitas ayuda, John? —le pregunta Niall, pero él rehúsa con un gruñido y vuelve con una bandeja de flores, sobre la que ha puesto un plato de galletas y dos vasos de agua.

—Gracias.

Al coger el vaso me fijo en las manchas de suciedad que hay en él. John debe de estar casi ciego.

—Te lo diré sin rodeos, joven, porque parece que sabes muy poco.

—Se lo agradecería.

—Iris es mi hija.

Mis manos inquietas se quedan inmóviles. Toda yo me quedo inmóvil.

—Hace muchos años que no la veo, pero es ella —dice, y señala la foto de la chimenea.

Me levanto con las piernas temblorosas y la cojo. El shock me deja sin aliento. De cerca la niña se parece a mí. No tenía ni idea: nunca había visto una foto de mi madre a esa edad. Vuelvo a mi asiento y sostengo la foto en el regazo, apretando las yemas de los dedos en su cara, su melena oscura y el vestidito rojo que lleva.

—La tomaron en la playa —señala John, y es la misma playa que vemos ahora, al pie de esta extensa ladera.

Me aclaro la voz.

—Pero entonces si… tú eres mi abuelo, ¿por qué no me enviaron a vivir aquí contigo?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Bueno… cuando mamá se fue.

—¿Se fue?

Asiento inexpresiva.

—Cuando yo tenía diez años.

A John se le hunden los hombros. Se le suaviza por un momento el rostro, le desaparecen algunas arrugas, y en sus pequeños ojos vidriosos alcanzo a ver un destello de dolor profundo.

—Ah, es una cruz que llevo… Forma parte de una época oscura.

—¿Podrías hablarme sobre ella, por favor? No sé nada de mi familia.

Niall me coge la mano y me la aprieta, y me sobresalto; había olvidado que estaba aquí.

John entrelaza sus viejos y nudosos dedos en el regazo. Le tiemblan un poco las manos.

—Maire, mi esposa, era un alma inquieta, que no tenía los pies en la tierra. Nadaba cada día en el mar, y todos los muchachos la admiraban, yo no podía estar tranquilo con ella. Desaparecía durante días enteros, y yo me repetía que no importaba, que esa extraña y encantadora joven que todos querían para sí seguía siendo mía. Pero cuando nació la pequeña Iris, se me metió en la cabeza que era de otro hombre.

Vuelvo a mirar la foto. Es cierto, la niña no se parece en nada a él.

—Maire me juró que era hija mía y todo fue bien durante un tiempo. Pero la duda me carcomía y un día no pude soportarlo más, y le dije que se llevara a la niña con quienquiera que fuera su verdadero padre, que era donde le correspondía estar. Y que no quería volver a verlas, a ninguna de las dos.

»Así que Maire se divorció de mí y recuperó su apellido, Stone. También se lo puso a Iris. No quisieron tener nada que ver conmigo. Así fue durante veintitantos años, hasta que recibí

una carta de Iris diciéndome que Maire había fallecido.

Desvía la mirada hacia la ventana.

—Tú todavía no habías nacido —añade en voz baja, y luego se calla.

Agradezco el silencio. Y agradezco el calor que desprende la piel de Niall, nunca he tenido una mano que sostenga la mía.

—¿Has dicho que se fue? —me pregunta John por fin.

Vuelvo a asentir.

—Esperaba que esa maldición no pasara de madre a hija.

—Me temo que sí.

Y de hija a nieta.

—Es comprensible que Iris no quisiera que te quedaras conmigo —me dice John—. Nunca fui un padre para ella. Sólo que... Algunas noches me despierto y veo con toda claridad que me equivoqué, que ella era hija mía después de todo.

No puedo evitar que me salten las lágrimas. Una cae sobre la foto y emborrona el rostro de mi abuela. La seco rápidamente para que no se ahogue.

—¿Adónde te mandaron? —me pregunta John.

Pero no quiero decírselo. No quiero que un hombre como él, capaz de deshacerse de una familia como si no valiera nada, sepa algo de mí.

—Con mi padre —miento.

—¿Y era un buen hombre? ¿Ella encontró un buen hombre que la amara?

—Es un buen hombre y la espera.

Es un disparate, pero la mentira endurece aún más mi coraza.

Empieza a oscurecer. Pronto será de noche.

—¿Cómo está ella? —pregunta John bruscamente, y percibo en él el dolor y el anhelo, y me reconozco en esos sentimientos. Y en parte lo aborrezco porque no puede ayudarme a encontrarla, porque sabe menos que yo; pero por otra parte lo

quiero por esas mismas razones, y todo es tan intenso y sucede tan deprisa que me pongo de pie.

—Ella está bien —respondo, y luego, sin ninguna razón lógica, simplemente porque es agradable decirlo, añado—: Te recuerda muy bien. Quiero decir, tiene buenos recuerdos de su padre...

John se tapa la cara con una mano temblorosa. Es demasiado terrible, tantos años desperdiciados. Tengo que salir de aquí.

—Gracias por recibirnos —digo con rigidez—. Tenemos que irnos.

—¿No queréis quedaros a cenar?

—No, gracias.

Me dirijo a la puerta, pero no la alcanzo lo bastante rápido.

—¿Volverás a visitarme, querida?

Suspiro, sintiéndome repentinamente cansada.

—No lo creo. Pero gracias.

Sólo cuando llego a la puerta me doy cuenta de que sigo teniendo la foto en las manos, la agarro con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos. Colocarla de nuevo en la repisa de la chimenea es como una pequeña muerte.

—Adiós, John —logro decir. Y de nuevo—: Gracias.

De pronto estoy fuera, envuelta en una brisa que llega del mar. Oigo a Niall despedirse de John antes de acompañarme al coche.

En lugar de llevarme a Galway, toma la sinuosa carretera que cruza la pequeña ciudad iluminada en dirección a la costa. El cielo se tiñe de rosas y lilas, y el horizonte parece estar ardiendo.

El barco a las islas Aran sale de aquí y me gustaría subirme a él, pero no circula a estas horas; el aparcamiento está vacío cuando entramos en él. Así que nos bajamos del coche y caminamos hacia las rocas. El océano ruge, incesante y feroz. Nos llama.

—Ese hombre... es pariente tuyo —dice Niall.

—No lo es.

—Podría serlo.

—¿Por qué iba a escoger a alguien que no me ha escogido a mí?

Niall me mira. Se me mete el pelo en los ojos y me lo aparto.

—Yo los odio a todos menos a ti —me dice.

Empiezo a sonreír, creyendo que se está burlando de mí, pero me sujeta los brazos y me atrae hacia él con tanto ardor que la risa muere en mis labios y despierta algo diferente. Luego echa la cabeza hacia atrás y grita.

Se apodera de mí la emoción, y la tristeza por los años malgastados, tirados a la basura por un hombre celoso. Y yo también empiezo a gritar, contra John pero también por él, por su soledad, y grito porque echo de menos a mi madre, y porque nunca conocí a mi abuela, y por la locura del hombre con el que me he casado, que podría estar tan loco como yo. Gritamos y gritamos antes de estallar en carcajadas, y así nace nuestro mundo.

Nado un rato en el mar y luego me reúno con él, y sentados en las rocas contemplamos cómo se oscurece el cielo. Niall me rodea con un brazo y yo me aprieto todo lo que puedo contra él. Siempre me cuesta salir del agua, pero con él esperándome es más llevadero. Muchísimo más llevadero.

—¿Dónde está tu madre? —me pregunta.

La mentira me sale con total naturalidad.

—En la cabaña de madera junto al mar donde crecí.

Él piensa en mis palabras.

—Entonces, ¿por qué parece que la estás buscando?

No respondo.

—¿Sabes dónde está, Franny?

Se me hace un nudo en la garganta mientras niego con la cabeza.

—¿No has hablado con ella desde que eras niña?

—He estado buscándola.

Él lo asimila en silencio.

—¿Y tu padre?

—No tengo.

—¿Qué le pasó?

—Ni idea.

Me pregunto si alguna vez le contaré a Niall la verdad sobre mi padre o dejaré que se pudra dentro de mí.

—Entonces, ¿por qué iba a enviarte ella a vivir con él?

—Ella me envió con la única pariente que quedaba, la madre de mi padre, que vivía en Nueva Gales del Sur.

—¿En Australia? Mierda. —Se rasca la barba incipiente—. Ahora me explico tu acento. Es un híbrido. ¿Cuánto tiempo viviste con tu abuela?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—Porque quiero saber las respuestas.

—Antes no querías.

—Siempre he querido.

—Entonces, ¿por qué no me preguntaste? ¿Por qué ahora?

No responde.

—¿Por qué ninguno de los dos hizo una sola pregunta? —lo presiono—. Hemos sido muy estúpidos.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —me dice, refiriéndose a nuestra boda, si se puede llamar así.

Y por un instante creo que responderé sí, por supuesto que me arrepiento, pero cuando abro la boca digo lo contrario, y, para mi asombro, es la verdad.

Ambos divisamos una garceta planeando en un remolino.

—Demasiado viento para ti, preciosa —murmura Niall.

El pájaro se aleja arrastrado por el viento y dejamos de verlo.

—Viví unos años con ella —digo—. Se llamaba Edith. Pero yo me iba y volvía constantemente, y cuando murió me di

cuenta de que no había pasado mucho tiempo con ella.

—¿Cómo era?

Intento encontrar la palabra adecuada, pero mi mente se resiste a volver a esa granja con todas sus aristas y su soledad.

—Dura.

Niall me aparta el pelo de la cara y me besa en la sien.

—Mamá no era así —murmuro—. Ella era cariñosa y amable, pero estaba perdida. Yo la adoraba. Ella también era un alma inquieta, pero eso la aterraba. Me suplicaba que no la abandonara. Antes de que yo naciera vivía sola y estaba bien, pero luego no podía pensar en la vida sin mí. Me decía que se moriría. Pero había un chico que me gustaba. Quería ir con él a la playa y me fui sin decirle nada a mamá. Por qué lo hice... Estuve fuera dos días, quizá tres. Cuando volví ya era tarde, ella se había ido. Como me advirtió que haría.

—¿Se fue sin más?

Niego con la cabeza. Me parece que no lo entiende.

—Me fui yo. —Lo miro y me preparo para pronunciar una verdad sobre mí, la peor de todas—. Siempre me voy.

Él se queda callado mucho rato.

—Pero ¿vuelves? —pregunta al fin.

Descanso la cabeza en su hombro; descanso todo mi ser en sus manos. Parece un lugar seguro, podría quedarme allí. Pero ¿y él? ¿Hay destino más cruel que los brazos de una mujer que muere cada noche?

Durante años evoqué con cariño aquella noche en Doolin, la noche en que supe que era suya. Sólo al ver su desconcierto cuando le hablé de este recuerdo reviví algo que había borrado en su momento.

—Creía que odiabas las cosas muertas —me dijo.

Entonces recordé que habíamos caminado por las rocas hasta

que descubrimos el ave marina con el cuello roto y las alas torcidas en un ángulo extraño. La imagen se había desvanecido como una luz que se aleja.

15

Prisión de Limerick, Irlanda
Cuatro años atrás

He esperado un inhabitual momento de soledad para pasarme el extremo afilado de mi cepillo de dientes por la muñeca. Duele más de lo que esperaba. Me lo paso de nuevo, intentando hacer más profunda la herida. Sé que lo he hecho bien cuando veo salir sangre, oscura como la noche. Es tan resbaladiza que el cepillo se me cae de la mano, pero lo recojo y preparo la otra muñeca, deseando acabar...

Me envuelve un olor a caramelo barato cuando ella se arrodilla y me aprieta el brazo con fuerza. El arma improvisada sale volando, fuera de mi alcance, y ella pide ayuda a gritos, y yo lloro suplicándole que me suelte, que por favor me suelte...

Se llama Beth y es mi compañera de celda. No nos hablamos después de aquellos primeros días en que intenté acabar con mi vida. No creo que vuelva a dirigirme la palabra, lo que me parece muy bien. A diferencia de las mujeres de las otras celdas, ella y yo no lloramos por la noche. No gritamos comentarios lascivos para que nos oigan los guardias o para provocarnos unas a otras. Creo que ellas gritan y lloran para dar voz a la ira que sienten, y al miedo de verse confinadas aquí. No, Beth me ignora y yo me acuesto temblando de horror, el horror de estas cuatro paredes y de lo que he hecho. Estoy acabada.

Al cabo de un mes me sacan de los dormitorios individuales relativamente cómodos de la prisión de mujeres, con sus colchas, sus cocinas y el fragante gel de baño, para trasladarme a la prisión de Limerick, que es otro mundo y resulta mucho más adecuado. Aquí las celdas son pequeñas y grises, con las paredes de hormigón, un retrete metálico y una ventana opaca. Yo comparto la mía con Beth.

Aquí hay mujeres que han cometido crímenes violentos por culpa de las drogas o el alcohol. Mujeres con problemas de adicción. Mujeres que roban o cometen actos vandálicos. Madres maltratadoras. Vagabundas. También hay hombres. Después de todo es una prisión mixta y no hay gran cosa que nos separe de ellos. Una puerta, para ser exactos. Es aterrador.

Aquí hay de todo. Pero yo soy la única mujer que ha matado a dos personas.

Llevo aquí casi cuatro meses cuando ocurre. Es el tiempo que tardan en darse cuenta de que la asesina es inofensiva, incluso catatónica. No hablo, casi no como y me muevo aún menos, salvo para limpiar y andar cuando me dejan salir. Pero incluso sin voz consigo ofender a Lally Shaye —algo en mi mirada, dice— y me golpea hasta dejarme descalabrada. Se repite un mes después, y luego en otras tres semanas. Se está convirtiendo en un hábito para ella. Soy un blanco fácil.

Después de la tercera paliza me mandan de vuelta de la enfermería a la celda con las costillas y la mandíbula rotas, y todos los vasos sanguíneos de un ojo reventados. Me duele todo. Pero Beth se pone de pie y me mira. No me ha mirado tanto desde aquel aciago día del comienzo.

—Levántate —dice con su acento de Belfast.

No lo hago, pero porque no puedo.

Me coge de la muñeca y me pone de pie a la fuerza; es menos

doloroso rendirse.

—Si no haces algo nunca parará.

Niego con la cabeza, apática. No me importa que me golpeen.

—No mueras aquí, en una jaula —me dice entonces—. Muere si tienes que hacerlo, pero fuera de aquí, libre.

Me tranquiliza. Una idea empieza a tomar forma.

—Levanta las manos.

Se coloca con los puños cerrados como un boxeador. Parece absurdo. Ésta no soy yo, no puedo luchar. Ella me levanta los brazos y me los coloca. Me duelen las costillas. Me resuellan los pulmones. Se me dobla la columna vertebral.

Me da un puñetazo. Jadeo de dolor, llevándome una mano a la mejilla.

Y Beth lo ve. El destello de ira en mis ojos. Un vestigio de la fuerza de voluntad que creía muerta. Ella la atiza, la reaviva, y me digo, ¿por qué no?, y trazo un nuevo plan: morir en libertad.

16

Terranova, Canadá
Época de migración

Camino sobre hierba cubierta de rocío y a través de un manto de bruma matinal. Después de una noche casi sin pegar ojo debería estar muy baja de energía, pero esta mañana me siento renovada, resuelta a seguir adelante. Nunca esperé que fuera fácil, así que ¿qué derecho tengo a rendirme ante el primer obstáculo?

A pesar de lo temprano que es, cuando cruzo la puerta trasera y entro en la acogedora cocina ya hay agitación en el interior del faro.

Tanto los miembros de la tripulación como las niñas están apiñados en la sala de estar, viendo las noticias. Las brasas de la chimenea están a punto de apagarse, olvidadas, lo que me da una pista de la gravedad del asunto.

Sólo Daeshim me mira; los demás tienen los ojos pegados a la pantalla.

—Han retirado los barcos de pesca comercial —murmura.

No lo entiendo.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso?

—Han ilegalizado la pesca profesional.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—Un momento... ¿Todos los barcos de pesca?

—Todos, maldita sea —dice Basil—. Estamos condenados a quedarnos en tierra hasta nueva orden y si no obedecemos nos

confiscarán el barco. Cabrones.

—No seas malhablado —replica Gammy.

Esta vez sus hijas no se ríen.

—Así que nos hemos quedado encallados aquí —observa Léa.

Miro a Ennis. No ha dicho una palabra, pero está muy pálido.

Hace mucho que se veía venir. Es terrible para la economía y para la gente que vive del mar. Es desastroso para mis planes y para los planes de recuperar a sus hijos del pobre Ennis. Aun así no puedo evitar sonreír por dentro. Porque no es algo malo ni mucho menos; en realidad es maravilloso. Es un importante punto de inflexión, un paso adelante, por fin, por parte de los que ocupan el poder. Desde lo que parece un millón de kilómetros de distancia veo a Niall sonreír.

La habitación del hotel Saint John resulta claustrofóbica con cuatro hombres y dos mujeres apretujados. Yo estoy sentada junto a la ventana abierta, con la cabeza fuera, fumando el cigarrillo que Basil me ha ofrecido. Él se ha instalado delante de mí, y en el tiempo que se termina el suyo yo me he fumado tres. Ennis no ha querido abusar de la hospitalidad de Gammy, así que estamos de nuevo en la ciudad, esperando noticias de la evolución de Samuel e intentando decidir qué vamos a hacer. Nuestro capitán no ha aparecido en toda la tarde. Anik dice que quiere estar solo para llorar por el *Saghani*.

Acudimos a la guardia costera, donde nos informan sobre las nuevas leyes que van a entrar en vigor y lo que hay que hacer con el barco. Si no estamos atracados en nuestro puerto de origen, la embarcación permanecerá incautada durante treinta días antes de que se la devuelvan a Ennis, quien podrá llevarla de vuelta a Alaska, sin dar rodeos y acompañado de un oficial de la policía marítima.

Soy la única que no tiene adónde ir. Si vuelvo a Irlanda, la

garda me detendrá por haber violado la libertad condicional. Así que sólo me queda buscar otra forma de seguir a los dos charranes restantes.

—¿Estás bien? —susurra Basil.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no oigo la pregunta.

—¿Me das otro, por favor?

Me tiende uno, rozándome los dedos, y los aparto.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

No quiero que nadie me toque, y menos tú.

Basil frunce el ceño y me mira de una forma tan elocuente que quiero apartarle la cara.

—Me gustas, Franny. No tienes que preocuparte.

Abro la boca y casi me río.

—¿Crees que es eso lo que me preocupa?

—Entonces, ¿qué?

Su presunción y su arrogancia no tienen nombre; esta vez sí que me río y veo que se sonroja. Seguimos fumando en silencio, pero el cigarrillo me deja un regusto amargo en la boca y no me relaja nada.

—Voy a dar una vuelta.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Mal, pero niego con la cabeza.

—Tengo que pensar.

Bajo a los muelles y me fumo unos cigarrillos con varios marineros que también han echado anclas aquí. Corrían rumores de que esto podía pasar, pero nadie pensó que sería tan pronto. Nunca nos creemos que vayamos a perder lo que amamos. Les pregunto qué van a hacer ahora y casi todos responden que volverán a casa, venderán sus barcos para que les den otro uso, encontrarán otra forma de ganarse la vida. Algunos ya tienen un plan alternativo. Uno de ellos, un hombre

mayor con el rostro muy curtido, suelta algunas lágrimas, pero cuando intento consolarlo niega con la cabeza.

—No lloro por el trabajo. Lloro por el daño que hemos hecho a la tierra.

Paso por delante de un par de compañías de barcos turísticos y me pregunto si alguna vez podré permitirme alquilar un barco privado que me lleve a donde yo quiero. Lo dudo. ¿Se puede ganar tanto dinero en tan poco tiempo sin robar un banco?

Al llegar he visto un pub en la esquina. Entro y me pido una Guinness y un whisky. La chimenea está encendida y me siento frente a ella, al lado de un joven con una perrita beagle llamada *Daisy*. *Daisy* me olfatea las manos y luego se tumba a mis pies para que la acaricie. El dueño, cuyo nombre ya he olvidado, intenta entablar conversación, pero al ver que no tengo mucho que decir se aburre y busca a alguien más para hablar.

Léa se sienta y me ofrece otra Guinness.

—No necesito que me cuiden —le digo.

—No poco. En cuanto nadie está mirando, te metes en el mar.

Apuro el whisky y me paso a la cerveza negra. Las orejas de *Daisy* son suaves como la seda. Me mira con sus profundos ojos de color chocolate y los cierra mientras la acaricio.

—¿Crees que podríamos camuflar que el *Saghani* es un barco comercial? —le pregunto.

—¿Cómo?

—No lo sé. Sacando el halador. Las redes, el congelador... todo el equipo de pesca.

Me mira con lástima, lo que me irrita.

—Realmente estás desesperada, ¿verdad? ¿Por qué?

—Tengo una misión que cumplir.

—¿Qué más da dónde mueran esos pájaros? Porque de una

forma u otra morirán, ¿no? ¿Y qué pasa si se mueren? A nosotros no nos cambiará nada.

La pregunta me deja sin aliento. No sé cómo reaccionar ante tanta indiferencia.

Me doy cuenta de que Léa está tensa, hasta le rechinan los dientes.

Está afrontando su propia crisis.

—Seguirá habiendo barcos en los que trabajar —digo con delicadeza—. Todo irá bien.

—¿Por qué te has tirado a Basil? —me pregunta ella bruscamente—. Es un idiota.

La miro fijamente.

—No me lo he tirado.

—Pues él dice que sí.

Me quedo con la boca abierta. Pero ¿por qué me sorprende?

—¿Por qué te castigas? —me pregunta Léa.

—¿A quién le importa?

—A mí me importa. Me atrevería a decir que a tu marido también.

—Mi marido me ha dejado.

Ahora es ella la que se queda sin palabras.

—Oh, lo siento —dice al fin—. ¿Por qué?

Niego con la cabeza muy despacio.

—Le hago daño.

—Estás en un mal momento —dice con impaciencia—. Lo entiendo. He pasado por eso. Pero tienes que controlarte. El mar está lleno de peligros y no puedo estar todo el tiempo pendiente de ti.

—No será necesario. Te recuerdo que no vamos a volver al mar.

Al menos no juntas.

Ella baja la mirada.

Cuando me pongo en pie, ella me sigue y tengo que

detenerla.

—Necesito estar sola, ¿vale? Lo siento. Estaré bien después de dar una vuelta. Nos vemos luego.

Para salir del pub paso por la zona de las máquinas tragaperras, y veo a Ennis sentado delante de una. Titubeo antes de acercarme a él.

—Hola.

Pulsa el botón, una y otra vez, como si él mismo fuera una máquina.

Malachai mencionó que es adicto al juego. Ahora lo veo.

—¿Quieres dar una vuelta? —le pregunto.

Gruñe algo parecido a un no y apura su ron con Coca-Cola.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Ennis?

—No lo suficiente.

Parece muy borracho.

—¿Has... ganado algo?

No hay respuesta.

—Creo que deberías volver al hotel conmigo...

—Lárgate, Franny —replica con rotundidad—. Sal de mi puta vida.

Con mucho gusto.

Ahora hace más frío. Me dirijo al mar, pero apenas he recorrido media manzana cuando noto algo en el ambiente y me detengo. No sé qué ha cambiado en los últimos dos segundos, pero presiento que algo no va bien y tengo que volver al hotel, lo antes posible. Veo la luz del rótulo a lo lejos y aprieto el paso.

El instinto nunca falla. El cuerpo sabe.

Un hombre me bloquea el paso.

—¿Riley Loach?

Lo reconozco. Es el manifestante de la gorra a rayas que me desnudó con la mirada. No respondo, pero se me acelera el

pulso. ¿De dónde ha sacado ese nombre?

—¿Formas parte de la tripulación del *Saghani*?

—No.

—Vete a la mierda.

—De acuerdo.

Intento pasar por su lado, pero me agarra por el brazo. Se me ponen los pelos de punta.

—¿Sabes lo que estáis haciendo al mundo tus amigos y tú?

—Tienes razón —me apresuro a decir—. Está mal. Pero todo se ha acabado ahora que hay sanciones.

—¿Crees que basta con eso? ¿Que después de lo que habéis hecho podéis iros de rositas? ¡Una mierda!

Está muy enfadado y no sé qué hacer para apaciguarlo.

—Mira, yo no tengo nada que ver. Sólo estoy...

—Te he visto, zorra. Dime dónde está tu capitán. No permitiré que se salga con la suya.

El animal que hay en mí se revuelve.

—Ni puta idea.

Es un hombre corpulento, casi me dobla en tamaño, así que cuando me empuja contra la pared siento toda su fuerza. La siento por ese instinto ancestral que he recibido de las generaciones de mujeres que me han precedido, por la adrenalina que he heredado y que me corre por las venas, la siento en los impulsos de mi cuerpo que me llevan a golpear, patear, luchar, follar, y quiero asestarle un buen puñetazo, eso es lo que me pide el cuerpo, pero en lugar de ello me quedo muy quieta, con los sentidos alerta, sabiendo que quizá esté a punto de experimentar un gran dolor o algo peor, una violación o incluso la muerte, y de repente, sin previo aviso, chasqueo los dientes con fuerza, tan llena de rabia que podría prender fuego al mundo.

Él se echa hacia atrás, sorprendido por mi extraña reacción. Luego se ríe y me estampa contra la pared, poniéndome un

brazo sobre la garganta que me impide respirar y golpeándome el cráneo. El dolor me recorre toda la columna vertebral.

—Sólo dime dónde están.

Al ver que callo, me arrastra penosamente hacia un callejón más oscuro. El noble cometido que se ha propuesto ha sido corrompido por el odio, y lo veo un segundo antes de que lo haga: va a hacerme pagar por todo aquello que aborrece. Me busca a tientas la entrepierna, los botones de los vaqueros, pero yo ya he tenido suficiente.

Grito con todas mis fuerzas y, dando las gracias en secreto a Beth, le lanzo un izquierdazo en el vientre, y otro, y un tercero, y cuando afloja la presión le estampo un derechazo en la garganta y otro en la mandíbula. Nunca he golpeado con tanta fuerza, una fuerza multiplicada por el miedo y la rabia y la indignación —«cómo te atreves a tocarme»—: un directo en el puente de la nariz, un gancho en las costillas, tengo que darle tantos golpes como me sea posible antes de que reaccione, y él no se espera ninguno, pero aun en medio del dolor consigue lanzar su propio puño y yo intento detenerlo, pero no soy lo bastante fuerte y me da en el antebrazo y la cabeza a la vez. El mundo da vueltas. Me arrodillo e intento golpearlo en la ingle, pero esta vez se lo espera y me agarra la mano derecha, y me la retuerce hasta que grito de dolor. No acude nadie. No puedo creer que no venga nadie con los gritos que he pegado. Estoy sola en este callejón, y él está a punto de romperme el brazo, y siento palpitar la rabia en mi interior mientras busco con la mano izquierda la navaja que guardo en la bota y pienso: «A la mierda», y, retorciéndome, me levanto y le hundo la navaja en el cuello.

Él jadea conmocionado. Me suelta.

La sangre cae en cascada sobre los dos.

Llega gente, creo. A nuestro alrededor hay movimiento. Se oye una imprecación, alguien pide que llamen a la policía,

alguien más les dice a todos que se callen de una puta vez y unos brazos me sostienen en posición vertical. Se me cae el cuchillo de la mano.

—Todo irá bien —me dice una voz al oído.

Pero el hombre, todavía de rodillas, no para de mirarme mientras se agarra el cuello intentando detener la hemorragia, y creo que está a punto de dejar su cuerpo como creo que yo estoy dejando el mío.

—Tranquila —dice la voz, y es Ennis quien me sostiene en pie.

Me lleva medio andando medio arrastrándome a alguna parte. ¿De vuelta al hotel? Estoy aturdida por el shock.

Los demás también han venido, tiran de nosotros, y no es al hotel adonde nos dirigimos sino al barco, y creo que es porque nos sigue gente. Corremos sumidos en una bruma de adrenalina, los pies golpean las tablas y unas voces murmuran órdenes con urgencia. Parpadeo y ya estoy a bordo, y todos corren a sus puestos para zarpar cuanto antes. Parpadeo y el *Saghani* se aleja suavemente del muelle en dirección al océano. Parpadeo y estoy en un camarote que no conozco, seguramente el de Ennis, poco importa, y él habla desde muy lejos.

—No estás sola, encanto. Tranquila. No estás sola.

¿Lo cree de verdad?

—¿Está muerto? ¿Lo he matado?

—No lo sé.

Me rindo. Un dique cede y el cansancio me inunda. Hago todo lo posible para no desmayarme. Parpadeo y estoy en una cama.

—¿Nos vamos?

—Ya hemos zarpado —responde Ennis—. Duerme.

—¿Os he fastidiado?

—De eso nada, encanto. Nos has liberado.

Pero yo nunca seré libre. Me pregunto si es así como se sintió

mi padre el día que mató a un hombre.

17

Costa septentrional de Nueva Gales del Sur, Australia
Diecinueve años atrás

Esta noche Edith está fuera con los corderos, y se agacha con su rifle al acecho de los zorros hambrientos. Le he dicho mil veces que me niego a matar a un animal, aunque sea para proteger nuestro medio de subsistencia. Además, le corresponde a *Finnegan* proteger al rebaño. Aun así me obliga a salir al frío de la noche para montar guardia, sosteniendo con torpeza el rifle en mis manos reacias. «Cuando llegue el momento harás lo que tengas que hacer», dice de esa manera tan suya que no admite discusión. Todavía no he visto ningún depredador, así que no sé si tiene razón.

En cualquier caso, esta noche es mi oportunidad. Busqué la caja de tesoros que Edith guarda debajo de la cama y me tomé la molestia de robarle la llave y hacer una copia, porque sé que es el tipo de mujer que enseguida la echaría en falta. Hacer una copia no es tarea fácil cuando estás atrapada con quince años en una granja en las afueras de un pueblo y falta todo un año para sacarte el carné de conducir. Tuve que pagar a Matt el Flaco para que lo hiciera por mí, y es el drogata de la escuela, así que no es precisamente fiable. Luego tuve que esperar la época de partos, cuando las primeras crías salen aparatosamente de los cuerpos cansados de las ovejas y hay que protegerlas de todo tipo de predadores, no sólo de los zorros, sino también de las águilas y, a veces, incluso de los perros salvajes. Todos ellos están cada vez más hambrientos

ahora que muchas de sus presas empiezan a escasear. Éstas son las únicas noches en las que puedo estar segura de que Edith no me pillará; se quedará ahí fuera vigilando hasta que el cuerpo se le consuma y se convierta en polvo, si es necesario. Resuelta y silenciosa.

Es posible que exagere un poco respecto al celo con que Edith guarda esta caja. Aun así no le he quitado el ojo desde que llegué a esta maldita granja. Mi abuela es una mujer dura. No me cuenta nada de mis padres. No habla mucho, en realidad, salvo para gritarme órdenes, y si no trabajo como una esclava me prohíbe ir a los entrenamientos de rescate de surf, que es casi lo único que me gusta hacer en este país. Acabo de ganar una medalla de bronce y ahora soy responsable de las patrullas de salvamento, pero ella no le da ninguna importancia. De todos modos, estoy convencida de que esa caja esconde secretos. En lugar de encender la luz de su habitación, que ella podría ver desde el cercado, me arrastro en la oscuridad y me deslizo boca abajo por debajo de la cama hasta que palpo el borde frío y duro de la caja. Tiro de ella, sorprendida de lo que pesa, y corro a mi habitación para abrirla.

El peso de la caja se debe a varias medallas militares de mi abuelo, quien al parecer estuvo en un regimiento de infantería ligera. Leo las inscripciones del dorso y acaricio el metal con los dedos, tratando de juntar las piezas de un rompecabezas. ¿Por qué ella no habla de él ni tiene ninguna foto por la casa? ¿Qué secreto hay detrás de su matrimonio para que guarde todo lo que queda de él lejos de los ojos curiosos?

Dejo las medallas y saco un paquete de papeles diversos. Algunos son documentos administrativos —la escritura de la granja, los extractos de la hipoteca y cosas así— que dejo a un lado sin leerlos. No sé qué busco realmente, sólo alguna prueba de que no se han equivocado al enviarme a la granja de una

mujer que no tiene ningún hijo y, por tanto, no puede ser mi abuela. Ella no habla de él ni de mi madre. No sé dónde está mi padre ni a qué se dedica. Ni siquiera sé cómo se llama.

Un fajo de fotos cae del paquete y se desparrama por la moqueta. Me quedo boquiabierta al ver los rostros que me miran y siento un calor intenso en las mejillas. Es él, lo sé, el bebé que está en brazos de una Edith más joven, el niño que pasea por la playa cogido de su mano, el adolescente que corta verduras a su lado en el banco de la cocina, o el joven que está sentado con ella junto a una hoguera. En algunas tiene el pelo largo y rubio como un hippy, en otras lo lleva muy corto. Es guapo, tiene los ojos oscuros y una boca grande que parece hecha sólo para sonreír.

Y ahí está él con mi madre, muy embarazada. La rodea con un brazo y ella se ríe de él, y parecen muy felices, y detrás de ellos veo el prado delantero, el que cruzo todos los días para coger el autobús escolar. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que mis padres se mojan. En el reverso, con letra desordenada, se leen sus nombres. «Dom e Iris, Navidad.»

Dom.

Pongo la preciosa foto debajo de mi almohada y sigo revisando el resto de la caja. Supongo que lo que busco está justo en el fondo. La explicación, o al menos una parte de ella.

Dominic Stewart, veinticinco años en el momento del encarcelamiento.

Me quedo mirando fijamente la palabra.

Hay otras palabras esparcidas por los documentos legales. Mis ojos frenéticos las captan y las trasladan a mi mente dispersa y llena de ecos. «Centro correccional de Long Bay, Sídney. Cadena perpetua. Periodo sin libertad condicional de veinte años. Se declara culpable. Intención de matar. Condenado por asesinato.»

¡Pum!

Me pongo de pie de golpe. Se me caen los papeles de las manos y me apresuro a meterlo todo en la caja. Ha sido un disparo. Eso no significa que ella vaya a volver pronto, pero he decidido olvidarme de esta caja, que nunca debería haber abierto. No quiero tener nada que ver con ella, me ha hecho perder demasiado tiempo...

—¡Franny! —grita Edith, y de pronto abre la puerta de mi habitación y se queda mirando el desorden. Permanecemos calladas unos instantes, y creo que nunca he visto tanta frialdad en sus ojos, tan aterradores como aterrados—. He disparado a *Finnegan*.

Tardo mucho en asimilar lo que me dice.

—¿Cómo?

—El maldito animal estaba ahuyentando al zorro y no lo he visto en la oscuridad.

—¿Cómo? No.

Paso por su lado y salgo corriendo hacia la oscuridad. Los corderos están con sus madres en el cercado más cercano, el que nos separa del mar. Corro hasta el poste de la valla y me detengo, jadeando. No veo mucho más que una forma oscura a lo lejos.

—He pensado que te gustaría estar con él cuando lo sacrifique —me dice Edith.

—¿Sigue vivo?

—Sí, pero no durará mucho. La bala le ha perforado el cuello.

—¿No podemos llamar al veterinario? ¡O podemos llevarlo nosotras! ¡Subámoslo a la camioneta, rápido!

—No hay nada que hacer, Franny. Puedes venir conmigo o no, lo que prefieras.

—¡Pero es mío! —grito desesperada.

Yo soy la que lo pasea, le da de comer manzanas, le corta las pezuñas y le rasca dentro de las orejas, aunque me deje las

manos negras. Yo soy la que le da amor.

—Por eso te he llamado —dice ella impasible, sin exteriorizar ninguna emoción, como si no le importara lo que ha hecho, que es asesinar a nuestro hermoso y viejo asno que no hacía otra cosa que intentar valientemente proteger al rebaño durante la noche.

—Eres una maldita bruja —digo bien claro, y a las dos nos choca, pues no he insultado a nadie en mi vida y menos a mi aterradora abuela. Pero, impulsada por la rabia, la pena y la impotencia, continúo—: Lo has hecho a propósito. Igual que nunca me has hablado de Dominic.

Edith cruza la verja metálica y la deja abierta para que yo pase. Tiene el rifle en la mano.

—¿Quieres estar con él o no? —me pregunta mientras camina por la hierba hacia el cuerpo que aún respira.

Pero no puedo, no puedo acercarme a él, me aterra demasiado pensar en qué se convertirá cuando esté muerto, el aspecto que tendrá, lo que quedará de él.

—Cierra la verja, entonces —me ordena Edith.

Y así lo hago, y ella le pega un tiro a *Finnegan* en la cabeza, y el ruido es tan ensordecedor, tan espantoso, que me doy la vuelta y corro hasta la camioneta, cojo las llaves del salpicadero y pongo en marcha el motor. Me largo de aquí. Hace años que conduzco esta camioneta, Edith me enseñó, y no importa que no tenga carné ni dinero ni ninguna de mis pertenencias, no importa que la foto esté todavía debajo de mi almohada. Espero que se quede ahí para siempre destiñéndose y desintegrándose hasta convertirse en polvo antes de que alguien vuelva a verla.

Una mano fuerte se cuela por la ventanilla abierta y arranca la llave del contacto, apagando el motor.

—¡Eh! —protesto.

Pero Edith ya está volviendo a la casa.

Corro tras ella e intento quitarle la llave de la mano, aterrada. ¿No entiende que me urge largarme de aquí, que no soy parte de este lugar, que me estoy asfixiando?

—Si quieres irte, hazlo, pero no te lleves mi camioneta.

Dejo escapar un grito de frustración, las lágrimas me inundan la garganta.

—Por favor.

—Las cosas no siempre salen como queremos, niña, y tenemos que aprender a aceptarlo con un poco de dignidad.

Me siento humillada. La odio.

Ella entra y yo me quedo en el porche, llorando. Por *Finnegan*, mi único amigo, y por mi madre, deseando estar con ella. A Edith no le importo. Creo que el día que me enviaron aquí le arruiné la vida. Al menos ahora sé por qué me odia tanto: le recuerdo a su horrible hijo.

Tardo horas en volver a entrar. He esperado a que se durmiera, porque no me he visto con fuerzas de volver a enfrentarme a ella esta noche. Pero de camino a mi habitación me llega un débil ruido del fondo de la casa, y no puedo evitar acercarme a la ventana de la cocina, y la veo ahí fuera sola, sentada en el escalón trasero bajo el círculo de luz de la lámpara, con la etiqueta de la oreja de *Finnegan* en las manos, llorando silenciosamente.

Apoyo la frente contra el cristal de la ventana.

—Lo siento, abuela —murmuro, pero ella no puede oírme a través del cristal.

El desayuno transcurre en silencio, pero eso no es ninguna novedad. Anoche Edith no reclamó su caja de secretos, así que la cerré con llave y, no sin pesar, volví a colocarla debajo de su cama. No toqué la foto que había dejado bajo la almohada; no creo que quiera volver a mirarla, pero no podía devolvérsela.

Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama y estoy cansada. Me acabo todo el bol de gachas antes de reunir el valor para preguntar.

—¿De verdad mató a alguien?

Edith asiente, sin levantar la vista del periódico.

—¿A quién?

—A Ray Young.

—¿Quién era Ray Young?

—Un tipo de por aquí.

—¿Sabes por qué lo hizo?

—Nunca lo dijo.

La miro fijamente, asombrada por la indiferencia con que se encoge de hombros.

—¿Cómo conoció a mi madre?

—Ni idea. En algún lugar de Irlanda.

—¿Nunca se lo preguntaste?

—No era asunto mío.

—¿Parecían... enamorados cuando la trajo aquí?

Edith levanta la vista del periódico y me mira por encima de las gafas.

—¿Qué tiene que ver eso?

No lo sé.

—No tuvo nada que ver con que él matara a ese hombre, eso seguro. O con que lo condenaran el mismo día que tú viniste al mundo berreando en ese sofá de ahí. Yo misma te saqué y detuve la hemorragia. Iris lloraba porque se sentía sola, y el amor que pudo haber entre ellos no impidió que se te llevara.

Dobla el periódico y lleva su bol al fregadero.

—Necesito que me ayudes a cavar un hoyo para *Finnegan* —dice, y asiento.

—Sí, abuela. —Mientras se pone las botas, le pregunto—: ¿Cómo lo hizo?

—Lo estranguló.

18

Dublín, Irlanda
Doce años atrás

Las gotas de lluvia se estrellan en mi cara, gruesas y frías. No llevo chubasquero ni paraguas, así que me resigno a mojarme. Dublín es una ciudad lúgubre cuando el cielo está gris y, sin embargo, tiene sus estados de ánimo, su misterio, algo en lo que podrías quedar atrapado y perderte. Me dirijo a la biblioteca, que está cerca del muelle.

La mayoría de las mañanas me despierto cuando Niall me da un beso antes de irse a trabajar. Esta mañana era tan pronto que apenas entraba la luz del amanecer por las persianas y en la penumbra podría haber soñado con sus labios. Hoy no tengo turno, así que me levanto decidida a convertir el piso de Niall en un lugar un poco más acogedor, con un toque de color, plantas, un cuadro, lo que sea. Pero entre esas cuatro paredes he empezado a dar golpecitos con un pie y a retorcer las manos, y cuando he intentado pasar por alto estas señales se me ha cerrado la garganta.

Entonces he recordado que hace tiempo que quiero visitar la biblioteca de Dublín, así que he tomado un tren desde Galway y aquí estoy, respirando de nuevo y corriendo antes de que caiga el chaparrón. Me meto en el gran edificio y camino sobre el suelo de mosaico y bajo el techo alto hasta la sala de lectura cubierta con una cúpula en la que recuerdo haber disfrutado mucho cuando volví por primera vez a Irlanda. No estoy segura de qué busco, quizá algún dato genealógico, pero me detengo

un momento para disfrutar del espacio antes de sumergirme en la lectura.

Al cabo de un rato siento una vibración en el bolso.

No llego a tiempo para contestar la llamada, y al ver la pantalla de mi teléfono me da un vuelco el corazón e imagino que he hecho algo malo, aunque no sé qué. Ocho llamadas perdidas de Niall. Tres mensajes de texto preguntándome dónde estoy. Fuera ha oscurecido; me he pasado todo el día leyendo. Mierda.

Lo llamo inmediatamente.

Responde con una pregunta: «¿Estás bien?»

—Sí, estoy bien. —Intento sonar despreocupada—. Siento no haber contestado tus llamadas. Estoy en Dublín.

Un largo silencio.

—¿Por qué?

—Quería ir a la biblioteca.

—¿Así... de pronto?

—Supongo que sí.

—¿Y no se te ha ocurrido avisarme?

—Yo...

La horrible verdad es que no se me ha ocurrido. No lo he hecho antes, al menos desde que nos casamos, no me he dejado llevar por mis impulsos. Me abstengo de decirle que eso no es nada, que estoy a sólo un par de horas en tren, que podría haberme ido mucho más lejos, que puedo ir a donde me dé la gana, pues intuyo que eso sería muy cruel por mi parte.

—He ido a casa a la hora de comer y no estabas, y he vuelto ahora con la cena y seguías fuera. Pensé que tal vez te habías... No sabía dónde estabas.

De repente vuelvo a tener problemas para respirar.

—Lo siento. Debería habértelo dicho. No lo he pensado.

Otro silencio doloroso.

—¿Vas a quedarte allí mucho tiempo?

—No lo he pensado, tal vez una noche o dos.

—Bien. Estupendo. Nos vemos entonces —dice, y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono. Luego vuelvo a salir a la lluvia, que ahora está cayendo con fuerza, y camino hasta la estación y compro un billete para el próximo tren de vuelta a Galway.

El edificio de Biología bulle de excitación, algo insólito para un martes por la noche. O para cualquier noche. Todas las luces están encendidas y en la cocina del departamento debe de haber al menos treinta personas. Me abro paso con la espalda pegada a la pared, buscando a Niall. Como no estaba en casa se me ha ocurrido que lo encontraría en el trabajo, pero lo último que esperaba era toparme con una fiesta del personal. He venido directamente desde la estación, con los zapatos empapados y el pelo húmedo.

Lo veo en medio de un grupo de hombres y mujeres que lo escuchan embelesados, y me acerco con disimulo para saber qué está diciendo. Sobre su cabeza se cierne una nube oscura que puedo ver desde aquí.

—La humanidad es una puta plaga para el mundo.

En ese momento levanta la vista y me ve. Nuestras miradas se encuentran. El alivio que expresan sus ojos se me contagia, pero luego da paso a algo más frío.

Se acerca y me besa en la mejilla.

—Has venido.

Asiento en silencio, todas las palabras que he ensayado en el tren se han evaporado.

—Se ha armado la gorda porque unos cazadores furtivos de mierda se han colado en un santuario de elefantes para arrancarles los colmillos —me explica enfurecido.

Me duele el corazón. No puedo soportar escucharlo. Porque

continuamente nos llegan estas noticias y nunca cambia nada. Me entran ganas de llorar, pero para Niall el dolor es distinto, mucho más frío. Creo que está empezando a perder la esperanza.

Antes de que pueda pensar en una respuesta, él niega con la cabeza. Exhala muy despacio y coge una botella de vino de una mesa cercana y me sirve en un tazón.

—Vamos —murmura, conduciéndome hacia sus colegas—. Amigos, quiero presentaros a mi mujer, Franny.

Ante mí hay dos profesores cuyos nombres olvido inmediatamente, una ayudante de laboratorio llamada Hannah y la rubia que me puso su plato sucio en las manos, la profesora Shannon Byrne. Me encuentro con su mirada sorprendida; cree no haber oído bien.

—¿Tu mujer?

—Eso es, mi mujer —confirma Niall.

—Encantada de conocerte —le digo.

—Un placer —logra responder ella, estrechándome la mano brevemente—. ¿Desde cuándo, Niall?

—Desde hace seis semanas.

—Me estás tomando el pelo. ¿Y por qué no se nos invitó?

—No invitamos a nadie.

—¡Sí que lo has mantenido en secreto! —insiste ella—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Niall sonríe con malicia.

—Seis semanas.

Se hace un silencio incómodo.

—Una locura —digo.

La tensión se disuelve y todos hacen ruidos jocosos o comprensivos.

—¿Acaso no lo es siempre el amor? —comenta uno de los hombres.

—Mi mujer lo llama «delirio febril» —suelta el otro.

Decido que los dos me caen bien. Miro a Niall y asiento.

—Eso se acerca bastante —digo, y pienso que apenas reconozco a la persona con la que estoy casada.

—Nunca imaginé que Niall pudiera interesarse por algo que no fuera su trabajo —comenta Shannon.

—Yo tampoco —replica él.

—Hace falta valor, ¿verdad? —me dice Hannah sonrojándose.

Me encuentro con su tímida mirada y le sonrío agradecida.

—Ya lo creo.

—Shannon es la jefa del Departamento de Biología —me dice Niall—. Deberías sentarte un día a hablar con Franny, Shannon. Tiene una gran pasión por la ornitología y es muy inteligente.

Shannon mira mis vaqueros embarrados. Lleva un vestido de lana azul marino y zapatos de tacón, y el pelo rubio elegantemente despeinado. Yo me he recogido mi melena negra en una trenza enmarañada y grasienta que me hace parecer una niña de doce años. No suelo cuidar mucho mi aspecto, y ahora observo la cara de Niall para ver si ha advertido el contraste. No da esa impresión.

—Una bandada de cuervos se enamoró de ella cuando era niña —dice sin previo aviso.

Noto que estoy ardiendo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Shannon.

Al ver que no tengo intención de responder, Niall continúa.

—Les daba de comer todos los días y ellos empezaron a seguirla y a llevarle regalos. Esto se prolongó durante años. La adoraban.

—¿Todos los días? Imposible —replica Shannon—. No pudieron hacerlo durante el invierno.

La miro y asiento.

—No es cierto —se limita a decir ella—. Los cuervos son aves

migratorias.

—Los pájaros van a donde está la comida —insiste Niall—. Los córvidos tienen la capacidad de reconocer los rostros humanos individualmente. Franny se convirtió en su fuente de alimento, así que no tuvieron necesidad de migrar.

Shannon niega con la cabeza como si la sola idea la ofendiera.

«Basta. No le quites la magia a ese recuerdo», intento transmitirle en silencio. Me siento sucia, como si algo precioso hubiera sido mancillado, y sólo quiero largarme de aquí, o tirar el tazón de vino a la cara de esa mujer y quizá también a la de Niall.

—Por eso quería que la conocieras —continúa Niall.

—¿Tienes una licenciatura? —me pregunta Shannon.

—No.

—¿No has estudiado nada? ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

Arquea las cejas.

—¿Cuánto os lleváis..., diez años?

Niall y yo nos miramos y asentimos.

Shannon se encoge de hombros.

—Bueno, eres joven, tienes mucho tiempo. Llámame y hablaremos de lo que necesitas para solicitar una plaza.

En lugar de responder que no tengo ningún interés en hacerlo, le doy las gracias. Todos se alegran de volver a un tema de conversación más cómodo —en ese momento, el artículo que Shannon está a punto de publicar sobre los programas de cría entre especies—, así que aprovecho para escabullirme del corrillo, dejar el vino que no he tocado encima de la mesa y dirigirme a la salida. La puerta se cierra detrás de mí y el ruido de la fiesta se acalla. Suspiro aliviada. El botón del ascensor se ilumina.

La puerta se abre y me envuelve de nuevo el sonido de las

voces. No me vuelvo, pero una mano me coge la mía y tira de mí hasta una habitación oscura, un espacio de oficina.

—¿Demasiado pedante para ti? —me pregunta mi marido. No puedo verlo bien en la oscuridad. Creo que está un poco borracho—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte.

Extiende las manos: aquí estoy.

—¿Ésa ha sido tu venganza? —le pregunto.

—¿Cómo?

—Contar la historia de los cuervos. Revelar algo tan preciado.

Guarda silencio y suspira.

—No. O al menos no conscientemente.

—No sé cómo hacerlo —le digo, y se me quiebra la voz.

—Yo tampoco.

Me muevo en la oscuridad, queriendo distanciarme de él. Hay varios ventanales a lo largo de una de las paredes y miro por ellos. Los jardines tienen un aspecto macabro en plena noche, con árboles que proyectan extrañas sombras en movimiento. Un coche pasa lentamente, me ilumina el rostro con sus faros y desaparece. Me invade una sensación de malestar y siento que me falta el aire, porque nunca he tenido que dar cuenta de mi vida a otra persona, nunca he tenido que decirle a nadie adónde voy. Es una especie de atadura.

—Te lo advertí —digo, y luego me odio por ello.

—Es cierto —responde acercándose más—. Pero aun así me cogió por sorpresa. Sólo avísame, cariño, eso es todo lo que te pido. Avísame cuando vayas a irte y prométeme que volverás.

Me vuelvo.

—¿Creíste que me había ido para siempre?

—Se me pasó por la cabeza, sí —admite—. Me he llevado un susto, Franny.

El malestar se diluye.

—Lo siento. Nunca te dejaría para siempre —digo, y al pronunciar las palabras me doy cuenta de que es la verdad, y otro tipo de atadura se impone, más profunda y ruinosa.

Niall me estrecha en sus brazos y posa los labios en el pliegue de mi cuello.

—Me odio por haber contado lo de los cuervos. Sabía muy bien lo que hacía. A veces me pregunto si no estoy programado para la destrucción.

Nos quedamos inmóviles, aunque fuera el mundo sigue moviéndose, respirando y viviendo. La luna describe su trayectoria sobre nuestras cabezas. Me sostengo en las palabras de él, con todas sus contradicciones.

—Pero me abrazas con tanta ternura... —le digo.

—¿Te sientes enjaulada?

Me pican los ojos.

—No —digo, y siento esa profunda y terrible atadura como lo que realmente es, y no es una atadura en absoluto, es otra cosa cuyo rostro y nombre conozco: se llama «amor».

Y tal vez no hay ninguna diferencia, después de todo.

—¿Vendrás conmigo? —le pregunto.

—¿Adónde?

—A donde sea.

Estrecha el abrazo.

—Sí. A donde sea.

19

El *Saghani*, Atlántico Norte
Época de migración

Tengo un sueño delirante y me despierto con la cabeza embotada. Tardo varios minutos en comprender dónde estoy (en el camarote de Ennis, en su cama) y qué pasó anoche (apuñalé a un hombre). No lo recuerdo bien.

«Niall, ¿por qué no has venido a buscarme?»

Todos los miembros de la tripulación están en la cocina, sentados en varios bancos y apoyados en las paredes, viendo a Basil revolver una enorme olla de gachas de avena sobre los fogones y hablando en voz baja. Todos menos Ennis. Él nunca está aquí, siempre hace vida aparte.

Se asustan cuando me ven. Es casi imperceptible, pero lo noto. Un reflejo animal. Recelo hacia la mujer trastornada con la que ahora comparten un espacio tan pequeño.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Anik.

—Bien. —No sé lo que siento respecto a lo que ocurrió anoche. Mis sentimientos me han abandonado—. De modo que estamos en el barco y se está moviendo.

Nadie responde. Lo dicen todo con la mirada.

—Vaya —murmuro.

Basil me da un cuenco de gachas con una pizca de canela y corteza de limón encima. No me mira a los ojos. Salgo al comedor y me siento en un banco de cuero. Me siguen con sus cuencos y se sientan a mi alrededor como si no pasara nada. Echo de menos la gran sonrisa de Samuel.

Nadie habla hasta que Ennis entra a grandes zancadas y se cruza de brazos.

—Bueno, ya está hecho. Hemos salido ilegalmente del puerto. Acabo de recibir una llamada de la policía marítima por la radio. Prometen ser indulgentes con nosotros si damos la vuelta inmediatamente, porque hace poco que se ha anunciado la nueva ley y podríamos alegar que no la hemos entendido bien.

Dejo la cuchara.

—Debe de haber otra razón de peso para que la policía quiera hablar con nosotros ahora —señala Dae, y todos los ojos se vuelven hacia mí.

—Sí, y tal vez deberíamos colaborar —interviene Basil. Cuando nadie responde, añade en voz más alta—: Una mujer a la que apenas conocemos asesinó a un hombre anoche, y en lugar de quedarnos para informar de lo sucedido, salimos huyendo.

—Era uno de esos manifestantes... —empieza a decir Mal.

—¿Y qué? ¡Esto no es *El Padrino*, maldita sea! Nosotros no lo matamos, sino que fue ella la que mató a un hombre a sangre fría.

—¿A sangre fría? —repito.

—Puede que no lo haya matado —replica Léa—. No lo sabemos.

—Pero ¿cómo lo hiciste? —me pregunta Dae, confundido.

—Llevaba una navaja —explica Anik.

—¿Y por qué razón la llevaba? —pregunta Basil sin mirarme.

—¿Tal vez porque las mujeres sufren agresiones físicas? —suelta Léa.

—Ya estamos...

—Llevo la navaja desde el día que me apuñalaron en la cárcel —respondo.

La tripulación guarda silencio.

—Pasé cuatro años en la prisión de Limerick, un lugar muy violento. Aprendí a luchar. Aprendí a desconfiar de los demás. Cuando salí me acostumbré a llevar una navaja encima.

El aire podría cortarse con un cuchillo.

Ennis me está escudriñando. No puedo leer su expresión y no creo que él pueda leer la mía. Los demás intentan asimilar la información.

—Dios mío —exclama Mal débilmente.

—Puta madre. —Esta vez Basil me mira con dureza—. ¿Así que tenemos a bordo a una criminal violenta que mató a un pobre tipo de una puñalada y a todos os parece bien?

—¿Un pobre tipo? —repito.

—Oh, vamos. ¿Te mete un poco de mano y tienes que asesinarlo?

—Machista de mierda —protesta Léa, pero apenas la oigo.

—¿Sabes? —continúa Basil—. Estoy harto de que cada vez que una mujer hace algo se la excuse en aras del feminismo. Siempre que una tía es violenta, la culpa es de los hombres. Es patético.

Debería enfadarme. Noto que empiezan a impacientarse los que me rodean. Pero sólo siento desprecio hacia Basil, e incluso compasión, por haberse convertido en un hombre tan mezquino. Creo que se da cuenta, porque se sonroja, y al sentirse humillado la rabia se le aviva aún más.

Al final Ennis se vuelve contra él.

—Él la agredió primero —suelta con un fervor que me sobresalta—. Ella no quiso decirle dónde estábamos y él la agredió. ¿Crees que no hizo bien en defenderse?

Basil emite un sonido de rabia e impotencia.

—¿Por qué fuiste a la cárcel?

—Maté a dos personas.

—Joder.

—Cálmate, Bas —le pide Dae.

—¡No! ¡Tenemos que llamar por radio a la policía! Si volvemos ahora mismo…

—Vete de aquí y tranquilízate —le ordena Ennis. Basil empieza a protestar, pero él lo interrumpe—: ¡Largo!

El cocinero sale como un vendaval, farfullando tacos. Ennis se vuelve hacia nosotros. Me clava sus ojos, grises como el amanecer.

—Lo siento —me dice.

No sé qué decir.

—¿Era por eso por lo que no querías bajar a tierra? —me pregunta Mal en voz baja.

—Infringí mi libertad condicional al venir aquí. No puedo salir de Irlanda en cinco años. El pasaporte que llevo es falso. Y… —Allá voy, ¿por qué no decir toda la verdad y acabar de una vez?—. No soy ornitóloga. Ni científica de ninguna clase.

Se me quedan mirando.

—¿Cómo dices? —pregunta Mal.

—Nunca he estudiado. No tengo ningún título. Sólo he leído mucho.

Otro largo silencio mientras intentan decidir qué hacer con esa información.

—Joder, Franny —suelta Léa por fin.

—No le contemos a Basil esta parte —sugiere Mal.

—¿Y de dónde sacaste el equipo de rastreo? —pregunta Dae.

—De mi marido.

—Pero ¿por qué haces todo esto si tú no estás involucrada? —me pregunta Anik.

—Sí que estoy involucrada. Todos lo estamos.

—No importa —dice Ennis, y lo veo tan tranquilo que se me ocurre que debe de haberlo sabido desde el principio, por disparatado que parezca—. Todavía hay dos pájaros con rastreador. Puedo interceptarlos y seguirlos hasta los peces.

Exhalo y noto que se me humedecen los ojos. Me entran

ganas de abrazarlo.

—Están muy al oeste —protesta Léa—. Y se dirigen rápidamente al sur. No conoces esas aguas, patrón.

—Los encontraré —responde Ennis, y habla con tanta firmeza que lo creemos.

—¿Para qué molestarnos si sabemos perfectamente que nos arrestarán en cuanto atraquemos con el congelador lleno de pescado? —pregunta Dae.

—Conozco a un tipo —tercia Anik—. Estaría dispuesto a ayudarnos a colocar la captura, si hiciera falta. En el caso de que demos con alguna.

—Dios mío. —Malachai suspira, y luego no puede evitar reírse de incredulidad.

Toda la situación, este mundo criminal en el que nos hemos visto inmersos sin proponérnoslo, es lo bastante absurda como para hacer reír a cualquiera. Léa mueve la cabeza sin parar mientras Dae sigue frotándose los ojos como si quisiera despertar de un sueño.

—Vamos a votar —propone nuestro capitán—. ¿Los que están a favor de dar media vuelta y entregar el barco? —dice, y sólo le falta añadir «y entregar a Franny».

Contengo la respiración.

Nadie levanta la mano.

—¿Los que quieren seguir adelante, pase lo que pase?

Silencio. Luego la mano solitaria de Anik se levanta.

—Terminemos lo que hemos empezado —murmura.

Una a una, las otras manos siguen su ejemplo. Me seco las lágrimas de las mejillas y noto que me tiemblan las manos de pura alegría.

Anoche parecía que se había acabado todo. Hoy nos adentramos más que nunca en lo desconocido.

—¡Rumbo al sur entonces! —exclama Ennis—. Esperemos que dure el combustible, porque han emitido una alerta sobre

el *Saghani* y no podremos atracar hasta que hayamos terminado.

—Y esperemos que aguanten los motores —puntualiza Léa.

—Y recemos para que encontremos los peces —interviene Dae.

—Y los pájaros —añade Anik.

Hago un gesto de asentimiento.

Y los pájaros.

Me llevo el saco de dormir a la cubierta. No me quedaré en ese camarote, por mucho que proteste Léa. Como concesión me ato la muñeca a la barandilla, para no caer por la borda en caso de mal tiempo o de un episodio de sonambulismo. Hace frío y es un placer estar aquí fuera. El cielo está despejado y lleno de estrellas.

Más tarde Ennis baja del puente de mando y se sienta sobre las tablas de madera junto a mi saco de dormir. No dice nada, para variar.

De modo que hablo yo.

—¿Por qué han votado a favor de seguir adelante? —le digo, pues llevo toda la noche haciéndome esta pregunta.

Los otros no están tan obligados como lo estamos Ennis y yo.

—Porque ahora eres un miembro más de la tripulación —responde Ennis—. No traicionamos a los nuestros.

Duele oírlo, duele en el sentido de que asusta y al mismo tiempo conmueve. Apoyo la barbilla en las rodillas y miro la luna. Esta noche está casi llena, y más dorada que blanca.

—No quería matarlo —murmuro. Luego añado—: No es cierto. Sí que quería. Con toda mi alma. Precisamente por eso creo que no debería haberlo apuñalado.

Ennis no se mueve ni habla durante mucho rato. La noche se despliega sobre nuestras cabezas.

—Tal vez —responde después de una eternidad—. Pero me alegro de que lo hicieras.

20

Galway, Irlanda
Doce años atrás

—El mundo no era como lo conocemos hoy —dice Niall por el micrófono—. Antes el mar estaba lleno de criaturas tan milagrosas que parecían producto de nuestra fantasía. Había seres que cabalgaban por las llanuras, se deslizaban por la hierba alta o saltaban de las ramas de los árboles, que eran muy abundantes. También había espléndidas bestias aladas que surcaban los cielos y que ahora están desapareciendo. —Se detiene y busca mi rostro en la sala de conferencias—. No están desapareciendo. —Se corrige—: Están siendo masacradas violenta e indiscriminadamente ante nuestros ojos. Nuestros dirigentes han decidido que el crecimiento económico es más importante. Que su codicia justifica la extinción masiva.

Me comentó que a veces le costaba terminar. Nota la bilis subiéndole por la garganta y podría romper el atril a manotazos, invadido por una profunda aversión hacia nuestra especie depredadora y tóxica. Se considera un hipócrita por hablar mucho y no hacer nada, y dice que se odia tanto a sí mismo como a los demás, que él también es responsable, que no es más que otro consumidor que vive en la riqueza y el privilegio, y que como todos siempre quiere más y más. Me dijo que le fascinaba la sencillez con la que vivo, que la envidiaba, y me pareció curioso porque yo nunca me lo había planteado así. Cuando me preguntó qué me interesaba en realidad, lo único que se me ocurrió decir fue caminar y nadar,

así que supongo que en el fondo tiene razón.

Veo que se esfuerza por continuar la de hoy. Hace meses que no asisto a sus clases, y me preocupa ver el nivel de desesperación que trasluce su voz, la ira que esconde su firmeza, sus acusaciones puntuales y su necesidad de abrirnos los ojos. Percibo en su voz la rabia que experimenta ante su propia inutilidad, y desearía poder aplacarlo de alguna manera, tranquilizarlo con el roce de mis dedos o un susurro de mis labios. Pero es más grande que yo, es una rabia capaz de tragarse el mundo.

Después de la clase lo espero en su laboratorio. Me obligo a mirar el cadáver de la gaviota, con las alas desplegadas y sujetas con alfileres, aunque no sé por qué lo hago. Tal vez porque me traslada al momento en que nos tocamos por primera vez, a esa mezcla de intimidad y miedo.

—El mundo sería un lugar mejor si fuera a los humanos a los que disecaran e inmovilizaran para estudiarlos —dice Niall al entrar.

No puedo evitar sonreír.

—En absoluto.

—¿Puedo enseñarte algo?

Lo sigo hasta una pantalla de proyección. Apaga las luces pero, antes de mostrarme nada, me mira a la cara, a los ojos.

—Pareces muy cansada, cariño —murmura.

Últimamente tengo menos episodios de sonambulismo y más pesadillas. Suele ser una cosa o la otra. De ahí mi miedo a dormirme, a lo que pueda hacer mi cuerpo mientras duermo. Pero eso no es lo que me preocupa ahora.

—Tú pareces desesperado. ¿Estás bien? —le digo.

Me besa los párpados con ternura. Exhalo y me inclino hacia él, sabiendo que no está bien.

Pone en marcha el vídeo, que se proyecta en la gran pantalla. No hay sonido, sólo una repentina extensión de un blanco que

nos deslumbra a los dos. Cuando volvemos a abrir los ojos, vemos cientos de pechos blancos y picos carmesí, y el movimiento de elegantes alas puntiagudas.

Me acerco a la pantalla, hipnotizada.

—Charranes árticos —explica Niall. Y a continuación me habla de su migración insólitamente larga, y de su perseverancia, su resistencia, y acaba diciendo—: Quiero seguirlos.

—¿A lo largo de una migración?

—Sí. Nunca se ha hecho. Aprenderíamos mucho, y no sólo sobre las aves, sino también sobre el cambio climático.

Sonrío, sintiendo cómo revive en mí la emoción.

—Vámonos ya.

—¿Vendrías conmigo?

—¿Cuándo salimos?

Se ríe.

—No lo sé. Tengo trabajo...

—Éste es tu trabajo.

—Tendría que conseguir financiación. No es tan fácil.

Me trago mi decepción y vuelvo a mirar la pantalla.

—Iremos, Franny. Un día. Te lo prometo.

Pero ya ha dicho esto antes y nunca vamos a ninguna parte.

—Dime adónde vuelan —murmuro, y él me lleva, por encima de los océanos, a continentes extraños en la otra punta del globo, más lejos de lo que nadie ha ido nunca. Noto que reprime las lágrimas y me vuelvo hacia él.

—He ido a tu casa esta mañana —me dice.

—¿Qué casa?

—La cabaña de madera junto al mar.

—Donde vivíamos mamá y yo.

Asiente.

—Hace mucho que nadie vive en ella. He entrado y hacía mucho frío, cariño. El viento la atraviesa de punta a punta y no

podía dejar de pensar en tu cuerpecito acurrucado en la cama de tu madre, intentando entrar en calor.

Lo rodeo con los brazos. Si los estiro lo suficiente y me convierto en un caparazón, podré protegerlo; si me fundo con su piel, si me necesita, entonces nada podrá separarnos.

El repiqueteo de los cubiertos en los platos resuena bajo el alto techo. Esta casa es poco menos que una catedral.

Pasamos el fin de semana con los padres de Niall para que los conozca. Niall quería ir a su casa media hora para tomar un café; fui yo quien propuso que nos quedáramos todo el fin de semana cuando percibí el anhelo de su padre por el teléfono. Arthur Lynch es un tipo tranquilo y risueño que echa mucho de menos a su hijo. Penny Lynch es otro cantar. Deberíamos haber optado por el café.

—¿A qué te dedicas, Franny? —me pregunta, aunque Niall ya se lo ha dicho. Pero agradezco que alguien hable.

—Soy mujer de la limpieza en la universidad.

—¿Y de dónde te viene esa vocación? —dice Penny, con su suéter de cachemira y sus pendientes de rubí.

La chimenea de la esquina es gigantesca, y el vino que estamos bebiendo lleva en la bodega desde que Niall nació.

—No es una vocación —respondo con una sonrisa. No sé si lo ha dicho en broma, pero me hace bastante gracia—. Sólo es un trabajo que se puede conseguir sin que te pidan títulos o experiencia. Lo tomas y lo dejas con facilidad, y puedes hacerlo en cualquier parte del mundo. —Me detengo con el tenedor a medio camino de mi boca—. Si soy sincera, no me resulta desagradable. Me da tiempo para poder pensar.

—Qué maravilla —murmura Arthur.

Su acento es más de Belfast que de Galway. Tiene las mejillas muy rojas por el vino y parece contento de tenernos en su casa.

—¿Y a qué se dedican tus padres?

Niall exhala con fuerza como si estuviera a punto de perder los estribos. Seguramente los ha informado de todo antes de que llegáramos, pero su madre se está saliendo del guión.

—No lo sé —respondo—. Hace mucho que no veo a ninguno de los dos.

—Entonces, ¿no saben que te has casado con Niall?

—No.

—Lástima. Has salido muy bien parada, estoy seguro de que estarían orgullosos.

Me encuentro con sus ojos avellana, que son del mismo color que los de su hijo. No voy a entrar en este juego, sea cual sea.

—Estoy segura de que estarían orgullosos. Su hijo es muy especial.

—¿Qué tal el nuevo jardinero, papá? —pregunta Niall elevando la voz.

—Muy bien, de hecho...

—¿Cómo os conocisteis? —me pregunta Penny.

Dejo mi copa de vino.

—Me colé en su clase.

—La única persona en toda mi carrera docente que se ha marchado en mitad de una lección —interviene Niall.

—Le herí su ego.

—¡Qué romántico! —exclama Arthur.

La mirada de Penny es punzante; todo en ella es calculado.

—Supongo que, trabajando en el campus universitario, no puede ser muy difícil conseguir el horario de un joven profesor de éxito —dice de un modo muy deliberado.

—Por Dios, madre... —empieza a decir Niall, pero le aprieto la rodilla por debajo de la mesa.

—Por desgracia, la universidad no es tan transparente —respondo—. Por más que lo intenté, no logré averiguar el patrimonio o el estado civil de los profesores. Fue complicado

decidir a qué clases asistir.

Pasan unos minutos antes de que Niall se eche a reír. Hasta Arthur suelta una carcajada. Penny no aparta la mirada de mí, pero me ofrece una sonrisa magnánima.

—Simplemente me gustan los pájaros, Penny —le digo—. Te lo prometo.

—Por supuesto —murmura ella, y hace una señal a la camarera para que retire los platos.

—Creo que nunca he sido tan feliz —confiesa Niall sin dejar de sonreír.

Pongo los ojos en blanco y disimulo una sonrisa. No quiero que se burle de su madre —tiene suerte de tener una que todavía quiere estar cerca de él—, y ahora que ha pasado el momento me arrepiento de mi pulla.

—Ella sólo quiere protegerte —digo.

—Se ha comportado como una bruja, y lo que es peor, ni siquiera ha tenido el detalle de ser sutil.

Estamos en el ala de invitados porque Niall no ha querido que yo durmiera en el dormitorio de su infancia. Esa habitación era un refugio para él, pero también su prisión. Penny solía castigarlo por las cosas más insignificantes, encerrándolo allí para que reflexionara sobre su comportamiento, y como eso ocurría a diario, no tiene muy buen recuerdo de su niñez aquí. Poner los pies en ese dormitorio es reencontrarse con sus ineptitudes, su soledad, su incapacidad de hacer feliz a su madre, que vivía como una responsabilidad.

—Ya lo tienes, cariño.

Me ha preparado un baño, así que entro en el lavabo, desvistiéndome por el camino y dejando que la ropa caiga al suelo, como se hace cuando se está de vacaciones.

Me sumerjo en el agua caliente y Niall se sienta en el borde

de la bañera, y se queda mirando los lujosos azulejos y los acabados del cuarto de baño, como si todo eso lo desconcertara.

—Me alegro de haberme casado con una chica que sabe defenderse.

—¿Te casaste conmigo para fastidiar a tu madre?

—No.

—¿Ni siquiera un poco? Si fuera sólo un poco, no me importaría.

—No, cariño. Hace mucho que dejé de esperar una reacción de mi madre.

—Sigues enfadado con ella.

Me sorprende la rapidez con que me responde.

—Porque no sabe querer.

Sueño con unas polillas atrapadas que se lanzan una y otra vez contra un cristal, intentando alcanzar la luz de la luna. Al despertar descubro que Niall se ha levantado de la cama y no ve lo que yo veo: el barro que me cubre los pies y que ha ensuciado las sábanas. Oh, no. He vuelto a vagar sonámbula por ahí.

Durante el desayuno noto que pasa algo. Penny se pasea por la casa dando instrucciones tajantes al servicio mientras Arthur oculta la cara detrás de un periódico, esperando ser invisible. Niall me sirve una taza de café y me invita a sentarme junto a la ventana con vistas a los jardines.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Las jaulas del aviario se quedaron abiertas anoche. Todos los pájaros de mi madre se han escapado.

—Oh, mierda...

Trato de escuchar la conversación cortante que llega de la habitación contigua y distingo palabras sueltas: reembolso,

descontado del sueldo. Me bebo el café de golpe y le digo a Niall que vuelvo enseguida.

La luz del sol convierte la superficie del estanque en metal fundido. La larga hierba me roza las pantorrillas mientras camino hacia el invernadero. Dentro se está fresco y reina el silencio. Veo las enormes jaulas del fondo. Antes llenas de color, movimiento y sonido, ahora no son más que esqueletos. Inspecciono la puerta y se me encoge el corazón: no hay una cerradura ni un candado, sino un cerrojo que puede abrirse fácilmente desde fuera. Me pregunto si titubearon antes de escapar, recelosos de lo que los esperaba fuera de la jaula, o salieron gritando de alegría hacia la libertad.

—Tenía más de veinte especies —dice una voz, y cuando me vuelvo veo a Penny. Parece fuera de lugar en esta cueva de tierra.

—Niall me los enseñó una vez. Eran preciosos.

Y vivían cautivos. Aunque no hubiera visto el barro de mis pies o el tipo de cerrojo, lo habría sabido. Desde el primer momento en que los vi aquí, privados del verdadero cielo, sentía una opresión en el pecho. Me moría por liberarlos. Pero sólo mi otra mitad, la mitad salvaje, sería capaz de hacer algo así.

—Penny, yo... —empiezo a decir, y me aclaro la voz—. Lo siento mucho, pero creo que fui yo.

—¿Cómo dices?

Un rayo de sol la ilumina y me sorprendo al ver un brillo húmedo en sus ojos.

—Anoche estuve deambulando sonámbula y parece que... Debo de haber sido yo. —Me acerco a ella, conteniendo el impulso de tocarla. Ella no se ha movido—. Lo siento mucho.

—Tonterías —responde Penny con un hilo de voz—. No se te puede reprochar algo sobre lo que no tienes control.

Se produce un largo silencio e intento buscar la forma de

arreglarlo. Me doy cuenta de lo mucho que ella amaba a esos pájaros y me duele en el alma haberle provocado tanto dolor.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

Niega con la cabeza despacio. De repente ya no es una mujer orgullosa y fuerte de carácter, sino una anciana menuda y temerosa.

—Era un contrasentido. Cada vez que los miraba me sentía triste.

Se me humedecen los ojos.

Penny recupera su aplomo.

—Franny, te ruego que me perdones por mi comportamiento de anoche. Trato con muchos pacientes que tienen un problema que puede afectar su vida y la de las personas que los rodean. Me pareció reconocerlo en ti, pero es injusto que te juzgue, y no digamos que pretenda diagnosticar a alguien que no estoy tratando. Es un defecto que tengo.

—Oh… —No sé qué decir a eso—. ¿Y cuál es ese problema?

—Pensé que podrías tener una personalidad voluble.

En el silencio que se produce, reconozco su disculpa como lo que es: una pulla delicadamente velada.

—Come algo —me dice con frialdad—. Has tenido una noche muy movida. Y quizá quieras que te recete algo para el sonambulismo.

Me deja sola en el aviario, y tiene razón: soy impulsiva, cambiante e inquieta, pero sólo son palabras amables que ocultan una verdad más brutal.

21

El *Saghani*, Atlántico Medio
Época de migración

Hemos tardado un mes en llegar al ecuador. No hay pájaros ni peces, y hace bastante que no vemos otros barcos. Estamos completamente solos aquí, pero, según la tripulación, cruzar el ecuador te convierte en un auténtico lobo de mar.

—Ahora sí que eres una marinera de verdad, Franny —dicen.

Ennis ha estado bordeando las costas americanas; dice que nunca los alcanzaríamos si viráramos hacia el este. Cruzar el Atlántico nos llevaría demasiado tiempo, pero podemos corregir poco a poco el rumbo e interceptar a los pájaros en algún lugar mucho más al sur.

La costa de Brasil, a la derecha, está tan cerca que podemos verla. A nuestra izquierda, está África. Me encantaría desembarcar para explorar esos lugares, pero no hay tiempo.

Basil no me mira ni me habla, y me parece muy bien. Se pasa la mayor parte del tiempo gruñendo sobre su condición de poco más que prisionero en este barco, ya que no se le dio la oportunidad de votar lo que quería hacer. Sigue cocinando obsesivamente, pero no puede ser tan creativo ahora que nuestras provisiones han quedado prácticamente reducidas a latas. Empiezo a estar harta de comer alubias en todas sus variantes. Me paso el día con Léa, Dae y Mal, aprendiendo los rudimentos del oficio. Aun después de tanto tiempo en el mar, me parece que no sé casi nada, y Mal se empeña en enseñarme términos incorrectos para que todos se rían de mí cuando los

use.

Aquí es bastante fácil olvidar que somos fugitivos. Puedo incluso fingir que no me buscan otra vez por asesinato.

Esta tarde me mandan con Léa a las entrañas del barco, la sala de máquinas. Es la tarea que menos me gusta. Hace mucho calor y el ambiente está muy cargado. Léa me ha pedido que revise los indicadores, que hay que comprobar con regularidad: el líquido hidráulico, la presión atmosférica y el oxígeno. Ella está trasteando con algo grasiento y, como siempre, se embadurna las manos y la cara, pero de pronto se detiene bruscamente y suelta una retahíla de tacos.

—Se ha atascado.

—¿Qué se ha atascado? —le pregunto.

—El generador de reserva.

—¿Puedes arreglarlo?

—No.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que estamos jodidos, Franny —responde, quitándose de la cara el pelo empapado de sudor—. Si nos falla en algún momento el generador principal toda la electricidad dejará de funcionar y no habrá nada que hacer.

—¿Para qué necesitamos la electricidad?

Ella resopla.

—Para todo, idiota. Para los termostatos, la navegación, el halador, el agua caliente y todo lo que hay en la cocina, por no hablar del agua potable, maldita sea.

—Genial. Mierda. ¿Y es posible que falle el generador principal?

—Sí, es muy habitual.

—Pero nunca nos enteramos porque el de reserva se pone en marcha.

—Exacto, Sherlock.

Sube a toda prisa la escalerilla —no debo llamarlas

«escaleras»— y me apresuro a seguirla.

—¿Adónde vas?

—A decírselo al capitán.

Encontramos a Ennis en el puente de mando y espero mientras Léa le explica el problema con mucha más paciencia que la que ha tenido conmigo. Ennis no dice nada, sólo suelta un largo suspiro y se encoge de hombros, o eso me parece. Se vuelve hacia el timón y clava la mirada en el mar vacío que se extiende ante nosotros.

—Gracias, Léa.

—Creo que deberíamos volver a la costa.

Él tarda mucho rato en responder.

—Aún no.

—No podemos continuar sin generador de reserva, patrón. Correríamos un riesgo enorme. Es una locura. Si pasa algo...

—Lo he entendido, Léa.

Ella traga saliva y se yergue, e intuyo que se está armando de valor.

—¿Y también entiendes que estás poniéndonos en peligro?

—Sí —se limita a responder él.

Ella me mira. Observo que su expresión se ablanda un poco.

—De acuerdo, pero no podemos seguir así indefinidamente, patrón. Necesitamos un plan realista si queremos evitarle problemas a Franny. Tarde o temprano tendremos que repostar y reabastecernos. No estamos en el puñetero *El amor en los tiempos del cólera*. Recemos para que el barco siga a flote cuando lleguen esos peces imaginarios.

Léa sale, y Ennis y yo nos miramos en silencio.

—Buscaré otro barco —le digo.

Ennis me ignora.

—¿Siguen el mismo itinerario?

Él puede ver la pantalla igual que yo, pero me pide que lo compruebe. Hemos ido marcando la ruta de los charranes para

estudiar los patrones de movimiento, que cada día parecen más imprevisibles. En ese momento se están alejando de la costa de Angola y se acercan a nosotros.

—Todavía sur-suroeste —respondo—. Si siguen así los interceptaremos, pero podrían no hacerlo, Ennis. Depende del viento y de que encuentren comida.

Ennis asiente una vez. No le importa. Como dijo Anik, vamos a terminar lo que hemos empezado.

—Aguantarán, y nosotros con ellos —afirma.

En el camarote Léa siempre es la primera en apagar la luz y yo me quedo un rato más leyendo. Pero esta noche, en lugar de dormirse enseguida como suele hacer, se vuelve hacia la pared.

—¿Cómo perdiste los dedos del pie? —me pregunta en voz baja.

—Por congelación.

—¿Cómo te los congelaste?

—Pues... caminé por la nieve sin zapatos.

—Eso es un poco estúpido, ¿no?

—Sí.

—¿Qué crees que pasará cuando encontremos esos pájaros?

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros conseguiremos una buena captura, lo cual es genial, pero ¿qué harás tú? ¿Piensas volver a casa algún día o te pasarás el resto de tu vida huyendo?

—No te preocupes por eso.

—Me preocupa. Si te detienen volverás a la cárcel, ¿no? Por romper tu libertad condicional. Y cuando te identifiquen por lo que pasó en el Saint John...

Cierro el libro.

—Descubrirán de quién es el pasaporte que llevas —me advierte como si yo no lo supiera.

—¿Cómo?

—¡No lo sé! ¿Cómo crees que busca la policía a los fugitivos? —Se sienta en la cama, enfadada, y apoya los pies en el suelo —. ¿Qué te estás callando? Porque está claro que no pareces una mujer que huye.

—No estoy huyendo.

—¡Pero deberías! ¡Deberías estar asustada, Franny! No quiero que vuelvas a la cárcel.

Noto que se le quiebra la voz y me doy cuenta con horror de que está llorando.

—Por Dios, para. No vale la pena.

—Oh, vete a la mierda —suelta ella tapándose la cara.

De mala gana, me levanto de mi cama y me siento a su lado en la suya.

—Vamos, Léa.

—No te importa, ¿verdad?

—La verdad es que no.

Sería absurdo que me preocupara cuando he planeado morir mucho antes de que alguien me encuentre.

Léa me mira y veo tras el dolor de sus ojos un brillo de seducción, y antes de que pueda apartar la mirada me está besando.

—No podemos, Léa.

—¿Por qué no? —me pregunta sin despegarse de mis labios.

—Estoy casada.

—Eso no te detuvo con Basil.

—Eso fue un acto autodestructivo, no significó nada. Esto sí que significaría.

Ella suspira, lánguida y al mismo tiempo resuelta.

—Tanto mejor.

Volvemos a besarnos y quiero hacerlo, quiero abandonarme y dejar que la intimidad me cure las heridas, y creo que lo haría, que podría, pero sería una traición, no sólo para Niall,

sino para mis propias certezas y para esta migración que he emprendido. A la única persona a la que me propongo destruir es a mí misma, no quiero causar más daños colaterales.

Así que pongo fin al beso lo más delicadamente posible, y vuelvo a mi cama y apago la lámpara. Ella me observa callada, llena de deseo y de dudas. Al cabo de un rato también apaga la luz.

«Somos una plaga para el mundo», dice a menudo mi marido.

Hoy hay una mole a nuestra izquierda, y me sorprende porque en la carta de navegación que he estado estudiando no hay tierra a kilómetros a la redonda. Cuando nos acercamos lo suficiente, me doy cuenta de que es una enorme isla de plástico y de que la orilla está cubierta de peces, aves marinas y focas muertas.

Escribo a Niall. El fajo de cartas que esperan a ser enviadas aumenta con el peso de mis pensamientos. Intento entender nuestra relación, los errores que cometí y los caminos tortuosos que decidimos tomar. A veces me pregunto qué podríamos haber hecho diferente, pero evito pensar en los «y si», porque sólo sirven para avivar los remordimientos, y ya tengo demasiados. Elijo refugiarme más bien en los momentos tiernos, los que anidan entre las palabras y las miradas, las líneas que me escribió mientras yo estaba lejos, siempre generosas y afectuosas a pesar de mis abandonos. Vivo en las noches que pasábamos en la cama, leyéndonos en voz alta, en las mañanas de fin de semana en que nos preparábamos mutuamente el baño, o en las continuas escapadas que hacíamos para observar a las aves, los dos callados e inmóviles, respirando a la vez. Me engaño pensando que tendremos más

de esos momentos.

• • •

Bordeamos la costa de Brasil hacia el sur. Cada día nos levantamos esperanzados y volvemos la mirada hacia el cielo oteando, buscando, casi sin atrevernos a pestañear, y cada noche nos vamos a dormir descorazonados. Sólo dos pájaros llevan rastreadores, pero debe de haber muchos más, y tienen que estar cerca. ¿Dónde estáis? ¿Seguís batiendo vuestras alitas? ¿Seguís luchando contra el viento, las mareas y el cansancio? ¿Y si no os encuentro cuando llegue a la Antártida? ¿Y si morís por el camino, como los demás? Entonces mis tristes intentos de dar un sentido a mi vida antes de ponerle fin habrán sido en vano.

Me pregunto si es importante.

Me pregunto si tiene sentido la muerte siquiera. La de los animales sí, pero yo no soy un animal. Ojalá lo fuera.

Me pregunto si Niall será capaz de perdonarme si fracaso.

La radio es lo primero que se estropea. Léa y Dae consiguen restablecerla, pero esto provoca un apagón en la cocina, lo que significa que la nevera, el microondas, el hervidor y el horno dejan de funcionar. Nos comemos la comida de la nevera lo más rápido posible, pero la mayor parte de las sobras se desperdicia.

Cada día falla algo; Léa me explica que eso se debe a que el barco redirige automáticamente la electricidad al sistema de piloto automático, que es lo que consume más energía y que siempre será lo más importante a bordo, aparte del equipo de navegación. Nos quedamos sin televisor y sin la posibilidad de refrigerar las provisiones. Por suerte, se avería la calefacción

cuando hemos alcanzado unas latitudes más cálidas. El agua caliente va y viene; siempre estamos probándola para saber cuándo darnos una ducha rápida o prepararnos una taza de té. Poco después falla el piloto automático; la batería está demasiado baja para poder mantenerlo en funcionamiento. Y un día después, los dispositivos de navegación.

Nadie dice una palabra sobre todo esto. Hacemos esfuerzos ímprobos para reparar lo que se estropea. Léa y Dae trabajan día y noche en el equipo, y a veces consiguen que las cosas vuelvan a funcionar, pero la mayoría de las veces no. Los demás trabajamos sin descanso para que el barco siga moviéndose, achicando el agua de la sala de máquinas y de la cubierta, y tratando de mantenerlo todo seco. Ahora que no hay piloto automático, Ennis apenas duerme. Se pasa el día entre las cartas de navegación, la brújula y el sextante, navegando como lo hacían los marineros de antaño. La situación es aterradora, y noto que a los marineros no les llega la camisa al cuerpo. No es el caso del capitán, que parece estar recuperando la pasión por vivir ante un posible retorno al mundo tal como era. Aunque navegamos en aguas desconocidas, creo que en lo más profundo de su ser conoce todos los océanos del mundo, y eso mismo me pasa a mí.

Ennis y yo no somos los únicos que encontramos consuelo en los puntitos rojos de los charranes. Uno a uno, todos los miembros de la tripulación han subido al puente para tranquilizarse y comprobar con sus propios ojos que los pequeños faros de esperanza nos guían con seguridad.

—Es hora de parar —le oigo decir a Anik un día—. Teníamos grandes planes y hemos llegado muy lejos, pero hay que ser realistas, hermano. Los pájaros están demasiado lejos y el barco no está respondiendo.

Creo que esto es todo. No podemos seguir así indefinidamente.

Pero Ennis se muestra tajante.

—Aún no.

Vuelve al puente y Anik se queda mirando cómo se aleja. Sé lo que está pensando Ennis: hemos llegado demasiado lejos para abandonar ahora. Existe una línea que nunca cruzará, pero aún no ha llegado a ella. Yo tampoco, aunque no sé dónde está la mía.

Me acerco al primer oficial con cautela y trato de animarlo.

—Encontrará la manera. Es fuerte.

Sin mirarme, Anik sonríe con amargura.

—Cuanto más fuertes somos nosotros, más peligroso es el mundo.

22

Galway, Irlanda
Once años atrás

El día de nuestro primer aniversario, mientras que Niall no parece nada sorprendido, yo siento ante todo perplejidad, pues en mi fuero interno siempre he creído que nuestra relación era una aventura frívola que no nos llevaría a ninguna parte. Que a la larga encontraríamos en el otro defectos intolerables, yo me dejaría llevar por el pánico y desaparecería, y él se aburriría de mí. A veces, mientras limpio la casa, me imagino que Niall y yo somos dos pilotos de carreras que juegan a lanzarse el uno contra el otro a ver quién se aparta antes para evitar el choque frontal, y me pregunto quién será el primero en admitir lo tontos que somos, en echarse a reír o en tirar la toalla. Nos hemos divertido mucho, cariño, pero es hora de volver a la vida real y ponernos a buscar una pareja de verdad. Al cohabitar con un desconocido uno se queda aterradora y vergonzosamente desnudo.

Pero hoy, como todos los días, me asombra comprobar que cada vez estamos más enamorados.

Qué suerte. Qué fuerza de voluntad.

Para celebrar el aniversario vamos a un par de pubs con música en vivo de la ciudad y escuchamos a distintas bandas. Es uno de mis planes favoritos porque los violines siempre me resultan inexplicablemente familiares. Los músicos se juntan, la música se eleva y el placer compartido es tangible.

Al cabo de un rato las canciones cambian, se vuelven lentas y

melancólicas. Me suena la melodía... Sin previo aviso, llega la respuesta. Mi abuela solía ponerla y tararearla mientras lavaba los platos. *Raglan Road*.

Niall me coge la mano.

—¿Qué pasa?

—Nada, perdona. —Niego con la cabeza—. ¿Alguna vez has tenido la sensación de haber nacido en el cuerpo equivocado?

Me aprieta los dedos.

—¿Quién crees que eres? —pregunto.

Bebe un sorbo de su vino, probablemente intentando no poner cara de impaciencia.

—No lo sé.

—Llevamos juntos un año entero, día tras día, y todavía eres un desconocido para mí.

Nos miramos.

—Me conoces en lo que cuenta. —Lo dice con firmeza, y debe de ser cierto porque lo siento así—. En cuanto a quién soy yo, ¿a quién le importa? ¿Cómo puedo responder una pregunta así? ¿Cómo la responderías tú?

¿Quién soy?

—Tienes razón, no tengo ni idea —confieso—. Pero creo que la respuesta podría estar en el día en que se fue mamá. ¿Por qué si no iba a seguir regresando allí? ¿Por qué no puedo dejar de buscarla?

Niall me besa la mano, que también es la suya, me besa la boca que también es la suya.

—En mi caso tal vez está en todos los días que mi madre se quedó —murmura él.

—Ella al menos lo intentó, ¿no?

Se encoge de hombros y bebe un poco más.

—Sólo se puede dar lo que se tiene.

—¿Quieres tener hijos?

—Sí. ¿Y tú?

Mi respuesta cambiará las cosas. Estoy a punto de mentir para proteger lo que hay entre nosotros, pero hasta a mí me parece demasiado cruel, demasiado dañino.

—No, lo siento. No quiero.

Niall desvía la mirada. Está tan sorprendido que me pregunto si será capaz de recobrarse. Es como si sus certezas de pronto lo hubieran abandonado.

—¿Por qué no?

Porque ¿y si abandono a ese niño como mi madre me abandonó a mí? ¿Y si mis miedos más profundos son reales y es cierto que soy incapaz de controlar mis impulsos? ¿Cómo podría hacerle eso a un niño?

—No lo sé —respondo, porque si intentara darle voz a mi cobardía, me ahogaría—. Realmente no lo sé.

—Está bien —dice él por fin, aunque no se acabará aquí. Y añade—: Creo que no deberías ir mañana.

—¿Por qué?

Tengo un billete de tren a Belfast para seguir una nueva pista.

—Porque creo que no deberías seguir buscando.

Estoy desconcertada.

—Tarde o temprano la encontraré…

—Ella no quiere que la encuentres, Franny. Si no, ¿por qué te lo pondría tan difícil?

Niego con la cabeza, con el pecho oprimido.

—Si quisiera verte, se pondría en contacto.

—Escúchame, Niall —digo con toda la calma de la que soy capaz—. Este desasosiego… sabes que puede apoderarse de mí. —Lo insto a que me escuche con la mirada—. Si alguna vez te dejo… si tengo que irme… quiero que me prometas que esperarás a que vuelva, que me esperarás, y si tardo demasiado y no puedes esperar más, prométeme que vendrás a buscarme para recordármelo.

Guarda silencio.

—¿Lo prometes?

Asiente despacio.

—Sí. Lo prometo.

—¿Esperarás?

—Siempre.

—¿Y me buscarás, si es necesario?

—Lo haría aunque no me lo hubieras pedido, cariño.

Termina la canción y desaparece la opresión que tengo en el pecho, y el dolor sin nombre es reemplazado por una mezcla de alivio y amor. Nos tomamos otra copa sin hablar de nada, y podría quedarme allí horas escuchando la música, pero Niall tiene otros planes. Bajamos en bicicleta a uno de los muelles donde nos espera una pequeña lancha motora. Abro mucho los ojos cuando me hace un gesto para que suba a bordo. Me pregunto si la ha alquilado o la estamos robando. Poco importa. Noto un escalofrío de placer cuando nos alejamos del muelle para adentrarnos en el agua oscura. Bordeamos la costa hacia el norte, siguiendo la luz del faro, que gira sin cesar. El olor a sal y el estrépito del mar, el vaivén de las olas y el negro abismo de sus profundidades, la superficie que se extiende hasta abrazar el cielo de terciopelo negro cuajado de brillantes. Al mirar el reflejo de las estrellas en el agua, me da la impresión de estar navegando por el mismo firmamento; éste, como el mar, no conoce límites; ambos se funden en un solo espacio.

Niall no tarda en llevar el barco de vuelta a tierra firme. Tira de la barca mientras trepamos por un promontorio rocoso. Se lleva un dedo a los labios para que guarde silencio y nos arrastramos por la orilla hasta la boca de una cueva. Por encima del estruendo del mar nocturno oigo un sonido. Una multitud de sonidos. Un ronroneo y luego trinos, cientos de ellos, un canto que rebota en la roca. El corazón me empieza a

latir con fuerza mientras nos adentramos en la cueva. Me envuelve un olor acre, cálido y húmedo. Me busca la mano y tira de ella hacia el suelo, susurrándome que me tumbe. La superficie de las rocas es irregular y está fría, pero el ruido se eleva por encima y empiezo a distinguir formas en la oscuridad, apenas unas sombras. Pienso por un instante en murciélagos: el movimiento de las alas es igual.

—¿Qué son? —susurro.

—Espera.

Las nubes por fin se abren, dejando que la luz de la luna casi llena ilumine la cueva y los tiña de plata. Cientos de pájaros anidan en ella, vuelan, revolotean y se llaman unos a otros, un mar de plumas negras, picos curvados y ojos brillantes, todo un mundo.

—Paíños —me susurra Niall, y se lleva los dedos de mi mano a los labios—. Feliz aniversario.

Y entonces comprendo que nunca tendremos necesidad de palabras, porque ya me ha hecho la más bella declaración, me ha mostrado la inmensidad del amor y sus profundidades más insondables. Lo beso y lo estrecho en mis brazos, y nos quedamos allí contemplando y escuchando esas hermosas criaturas, y durante esas horas de oscuridad podemos fingir que somos como ellas.

Casi ha amanecido cuando él rompe el hechizo de la noche como se rompen la mayoría de los hechizos, con unas pocas palabras.

De nuevo en la orilla, vadeamos hasta las rocas. El agua del mar me cubre los tobillos. El aire gris nos envuelve.

—Franny —me llama, y me vuelvo sonriendo.

El agua le llega a las rodillas. Se agarra al borde de la lancha. Tiene la piel cenicienta.

—Yo también he estado buscando —dice Niall.

—¿Qué buscabas?

—Sólo que yo lo he hecho de otra manera. No entendía por qué no querías acudir a la policía.

Mi sonrisa desaparece.

—Nunca la encontraste porque ella tomó el apellido de tu padre. Su apellido legal era Stewart, no Stone.

Se acerca un poco más, pero sigue dejando espacio entre nosotros, como si fuera incapaz de cerrar esa última brecha.

—Cariño —continúa con mucha suavidad—, sabes lo que pasó. ¿Lo recuerdas?

¿Lo recuerdo?

No.

Pero podría retroceder en el tiempo, ¿no? Retroceder mentalmente hasta ese momento, a los lugares secretos.

Podría entrar de nuevo en la casa de madera junto al mar. Llamarla una vez más por su nombre. Volver a ver su cuerpo colgado del cuello.

—Ah…

Tomo aire y el mundo se desdibuja.

—Ella no te dejó —dice Niall, pero se equivoca—. Se murió.

Asiento con la cabeza una vez. Sí. Ahora lo sé. Siempre lo he sabido, de algún modo. Veo la forma de su cara hinchada, el rojo de sus ojos reventados, el azul de su piel magullada. Lo sucios que tenía los pies, allí colgados sin zapatos ni calcetines. Quise cubrirlos para protegerlos del frío. Hacía tanto frío en esa casa…

Me fallan las piernas, me dejo caer con torpeza en el agua.

Qué curioso que un recuerdo así se me desprendiera con tanta delicadeza de la mente. Como una hoja que cae y revolotea.

¿Qué más se me ha escapado?

—Franny.

Lo veo arrodillado ante mí. Su rostro borroso es atractivo, ya no es el de un extraño.

—Ahora lo recuerdo —digo, y él aprieta su calor contra mi frío, sus labios contra mis ojos, y siento con fuerza el hecho terrible. En este momento poco importa si muero ahora o dentro de diez años, para mí todo ha terminado aquí, esta noche.

23

El *Saghani*, Atlántico Medio
Época de migración

—Antes de que os vayáis...

Los miembros de la tripulación se vuelven hacia mí. Hemos acabado de desayunar en el comedor y estamos todos menos nuestro hosco capitán.

Me aclaro la voz, no tengo ningunas ganas de decirlo.

—Acaba de una vez, ¿quieres? —suelta Basil—. El bote se está cayendo a pedazos, ¿o ya te has olvidado?

—La batería del portátil ha vuelto a fallar y esta vez no hay electricidad para recargarla.

El aire crepita de dolor. Tenía que pasar, pero al anunciarlo en voz alta he acabado con la poca esperanza que nos quedaba.

—No es como la última vez, no es que los pájaros se hayan ahogado —continúo, intentando convencerlos a ellos y a mí misma—. Sólo significa que ya no podemos verlos.

Dae rodea con el brazo a Malachai, que se esfuerza por no desmoronarse delante de todos.

—Ennis dice que no importa —añado en voz baja—. Dice que sabemos adónde se dirigen.

—Ennis ha perdido la cabeza —replica Basil—. No puede navegar por aguas que no conoce. Y nosotros tampoco.

No es la primera vez que lo oigo. La tripulación está muy angustiada, no sabe a qué atenerse en estas aguas desconocidas y con una maquinaria averiada.

Miro a Anik en busca de orientación, pero tiene la mirada

perdida en el horizonte.

—Vamos de mal en peor —señala Léa—. Las bombas de agua han dejado de funcionar, y con ellas el desalinizador. Nos queda agua potable para un par de días, como mucho.

—Dios mío —dice Dae, y deja caer la cabeza sobre la mesa.

—Ya está. Estamos acabados —afirma Basil.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Mal—. Con o sin pájaros, necesitamos agua.

Basil se levanta para pasearse por la habitación, lleno de energía destructiva.

—¿Cómo es posible que nos dé miedo amotinarnos para salvar la vida?

—¿De qué estás hablando, Basil? —le pregunta Léa.

—Lo hemos intentado. Nik lo ha intentado, y si él no ha sido capaz de hacerlo entrar en razón es que Ennis ha perdido la cabeza. —Basil tiembla de frustración—. Tenemos que atracar en alguna parte. Lo haremos sin él.

—El capitán es el único que puede hacerlo.

—Cualquiera de nosotros sabe cómo hacerlo.

—Ésa no es la cuestión...

—Podríamos encerrarlo en su camarote.

—¡Nadie va a encerrarlo en ninguna parte! —replica Léa—. ¡Es nuestro capitán!

Basil niega con la cabeza.

—Le pasa lo mismo cuando apuesta, no encuentra el momento de dejarlo.

—¿Lo has intentado tú? —pregunta Daeshim, y tardo un segundo en darme cuenta de que se dirige a mí.

—¿Yo? ¿Por qué iba a escucharme a mí? —pregunto.

Nadie responde.

—No voy a morir por este barco —susurra Basil, y resopla, airado—. No voy a morir por unos peces, ni por unos pájaros, ni por cualquier otra mierda.

—Los verdaderos marineros suben a los barcos sin saber que… —empieza a decir Léa, sin embargo Basil la interrumpe.

—Cállate.

Y ella enmudece.

Me levanto. Una ráfaga de viento recorre la cubierta principal. El cielo está cubierto de vetas blancas que se extienden como el surco espumoso que dejamos a nuestro paso. Intento pensar, trato de aferrarme a un solo pensamiento, pero son tan etéreos, tan insustanciales como las nubes. No sé qué hacer, cómo argumentar que es hora de poner fin a todo esto, de volver a tierra, de entregarme a la policía y de que me envíen a una celda a la que juré no volver. Pero ¿qué otra opción nos queda? Es una locura continuar hasta que el *Saghani* se caiga a pedazos y los siete nos ahoguemos o, lo más probable, muramos de sed.

Contemplo al hombre del puente. Su barba descuidada y sus ojos inyectados en sangre. Su convincción. Sus hijos. Es como un fantasma. Pura determinación. Si desembarcamos no volveremos a zarpar. Nos quedaremos varados para siempre. Algo dentro de mí se rebela. Una determinación que me convierte en un monstruo, una y otra vez. Algo a estribor atrae mi mirada. A un par de kilómetros de distancia, tal vez menos. Unas formas en el agua, no muy lejos de la costa.

—¿Qué son? —le pregunto a Dae, que vuelve a trabajar en las jarcias.

Él entorna los ojos para protegerlos del sol.

—Granjas. Probablemente de salmón.

Hay un barco junto a las redes.

Me apresuro a volver al comedor.

—Anik, te necesito.

El primer oficial entorna los ojos.

Todo sucede muy rápido. Anik y yo nos subimos al esquife y nos bajan al agua. No se lo decimos a Ennis; Léa ha dicho que

si paramos, podríamos no volver a ponernos en marcha, y no quiero que se vea obligado a tomar esta decisión. Así que tenemos que darnos prisa. Al acercarnos al barco salmonero veo que en la cubierta hay gente observándonos. Es más pequeño que el *Saghani*, pero no mucho más.

—*Ola!* —grita un hombre—. *O que o traz para fora?*

—¿Hablas mi idioma? —le pregunto.

—Un poco, sí.

—Necesitamos agua potable. Se nos ha estropeado el generador y las bombas han dejado de funcionar. ¿Podríais ayudarnos?

Él señala hacia tierra firme.

—Un puerto, muy cerca.

—No podemos ir allí.

El marinero parece confundido.

—Está muy cerca. En tierra hay agua.

Les susurra algo a los miembros de su tripulación y éstos vuelven a sus tareas. El hombre se aleja a grandes zancadas y ahí se acaba la conversación.

—Mierda.

—¿Y ahora qué? —pregunta Anik.

—¿Y si nos colamos a bordo?

—¿Y él?

Sigo el dedo de Anik y veo que el hombre nos vigila desde la cofa.

—Los almacenes suelen estar en el mismo lugar en todos los barcos, ¿verdad?

Anik mira el barco y se encoge de hombros.

—Más o menos.

—Tú vuelve al *Saghani*. Me reuniré contigo allí.

—¿Cómo dices?

—Traeré agua.

Suelta una carcajada.

—Está a unas dos millas e irá alejándose. ¿Y cómo vas a cargar el agua?

En la caja de almacenamiento del esquife hay una cuerda. Me la enrollo al hombro y espero a que el vigía se vuelva un momento para sumergirme en el mar sin hacer ruido. Buceo todo lo que puedo y salgo a la superficie más cerca del casco del barco. Lo rodeo y veo que hay varias escalerillas que bajan a las granjas: la mayoría de los pescadores las utilizan para recorrer las jaulas circulares y comprobar el estado de la captura.

No espero para asegurarme de que nadie me ve —el *Saghani* se aleja por minutos— y subo con la ropa empapada y el rollo de cuerda al hombro por una de las escaleras. Al menos hay silencio a bordo. Las redes de las granjas parecen tentáculos rosas enroscados en sí mismos. Chorreando alcanzo la escalerilla que conduce a la cubierta inferior y la bajo. No hay nadie en la cocina ni en el almacén, y localizo fácilmente la reserva de agua, bidones de veinte litros colocados a lo largo de la pared. También veo un montón de pilas y me meto unas cuantas dentro de mi sujetador deportivo. Sólo puedo llevar dos bidones, así que me los cargo a la espalda y salgo tambaleándome. De pronto me encuentro frente a frente con el capitán.

Se queda mirándome, una ladrona chorreando agua y tiritando. Dos de sus hombres parecen igual de atónitos al verme.

Tomo aire, con el corazón martilleándome en el pecho.

—Por favor. —Es lo único que se me ocurre decir.

El capitán tampoco encuentra las palabras.

Sigue un momento largo y doloroso durante el cual el *Saghani* sigue alejándose; es cada vez más imposible que lo alcance... Pero por la expresión del capitán me doy cuenta de que ha comprendido, pues conoce las sanciones que hay en

juego, todos las conocemos. Se echa a un lado y me hace un gesto para que pase.

El alivio me hace flaquear.

—Gracias.

Subo los bidones de agua por la escalera hasta la cubierta, haciendo mucho ruido. Me ato un extremo de la cuerda alrededor de la cintura con un nudo de bolina, la paso por las asas de los bidones y hago el mismo nudo en el otro extremo. Creo que la bolina es mi nudo favorito. No es resbaladizo. Luego me acerco a la barandilla. Ésta es probablemente la mayor estupidez que he hecho jamás. Podría estar a punto de hundirme en el fondo del océano.

Casi me río, casi me falta el aire. Pero el pánico es un enemigo invisible. Cualquier emoción puede ser una perdición. Respira despacio, inspira y espira profunda y rítmicamente, como un metrónomo. Espero a que se me relajen las extremidades y se me sosiegue la mente, y allá voy.

No me sumerjo, porque los bidones tirarían de mí hacia abajo con violencia. En lugar de ello me meto poco a poco en el agua y me impulso con los pies hacia arriba antes de que los bidones toquen siquiera la superficie detrás de mí. Se hunden y me arrastran con ellos hacia abajo, y por un instante terrible me veo acabada, muerta, y es demasiado pronto, imperdonablemente pronto, y todo lo que quedará de mí será un cuerpo hinchado que flota, anclado al fondo del mar por sus propias cadenas. Pero continúo moviendo los pies y los brazos con todas mis fuerzas, impulsándome hacia la superficie. No tenía por qué preocuparme por el peso: los bidones flotan. Poco a poco encuentro el ritmo, haciendo caso omiso de los gritos de los marineros que observan a esta loca, ignorándolo todo excepto el contacto del agua que me rodea.

Mamá siempre decía que sólo los tontos no le tienen miedo al mar y yo he tratado de vivir según esa máxima. Pero no se

puede forzar el miedo cuando no existe. Y la verdad innegable es que yo nunca lo he temido. Lo he amado con cada fibra de mi cuerpo, con cada latido de mi corazón.

Él me honra ahora, levantándome las extremidades, haciéndolas ligeras y fuertes. Me lleva consigo, devolviéndome el abrazo. No puedo luchar contra él. No sabría cómo.

Niall me escribió en una carta:

«Sé que soy el segundo amor de tu vida. Pero ¿qué clase de imbécil tendría celos del mar?»

Anik me sube al esquife sin dejar de maldecir y juntos cubrimos los últimos cientos de metros que nos separan del *Saghani*, donde nos reciben toda la tripulación y el mismo Ennis.

No siento los brazos ni las piernas, y tienen que subirme a bordo entre todos. Me envuelven en una manta y me llevan al camarote, y me besan las mejillas, uno tras otro, lo que me hace sonreír. Pero no paran de darme las gracias, creo que impresionados, y eso me pone nerviosa.

—Vale ya. Dejadme en paz.

Salen todos menos Ennis.

Le cojo el puño y se lo abro. Es una mano grande y áspera, con las uñas astilladas y sucias, y llena de cicatrices.

Nos miramos.

—Las pilas ayudarán. Pero sólo habrá suficiente agua para una semana —susurro—. Yo estoy contigo, Ennis. Y te seguiré hasta el final, pase lo que pase. Pero si tienes un plan, éste es el momento de sacarlo adelante.

Él me aprieta las manos, que se ven muy pequeñas en las suyas.

—Me has asustado, Franny —murmura.

Y me besa en la frente.

24

El *Saghani*, costa de Argentina
Época de apareamiento

Antes aquí el clima era moderado, incluso en verano. Ahora hace mucho más calor del que debería. La temperatura siempre ha estado influenciada por el continente antártico, que extendía sus fríos dedos hacia el norte para acariciar esta costa fértil. Ahora su alcance es mucho más corto, porque se ha encogido mucho. Estamos muy al sur cuando nos adentramos en una cala y detenemos el motor. No muy lejos se encuentra «la ciudad del fin del mundo», como se conoce a Ushuaia. A esta cala no vienen pescadores, dice Ennis, sólo yates de lujo durante las vacaciones y algún que otro lugareño para bañarse. Aquí hace siglos que está prohibida la pesca. Nuestro capitán siempre ha querido traernos a esa cala, porque sabe que es un lugar apartado y recóndito, el único donde tal vez, sólo tal vez, se nos permitirá pasar desapercibidos mientras Léa y Dae consiguen lo necesario para reparar el barco. Resulta que Ennis sí tiene un plan, y gracias a los bidones de agua hemos conseguido llegar aquí.

Anik lleva a la tripulación a la costa en su esquife mientras Ennis y yo esperamos en el *Saghani* para vigilar si se acerca algún barco. Ante nosotros hay un bosque moribundo y los magníficos montes Marciales, que antes se cubrían de nieve, pero yo no puedo apartar los ojos del océano, ahora que estamos tan cerca.

Hoy cumplo treinta y cinco años. Sin decírselo a Ennis, saco

la botella de vino francés que Basil guarda en su camarote.

—Vamos a beber —le digo al volver a la cubierta.

Ennis la mira y se ríe.

—Te va a matar.

—Le compraré otra.

—Es un *pinot noir* de Domaine Leroy Musigny.

Lo miro sin comprender.

—Cuesta cinco mil dólares. Hace veinte años que lo guarda.

Me quedo boquiabierta.

—Ahora sí que quiero bebérmelo.

Ennis sonríe mientras devuelvo el vino.

Jugamos a las cartas para pasar el rato, y no nos bebemos el vino de cinco mil dólares, pero sí una ginebra de cuarenta que entra de maravilla. El sol no empieza a ponerse hasta las diez de la noche, esparciendo por la superficie del agua, de un azul profundo, delicados filamentos de oro. Las pequeñas embarcaciones que bordean la orilla se iluminan, una a una, convirtiendo el mundo en un lugar encantado.

—Mis suegros beben vinos así de buenos todas las noches —le digo llevándome a los labios mi tercer doble de ginebra.

Ennis silba despacio.

—Debes de haber degustado buenos caldos.

—A nosotros nos sacan las botellas baratas. No lo apreciaríamos. —Él hace una mueca y me río—. Lo gracioso es que probablemente sea verdad. Al menos en lo que a mí respecta.

—¿Y Niall?

—Sí, él sí lo apreciaría. Pero haría como que no.

—Niall me caería bien —dice Ennis.

—A él también le caerías bien. —Eso es mentira. Niall odia a todos los pescadores sin reservas—. Tendrá envidia cuando se entere de todo esto.

Otra mentira. Niall nunca ha buscado la aventura por la

aventura, sólo quiere salvar a los animales.

—¿No se lo cuentas cuando le escribes?

—Sí, pero... —digo, y me encojo de hombros.

—Hay otras cosas que decir primero.

—Supongo que sí.

—¿Pedir disculpas?

Titubeo antes de asentir.

—No te disculpes demasiado, niña. Te desgastarás.

—¿Y si los motivos para pedir perdón son muchos?

—Con una vez basta.

Supongo que es cierto. Es imposible forzar la capacidad de otra persona para perdonar.

—¿Por qué llamaste al barco «cuervo»? —le pregunto.

Desliza su áspera mano por la madera lisa de la barandilla.

—Porque vuela.

En cuanto los demás regresan con las piezas de recambio, trabajamos durante toda la noche y todo el día siguiente, ayudando a Léa y Dae en lo que podemos. Hay tanto que reparar que la tarea parece no tener fin. Cada vez estoy más nerviosa y vuelvo continuamente la vista hacia el agua, esperando ver acercarse a la policía marítima. Bastaría con que alguien llamara para denunciar que un buque comercial ha echado el ancla donde no debe.

La desesperación de Ennis por seguir alejado de tierra firme y a la deriva se ha apoderado de mí.

La segunda noche ya no hay nada que hacer. Léa ha encargado una pieza a un mecánico del puerto y sólo nos queda esperar. Así que bebemos. El nerviosismo de Malachai ha ido en aumento y apenas puede estarse quieto. Basil se muestra más cruel de lo normal. Léa está más arisca; Ennis, más callado. Anik sigue siendo el de siempre, y Dae hace acopio del poco

optimismo que le queda y consigue hacernos jugar a las cartas.

En cuanto a mí, no sé cómo estoy.

Pasan las horas. Poco menos que las cuento, aunque no sirve absolutamente de nada. Nos apiñamos en la cubierta sin encender ninguna luz, iluminados sólo por la luna. Dae, dicho sea en su honor, consigue que todos juguemos y nos relajemos lo suficiente como para reírnos de sus trampas. Hasta Malachai se calma y nos cuenta las malas pasadas que solía hacerles a sus hermanas. Mientras nos reímos me da por pensar, sin ninguna razón o explicación, que soy una más del grupo. Contra todo pronóstico estoy feliz en su compañía y sé que, en otra vida, podría sentirme a gusto aquí, a bordo del *Saghani*.

Por su culpa me resulta más difícil pensar en morir. Por su culpa puedo ver una luz al final de túnel, imaginar que mi vida podría seguir cuando acabe la migración, y eso es peligroso.

Una vez le pregunté a Niall qué creía que sucedía después de la muerte y me respondió que nada, que simplemente nos descomponíamos, desaparecíamos. Entonces le pregunté qué implicaba eso para nuestra vida, para la forma en que la vivimos, para su propósito. Me respondió que la vida no es más que un ciclo que se regenera, que somos chispas incomprensiblemente fugaces, igual que los animales, que no somos más valiosos que ellos, que merecemos vivir tanto como cualquier criatura viviente. Que en nuestra autosuficiencia, en nuestro afán de buscar un sentido, nos hemos olvidado de compartir el planeta que nos ha dado la vida.

Esta noche le escribo una carta diciéndole que tenía razón. Pero que también creo que hay un propósito, y que reside en nuestra capacidad para cuidarnos y en hacer la vida más agradable a las personas que nos rodean y a nosotros mismos.

—¿No paras nunca? —me pregunta Léa, sentándose a mi lado. Cae un chorrito de vino de su copa sobre el papel, emborronando mi caligrafía descuidada—. Estás obsesionada.

¿Qué le escribes? ¿Le hablas de nosotros?

—A veces.

—¿Qué le dices de mí?

La miro. Está un poco borracha, un poco necesitada.

—Le digo que eres implacable, supersticiosa, desconfiada... Y maravillosa.

Ella bebe un trago.

—Mentira. Dile que es un idiota y que no lo necesitas. No lo necesitas, Franny. —Y luego, con los ojos empañados—: *Stupide créature solitaire*.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando nos muramos? —le pregunto.

Ella resopla con una risotada.

—¿Qué pasa contigo? ¿Qué más da lo que ocurra?

—No importa.

Hay un silencio y Léa suelta un gran suspiro.

—Creo que, cuando morimos, vamos a donde merecemos ir, y eso sólo lo decide Dios.

Se queda callada, y yo también.

Más tarde, cuando se mete en la cama borracha, le llevo un vaso de agua (del grifo, que vuelve a funcionar) y lo dejo a su lado. Los demás también se retiran a dormir, pero yo me quedo despierta un rato más y vuelvo a la cubierta principal. Basil monta guardia, y lo veo fumando en la proa y oteando el horizonte en busca de alguna nave. No me apetece acercarme a él y soportar uno de sus chorreos envenenados, así que, sin pararme a pensar, trepo hasta la cofa. Se supone que no debería hacerlo —es muy fácil resbalar y caer si uno no se ha pasado la vida en un barco—, pero no hay nadie y esta noche quiero ver lo más lejos posible, alejarme de los otros cuerpos que respiran, quiero elevarme al cielo. Las bonitas luces de los otros barcos parpadean a mis pies y desearía que se apagasen y dejasen el mundo a oscuras. Los humanos no hemos dejado

espacio para nada más. Aprendí a amar la oscuridad, no de mi marido, de quien he aprendido tantas cosas, sino sentada en silencio junto a mi abuela en el prado de la granja bajo un cielo estrellado mientras el mar rugía débilmente a lo lejos. En ese prado oscuro como boca de lobo pasamos muchas noches sin cruzar una sola palabra, aunque de vez en cuando yo suspiraba para darle a entender que habría preferido estar en la cama.

Ahora, sentada en el punto más alto de este barco, daría lo que fuera —mi carne, mi sangre, mi corazón— por revivir una de aquellas noches que pasaba en la oscuridad con mi abuela, esa mujer que me enfurecía y confundía, que era impenetrable e inalcanzable, y que me quería cuando nadie más lo hacía, sólo que, absorta en mi soledad, no lo vi.

Mucho después me parece oír un ruido. Debo de haberme quedado dormida en la cofa porque me despierto con el sonido lejano de un motor.

Me agarro con fuerza a los palos y me levanto lentamente. Entorno los ojos y escudriño la oscuridad. Desde la cala se acercan unas luces blancas y azules.

Mierda.

¿Cómo es que Basil aún no las ha visto? ¿Se ha quedado dormido? Lo busco y lo encuentro junto a la barandilla, observando en silencio cómo se acerca el barco. Lleva una mochila. Se quiere ir y ha actuado en consecuencia. El descubrimiento me sulfura pero no me sorprende, tiene sentido. Me digo que debería haber hecho algo para evitarlo; pienso que si le hubiera tendido una mano nada de esto habría ocurrido. Pero ¿de qué sirve reprochármelo ahora? A lo hecho, pecho.

La cofa de un barco no es lugar para pusilánimes. Está a una gran altura y aunque puede parecer bastante sencillo subir,

bajar es otro asunto. Un travesaño después de otro, baja, baja, no te pares, no pierdas el equilibrio, no mires abajo. El barco gira y me invade el vértigo; tengo que detenerme. Cierro los ojos con fuerza y respiro rápidamente por la nariz mientras espero a que el mundo deje de dar vueltas y se me asiente el estómago. Luego reanudo el descenso, lo más rítmicamente posible, hasta que por fin toco las tablas con los pies.

Renuncio a enfrentarme a Basil y me apresuro a entrar en el barco.

Voy a ver a Ennis, que está solo en su camarote. Debe de tener el sueño ligero porque en cuanto abro la puerta se despierta.

—La policía —le digo, y él se levanta.

En ese momento suena la sirena. Dios mío, es como una alarma antiaérea, parece que el cielo va a desplomarse sobre nuestras cabezas, y que es el final, pero no puedo volver a la cárcel, no puedo.

Los demás también se han levantado y nos reunimos en el comedor, aterrados y a medio vestir. Todos menos Basil.

—Lo mataré —declara Anik de una manera inquietante que resulta un poco demasiado convincente.

—¿Qué hacemos? —pregunta Malachai con una voz tres octavas más alta de lo normal.

Está temblando de miedo. Dae le pone una mano en el brazo para intentar tranquilizarlo.

Subo por la escalerilla a la cubierta principal y los demás me siguen. Todo ha cambiado, ahora hay luces intermitentes y una sirena ensordecedora; ¿realmente tiene que sonar tan fuerte?

Basil nos mira y nosotros lo miramos a él. Nadie habla, el silencio me asfixia, y me muero por arrancarle de la cara esa expresión obstinada. Creo que los demás sienten lo mismo que yo porque Anik le escupe a los pies, y Basil tiene por fin la delicadeza de parecer al menos un poco avergonzado.

Léa me coge de la mano y me aparta de los haces de los reflectores para sumirme en la oscuridad. Ennis está descolgando la escala de cuerda por el costado del casco. Me doy cuenta de lo que se proponen y me pregunto si me queda energía para seguir huyendo, para encontrarme de nuevo perdida en una tierra desconocida y buscar la manera de llegar al sur. Y la respuesta es sí. Basta con que piense en la celda de una cárcel para que me apresure a bajar por la escala de cuerda hacia la oscuridad.

—Vete —dice Léa desde la barandilla, y me doy cuenta de que está hablando con Ennis. Ennis, que se ha vuelto tan loco como yo y se niega a regresar a su vida anterior con las manos vacías—. Nos reuniremos contigo en cuanto hayamos arreglado este lío. Vete y acaba lo que has empezado.

Él se lo piensa. Puedo verlo al borde del precipicio.

—Quédate, Ennis —le digo yo—. Vuelve a casa con tus hijos.

Pero la policía está abordando a estribor, y Ennis reacciona instintivamente y baja detrás de mí. Ha ido demasiado lejos para rendirse ahora.

Basil está discutiendo por algo, y Daeshim y Anik intervienen, y entonces la voz de un agente de policía, más fuerte que el resto, les ordena que se callen, el barco va a ser confiscado. Están buscando a Riley Loach, y piden que dé un paso al frente.

Se alza una voz femenina, supongo que confiando en que los policías no tengan ninguna foto.

—Soy yo —dice Léa.

Mierda, eso no era parte del trato. Aunque la argucia de Léa sólo nos dará cierta ventaja en nuestra huida y la policía enseguida descubrirá que esta mujer no es Riley Loach ni ha apuñalado a un tipo en el cuello, no puedo irme de allí sin más. Subo la escala y paso por el lado de Ennis contorsionándome. Después de meses trabajando con estas cuerdas, estoy segura de

que resistirán. Él me sujeta por la cintura para impedir que suba más y me detengo; desde donde estoy puedo ver lo que está pasando.

Hay varios policías, y percibo en ellos cierta animosidad, no sé por qué, pero uno agarra a Léa por los brazos y tira de ella hacia la pasarela de su barco.

—¡Eh, no la trate así! —le grita Basil.

Daeshim está intentando ayudar a Léa, todos le tienden la mano y ella gruñe en francés y se zafa de los brazos de los policías, y entonces se desata el caos, el policía la empuja para obligarla a bajar por la pasarela, pero lo hace con tanta rabia que ella tropieza, desprevenida. Alguien intenta cogerla, pero ella se golpea la cabeza con la barandilla y se desploma sobre la cubierta. Intenta incorporarse, buscando algo que no puedo ver, y al cabo de un momento deja de moverse.

Se alzan gritos de estupor e incredulidad, y oigo pronunciar el nombre de Léa una y otra vez mientras la zarandean, pero ella no se mueve, no se despierta. No, otra vez no, por favor, pienso, otra vez no.

Ennis tira de mí para que vuelva a bajar, pero me agarro con fuerza. No puedo irme sin antes asegurarme de que Léa se mueve, tengo que verla abrir los ojos.

—Baja, Franny —me ruega Ennis.

En mi interior reina el silencio y la quietud.

—Franny.

No me muevo. Soy incapaz de moverme.

—Por favor —me suplica Ennis.

Lo miro desde la penumbra del casco. «Por favor», repite él, y entonces bajo. Y nos sumergimos en el agua, los dos a la vez, y nos hundimos entrelazados como en un abrazo, sosteniéndonos el uno al otro para llenar el espacio que separa los latidos de nuestros corazones, luego él se escabulle y me quedo sola.

Arriba, el mundo es movimiento, color y ruido. Abajo, calma.

Ingravidez.

Huida.

Me dirijo a la orilla con las alas desplegadas como un cormorán, moviendo las piernas frenéticamente. Contengo la respiración para continuar por debajo del agua, guiada por la sombra que me precede. Buenos pulmones, me dijo una vez, y es cierto, él aguanta mucho tiempo debajo del agua, y no tengo más remedio que intentar igualarlo porque no quiero que nos descubran por mi culpa. Volvemos a sacar la cabeza demasiado pronto, pero no pasa nada; nos hemos alejado bastante y aún no nos buscan, creen que estamos en ese barco, creen que soy yo la que yace inmóvil sobre las tablas de esa cubierta.

Por fin nos acercamos a la orilla, casi a la altura de los barcos amarrados en el muelle. No sé lo que haremos a continuación, pero una cosa es segura: tenemos que largarnos de aquí...

Me detengo.

El barco se llama *Sterna Paradisaea*. Al verlo sé lo que tengo que hacer. «Busca las pistas de la vida, están por todas partes.» Pero esto no es una pista, es un maldito letrero de neón.

—Ennis —digo, y él se detiene y espera a que lo alcance en la oscuridad. Jadea con fuerza, no está acostumbrado a recorrer distancias tan grandes a nado. Tiene una mirada frenética.

En el yate de acero de doce metros de largo no hay ninguna luz encendida. Nos subimos a la cubierta y vamos directos a la cabina. No están las llaves, pero bajamos y Ennis encuentra un juego.

—Siempre hay llaves de repuesto en la despensa.

Entro en el estrecho cuarto de baño y no enciendo la luz. Miro el contorno de mi reflejo y me abofeteo una, dos veces la mejilla, deseando que me duela, deseando ver sangre. Pero no es suficiente y, justo cuando voy a golpearme la frente contra el espejo, Ennis aparece y me sujeta, sin hacer caso de mis

forcejeos y mis sollozos, hasta que me rindo y me derrumbo apoyándome en él, y lloro. En cuanto me suelta me seco las lágrimas y no dejo que me consuele más, porque ¿y si ella está muerta?

Esperamos a que amanezca, a que el *Saghani* esté vacío y la policía se haya ido.

Ennis detiene el yate a su altura para que yo pueda subir a bordo una vez más.

—¿No vienes conmigo? —le pregunto, pero me responde que no puede.

Se queda esperando a que yo recorra el barco saqueado por la policía, que ha confiscado la mayoría de nuestras pertenencias, así como todo lo que pudiera tener algún interés, empezando por mi portátil. Pero tengo la manía de esconder siempre la mochila con mis amadas cartas debajo de la cama, y cuando voy a mirar allí está, esperándome.

Compruebo el puente por si acaso, pero, como me ha advertido Ennis, han bloqueado el timón. Aunque el barco estuviera en condiciones de navegar, no podríamos ir a ninguna parte. Con un último adiós, me reúno con Ennis en el yate y a continuación dejamos atrás el *Saghani*, un barco fantasma en el amanecer gris, y pienso en Léa, me pregunto dónde estará ahora, en una habitación de hospital o en un depósito de cadáveres, y quiero gritar, pero el grito se queda dentro, me lo guardo con todo lo que me sulfura, porque más tarde podría necesitarlo.

Cuando salimos de la cala, Ennis y yo nos miramos a los ojos y no nos hace falta decir con palabras lo que estamos pensando los dos. Es probable que no sobrevivamos, pues sólo somos dos personas navegando en un barco pequeño y robado, sin el software de rastreo y los puntitos rojos, y dejando a nuestro paso una estela de destrucción, como la delicada piel que desprende una serpiente. Anoche no pudimos despedirnos ni

con la mirada. No tenemos ninguna garantía de que puedan reanudar su vida, si es que ésta no quedó arruinada en el instante en que Léa resbaló y se partió el cráneo.

Nos quedamos mirando el *Saghani* hasta que desaparece de nuestra vista. Mientras ponemos rumbo sur, hacia el océano más peligroso del planeta, el capitán llora sin pudor.

¿Y yo? Yo estoy demasiado embotada para derramar más lágrimas. O demasiado insensibilizada.

TERCERA PARTE

25

Cuando nace mi hija, sin aliento, ahogada por mi cuerpo, una parte de mí se duerme.

Voy en busca de algo que la despierte.

Parque Nacional de Yellowstone, Estados Unidos
Seis años atrás

Lo he esperado en el aeropuerto, de todos modos. Siempre le pido que venga conmigo, pero somos muy distintos. Él tiene que reunir fuerzas para lidiar con su propio dolor, y las encuentra en el trabajo, y no sacudiéndose la responsabilidad y lanzándose a viajar, como yo, siempre en movimiento, corriendo hacia delante sin mirar atrás. Así que, una vez más, lo he abandonado, a pesar de haber prometido que nunca más lo haría.

Dejaré de hacer esa promesa. Nos degrada a los dos.

He llegado bien a Yellowstone, uno de los últimos bosques de pinos. Hoy en día es un lugar vacío, muy distinto de como era antes. Todos los ciervos han muerto. Y hace tiempo que los osos y los lobos se marcharon, ya no eran suficientes para sobrevivir a lo inevitable. Nada sobrevivirá a esto, dice Niall. No al ritmo actual de cambio. No oigo cantar a los pájaros mientras paseo entre los pinos, y eso me parece catastrófico. Lamento haber venido aquí, donde pensaba que habría más vida que en ninguna otra parte. He encontrado un cementerio.

Mientras la alfombra de corteza y hojas muertas cruje bajo

mis botas, la oigo llorar como debería haberlo hecho cuando nació. Debo de estar volviéndome loca. El pánico se posa como remolinos plateados sobre mi piel, como el reflejo iridiscente del sol sobre las escamas de un pez.

Hace muchos meses que no veo a Niall, aunque siempre nos escribimos religiosamente. Ahora mismo una carta no es suficiente. Necesito oír su voz. Veo borroso mientras me dirijo al hostal más cercano. Sin dejar de temblar en ningún momento, tomo una habitación, cierro la puerta y enciendo el teléfono. Las paredes bailan un poco a mi alrededor, y no puedo sacarme este dolor del pecho y las entrañas. Tengo que salir de aquí.

El teléfono empieza a emitir pitidos con decenas de llamadas perdidas y mensajes. Todos son de Niall, y me quedo helada porque no es normal, no me llama a menos que haya pasado algo.

Responde al segundo timbrazo.

—Hola, cariño.

—¿Estás bien?

Se queda callado un momento.

—Han declarado extinto al cuervo.

Exhalo todo el aire de los pulmones. El pánico desaparece de golpe y mi ensimismamiento se disuelve, y lo que me queda es el recuerdo de doce amigos ofreciéndome regalos desde las ramas del sauce. Me invade una enorme tristeza, pero aún mayor es la preocupación que siento por mi marido. Sé que esto lo afectará mucho, como siempre le ocurre en estos casos.

—Toda la familia de los córvidos ha desaparecido —continúa—. El cernícalo era la única ave rapaz que quedaba, y el último murió en cautividad el mes pasado... —Lo oigo perder la voz mientras niega con la cabeza. Lo oigo reunir la poca energía que le queda—. El ochenta por ciento de toda la vida animal en estado salvaje ha muerto. Y el resto seguramente desaparecerá

en una o dos décadas. Nos quedarán los animales de granja, que sobrevivirán porque necesitamos llenarnos el estómago con su carne. Y los animales de compañía, porque nos permiten olvidarnos de las demás especies, las que se están muriendo. Las ratas y las cucarachas también sobrevivirán, pero los humanos seguirán estremeciéndose cuando las vean y tratarán de exterminarlas como si su vida no valiera nada, aunque sean verdaderos milagros. —Noto que está al borde del llanto—. Pero el resto, Franny, todas las demás especies... ¿Qué sucederá cuando muera el último de los charranes? Nunca volverá a haber una criatura tan valiente.

Espero para asegurarme de que ha terminado de hablar.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunto entonces.

Lo oigo respirar profundamente.

—No lo sé.

Ya me ha hablado en otras ocasiones de un punto de inflexión. El momento en que la crisis de la extinción de las especies se aceleraría y las cosas empezarían a cambiar de tal forma que nos afectaría directamente a los humanos. Intuyo por el tono de su voz que lo hemos alcanzado.

—Hay cosas por hacer y tú lo sabes mejor que nadie. ¿Qué hacemos, Niall?

—Hay una reserva natural en Escocia. Llevan décadas prediciendo esto, criando especímenes más resistentes y tratando de crear nuevos hábitats para rescatar la vida salvaje.

—Entonces iremos a Escocia.

—¿Vendrás conmigo?

—Ahora mismo salgo para allí.

—¿Y qué hay de Yellowstone?

—Me siento sola sin ti.

No lo repite. Siempre lo hace, pero esta vez se limita a responder:

—No creo que pueda continuar así.

Y me lo creo.

—Vuelvo a casa —le prometo—. Espérame.

Prisión de Limerick, Irlanda
Dos años atrás

—Stone, despierta.

No quiero. He estado soñando con una foca, viendo los juegos de la luz del sol a través del agua. En cuanto abro los ojos me encuentro a Beth y nuestra celda, y todo el calor se escapa.

—Vamos. Han visto uno.

—¿Un qué? —pregunto, pero ella ya está saliendo.

Me levanto de la cama malhumorada y la sigo hasta la sala de recreo. Esta mañana me encuentro a todas las mujeres apiñadas alrededor del televisor, junto con los guardias.

Están viendo las noticias.

> *El hallazgo y la captura de una loba gris en Alaska han causado estupor entre la comunidad científica que creía extinguida la especie. Las autoridades fueron alertadas sobre su existencia tras la escabechina de un rebaño al sur del Parque Nacional y Reserva de las Puertas del Ártico. Los expertos afirman que este comportamiento sólo se debe a que su propio hábitat natural y sus fuentes de alimento han desaparecido, pero no se explican cómo esta criatura ha podido sobrevivir tanto tiempo sola sin que nadie la viera.*

Me acerco para ver las imágenes. Noto cómo me tenso y se me acelera el corazón. Es una loba flaca y escuálida, pero magnífica. La tienen dentro de una jaula. La vemos pasear de un lado para otro, clavándonos una mirada tan fría y llena de sabiduría que me estremezco.

El ganadero que perdió el rebaño ha pedido que se sacrifique al animal, pero el clamor popular ha hablado alto y fuerte, hasta el punto de que el gobierno estatal ha intervenido prohibiendo que se haga daño a la loba gris, de la que se especula que es la última de su especie en todo el mundo. La trasladarán y la dejarán al cuidado del equipo de la Reserva contra la Extinción Masiva, con sede en Edimburgo. Al parecer, personas de todo el mundo están acudiendo a Escocia para ver a la loba gris, la última de su especie.

Lo que nos lleva a nuestro último aviso: todas las personas que deseen visitar los últimos bosques del mundo deberán inscribirse inmediatamente en las listas de espera, ya que cada vez es más probable que hayan desaparecido antes de que todos los interesados puedan disfrutar de la oportunidad.

Me quedo mirando los ojos negros de la loba sin apenas oír a la reportera. Me la imagino en la REM, rodeada de voluntarios y científicos entregados y desconsolados, y sé que la tratarán con cariño. Pero dado que no hay posibilidad de que se reproduzca ni siquiera en cautividad, no puedo evitar preguntarme si no deberían haberla dejado seguir viviendo sola en libertad. No puedo evitar pensar que ningún animal debe vivir en una jaula. Sólo los humanos merecemos ese destino.

Base de la REM, Parque Nacional de Cairngorms, Escocia
Seis años atrás

Las personas que viven y trabajan en la base de la Reserva contra la Extinción Masiva se dividen en dos clases: los optimistas a ultranza que te crispan los nervios, o los insatisfechos que se regodean de serlo.

Niall es el único entre ellos que parece existir en un lugar intermedio. Digo «ellos» porque a nadie en esta base se le ocurriría ni por un segundo incluirme a mí. Yo sólo valgo para

cocinar y limpiar, lo que para los científicos significa muy poco. Están demasiado enfrascados en su tarea, y así debe ser. Luchan para cambiar el curso del planeta.

En el aeropuerto de Edimburgo nos esperaba una pareja joven que recibió a Niall como si fuera un visionario. En la base todos han leído su obra y la conocen a fondo, y la citan constantemente en las reuniones. (Lo sé porque Niall a veces me invita a asistir a ellas, y lo hago henchida de orgullo.) Nos quedamos una semana allí y luego nos llevaron al norte, al Parque Nacional de Cairngorms, que es donde se encuentran los santuarios de vida silvestre y donde el aire es maravillosamente puro. Por lo que he visto desde que estoy aquí, se han hecho progresos asombrosos con ciertas especies, pero el resto se ha quedado igual. Según Niall, era inevitable. Tuvieron que apostar por los animales más importantes, los que necesitamos y los que tienen más posibilidades de sobrevivir, dejando que los desahuciados se las arreglaran como pudieran. Es curioso, pero los insectos ocupan un lugar destacado en su lista: las abejas, las avispas, las mariposas, las polillas, las hormigas y algunas especies de escarabajos, incluso las moscas. Al igual que los colibríes, los monos, las zarigüeyas y los murciélagos. Todos estos animales son polinizadores; sin la vida vegetal estamos perdidos.

Al llegar aquí a Niall y a mí se nos cae el alma a los pies. Salvar a determinados animales sólo por lo que tienen que ofrecer a la humanidad puede ser práctico, pero ¿el problema no radica precisamente en esa actitud? ¿En nuestro egoísmo abrumador que aniquila todo a su paso? ¿Qué hay de los animales que existen por el mero hecho de existir, porque millones de años de evolución los han convertido en los prodigios que son hoy día?

Esto es lo que pregunto hoy en la reunión, después de un mes con la boca cerrada, y todas las cabezas de la sala se vuelven

hacia mí. Niall está a mi lado, cogiéndome la mano por debajo de la mesa. Me tratan con paciencia porque estoy casada con el profesor Lynch.

James Calloway, un profesor de genética que ronda la setentena, dice simplemente:

—No damos abasto. Para sobrevivir hay que priorizar.

En eso no hay discusión posible.

Niall me aprieta la mano, lo que es agradable. Desde que Iris nació muerta no nos tocamos mucho. Hace más de un año que no hacemos el amor, tal vez porque hemos estado separados casi todo el tiempo, pero incluso ahora que volvemos a estar juntos no puedo imaginar cómo podremos recuperar esa intimidad. Todo un universo se interpone entre nuestros cuerpos.

Sin embargo, hoy me ha cogido la mano y me la ha estrechado, y eso no es poco.

La conversación se desvía hacia las futuras migraciones y el problema que éstas suponen para las parejas reproductoras de las especies que protegemos aquí. Están diseñadas genéticamente para ir en busca de alimento, y si no lo encuentran el desplazamiento puede resultar fatal. Los pájaros mueren de agotamiento.

—El profesor Lynch ha escrito sobre la involucración humana en los patrones migratorios como una posible solución —señala James, que preside las reuniones.

—Es una teoría —murmura Niall.

—No podemos seguir a los pájaros alrededor del mundo —replica Harriet Kaska, que siempre le lleva la contraria—. Es completamente inviable. Tenemos que contener a las aves para que no sientan la necesidad de migrar. Simplificar y prevenir.

Harriet es una profesora de biología de Praga con un doctorado en Cambio Climático y otro en Ornitología. Está obsesionada con discutir con Niall, y creo que es porque

considera que es el único de sus colegas que está a su nivel profesional. Esta idea de evitar las migraciones es algo sobre lo que han discutido largamente. Mi opinión acerca del asunto, aunque nadie me la pide, es obvia.

—La migración es inherente a su naturaleza —afirma Niall.

—Pero no tiene por qué ser así —replica Harriet—. Vivimos en una época en la que es necesario adaptarse. Es lo que se espera de ellos. Éste es el único requisito para sobrevivir, siempre lo ha sido.

—¿No tienen suficiente con adaptarse a la devastación que les estamos imponiendo?

Esto es lo que parecen hacer en esta sala, discutir sobre los mismos temas una y otra vez, como en un bucle.

La conversación se centra en los charranes árticos, ya que Niall ha escrito a menudo sobre ellos, prediciendo que serán las últimas aves en desaparecer debido a su hábito de migrar más lejos que ninguna otra especie.

—Eso no importa —interviene otro biólogo, Olsen Dalgaard, de Dinamarca—. Deles cinco o diez años y dejarán de recorrer esas distancias. Sin nada que comer por el camino, no podrán.

—Está usted muy equivocado si cree que unas aves marinas carnívoras serán las últimas en desaparecer —afirma Harriet como si se dispusiera a aceptar apuestas—. Yo digo que serán las especies herbívoras de las marismas, que son las únicas que cuentan con un hábitat continuo. Ya no quedan peces.

—No es seguro —responde él con calma, como si no le importara, cuando sé a ciencia cierta que casi no duerme por el terror de que suceda.

—Como si lo fuera.

Niall no sigue discutiendo, pero lo conozco. Está convencido de que los charranes continuarán volando todo lo que haga falta; si hay comida en algún lugar del planeta, la encontrarán.

Estoy cansada, tengo ganas de tomar el aire. Me excuso y me

voy. Junto a la puerta me esperan las botas y la parka; me las pongo y salgo al mundo invernal. Voy andando al recinto más grande. He oído que abarca la mitad de los cuatro mil quinientos kilómetros cuadrados del parque. Está rodeado por una enorme valla y dentro hay animales maravillosos, no sólo los autóctonos de Escocia, sino muchos que han sido rescatados y traídos al parque en un esfuerzo por detener su extinción. Hay muchos zorros y liebres, ciervos, gatos monteses y linces, alguna ardilla roja, escurridizas martas de los pinos, erizos, tejones, osos, alces. En otro tiempo también hubo lobos, antes de que el último muriera. Un santuario sin parangón en el resto del mundo, pero que igualmente se queda muy corto. El equilibrio entre depredadores y presas es delicado, y todos son los últimos especímenes de su especie.

Me gustaría atravesar esta valla de tela metálica. El otro lado me interesa mucho más que éste, pero ni siquiera yo sería tan estúpida. Así que bajo hasta el lago, que no es el mar pero sí un gran regalo para los pulmones. Se supone que no debería nadar en él, pero lo hago. Sólo me doy un chapuzón en el agua helada y salgo rápido; mientras me peleo para ponerme la ropa, me siento mucho más viva que antes. Un día vi una nutria aquí y me emocioné.

Cuando me casé con Niall me tocó en suerte el privilegio de poder vivir aquí, en este lugar único en el mundo donde habitan la mayoría de los animales salvajes que todavía quedan en el planeta. No merezco estar aquí, no tengo nada que ofrecer, sólo el amor que siento por un hombre que lo da todo, y el que siento por las criaturas, por lo que pueda valer.

No me doy prisa en ir al comedor, donde están cenando todos excepto Niall, que sigue trabajando. Así que como sola y luego me voy a acostar a nuestra pequeña cabaña. Como casi todas las noches, antes de que él vuelva ya estoy dormida. También suele levantarse e irse antes de que yo me despierte.

Los besos que antes me dejaba entre sueños se agotaron hace tiempo.

• • •

Esta noche me cuesta dormir. Debo de estar incubando algo porque no dejo de toser. Tengo un cosquilleo en la garganta, pero por mucha agua que beba no consigo aliviarlo. Como no quiero despertar a Niall, me levanto, me pongo unos calcetines gruesos y un jersey de lana y voy al cuarto de baño. Está justo al lado del dormitorio, pero en la oscuridad me parece que está mucho más lejos de lo que imaginaba. Mis pies siguen moviéndose, arrastrándose por el suelo, más frío de lo que esperaba. Por fin doy con el interruptor de la luz, pero cuando lo pulso no hay electricidad. Hace frío en el cuarto de baño oscuro. El aire se ha vuelto gélido; quizá se ha quedado abierta una ventana. La luz roja de la maquinilla de afeitar de Niall ilumina lo justo para que vea el contorno de mi reflejo y el brillo de mi mirada. Parpadeo alarmada al ver el iris de mis ojos teñido de rojo, como un animal en la oscuridad.

Tengo otro acceso de tos, peor que los anteriores. Siento la garganta en carne viva y noto algo que me raspa. Me meto los dedos en la boca, hasta el fondo, y toco algo suave y áspero a la vez. Lo agarro y tiro sin dejar de toser y farfullar hasta que me lo saco de la garganta. No puedo ver lo que es, pero en el fregadero aparece una plum...

—Franny —susurra alguien.

Me vuelvo en la oscuridad; es Niall.

Sin embargo, mi corazón asustado no hace caso. Sigue martilleando, como si supiera algo que a mí se me escapa. Él me pone las manos en el cuello, me lo acaricia, luego lo aprieta y no puedo respirar. En un instante de extraña quietud el cuarto de baño se desvanece, y siento un fuerte tirón en las

extremidades mientras me precipito hacia delante, y él me golpea la cabeza contra el espejo...

—¡Despierta!

Parpadeo y el dolor me desaparece de la garganta y el cráneo, y se me traslada a los pies, que me arden. Dondequiera que estemos hay más luz, pero ahora es plateada, no roja. Estamos en el bosque en plena noche, la luna y las estrellas iluminan la nieve, y tengo las manos alrededor de la garganta de Niall.

Suelto un grito horrorizada y él se zafa de mí, tosiendo una, dos veces, y me coge de la mano y tira de mí corriendo entre los árboles.

—Rápido —susurra, como si temiera que alguien nos oyera.

—¿Dónde estamos?

—En el recinto.

Mis pies descalzos no me responden. «¿Estoy soñando?»

—Vamos, Franny.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Estabas dormida. He seguido tus huellas, como un rastreador en la noche.

Miro a mi alrededor, al lugar en el que tanto he deseado entrar. Luego a Niall, fantasmal bajo la escasa luz.

—¿Te he hecho daño? —le pregunto.

Se le suaviza la expresión.

—No, pero hay animales hambrientos aquí.

Asiento y apretamos el paso. Veo las huellas que debe de haber seguido. No son mías sino de la mujer que vive en mí, la que anhela tanto lo salvaje que al hacerse de noche se me mete en la piel. A veces pienso que si le falta lo salvaje es capaz de matarme. Lo que sea con tal de ser libre.

Llegamos a lo alto de una pendiente y aminoramos el paso para no caer al precipicio. Más abajo hay un lago, pero sin una playa que lo proteja, sólo la vertiente de la colina que

desciende bruscamente hasta el agua. Comprendo la ruta que Niall quiere que sigamos: se propone caminar alrededor del lago para llegar antes a la valla, pero lo detengo.

—No creo que debamos bordearlo tan de cerca.

—Si vamos por arriba tardaremos demasiado.

—Tenemos tiempo. No exageres.

—No deberíamos estar aquí, Franny. Podrían echarnos.

—Tranquilo, que a ti no te echarán.

—¡Basta! —exclama de pronto, sobresaltándome—. Esto no es una aventura. Es algo serio.

—Ya sé que...

—No creo que lo sepas. No te tomas nada en serio. No te comprometes con nada.

Nos miramos a la luz de la luna.

—Estoy comprometida contigo —digo.

Él no responde, al menos no con palabras, pero el aire se corta.

Cuando por fin habla, se limita a decir:

—Vamos. Debes de tener los pies congelados.

En efecto, los tengo, solamente llevo unos calcetines de lana empapados que debo de haberme puesto en sueños.

—Ponte mis botas —me ofrece, pero niego con la cabeza y me acoplo a su paso en dirección al lago.

Al final no me caigo yo, sino Niall.

Resbala por el borde helado del lago y rompe la capa de hielo que lo cubre. El agua por aquí debe de ser profunda, porque desaparece al instante bajo la superficie.

Me meto en el agua detrás de él, y noto cómo el filo de un cuchillo se me hunde en la columna vertebral. Qué fría está, Dios mío. Él se ha quedado inmóvil. Pero yo me he pasado la vida bañándome en agua helada y mi cuerpo sabe qué hacer para alcanzarlo y tirar de él hasta la orilla. Aun así no sabe cómo va a sacarnos de allí; no parece haber nada a lo que

pueda agarrarse, sólo la nieve resbaladiza. El borde del lago es como un muro.

—Niall —digo con los dientes castañeteándome.

No responde, y lo sacudo con fuerza hasta que asiente y suelta un gruñido. Busco un asidero, y avanzo penosamente, arrastrándolo conmigo, hasta que llegamos a un lugar lo bastante poco profundo como para darnos impulso con los pies.

—Agárrate al borde —le ordeno, y me alzo como puedo hasta acabar tendida sobre la nieve.

Hace un frío insoportable y las extremidades apenas me responden.

—Niall, no puedo sacarte del agua. Tienes que hacerlo tú.

—No puedo.

—Sí puedes. Yo acabo de hacerlo.

Puedo ver que lo intenta, pero está congelado y la ropa mojada no ayuda.

—Niall, haz otro esfuerzo. No me dejes sola.

Se alza con dificultad y, con la ayuda de mis brazos, consigue salir del agua y entonces se desploma sobre la nieve. Se queda allí un momento, pero le tiro de las manos con brusquedad.

—Vamos, rápido.

Seguimos el lago dando tumbos, esta vez manteniéndonos a una buena distancia del borde. Cruje algo en la maleza, pero no lo vemos, no hay ojos reflectantes ni sombras en la noche. Cierro la verja del recinto al salir y dejo que Niall se apoye en mí mientras volvemos a nuestra cabaña. Nadie ha advertido nuestra ausencia; será como si esta noche no hubiera ocurrido.

Excepto por el frío que nos ha entrado en el cuerpo y que traemos con nosotros.

Preparo una ducha, no demasiado caliente, y ayudo a Niall a quitarse la ropa. Está tiritando, pero en cuanto lo pongo bajo el chorro de agua empieza a reaccionar. Me desnudo y me meto con él en la ducha, y le rodeo el cuerpo con los brazos para

infundirle el poco calor que tengo.

—¿Estás bien? —pregunto al cabo de un momento.

Él asiente y me sostiene la cabeza. Posa los labios en mis hombros y yo en los suyos.

—Sólo ha sido un chapuzón nocturno, ¿no? Tú te los das continuamente.

Sonrío.

—Sí.

—Será tu sangre de selkie —murmura.

—Será.

—Te he echado de menos, cariño.

—Te he echado de menos.

—¿Por qué te vas?

Tardo en contestar.

—No lo sé.

—Intenta pensarlo.

Poso los labios en su cuello mientras lo intento.

—Creo que porque si no lo hago siempre acabo arruinándolo todo —susurro.

—Yo creo que tienes miedo.

Admitirlo supone un alivio.

—Es verdad. Siempre tengo miedo.

—Esto no va a durar siempre, amor mío.

Trago saliva, recordando la sensación de la pluma en la garganta.

—Lo sé.

Sigue un largo silencio en el que sólo se oye el ruido del agua al caer.

—Mi padre estranguló a un hombre. Mi madre se colgó. Edith se ahogó con el líquido de sus pulmones, y mi cuerpo asfixió a nuestra hija. Sueño que me ahogo, y cuando me despierto me encuentro intentando robarte el aire que a mí me falta. Hay una tara en mi familia. Y yo la tengo multiplicada.

Niall me acaricia el pelo durante mucho rato antes de responder.

—Tu cuerpo no asfixió a nuestra hija. Murió porque a veces los bebés mueren antes de nacer, eso es todo. —Luego, una vez más—: Te he echado de menos.

Y estoy harta del universo que se interpone entre nosotros. Este amor es muy peligroso, pero él tiene razón, no permitiré que la cobardía me domine, ya no, y no me conformaré con ser tan poca cosa, con tener una vida tan insignificante. Mi boca encuentra la suya y el solo contacto basta para despertarnos, y nos devuelve por fin a una tierra abandonada hace tiempo, la tierra del cuerpo del otro.

Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez, y me aferro a él mientras me atrae con más fuerza, y se mueve despiadadamente dentro de mí como si quisiera destruir lo poco civilizado que queda y empujarme hacia lo incivilizado, lo bárbaro, y al verme liberada de mi propia vergüenza doy un brinco, un salto al vacío que me lleva a un lugar salvaje y descontrolado donde no hay huidas ni abandonos, un lugar donde encuentro reposo.

26

Base de la REM, Parque Nacional de Cairngorms, Escocia
Cuatro años atrás

Niall y yo la observamos conteniendo la respiración. Cuando extiende las alas hacia arriba y hacia atrás, como la *Victoria de Samotracia*, se me acelera el pulso. Estira el pico, que suele ser naranja, a juego con las patas, pero que se le ha oscurecido con el frío del invierno, y lo hunde en la maleza y vuelve a sacarlo. Come uno, dos, tres granos.

Se oye una exhalación colectiva.

—Así se hace —susurro.

—¡Mirad! —grita Harriet—. Lo sabía. La adaptación.

Niall se muestra impasible, y por una vez no tengo ni idea de qué está pensando. Para ser justos, él nunca ha dicho que las aves no se adaptarían a un nuevo entorno, sino que con un poco de esfuerzo de nuestra parte podrían no tener que hacerlo. Ha estado intentado conseguir la autorización necesaria para financiar piscigranjas en las aguas antárticas, pero, como él mismo dice, es echar agua en un cesto. A ningún gobierno le preocupa alimentar a los pájaros: ¿para qué si esa misma pesca podría dar de comer a seres humanos? Una vez más la desidia me sobrepasa.

Contemplo a la pequeña hembra, más menuda que sus parientes del Ártico. Si no la tuviéramos aquí enjaulada, comiendo grano en lugar de pescado, emigraría a la costa este de Australia.

Me gustaría acariciarla, pero está estrictamente prohibido

salvo en casos de extrema necesidad. No es el personal de la reserva quien lo impide sino Niall, que cree que el contacto del ser humano con un animal es perturbador y cruel. El compañero de la hembra, con su grito chirriante característico, es más ruidoso. Lleva más tiempo comiendo grano. Ella tardó más, parecía no resignarse a renunciar a su libertad. Durante un tiempo pensamos que la veríamos morir de hambre sin poder hacer nada, pero hoy por fin se ha rendido.

Niall y yo nos dirigimos a nuestra cabaña. Él guarda un silencio introspectivo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto, pero no responde —. Hoy ha ido bien —añado, sin entender nada.

Asiente.

—¿Qué te preocupa entonces?

—Se merece algo mejor. Harriet cree que ahora cambiarán de ruta cuando migren y buscarán otros lugares para reproducirse. Cree que empezarán a aparearse en la costa de Australia o de Sudamérica.

—¿Todos los charranes?

Asiente.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunto.

—Ha sido muy hábil buscar una planta que resista las inclemencias del tiempo y crezca en la mayoría de los continentes. Y comprobar que los pájaros se la comen cuando se los presiona.

—¿Pero...?

—No creo que quieran dar la vuelta al mundo para comer grano.

—Harriet dice que ya no tendrán que hacerlo.

Me fulmina con la mirada dándome a entender que el solo hecho de escuchar las teorías de Harriet es una traición. Nos quedamos un rato en silencio, concentrados en nuestros pies, que se deslizan sobre el suelo resbaladizo, y en el vaho que se

forma con nuestro aliento.

Estoy segura de que los dos estamos pensando en la criatura enjaulada.

—Tú crees que seguirán migrando, ¿verdad? —le pregunto.

Niall asiente una vez, muy despacio.

—¿Por qué?

—Porque está en su naturaleza.

Nos marchamos a Galway a la mañana siguiente. Pasaremos las Navidades con los padres de Niall. El chófer nos espera para llevarnos a Edimburgo, pero antes de subirnos al coche Niall y yo vamos a los recintos para despedirnos de los pájaros. Instintivamente los dos nos acercamos a los pequeños charranes. El macho vuelve a comer grano, conformándose con lo que hay. La hembra, en cambio, vuela alrededor de la jaula, rozando el metal con las alas, intentando en vano alcanzar el cielo.

Me vuelvo, incapaz de seguir mirándola.

Pero Niall quiere verlo, aunque se le rompa el corazón.

***Sterna Paradisaea*, Atlántico Sur**
Época de apareamiento

Tengo en las manos el cráneo de una cría de chochín común. Lo he encontrado esta mañana en uno de los nidos de nuestro jardín, entre los sauces del fondo; sus padres debieron de dejarla allí cuando murió y se olvidaron de ella. O tal vez la velaron todo lo que pudieron. Es como una cáscara de huevo, sólo que mucho más pequeña, mucho más delicada. Es apenas un poco más grande que la yema de mi meñique. No paro de pensar en lo fácil que sería aplastarla, y eso me ha hecho pensar en ella. Pero no en ti. Tú estás hecha de otra pasta. Algo mucho más duradero. Cuando hablabas

de los pájaros disecados en el laboratorio, decías que les faltaba algo. En ese momento no lo entendí. Ahora sé de qué hablabas, mejor dicho, lo siento. Tu ausencia nunca me ha parecido más cruel. Nunca te había odiado hasta ahora. Nunca te he querido más.

La carta huele a él. Me la llevo a la cara cuando...

—Perdona, encanto.

Ennis aparece en el marco de la puerta, agachado con torpeza. Doblo la carta de Niall y la guardo con cuidado en la mochila con el resto. Ésa era de una época especialmente sombría, poco después de la muerte de Iris.

—Dentro de unos minutos habrá mar gruesa.

—¿Qué hago? —le pregunto.

—Quédate aquí abajo. Quítate los zapatos.

—Por si tenemos que nadar —digo, y hago una mueca.

Ennis asiente. Creo que lo emociona cruzar el tristemente célebre estrecho de Drake. Este viaje es lo último que le queda, igual que a mí. Pero yo no comparto su emoción, sólo siento un profundo cansancio y la necesidad de ver cómo acaba todo.

Ya no hay nada que seguir. No hemos vuelto a ver a los charranes con los rastreadores. Sólo podemos adivinar adónde han ido, y parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que los vi volando. ¿Cuánto fue la última vez que supe que estaban vivos?

Además del pequeño camarote donde estoy, hay una cocina equipada con lo mínimo, un cuarto de baño estrecho, una mesa de comedor y una litera que Ennis fue tan amable de ofrecerse a ocupar. En lugar de acostarme subo al timón y me quedo de pie al lado del capitán. El aire está cargado de estática. El cielo se ha puesto negro. El mar se despierta lentamente, preparándose; lo siento en las entrañas.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —le pregunto en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —replica, pero sabe a qué me refiero, y al cabo de un momento se encoge de hombros.

Contemplamos el agua oscura que empieza a agitarse y las olas que crecen sin cesar delante de nuestros ojos. Todavía no hay tierra a la vista.

—No creo que nadie lo sepa —añade.

Y entonces da un golpe de timón, giramos bruscamente, empezamos a subir por la pared de la ola que llega y, escapando de los hambrientos colmillos de ésta, alcanzamos la cresta, y es como si nos halláramos en lo alto de un abrupto acantilado. Pero, apenas empezamos a caer en picado —suelto todo el aire que llevo en los pulmones—, Ennis gira el barco en dirección contraria y subimos por la pared de la próxima ola, y justo cuando creo que vamos a volcar y ser engullidos llegamos arriba. Y así sigue largo rato, zigzagueando entre las olas, siguiéndolas, adelantándose a ellas, buscando siempre las pendientes y crestas más suaves. Maneja con destreza la pequeña embarcación en medio de este mar peligrosísimo, como en una danza; aquí reina el silencio, el cielo nos mira y nunca me he sentido tan en armonía con un océano tan bravo.

La lluvia llega con un ruido tembloroso.

El parabrisas de plástico nos protege como puede, pero enseguida estamos empapados y las olas nos azotan por todos lados. Ennis me ha atado con él al timón y hacemos lo posible para mantenernos erguidos, expuestos en nuestra vulnerabilidad.

Si han muerto todos los charranes, esta expedición habrá sido en vano. Pero ¿cómo podría sobrevivir un pajarillo delicado y exhausto volando por todo el mundo sin apenas comer?

Es pedir demasiado.

Por fin lo entiendo y en el fondo de mi corazón los dejo ir. Ninguna criatura merece sufrir tanto. Si han muerto no habrá

sido tranquilamente sino tras una lucha desesperada. Si han muerto todos es porque hemos convertido el mundo en un lugar inhabitable. Así que, para no perder la razón, libero a los charranes árticos de la carga de sobrevivir a lo que no deberían y les digo adiós.

Luego me meto en el cuarto de baño para vomitar.

Sueño con polillas que bailan en los haces de los faros de los coches. No sé si es porque veo tan cerca el final o por la sensación de fracaso, pero vuelvo a revivirlo.

Prisión de Limerick, Irlanda
Doce meses atrás

Mi psiquiatra se llama Kate Buckley. Es muy menuda e impetuosa. La he estado viendo una hora a la semana durante más de tres años.

Hoy comienza nuestra sesión con las siguientes palabras:

—No voy a recomendarte para la libertad condicional.

—¿Por qué?

Aparte de algunos incidentes al poco de llegar me he portado bien, y ella lo sabe. El deseo autodestructivo que me llevó a declararme culpable y por el que acabé en este lugar, y el odio hacia mí misma que me impulsó a intentar suicidarme y me mantuvo en un estado catatónico durante los primeros seis meses, han sido reencauzados. Ahora quiero salir de aquí.

—No puedo afirmar que has cooperado en tu rehabilitación emocional, ¿verdad?

—Claro que puedes.

—¿Y cómo esperas que lo haga?

—Podrías mentir.

Guarda silencio un momento y luego se ríe. Enciende dos cigarrillos ilícitos, uno para cada una. Además de una «mayor confianza en mí misma», me ha inculcado la adicción a la nicotina. Cada vez que me llevo un cigarrillo a los labios puedo saborear a Niall.

—No lo entiendo —digo con más calma—. Dijiste que estaba mejor.

—Y es cierto. Pero sigues sin hablar de lo que pasó. Y lo primero que me va a preguntar la junta de libertad condicional es si has sido capaz de expresar un verdadero arrepentimiento.

Mis ojos se desplazan automáticamente hacia la ventana, y mi mente se distancia de las palabras para detenerse en los dibujos que forman las nubes deshilachadas en el cielo. Oh, cómo me gustaría estar en una bolsa de aire, flotando lánguidamente...

—Franny.

Me obligo a mirarla.

—Concéntrate —me dice—. Usa las técnicas que te he enseñado.

De mala gana respiro hondo y tomo conciencia de la silla en la que estoy sentada y del suelo bajo mis pies, y clavo la mirada en sus ojos, luego en su boca, reduciendo el mundo a mis sentidos físicos, a esta habitación, a ella.

—El desapego voluntario es un estado mental muy peligroso. Quiero que te mantengas presente.

Asiento. Lo sé; me lo dice todas las semanas.

—¿Ya has accedido a hablar con Penny?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya me odiaba incluso antes de todo esto.

—¿Por qué?

—Porque soy voluble.

—¿Es eso lo que ella te dijo?

—De manera indirecta. Y es psiquiatra, así que sabe de qué habla.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Me encojo de hombros.

—Transparente.

—A mí no me pareces voluble, Franny. Todo lo contrario.

—¿Cómo es eso?

—¿Sobre qué has cambiado de opinión? Yo a eso lo llamaría «determinación» y «testarudez» —murmura Kate haciéndome reír—. ¿Por qué te molesta tanto lo que pueda pensar Penny de ti o la idea de verla?

Miro por la ventana.

—Concéntrate, por favor.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Podría ser por miedo a oír cosas que contradigan la ilusión que te has esforzado tanto en crear?

—No hay ilusión que valga. Ya te dije que se ha acabado.

—Y hemos hablado de cómo las ideas delirantes pueden reaparecer en momentos de profunda angustia emocional como un medio para afrontarlos.

Cierro los ojos.

—Estoy bien. Sólo necesito salir de aquí. Ya he tenido suficiente.

—Te condenaron a nueve años.

—A tres sin libertad condicional. Deja que cumpla el resto fuera. Haré los trabajos comunitarios. Me quedaré aquí. Seré una ciudadana modélica. No puedo soportar más estos muros.

—¿Has hecho tus ejercicios?

—No funcionan, no me sacan de mí misma.

—Respira.

Aprieto los dientes, pero me obligo a respirar. Perder la cabeza en estas sesiones no ayudará a mi caso.

Kate espera hasta que considera que estoy lo suficientemente

calmada para continuar. Pero esta vez me mira de una forma extraña. Como siempre que está a punto de decir algo especialmente desagradable.

—¿Has sabido algo de Niall? —me pregunta.

—¿Desde la última vez que hablamos? No.

—Lo que quiero saber es si has tenido noticias de él desde que estás aquí. ¿Alguna llamada telefónica? ¿Cartas? ¿Te ha escrito, Franny?

No respondo.

—¿Por qué no? —pregunta Kate de manera puntillosa.

Y esta vez debería estar orgullosa de mí, porque cuando levanto los ojos al cielo, lo hago con una concentración tan extraordinaria que no sólo no oigo el resto de sus palabras, sino que me siento ingrávida, a la deriva.

—Señora Lynch —dice el juez en la audiencia para solicitar la libertad condicional—, el informe de su psiquiatra establece que la razón por la que se declaró culpable de asesinato fue su estado traumático, y que debería haber recibido atención psiquiátrica adecuada en aquel momento. Eso me lleva a pensar que el periodo que ha permanecido en prisión le ha permitido tomar cierta perspectiva y que se arrepiente de su franqueza en el momento del juicio. Permítame que se lo aclare: no repetimos los juicios a quienes cambian de opinión.

Lo miro fijamente a pesar de que me han advertido que no lo haga. Por lo visto tengo una mirada inquietante.

—No quiero que se celebre un nuevo juicio —respondo claramente—. Ésta es una audiencia sobre mi libertad condicional y no he solicitado otra cosa.

A mi lado Mara hace una mueca y toma la palabra.

—Su Señoría, la solicitud es simple. La señora Lynch no ha recibido ni una sola amonestación respecto a su

comportamiento en todo el tiempo que lleva en prisión. Ha sido una reclusa ejemplar, a pesar de las múltiples agresiones de que fue objeto y por las que acabó hospitalizada. Y como repetí incansablemente durante el juicio, no tenía antecedentes penales. Un gran número de psiquiatras han considerado que su estado psíquico en el momento del incidente era inestable y se prolongó durante el periodo del juicio. A partir de las pruebas presentadas contra ella, le recomendé encarecidamente que se declarara inocente de asesinato, pero culpable del cargo menor de homicidio. Ella no se hallaba en condiciones de seguir mi consejo. Estaba tan cargada de dolor y culpabilidad por los males que había causado que estaba decidida a soportar un castigo mucho mayor del que se merecía.

—¿La letrada considera que quitar la vida a dos personas no es un delito que merece castigo?

—No cuando es accidental, Su Señoría. Y no si el castigo son nueve años.

—Cuando se la interrogó en el juicio, la acusada afirmó que había querido causar las dos muertes. Lo recuerdo bien porque se mostró bastante categórica al respecto.

—Le repito que se hallaba en estado de shock.

—¿Y las pruebas forenses? —pregunta el juez. Pero antes de que mi abogada pueda responder, se cansa y cierra el expediente—. No estamos aquí para debatir casos resueltos. La cuestión que nos ocupa es si la señora Lynch es o no un peligro para sus conciudadanos o si hay o no probabilidades de que reincida.

—No lo soy —le respondo—. No soy un peligro para nadie.

Me observa. Me pregunto qué es lo que ve delante de él. Finalmente suspira.

—A pesar de los insistentes argumentos que presentó la defensa, un jurado integrado por ciudadanos como usted la declaró culpable. Pero tengo aquí una carta de apoyo de su

suegra, la señora Penny Lynch, en la que se brinda a alojarla durante el periodo de libertad condicional. Estoy seguro de que no necesito decirle lo que eso significa, dadas las circunstancias. Así que sólo por esta razón voy a concederle la libertad condicional. Pero tenga en cuenta, señora Lynch, que en este país no hay clemencia para quienes la infringen, y que el más mínimo paso en falso la obligará a cumplir la condena completa y los años suplementarios. Así que le aconsejo seriamente que preste mucha atención cuando su agente le lea las condiciones de su libertad condicional.

Con esas palabras la cárcel se acaba, soy libre. Me dan ganas de sacarle el dedo y contarle mi plan de largarme enseguida de este puto país, este país que no me ha causado más que dolor. En lugar de eso le doy las gracias amablemente, abrazo a Mara y me dirijo a la salida.

La madre de Niall me está esperando fuera de la prisión, apoyada en su coche. Parece una escena sacada de una película. Pero Penny no es el tipo de mujer que se apoya en los coches, es una postura demasiado informal para alguien de su estatus; entonces, ¿por qué está así? Me acerco con cautela. E inmediatamente lo comprendo: ha desaparecido la dureza de su cuerpo. El coche podría ser lo único que la mantiene erguida.

—Hola, Franny —dice.

—Hola, Penny.

Sigue un largo silencio. Hace sol, para variar, y brilla tanto que nos deslumbra y no podemos vernos bien.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto.

Rodea el coche hasta el lado del conductor.

—Por ti no. Por mi hijo.

—¿Puedes llevarme a él?

Penny asiente.

Me subo al coche.

27

***Sterna Paradisaea,* Atlántico Sur**
Época de apareamiento

Ennis me encuentra durmiendo con las cartas desparramadas a mi alrededor, agotada después de pasarme casi toda la noche vomitando. Pero él está mucho más cansado que yo; ha estado sorteando las olas desde que lo dejé, obrando milagros. Ahora el barco está quieto, por lo que imagino que ha echado el ancla.

Me muevo para hacerle sitio en el duro colchón y se desploma sobre él. El camarote es claustrofóbico, con el techo bajo y las paredes estrechas, pero es agradable tenerlo a mi lado.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—Creo que queda un día más o menos de viaje. Ve a echar un vistazo.

—Lo que hiciste anoche es impresionante. Tengo mucha suerte de haberte conocido, Ennis Malone.

Sonríe sin abrir los ojos.

—Sólo voy en busca de la Captura de Oro, niña. ¿Y tú, qué haces aquí?

No respondo.

Abre un ojo y mira de reojo las cartas esparcidas sobre la cama.

—Me pregunto si tu marido sabe lo mucho que lo añoras.

Se me encoge el corazón. Si no lo sabe, la culpa es mía y sólo mía.

—Es la añoranza del adiós —añade Ennis.

—¿Lo dices por experiencia?

Sonríe un poco.

—Sí.

«Nunca te había odiado hasta ahora.»

—Con tu mujer… —digo.

No estoy segura de lo que pregunto, pero necesito saber más.

—Durante mucho tiempo fue bonito. Y simple.

—¿Qué pasó?

Ennis se vuelve y se queda mirando al techo.

—Se llama Saoirse. A los treinta y seis años le diagnosticaron la enfermedad de Huntington.

Me mira, y en sus ojos veo que intenta aliviar la impresión y la tristeza que me ha causado. Agradezco la generosidad de ese gesto.

—Es algo degenerativo. Su estado se deterioró rápidamente y decidió que yo debía dejarla.

—¿Por qué?

—Porque en su mente existíamos en algún lugar sagrado y ella no quería que se arruinara. No quería que yo la viera… disminuida. Era una cuestión de dignidad, creo. De mantener intacto lo que había entre nosotros. Quiso que yo volviera al mar, para que al menos uno de los dos pudiera vivir…

—¿Y te fuiste?

—No por mucho tiempo. —Observo cómo se esfuerza en hablar. Niega con la cabeza—. Yo no quería irme. Me resistí. Pero al final comprendí que tenía que hacerlo. Era lo único que ella quería de mí. No podía curarla y no tenía nada más que ofrecerle… Ella se negó a confiarme a nuestros hijos, no me creía capaz de criarlos. Pensó que sería mejor que yo estuviera libre, así que les pidió a sus padres que se hicieran cargo de los niños.

—¿Y falle…?

—Todavía vive.

Exhalo muy despacio, consternada.

—No lo entiendo.

Ennis se levanta de golpe. Su brusquedad me resulta agresiva.

—Ella me lo suplicó. Me suplicó que me fuera.

No puedo soportarlo. Se me parte el corazón.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ennis? —le pregunto—. ¿Has dejado a tu esposa moribunda y a tus hijos para embarcarte en una búsqueda inútil?

Desvía la mirada.

—Los niños están mejor sin mí. Un padre loco...

—Tonterías. Tienes que volver. Tienes que volver con tu familia. Es importante que estés a su lado, abrazándola, cuando muera. Y cuando ella se vaya, tus hijos te necesitarán.

—Franny...

Salgo del camarote, intentando dejar fuera lo que ha empezado a insinuarse dentro de mí.

Polillas bailando en los haces de los faros.

Me acerco al timón, luego a la popa, y me quedo boquiabierta. Estoy rodeada de icebergs, de un mar de cristal azul y de un infinito cielo de nieve. ¿Cómo es posible que todavía exista tanta belleza? ¿Cómo ha podido sobrevivir a nuestro poder de destrucción?

Nunca he respirado un aire tan puro.

Aun así...

Una bolsa con un equipo de fútbol en las manos.

Los pies descalzos en la nieve.

El olor de la sangre en la nariz.

• • •

Galway, Irlanda

Cuatro años atrás

No es de extrañar que esta noche tome la decisión. He pasado toda la tarde en una fiesta de cumpleaños infantil, donde mi marido ha jugado con los niños, les ha limpiado las migas de pastel de la boca y les ha dado un beso de buenas noches antes de que sus padres se los llevaran a la cama para que dé comienzo la fiesta de los adultos. La antigua compañera de la universidad de Niall, Shannon, le ha organizado a su hijo de dos años una fiesta como las que imagino que se celebran después de los Óscar, con fuentes de champán, luces flotantes y ropa de etiqueta. No tengo ni idea de dónde saca el dinero, porque el sueldo de un académico no da para tantos lujos. Tal vez viene de una familia rica, como Niall. De todos modos, el despilfarro resulta ofensivo.

Ahora que los niños se han ido me noto cansada, y creo que Niall también lo está, porque, a pesar del frío que hace, nos hemos sentado en el porche trasero y estamos pasándonos una botella de Dom Pérignon que hemos cogido de la cocina. Shannon se horrorizaría si nos descubriera bebiéndola a morro.

—¿Recuerdas nuestra primera Navidad juntos? —me pregunta.

Sonrío.

—En la casa de campo.

—Dijiste que querías comprarla y vivir allí.

—Todavía quiero.

—¿No crees que acabaríamos locos si viviéramos allí los dos solos?

—No —respondo, y él sonríe como si aprobara la respuesta.

—¿Quieres que volvamos a casa? —me pregunta—. A los únicos humanos interesantes que había en esta fiesta se los han llevado a la cama a la fuerza.

«Lo que me gustaría es tener otro hijo», estoy a punto de

decir, pero me contengo.

—Sí. Será lo mejor. Antes de que Shan saque la cocaína y pierda la cabeza —digo.

—No creo que siga consumiendo ahora que tiene al niño —dice Niall después de un trago.

—Ah, sí, claro. De todos modos está en buena forma; sigue metiéndose con todo quisque.

—Ben me ha dicho que tiene pesadillas en las que ella se lo traga entero.

Nos reímos porque no nos cuesta nada imaginarlo: Ben, el marido de Shannon, parece realmente aterrado en su presencia. Entonces me doy cuenta de lo que está haciendo Niall y me quedo boquiabierta.

—¿Vas a encender un cigarrillo?

Él sonríe y asiente.

—¿Por qué?

—Porque hace frío.

—¿Qué tiene que ver eso con la temperatura?

—Nada. Pero es la razón por la que lo he hecho.

Lo miro a la luz dorada del brasero.

—Estoy cansado de luchar —añade, y da una larga calada—. Todo parece inútil.

Suspiro.

—No hagas eso, cariño. No te rindas.

Tiene razones para estar desanimado. Ha decidido dejar la reserva porque está decepcionado y no se ve con fuerzas de seguir. Me consta que no ha conseguido ni la mitad de lo que se había propuesto. Nos hemos fundido los ahorros, lo que significa que los dos tenemos que buscar trabajos remunerados. Y hoy hemos visto a su madre, que se ha mostrado tan gélida conmigo como el patio trasero cubierto de nieve en el que nos encontramos. Después de tantos años estoy acostumbrada, pero él no puede soportar su condescendencia y su negativa a

admitir que se equivocó cuando auguró que nuestro matrimonio no duraría ni un año. No sé por qué significa tanto para él tener razón, pero el caso es que significa mucho. Y además está Iris. Esta tristeza nunca nos abandona.

—Fuma si quieres, pero no te rindas. Y no esperes que luego te bese.

Sonríe.

—Ya veremos cuánto aguantas.

Arqueo las cejas.

Sopla una ráfaga de viento helado que me atraviesa y apaga la llama del brasero. De pronto todo está oscuro y hace más frío. Le cojo una mano y la sostengo entre las mías mientras me asalta un presentimiento.

—¿Estás bien, cariño? —murmura al tiempo que apaga el cigarrillo y se levanta para encender el brasero.

Pero no lo suelto y él se deja caer de nuevo en la silla y me aprieta las manos con la suya.

—¿Franny?

—No es nada. —Niego con la cabeza—. Sólo… espera un poco.

Él se queda quieto, y permanecemos en silencio hasta que el presentimiento pasa de largo, incognoscible e implacable.

Niall se ha tomado unos cinco whiskies además del *champagne*, así que tendré que conducir yo, pese a las tres copas que también llevo encima. Me lanza las llaves, que se me caen al suelo, y me río de su expresión exasperada.

—No te he prometido que las atraparía.

—Cierto. No me lo has prometido, amor mío.

Con el silencio llega un pensamiento compartido: nunca nos hemos prometido nada. Al menos con palabras. Supongo que nos hemos hecho promesas con los labios, los dedos y las

miradas. Sí, de ésas ha habido miles.

Pongo la calefacción a tope y colocamos las manos delante de las rejillas unos minutos, esperando a sentir el calor.

—Por Dios, ya no puedo más de este invierno —gruñe.

—Pues tenemos para rato.

Me pongo en camino, con los limpiaparabrisas a tope para retirar la nieve que se acumula. Conduzco despacio, pues no veo bien en la oscuridad, pero a estas horas de la noche no suele haber coches por estas carreteras.

—¿Lo has pasado bien, cariño? —le pregunto.

Me coge la mano libre y me la aprieta.

—Me he aburrido como una ostra.

—Mentiroso. Te he visto reír tan fuerte que te salía *champagne* por la nariz.

Reprime una sonrisa.

—Está bien, no ha estado mal. ¿Y tú?

Asiento.

Por alguna razón decido que se lo voy a decir ahora: «Me gustaría tener otro hijo. ¿Cómo lo ves?»

Pero él habla primero.

—Tengo que volver a la base de la REM. Pero creo que será mejor que esta vez no vengas conmigo.

Me quedo de una pieza.

—¿No dijiste que habías acabado con la REM?

—Estaba frustrado y reaccioné de forma pueril, pero tienes razón. Todavía hay mucho que hacer.

—Estupendo. Pero por supuesto que iré contigo. Encontraremos la manera de resolver el problema del dinero.

Niega con la cabeza.

—No. Creo que tú deberías viajar.

—Sé que Escocia no está muy lejos, cariño, pero aun así cuenta como un viaje.

No dice nada durante mucho rato.

—No quiero que vengas conmigo.

—Pero ¿por qué?

—No puedes tomártelo a la ligera. Si vas, tienes que quedarte.

Se hace un silencio. Me humedezco los labios resecos con la lengua antes de hablar.

—¿Acaso me fui alguna vez en todo el tiempo que estuvimos allí? —le pregunto con calma.

—No. —Más silencio. Luego añade—: Pero esperaba que te marcharas en cualquier momento.

Lo miro.

—Mira la carretera —me recuerda, y vuelvo de mala gana la vista hacia ella.

—¿Me estás diciendo que no debo quedarme?

—No te estoy diciendo que debas hacer nada, Franny.

La ira se apodera de mí.

—Vaya, está claro que tengo todas las de perder, haga lo que haga. Si me quedo, esperas que me vaya, así que es mejor que no lo intente siquiera.

Niall asiente muy despacio. Es la última reacción que espero de él. Me acaloro tanto que siento náuseas. Respiro hondo hasta que se me pasa e intento explicarme de nuevo.

—Algo cambió la noche que te caíste en el lago. Yo cambié.

Me coge la mano libre y me la aprieta.

—No, no has cambiado, cariño —murmura.

—Sé que pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a confiar en mí, pero...

—Confío plenamente en ti.

—Entonces, ¿por qué no me escuchas?

—Te estoy escuchando.

Se me acelera el pulso porque no entiendo de qué va esta conversación. Verlo tan sereno me exaspera, y sujeto con tanta fuerza el volante que tengo los nudillos blancos. Con las ráfagas

de nieve la carretera parece un túnel excavado por los faros del coche.

—Dijiste que me voy porque tengo miedo y que eso no serviría, y tenías razón. No era la solución, así que me he quedado. Va a hacer dos años de eso.

Lo miro a la cara y me observa sorprendido.

—No lo entendiste bien —me dice—. Me refería a que tenías miedo de admitir la verdadera razón por la que desapareces.

Miro fijamente la carretera, con la mente en blanco.

—¿La verdadera razón?

—Está en tu naturaleza —dice él sin más—. Si pudieras dejar de sentir tanta vergüenza, Franny... No debes avergonzarte de cómo eres.

Noto los ojos velados por las lágrimas.

—¿Te has quedado estos dos años porque te dije que eso te haría valiente?

No respondo, pero las lágrimas me caen por las mejillas, la barbilla y la garganta. De pronto me siento agotada por haber reprimido el impulso de marcharme durante tanto tiempo.

—Oh, cariño —dice él, y creo que también está llorando—. Lo siento. Te querré estés donde estés. Sólo quiero que seas libre de ser tal como eres y de ir a donde quieras. No quiero que te encadenes a mí.

Él no es como John Torpey, quien, aterrado por tener una esposa más libre que él, acabó castigándola y condenándose a una vida llena de arrepentimiento. No, Niall es diferente. Me besa la mano, se la aprieta contra la cara como si se aferrara a la vida misma, o a algo más ardiente, y dice algo que me cambia la vida.

—Que te vayas no significa que me dejes. La verdad es que tú nunca me has dejado.

Siento una ráfaga de aire bajo mis alas desplegadas y estoy volando alto, ingrávida. Nunca podré amar a nadie más. Y en

ese mismo instante se impone una certeza terrible. Él acaba de abrir la puerta de la jaula que yo misma cerré y ahora no tendré más remedio que salir volando. Veo el futuro que nos espera, cómo me iré una y otra vez, y no querré tener más hijos, y no importa lo que diga o lo generoso que sea, eso nos destrozará a los dos poco a poco.

—Franny, creo que deberías parar.

Un búho blanco como la nieve vuela a ras de suelo, se eleva a la altura del parabrisas y desaparece en la negrura de la noche. La luz de la luna se refleja en su plumaje como un mal augurio. Lo contemplo, atónita. Los búhos se han extinguido. Y, sin embargo, ahí hay uno. Quizá hay más, escondidos. Quizá hay más ejemplares de todas las especies y el mundo continúa respirando. Mi corazón roto se llena de esa criatura y vuela tras ella en la noche. De pronto hay un destello cegador seguido de un estruendo, y es a mí a quien veo, desnuda y despreciable, y durante una fracción de segundo no deseo otra cosa que mi propia destrucción, y eso es lo que...

—Fran...

Choque.

Pocas cosas hay más violentas que dos automóviles chocando a gran velocidad. El metal gime, los cristales salen despedidos, el caucho humea. ¿Qué posibilidades tiene un cuerpo humano ante algo así? Estamos hechos de tejidos y fluidos, que es lo más frágil que existe. El choque es y no es como lo describen. El tiempo se ralentiza y al mismo tiempo se acelera. Tengo un pensamiento, simple y complejo a la vez. En su forma más simple: estamos muertos. En su forma más compleja se convierte en los días que nunca veré, los hijos que nunca besaré. Este pensamiento se instala en lo más profundo de mi ser. Y allí mismo, en algún lugar de la ilimitada intimidad que

ahora nos une, está Niall Lynch.

Me despierto poco a poco. O tal vez rápido. El coche no ha volcado, pero nosotros estamos inclinados. De entrada no siento dolor, luego sí, en el hombro y la boca. Y en el pecho.

—...pierta. Franny. ¡Franny! ¡Despierta!

Abro los ojos y me quedo deslumbrada, primero por la luz y después por la oscuridad. Dejo escapar un gemido.

—Gracias a Dios, estás bien.

Parpadeo hasta que veo a Niall a mi lado, todavía en su asiento, con mi mano entre las suyas.

—Joder —murmuro.

—Sí.

Estamos en un prado y el coche está atravesado por un árbol. El tronco y las ramas desnudas por el invierno se ven plateados en la noche. Los faros perforan dos huecos en la oscuridad y las polillas revolotean alrededor. La nieve se extiende blanca y lisa como un cristal.

Forcejeo con el cinturón de seguridad, que me causa el dolor del pecho, hasta que me acuerdo de apretar el botón.

—¿Estás herida? —me pregunta Niall—. Compruébalo.

Me palpo y no encuentro nada grave. Me he mordido la lengua, tengo un trozo de cristal clavado en el hombro y moratones en los pechos, pero, por lo demás...

—Creo que estoy bien. ¿Y tú?

—Tengo el pie destrozado, pero eso es todo. Vayamos a mirar al otro coche.

Oh, Dios. Estiro el cuello y veo el coche volcado en medio de la carretera.

—Mierda. Oh, no, joder.

Abro la portezuela de mi lado con un chirrido, pero Niall no me sigue.

—Estoy bien —me asegura—, simplemente no puedo sacar el pie. Ve a ver si están bien, yo ya me las arreglaré. ¿Tienes el móvil?

Busco a tientas el bolso y lo saco arrastrándolo.

—Sin batería.

—El mío no tiene cobertura. Ve al otro coche. —Me encuentro con su mirada—. Tranquila. Sea lo que sea lo que encuentres, respira.

Salgo. Fuera hace mucho frío. Los pies se me hunden unos veinte centímetros en la nieve y se me entumecen al instante, pero consigo arrastrarme hasta la carretera.

Una de las ruedas del coche sigue girando. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tal vez los que están dentro siguen... De pronto me quedo paralizada. Me aterra lo que puedo encontrarme. La muerte, o peor que la muerte, un cuerpo sin vida. No puedo moverme.

—Franny —me llama mi marido.

No me vuelvo hacia él. Sigo mirando la rueda que gira lentamente.

—Sólo es un cuerpo —me dice.

Él no lo sabe. Ése es el problema.

—¿Y si están vivos?

Pero me muevo; antes de que la orden llegue a mi cerebro, mi cuerpo se pone en marcha. Me tumbo en el suelo helado para ver quién hay dentro del coche. Sólo está la conductora, una mujer que debe de tener mi edad. Pelo negro y corto, afeitado.

—¡No está... despierta! —grito—. No puedo saber si... Oh, maldita sea...

—¡Intenta despertarla!

La zarandeo con suavidad.

—Eh, despierta. Tienes que despertarte.

No se despierta. Mierda, mierda, mierda... Me tiemblan los

dedos cuando le busco el pulso, porque, joder, lo último que quiero es tocarla. Tardo un momento, un momento demasiado largo, y estoy convencida de que está muerta y de que voy a tocar carne podrida, un cadáver, cuando por fin siento un latido muy débil y titubeante, como el batir de alas de las polillas que he visto en los faros. Imagino que dentro de ella hay el mismo aleteo, esa fuerza vital bruta y desafiante, más débil que nunca y, sin embargo, apremiante. Me ayuda a concentrarme y me meto más en el coche para alcanzar el cinturón del asiento. Intento soltarlo, pero se resiste y... Ella se despierta.

Un gemido apagado. Luego un poderoso lamento, como un cataclismo.

—Chisss —le digo instintivamente a esa extraña criatura, como de otro mundo, y ella se calla—. Estás viva.

Brota un largo y débil quejido de sus labios, y se echa a llorar de pánico.

—Estás viva —repito— y dentro de tu coche, que se ha volcado. Y voy a sacarte de aquí.

La penetrante niebla de miedo se desvanece. Me aferro a los hechos que nos mantendrán juntos a los tres y que son los siguientes: ella está viva y voy a sacarla.

—Ayúdame —susurra ella—. Tengo que salir. Tengo que salir.

—Voy a sacarte —le prometo, y nunca he estado más segura de nada.

Salgo arrastrándome y corro hacia el otro lado del coche, y me meto con los pies por delante para desabrochar con la punta del zapato el cinturón de seguridad. Pero por primera vez en mi vida llevo zapatos de tacón y no puedo. Saco las piernas y tiro los zapatos con rabia, luego recupero la calma y la seguridad, y vuelvo a arrastrarme dentro y golpeo con el pie desnudo el plástico, y me duele, pero a pesar del dolor y la

sangre caliente que me cae sobre el pie y el tobillo, doy una y otra patada hasta que noto que el plástico cede, liberando a la mujer. Cae de cabeza y yo me retuerzo hasta que logro deslizarle una mano por debajo del cráneo. No sé de qué servirá.

Ella llora, solloza, y está sangrando. Es horroroso. Me acude a la mente un pensamiento simple y claro: esto es una locura.

Nuestras caras casi se tocan, vueltas la una hacia la otra como las de dos amantes.

—El equipo está en el maletero —susurra.

—¿Cómo dices?

—El equipo de mi hijo para jugar al fútbol. Lo he recogido hoy. Debería haber pasado por la tienda hace una semana, pero se me olvidó y tuvo que entrenar en chándal. Se enfadó muchísimo conmigo. A veces se pone imposible.

Nos reímos juntas. Le acaricio la cara.

—Creo que deberíamos intentar salir del coche.

—Sí. ¿Puedes coger el equipo primero, para estar tranquila?

—Por supuesto. ¿Cómo te llamas?

—Greta.

—Greta, yo soy Franny.

Está temblando y su voz suena como un graznido.

—¿Puedes mover el cuerpo, Greta? He dejado la puerta abierta para que salgas arrastrándote, si puedes.

—Tengo el pelo corto por el cáncer —dice ella.

—¿Cómo?

—Me lo he afeitado. Para recaudar fondos, no porque tenga cáncer. Oh, perdona, no quería alarmarte.

—Chisss, está bien, lo entiendo. —Vuelve a entrarle el pánico, así que le digo—: Te sienta genial.

Y ella sonríe, reconfortada de algún modo.

—Sí, me sienta genial —murmura. Luego añade—: Vamos, tengo que salir ya.

Caigo en la cuenta de que no se ha movido nada y me digo que quizá no puede. Tal vez no debería intentarlo.

—Igual es mejor esperar a que venga una ambulancia...

—No, necesito salir. Tengo que salir.

Empieza a forcejear y me preocupa que se haga más daño.

—Vale, espera. Me pondré a tu lado para ayudarte. Un momento.

Me arrastro hacia atrás para salir y rodeo el coche una vez más.

—¡Niall, está despierta!

—Bien —dice él.

—Voy a sacarla.

—¿Es seguro moverla?

—Se está moviendo sola, tengo que ayudarla.

—Muy bien, así se hace.

La pobre Greta está toda contorsionada en su asiento, aturdida. Apoya todo el peso del cuerpo en la cabeza y el cuello, y rezo para que no haya sufrido daños en la columna vertebral, rezo para que no estemos a punto de empeorar las cosas. Pero si logro meterla en nuestro coche, y éste todavía funciona, tal vez pueda llevarla a un hospital.

—¿Puedes sacar primero el equipo? —me pregunta.

—No, cariño, primero te sacaremos a ti y luego el equipo, te lo prometo. Vamos, ¿puedes mover los brazos un poco hacia arriba para que pueda...? Eso es...

No sé cómo sacarla, no puedo agarrarla por ninguna parte, tiene el cuerpo cubierto de sangre y se me resbala.

Respiro hondo antes de meterme en el coche y apretarme contra su cuerpo para poder rodearle el torso con los brazos.

—Espera —dice ella aterrada—, espera, espera.

Pero por fin he encontrado la postura para sacarla a rastras, y ella al principio no se mueve, se ha quedado atascada. Aprieto los dientes mientras hago acopio de energía y, gritando

por el esfuerzo, logro que su cuerpo se deslice sobre el metal retorcido y el áspero asfalto de la carretera y... veo que se le cierran los ojos.

Ha perdido el color de la cara y está pálida como la cera, muerta. No sé cómo lo sé tan pronto, casi inmediatamente, pero lo sé: está muerta.

—¡Greta! —grito.

Me pongo de pie y retrocedo. Hay mucha sangre. Se extiende alrededor de mis pies descalzos. Por fin lo veo. Casi la he partido en dos.

—Niall —digo—. Niall, se...

Me doy la vuelta y regreso tambaleante a nuestro coche. Abro la portezuela de Niall y me inclino para alcanzar su cinturón de seguridad, que extrañamente no se ha quitado, y aprieto el botón.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí...

Y entonces lo veo.

Sus ojos siguen abiertos.

Sus ojos tan hermosos, tan cambiantes. Siempre veo en ellos tantos colores, los tonos rojizos del otoño, los matices pardos del bosque y hasta motas doradas según la luz que haya. Han sido de color castaño oscuro, verde avellana y negro como el cielo nocturno.

Ahora son sólo negros.

Y monstruosos.

Yo ya no soy una mujer sino dos.

Una es una anciana que se sube encima del cuerpo de él. Todas las articulaciones de esa mujer crujen y gimen, fuera de su control, pero ella se tiende sobre él y le sostiene la cabeza, con su hermoso pelo oscuro perfectamente peinado, y aprieta la boca contra sus labios fríos que saben a cigarrillo.

—No me hagas esto, cariño —susurra ella—. Por favor.

Él no tiene más calor que dar, y ella quiere infundirle el suyo y lo intenta con todo su ser, él tendrá hasta el último átomo de su calor. Tendrá su alma. O ella la dejará aquí con la de él.

La otra mujer está de pie en medio de la carretera, todavía aterrorizada por las cosas muertas, todas ellas.

Pasan las horas.

Hace mucho rato que he decidido morir aquí con él y con Greta cuando me asalta un pensamiento. Aquí de pie, aferrándome a un calor que hace tiempo que ha desaparecido, estoy muriéndome de frío, con los pies y las manos descalzos ateridos, la nariz entumecida, las orejas insensibles, y las pestañas cubiertas de lágrimas de hielo.

El pensamiento es el siguiente: el equipo de fútbol. Tengo que sacarlo del maletero de Greta.

—Niall —digo con suavidad—. Niall.

Quiero darle algo, algo que haga más llevadera la despedida, algo para que su espíritu sepa que lo seguiré. Pero no se me ocurre nada, y estoy desnuda, vacía, desangelada. Demasiado horripilada ante aquello en lo que él se ha convertido.

¿Cómo ha muerto aquí, en el frío, con tan poca ceremonia? ¿Cómo ha muerto sin estar yo a su lado, mirándolo? ¿Cómo se nos han negado unas últimas palabras, unas últimas miradas? ¿Cómo ha podido el mundo ser tan cruel como para dejarlo morir solo, desatendido, mientras yo malgastaba mi amor en una mujer que no conozco? Es insoportable.

Me pongo de pie sobre el suelo helado. Abro el maletero del coche de Greta y saco la bolsa con el equipo de fútbol de su hijo. Me la echo al hombro y, arrastrando un pie destrozado y ensangrentado, emprendo el regreso a un mundo al que nunca he pertenecido.

Me detengo justo cuando se acaba el haz de luz de nuestros faros. Ante mí se extiende un abismo. No se ve una sola estrella en el cielo. Vuelvo a mirarlo. No puedo irme. No puedo. No puedo dejarlo aquí, solo.

Me fallan las piernas. Me dejo caer de rodillas al suelo. Apoyo la cara en ella. No me iré, no me iré, no me iré, me repito, pero al final es algo mucho más primario y ancestral lo que me hace reaccionar, lo que me impulsa a levantarme y alejarme del haz de luz para adentrarme en la noche negra por un camino que sé que sólo conduce al dolor.

No es el amor ni el miedo.

Es el instinto salvaje que llevo dentro que me pide que sobreviva.

28

Galway, Irlanda
Doce meses atrás

—¿Quería que lo enterraran?

Estoy mirando la lápida.

—Sí —responde Penny—. ¿Nunca hablasteis de ello?

—No. No sé por qué pensaba que preferiría que lo incineraran...

—¿Porque era un hombre de ciencia y no de religión?

Me encojo de hombros.

—Supongo.

Sigue un largo silencio y de pronto algo en el interior de Penny cede. Da unos pasos hasta detenerse a mi lado en el cementerio soleado.

—Quería que su cuerpo se fundiera de nuevo con la tierra y las criaturas vivientes. Quería que la energía que le quedara sirviera para algo bueno. Así lo pone en su testamento.

Suspiro.

—Comprendo.

«Niall Lynch, amado hijo y esposo.»

—Gracias por escribir eso —susurro—. No tenías por qué hacerlo.

—Es la verdad, ¿no?

Me trago las lágrimas.

—Ya lo creo.

Más tarde, en la mansión en la que se supone que viviré durante mi libertad condicional, me aíslo en el cuarto de cuando Niall era pequeño, y duermo diecinueve horas seguidas. Me despierto en plena noche, desorientada. Incapaz de volver a dormirme, examino su colección de trilobites, acariciando cada uno con ternura. Luego las páginas de un libro que esconden un tesoro de delicadas flores prensadas. Un diario lleno de observaciones interminables sobre el comportamiento de los animales, un álbum de fotografías de plumas, rocas de todas las formas y tamaños, escarabajos y polillas inmovilizados para siempre con un chorro de laca, fragmentos de cáscaras de huevo moteadas... Cada pequeño objeto es más precioso de lo que jamás habría imaginado, y me doy cuenta de que, aunque Niall estaba convencido de que su madre nunca lo había querido, era todo lo contrario. Prueba de ello es que haya conservado todos estos tesoros en perfecto estado durante tantos años.

En un rincón hay cajas con el rótulo de RECIENTES. Dentro encuentro montones de papeles: publicaciones, notas de clase, cuadernos. Los conozco. He visto a Niall trabajar en ellos durante años. Uno de los cuadernos es diferente a los demás y no lo identifico. En la cubierta se lee «Franny».

Lo abro con nerviosismo. Unas anotaciones breves y meticulosas componen el retrato de una mujer que lleva mi nombre, pero que al principio siento ajena a mí.

> *9.15 h, acaba de lanzar al pasillo un condón usado que ha encontrado en el aseo de hombres, despotricando contra la guarrería masculina.*
>
> *16.30 h, está leyendo de nuevo a Atwood en el patio, los ensayos que he citado.*
>
> *Hacia la 1.00 h de la madrugada, llama a su madre y tengo que zarandearla para que se despierte.*

Es un diario de mi vida. De lo que yo hago. A medida que leo, las entradas se vuelven menos científicas, más perspicaces y poéticas. Y a medida que mi pánico inicial se desvanece, empiezo a verlo como lo que es: un estudio que tiene más de mi marido que de mí. Ésa es su manera de enseñarse algo a sí mismo y de aprender a quererlo.

La última entrada que leo es ésta:

> *Antes de que mi esposa fuera mi esposa, era una criatura a la que estudiaba.*
>
> *Ahora, esta misma mañana, ha apoyado los dedos extendidos sobre el bulto que le presiona el ombligo: el codo, el puño o el pie que se alza hacia nosotros como si quisiera tocarnos y se retuerce al oír mi voz. Esta personita se movía, y los ojos de Franny brillaban con una luz muy intensa, llena de asombro, miedo y alegría.*
>
> *Quiere a este bebé que es una jaula para ella. Creo que sólo aceptó quedárselo porque quiere que me quede con algo cuando se libere. Sea lo que sea lo que siempre la llama, volverá a hacerlo. Pero ella ha olvidado mi promesa. Yo siempre la esperaré. Y nuestra hija esperará conmigo. Y tal vez un día ésta también se vaya a correr aventuras. Y entonces yo también la esperaré.*

Después de explorar todo lo que hay en la habitación, voy descalza al patio trasero, rodeo el estanque y entro en el invernadero. La jaula del fondo sigue vacía —Penny nunca ha reemplazado los pájaros que yo liberé—, pero me meto en ella de todos modos y revivo la sensación de las alas emplumadas que me rozan la cara y el sabor de los labios de Niall.

—¿Franny?

Me vuelvo hacia Penny y me doy cuenta de que llevo horas congelándome dentro de esta jaula, como una loca. Me invade un inquietante *déjà vu*. Ya hemos estado aquí antes, ella y yo, en este mismo lugar.

—Lo siento —digo.

—¿Quieres desayunar?

Asiento y la sigo por la casa. El lugar de Arthur, en un extremo de la mesa, lleva años vacío. Se fue poco después de la muerte Niall, incapaz de seguir viviendo en la casa donde creció su hijo. Así que ahora Penny vive sola aquí, en un mausoleo vacío, y todos los sentimientos negativos que he alimentado hacia ella se desvanecen. Sólo quiero protegerla de esta pérdida imposible.

Comemos tranquilamente hasta que ella me mira.

—¿Por qué dijiste que lo habías hecho adrede? —me pregunta.

Dejo la cuchara. No hemos hablado desde antes del accidente, nunca quise enfrentarme a ella en la cárcel, así que tiene sentido que ésta sea la pregunta que más le importe.

—Yo sólo... quería ser castigada, con la mayor dureza posible.

No fue difícil convencer al tribunal de mi culpabilidad, después de conocer la tasa de alcoholemia y las pruebas forenses, los neumáticos que no viraron ni frenaron, sino que se precipitaron directamente contra el vehículo que venía en sentido contrario, como si buscaran la aniquilación. Por no hablar del daño que infligí en el cuerpo de Greta.

—Pero por las marcas de los neumáticos... se vio que viraste hacia el otro lado de la carretera y no frenaste. ¿Por qué no frenaste, Franny?

—Había un búho —respondo, y se me quiebra la voz.

Dejo caer la cabeza hacia delante y la apoyo en los brazos mientras una ola gigantesca me arrastra consigo.

Parece que ha transcurrido una eternidad cuando una mano me acaricia el pelo con delicadeza.

—Quiero enseñarte algo.

• • •

Penny me lleva a su despacho y saca una carpeta de un cajón. Me la entrega y leo: «Testamento». No estoy preparada, pero me siento en la alfombra y paso las páginas hasta que lo veo.

> *Si ya no queda ningún charrán, me gustaría que me enterraran, para que mi cuerpo devuelva a la tierra toda la energía que ésta le ha proporcionado y sirva de nutriente, para dar algo en lugar de sólo recibir.*
>
> *Pero si quedan charranes…*

Cierro los ojos durante un largo momento. Preparándome.

> *Si quedan charranes, y es posible, y no resulta muy difícil, me gustaría que esparcieran mis cenizas por donde vuelen.*

El mar revuelto se calma. Me pongo en pie, por fin segura.

—¿Podemos pedir que exhumen su cuerpo? —le pregunto.

Penny está sorprendida.

—¿Cómo? Pero no hay manera de… Han desaparecido todos.

—No —afirmo—. Aún no. Y sé exactamente dónde encontrarlos.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Niall.

***Sterna Paradisaea*, Atlántico Sur**
Época de apareamiento

El hielo se extiende en todas direcciones, resplandeciente y con una belleza abrumadora. Domina todo un mundo invernal, el verdadero corazón de su universo. Es imperioso, crudo y completamente impenetrable.

Y está vacío.

Aunque me despedí de ellos, diciéndome que se había

acabado, no debo de haber perdido la esperanza de ver un cielo lleno de pájaros, o una extensión de hielo cubierta de focas o cualquier otra criatura viva. Porque mientras el *Sterna Paradisaea* avanza despacio hacia la orilla, dejando atrás grandes bloques de hielo flotantes y sin que se perciba el menor movimiento, se me rompe el corazón una vez más.

—¿Sabes dónde estamos? —le pregunto a Ennis.

Grandes trozos de hielo se desprenden de la banquisa y caen con un estruendo que hiende el aire, más potente que cualquier trueno sobre el océano. Jamás habría imaginado semejante ruido.

—Estamos llegando a la península Antártica. Desde allí nos dirigiremos al este, hacia el mar de Weddell.

Miro fijamente la costa que se acerca.

De pronto algo no va bien. El mar de Weddell es el destino al que siempre se han dirigido las aves. Es la parte de la Antártida donde hay más vida salvaje, seguida de cerca por la Tierra de Wilkes al noreste, el otro destino al que llegan los charranes que cruzan Australia antes de girar hacia el sur.

—Espera —le pido—. ¿Puedes ir un poco más despacio?

Ennis baja ligeramente la palanca del acelerador y me mira burlón.

No sé cómo expresar mis dudas repentinas.

—Siempre han ido a Weddell o a Wilkes.

—Nunca llegaremos a Wilkes con el combustible y las provisiones que tenemos. Tardaríamos un par de meses como mínimo.

Hago un gesto de negación. No es eso lo que quería decir, al menos no lo creo. Mi mente funciona a toda velocidad: preocupada, retrocedo en el tiempo, repasando todo lo que recuerdo de las conferencias y las investigaciones de Niall, así como de los cientos de artículos que escribió sobre el tema. Tanto el mar de Weddell como la Tierra de Wilkes han

acaparado la atención de los investigadores porque es allí donde migran los charranes. Ninguna otra especie ha llegado a uno de estos destinos. Las únicas aves capaces de sobrevivir a ese viaje tan largo son ellos.

Harriet creía que llegaría un momento en que optarían por no ir tan lejos y cambiarían de hábitos alimenticios. Pero Niall sostenía que nunca cambiarían su itinerario hasta los glaciares, porque era lo que conocían, y que no pararían hasta que encontraran peces.

—¡Gira a la derecha! ¡A estribor! —grito.

—¿Cómo? No hay nada al oeste...

—¡Tú dirígete al oeste!

Ennis suelta un torrente de tacos, pero cambia de rumbo y se apresura a corregir la orientación de la vela mayor. Enfilamos hacia el otro lado del océano dejando la península y las islas Shetland del Sur a nuestra izquierda, y quizá he perdido la razón y lo que le he pedido es una locura que nos costará la vida.

En el mar de Ross ha desaparecido gente. Hay muy pocos lugares donde refugiarse, estamos a merced de los elementos, y a partir del mes de febrero todo se cubrirá de hielo y no habrá manera de entrar o salir.

Hoy es 3 de enero. Es probable que nunca salgamos de aquí.

Ennis se vuelve hacia mí. Sin ningún motivo aparente, sonríe y me saluda con la mano. Yo hago otro tanto. A la mierda con todo. ¿Por qué no?

Entonces caigo en la cuenta de que cuando uno se embarca en su última migración, no sólo de su vida sino de toda su especie, no se detiene antes de tiempo. No importa lo cansado, hambriento y desesperanzado que esté, debe llegar hasta el final.

• • •

Nuestro yate de acero, maltrecho por la travesía, se abre paso tenazmente a lo largo de la costa de la Antártida, y pasamos el rato contemplando la nieve deslumbrante y la extensión de cielo, sin atrevernos a parpadear para no perdernos nada. El tiempo cambia rápidamente, el mar se encrespa y las temperaturas descienden a dos grados bajo cero. Ennis se esfuerza por evitar los bloques de hielo que se resquebrajan y se desprenden, y flotan peligrosamente sueltos. Ennis los llama «truenos», por el estruendo que hacen cuando caen al mar, y cualquiera de ellos podría hacernos zozobrar o naufragar.

El cuarto día de ruta el viento alcanza los setenta y cinco nudos, lo que, según Ennis, puede ser catastrófico con las temperaturas tan bajas. No entiendo por qué, ni se lo pregunto, pero el sexto día tengo ocasión de averiguarlo.

Hay una costra de hielo sobre las jarcias. Ennis y yo corremos de un lado a otro tratando de arrancarlo más deprisa de lo que tarda en formarse, pero es inútil, y Ennis vira a babor en dirección a la costa. Acabamos de llegar al mar de Amundsen, cuyo litoral es menos accidentado que el de Ross. Quizá el destino ha querido que no nos alejemos más de lo previsto. Bajo a la cocina y empiezo a meter en la mochila las provisiones que nos quedan. En el yate también hay compartimentos llenos de gruesas prendas térmicas para combatir el frío: polares, abrigos y botas; tenerlas o no tenerlas puede equivaler a sobrevivir o no. Estoy asustada, pero ¿qué importa? En todo caso, el miedo hace que me sienta más viva.

—¿Adónde vas? —me pregunta Ennis.

Está al timón y ha activado la radiobaliza de emergencia, una especie de señal de radio para facilitar nuestra posición a los rescatadores. El barco no da para más. No nos llevará más lejos.

—Seguiré a pie. Espérame aquí. Volveré.

Él no me hace caso y prepara su bolsa.

Así que juntos echamos a andar por la banquisa.

• • •

Avanzamos con mucha dificultad. Hace rato que no siento las extremidades. Pero han subido las temperaturas. En derredor todo se derrite, se transforma y muere. Ésta podría ser la única razón por la que aún no nos hemos congelado.

Descansamos de día, enterrados bajo una capa de nieve, y caminamos de noche para entrar en calor. Con el mar siempre a nuestra derecha, para poder encontrar el camino de vuelta. A veces nos cogemos de la mano, porque nos ayuda a sentirnos menos solos. Pienso en todas las personas que he perdido, en mi madre y en mi hija, en Greta, en Léa (esperando de todo corazón que no esté entre ellas) y en Niall, por supuesto, casi a cada paso.

Después de tres días de marcha estoy segura de que Ennis ha llegado al límite de sus fuerzas. Sus pasos se han reducido drásticamente y le cuesta mantener una conversación. Nos tomamos un descanso y nos tumbamos en el frío suelo. Le paso una lata de alubias cocidas de mi mochila y nos la comemos sin hablar, contemplando la quietud del mundo que nos rodea. No creo que pueda continuar sin él. Sobre todo si sólo voy a encontrar más hielo.

—¿Por qué has venido, Ennis? —le pregunto.

Sigue comiendo sus alubias concentrado, tragando con esfuerzo.

Pero al cabo de mucho rato contesta.

—No quería que lo hicieras sola.

Sus palabras me llegan al alma. La generosidad y el cariño que destilan. No se puede negar, nos une un profundo afecto, y me siento muy agradecida por ello y por no estar sola. Así es como alcanzo a comprender que todo aquello a lo que he

estado aferrándome se ha desvanecido. Ya no tiene sentido ahora que hemos llegado al final.

—Mi marido… —susurro—. Murió.

—Lo sé, encanto —responde él.

El mundo gira muy despacio.

—Estamos solos aquí, ¿verdad? —murmuro.

Él asiente.

—Han muerto. —Guardo la lata vacía en la mochila, junto con los dos tenedores. Pero aún no tengo fuerzas para levantarme—. Podría haber estado con él cuando se fue —añado—. Estaba muy cerca. Pero al final no estuve con él.

—Estuviste allí.

—No. Lo dejé una y otra vez. Eso es lo que se habrá llevado consigo su espíritu.

—Tonterías.

—Debería haber estado con él.

—Y estuviste. Aun así se fue solo. Cuando llega el momento, todos estamos solos. Siempre.

—Está demasiado lejos. No debería haberse ido solo. —Me aprieto los ojos con dedos temblorosos—. Ya no lo siento.

—Ya lo creo que sí. Por eso sigues adelante.

Con esas palabras se levanta, y yo con él, y volvemos a ponernos en camino.

Apenas llevamos un par de horas. Estoy subiendo con dificultad una cuesta especialmente penosa, preocupada por Ennis, que se ha quedado muy atrás, y me vuelvo para asegurarme de que me sigue. Miro de nuevo hacia delante…

Y me detengo.

Porque algo acaba de cruzar el cielo.

Rompo a correr.

Aparecen más, se elevan y descienden en picado, y estoy

llegando a la cima y...

Oh.

Ante mí hay cientos de charranes árticos. Chillando y graznando, danzando en el aire con sus parejas, llamándose alegremente. Se los conoce como las «golondrinas de mar» por la gracilidad de sus zambullidas, y cuando las veo sumergirse, ávidas de peces, en un mar de escamas, lo entiendo.

Me dejo caer torpemente de rodillas en el suelo y me echo a llorar.

Lloro por los kilómetros que han recorrido. Por toda la belleza que han dejado atrás. Por ti y por las promesas que nos hicimos, y por una vida entregada al destino que fue incapaz de incluir tu muerte.

Ennis se acerca y suelta una carcajada. En ese momento una enorme aleta de ballena asoma por la superficie y nos saluda de lejos, y los dos contenemos el aliento. Y entonces nos ponemos a vitorear y a dar brincos, y es tan hermoso y profundo que apenas puedo creerlo. ¿Qué otras criaturas se esconden en estas aguas limpias e intactas, en este santuario?

—Es una pena que no hayamos venido con el *Saghani* —digo, secándome la nariz que me chorrea—. Para una vez que hay peces no podemos pescarlos.

Él me mira divertido.

—Hace tiempo que no quiero pescar. Sólo necesitaba saber que todavía hay, que el océano sigue vivo.

Lo abrazo, y nos quedamos así largo rato, mientras los chillidos de los pájaros resuenan a nuestro alrededor.

—Ojalá Niall hubiera visto esto —digo por fin.

Dios mío, cuánto me habría gustado.

Él suspira.

—¿Cuánto te gustaría quedarte?

—¿Para siempre? —sugiero con una sonrisa—. Cuando quieras nos vamos. Pero antes tengo que hacer algo. Él quería que se esparcieran sus cenizas entre ellos.

Ennis me aprieta la mano.

—Iré pasando entonces. Para dejarte a solas con él.

Asiento, pero no le suelto la mano.

—Gracias, patrón. Eres un buen hombre y has llevado una buena vida, después de todo.

Él sonríe.

—Todavía no ha terminado, señora Lynch.

—Claro que no.

Lo observo bajar la pendiente y regresar por donde hemos venido. Luego echo a andar en sentido contrario, hacia la orilla. Saco de mi mochila las cartas de Niall y la pequeña caja de madera en la que se encuentran sus cenizas. Pensaba dejar las cartas también, pero me doy cuenta de que no puedo. Niall no soportaría pensar que sus palabras ensuciaban un lugar tan virgen. Así que vuelvo a guardarlas en la mochila, no sin antes deslizar los dedos una sola vez sobre su caligrafía.

Me llevo la caja a los labios con delicadeza y deposito en ella el beso de despedida que no pude darle cuando aún estaba vivo.

El viento ha amainado, pero sigue soplando lo bastante fuerte para levantar las cenizas y llevárselas entre las plumas blancas que revolotean, hasta que acaban fundiéndose con los pájaros.

Luego me quito la ropa y me meto en el mar.

29

Irlanda
Diez años atrás

—¿Qué has encontrado?

—Un huevo.

Él se detiene a mi lado y miramos el pequeño huevo en la hierba. La cáscara es de un extraordinario azul eléctrico salpicado de motas.

—¿Es de verdad? —susurro.

Niall asiente.

—Es un huevo de cuervo.

Me agacho para cogerlo, pero él me detiene.

—No lo toques.

—Tenemos que llevarlo de nuevo a su nido.

—Si lo tocas, la madre detectará tu olor y lo rechazará.

—Entonces, ¿vamos a dejarlo ahí? ¿No se morirá?

Él asiente.

—Aunque muera. Cuanto menos lo toquemos, mejor. El contacto humano sólo sirve para destruir.

Le tomo la mano con suavidad.

—Podríamos cuidarlo. Incubarlo nosotros mismos y luego soltarlo.

—Se aprendería nuestras caras.

Sonrío.

—Sería bonito.

Él me mira. En sus ojos veo un atisbo de compasión, la compasión del que cree que entiende mejor cómo son las cosas.

También de pesimismo. Pero le sostengo la mirada e intento transmitirle toda mi certeza: que no siempre tenemos que ser un veneno o una plaga para el planeta, que también podemos cuidarlo. Y poco a poco su mirada va cambiando.

Me devuelve la sonrisa.

Mar de Amundsen, Antártida Occidental
Época de apareamiento

El frío es intenso, pero estoy tranquila. Todavía no he hundido la cabeza. No lo haré hasta el último momento. El agua no tardará en hacer su trabajo en el resto de mi cuerpo, y quiero contemplar los charranes el mayor tiempo posible, para llevármelos conmigo.

También me llevo un poco de ti, mamá. Tú, que privaste a tu cuerpo del aliento como me propongo hacer yo ahora. Tú me diste los libros y la poesía y el deseo de ver mundo, y por eso te lo debo todo. Me llevo los gemidos del viento al atravesar nuestra pequeña cabaña de madera, el olor de tu pelo salado y el calor que emanaba de tu cuerpo cuando lo apretabas contra el mío. Me llevo también un poco de ti, abuela, porque me infundiste tu serenidad y tu fuerza, y siento mucho no haberlo valorado antes. Me llevo un poco de ti, John, me llevo la fotografía que tenías en la repisa de la chimenea y todo el amor que depositaste en ese recuerdo y que continuaba allí mucho después de que ellas se hubieran marchado. Me llevo todos y cada uno de los regalos que me trajeron los cuervos, todos aquellos tesoros. Me llevo el mar, en lo más profundo de mi ser, las mareas que se abren paso a través de mi alma. Y me llevo la sensación de mi hija en las entrañas, me la llevo conmigo para siempre.

Pero no necesito llevarme nada tuyo, Niall, amor mío. A ti

prefiero darte algo.

Mi naturaleza. Mi instinto salvaje. Son tuyos.

Me hundo bajo la superficie.

Ya no siento los dedos de las manos y de los pies, la sangre los ha abandonado para concentrarse en el centro de mi cuerpo, donde todavía hay un poco de calor y el corazón lucha para seguir palpitando.

El sol dibuja formas en la superficie del agua. Creo que una vez soñé con esto.

Ahora los pájaros son siluetas que dan vueltas en lo alto. Los miro y los miro, y luego cierro los ojos.

«Nosotros también podemos cuidarlo.»

Abro los ojos de golpe. Los peces pasan por mi lado, brillando bajo el sol. Tengo mucho frío.

¿Qué has dicho?

«Me lo enseñaste tú. Podemos cuidarlo, sólo hace falta coraje.»

Pero no queda nada.

«Aún queda la naturaleza.»

Silencio.

Y entonces: ¿puedes esperarme? ¿Sólo un poco más?

«Siempre.»

Tomo impulso y salgo a la superficie, y el aire penetra con violencia en mis pulmones. No sé cómo sucede, pero algo ha cambiado y noto que mi cuerpo se aferra a la vida, y me saca del fondo del mar y me libera de la inmensa culpa en la que me ahogaba.

No tengo fuerzas para vestirme, pero las encuentro, no puedo sostenerme en pie, pero de alguna manera logro levantarme, y no puedo caminar, soy absolutamente incapaz de dar un paso, pero doy uno y después otro y otro.

No estamos solos en el planeta, aún no. Todavía no se han ido todos, por tanto no me ha llegado el momento de ahogarme. Todavía hay cosas por hacer.

No sé cuánto tiempo pasa. Podrían ser horas, días o semanas. Pero al final veo un vehículo que se acerca por el hielo, y oigo a lo lejos un helicóptero, y me dejo caer al suelo.

No te prometo nada. He renunciado a las promesas. Mis actos hablarán por mí.

Epílogo

Prisión de Limerick, Irlanda
Seis años después

La segunda vez que abandono estos muros está lloviendo, pero, a diferencia de la primera, no tengo ganas de acabar con todo ni me siento vacía, sino llena de cosas nuevas, como una licenciatura obtenida con esfuerzo y el recuerdo de un paraje natural virgen al otro lado del mundo.

No cuento con que nadie venga a recogerme.

Vislumbro una figura oscura a través de la cortina de lluvia. Apoyada en una camioneta. Sin paraguas.

Me acerco pensando que debe de ser Ennis, o tal vez Anik. Todos saben que salgo hoy, pero no esperaba que vinieran de tan lejos...

No es ningún miembro de la tripulación del *Saghani*. No conozco a este hombre. Tal vez no me está esperando a mí.

Pero me acerco, de todos modos.

Es alto y corpulento, con el pelo canoso, y lleva un chubasquero como el que solía ponerse Edith para cruzar el prado bajo la lluvia. También lleva unas botas sucias, pero lo reconozco al ver las profundas arrugas alrededor de la ancha boca y los ojos.

—Hola —dice mi padre.

• • •

El camión de Dominic Stewart huele a café rancio, y cuando

pongo los pies sobre una treintena de tazas desechables, entiendo por qué.

—Lo siento —gruñe.

Me encojo de hombros mientras cierro la portezuela.

Nos quedamos sentados en silencio mientras la lluvia cae sobre el techo.

—¿Adónde vamos? —me pregunta Dom.

Tiene un fuerte acento australiano y, sorprendentemente, me invade una sensación de hogar.

Intento pensar adónde podría llevarme, pero no se me ocurre nada. Pienso, en cambio, en los años que pasé odiando a este hombre por lo que había hecho y por dónde había acabado, los años que pasé avergonzada de lo parecida que había salido a él, los años que pasé deseando tener una familia, aunque fuera de un solo miembro, uno solo.

—¿Has estado alguna vez en Escocia? —le pregunto.

—No.

—¿Te gustaría ir?

Él me mira y se vuelve de nuevo hacia la lluvia. Sin decir palabra pone en marcha el coche. Y veo el viejo y gastado tatuaje de un pájaro que tiene en la mano.

Dom sigue mi mirada y sonríe cohibido.

—Era el que más le gustaba a Iris.

Le devuelvo la sonrisa.

Mamá me decía que buscara las pistas.

«Las pistas de qué?», le pregunté la primera vez.

«De la vida. Están por todas partes.»

Agradecimientos

En primer lugar quiero expresar mi gratitud a mi magnífica agente, Sharon Pelletier, por apostar por una autora australiana desconocida y por animarme a escribir este libro. Sin tu paciencia y apoyo, el voto de confianza que me brindaste y tu extraordinario trabajo, este libro no existiría o no habría encontrado el lugar perfecto para salir a la luz, Flatiron Books. Muchas gracias.

Todo mi agradecimiento a mi editora, Caroline Bleeke, que creyó en este libro desde el principio, y ha trabajado incansablemente para infundirle toda su fuerza y darlo a leer. Has sido una editora de ensueño, y no puedo estar más agradecida por tu amabilidad, generosidad y dedicación. Gracias también al equipo de Flatiron Books por ver el potencial de esta novela y asegurarse de desarrollarlo al máximo, desde el precioso diseño, tanto de la cubierta como del interior de sus páginas, hasta las audaces estrategias para promocionarlo, y la proyección que ha tenido a nivel internacional. No podría haber pedido más. Gracias a mi extraordinaria directora de prensa, Amelia Possanza, y al resto del fantástico equipo de Flatiron, especialmente a Keith Hayes, Nancy Trypuc, Katherine Turro, Marta Fleming, Kerry Nordling, Cristina Gilbert, Amy Einhorn, el presidente de Flatiron Bob Miller, y a Megan Lynch, directora editorial. Gracias también a Matie Argiropoulos y el equipo de Macmillan Audio por su trabajo en la producción del audiolibro.

Gracias a mi inteligente correctora de Gran Bretaña,

Charlotte Humphery, a la editora Clara Farmer y a su equipo de Chatto & Windus, y a mi fantástica editora australiana, Nikki Christer, y a su equipo de Penguin Random House. Ha sido un placer trabajar con todos vosotros y espero con ilusión lo que está por venir.

Muchas gracias a mi grupo de maravillosos amigos. A Sarah Houlahan, por enviarme los primeros artículos académicos sobre los charranes árticos, por darme tantos consejos científicos, siempre con entusiasmo, y por escuchar, siempre. A Kate Selway, por leer el manuscrito y hacer una «revisión científica»; tus cambios fueron fundamentales. A Rhia Parker, por leer el primer borrador del manuscrito, como siempre, y aportar tan buenas ideas. A Caitlin Collins, Anita Jankovic y Charlie Cox, por escuchar mis aburridas peroratas sobre los altibajos que conlleva escribir una novela... ¡siempre con una sonrisa!

Gracias a mi familia, Hughen, Zoe, Nina y Hamish, por vuestro amor y vuestro apoyo. Y a papá, ¡gracias por enseñármelo todo sobre los asnos! A mi abuela Charmian, y a mi difunto abuelo John, por su apoyo, y por explicarme cómo se comportan los barcos durante una tormenta. Gracias a mi prima Alice por enseñarme Galway y llevarme a conciertos de música irlandesa, su amor por los océanos ha dado forma en gran parte a Franny. A mi hermano Liam, a mi abuela Alex, y sobre todo a mi madre Cathryn (que ha leído diligentemente cada palabra que he escrito en los interminables borradores); los tres habéis sido increíbles, nunca habría podido escribir este libro sin vosotros y soy verdaderamente afortunada de teneros. Y a mi pareja, Morgan, que has sido una roca durante todo este proceso, creyendo en mí, compartiendo mi emoción y animándome en los momentos duros. Tu apasionada certeza en lo que crees supone una inspiración constante, y me has enseñado que todos podemos aportar nuestro granito de arena.

Gracias.

Por último, quiero expresar mi reconocimiento a las criaturas que vivís en estado salvaje, y deciros que este libro lo he escrito para vosotras, movida por la tristeza y el pesar de saber que tantas habéis sido exterminadas, y por amor hacia las que quedáis. Espero de todo corazón que nunca se haga realidad el mundo sin animales que se describe en estas páginas.

Mejor libro del año según la revista *TIME*, más de 175.000 ejemplares vendidos. Una adictiva ficción distópica

Franny Stone es el tipo de mujer incapaz de comprometerse. Sin embargo, cuando la naturaleza que adora comienza a desaparecer, no puede seguir por el mundo sin un destino. Dejando todo atrás, llega a Groenlandia para seguir a los últimos charranes árticos del mundo en su migración final hacia la Antártida. Convence a Ennis Malone, capitán del *Saghani*, de que la acepte a bordo con la promesa de que las aves los llevarán a un sitio de pesca. Pero a medida que la historia de Franny comienza a desvelarse —una apasionada relación amorosa, una familia ausente y un crimen devastador—, queda claro que está persiguiendo algo más.

La última migración es una novela fascinante sobre la capacidad de perdonarse, la resiliencia y la posibilidad de esperanza ante

un mundo al borde del colapso.

La crítica ha dicho:
«Visceral e inquietante [...]. Una obra de ficción climática de primera categoría».
The New York Times Book Review

«Emocionante.... Al comprender cómo la naturaleza puede curarnos, McConaghy subraya por qué es urgente protegerla».
TIME

«Un libro doloroso y conmovedor, que resulta muy oportuno [...]. Sobre el amor, sobre tratar de entender y aceptar la criatura que existe dentro de nosotros mismos, y lo que significa ser un animal humano, para que podamos adaptar mejor nuestra propia naturaleza salvaje dentro del mundo».
The Guardian

«Una epopeya tentadoramente bella».
Elle

«Un fascinante híbrido de escritura sobre la naturaleza y ficción distópica, [...] Apasionante. [...] Al fusionar ficción climática y escritura sobre la naturaleza, la novela demuestra poderosamente los costes espirituales y emocionales de la destrucción del medio ambiente».
The Economist

Charlotte McConaghy (Darwin, 1988), máster en escritura de guiones por la Australian Film Television and Radio School, es autora de *La última migración* (mejor libro de 2020 según la revista *Time*, mejor novela del año según Amazon.com, traducida a más de veinte idiomas y en curso de adaptación a la gran pantalla), y *Once There Were Wolves*. Actualmente, McConaghy vive en Sídney con su pareja y su hijo.

Título original: *Migrations*

Primera edición: junio de 2023

© 2020, Charlotte McConaghy
All rights reserved
Publicado por acuerdo con Flatiron Books
en asociación con International Editors'Co.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Aurora Echevarría, por la traducción

Ilustración de portada: Depositphotos, Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Tanto los personajes como las organizaciones, o las situaciones en que éstos se ven involucrados, son producto de la imaginación de la autora.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-08-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La última migración

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segunda parte

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Tercera parte
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Charlotte McConaghy
Créditos